

DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Dr. Agustín Cueva Tamariz

Edición: 1.500 ejemplares

Apartado 355

La responsabilidad por las ideas sustentadas en las páginas de esta Revista corresponde exclusivamente a sus autores.

1961
8661

Cuando se hagan reproducciones de los estudios publicados en esta Revista, se ruega citar la fuente.

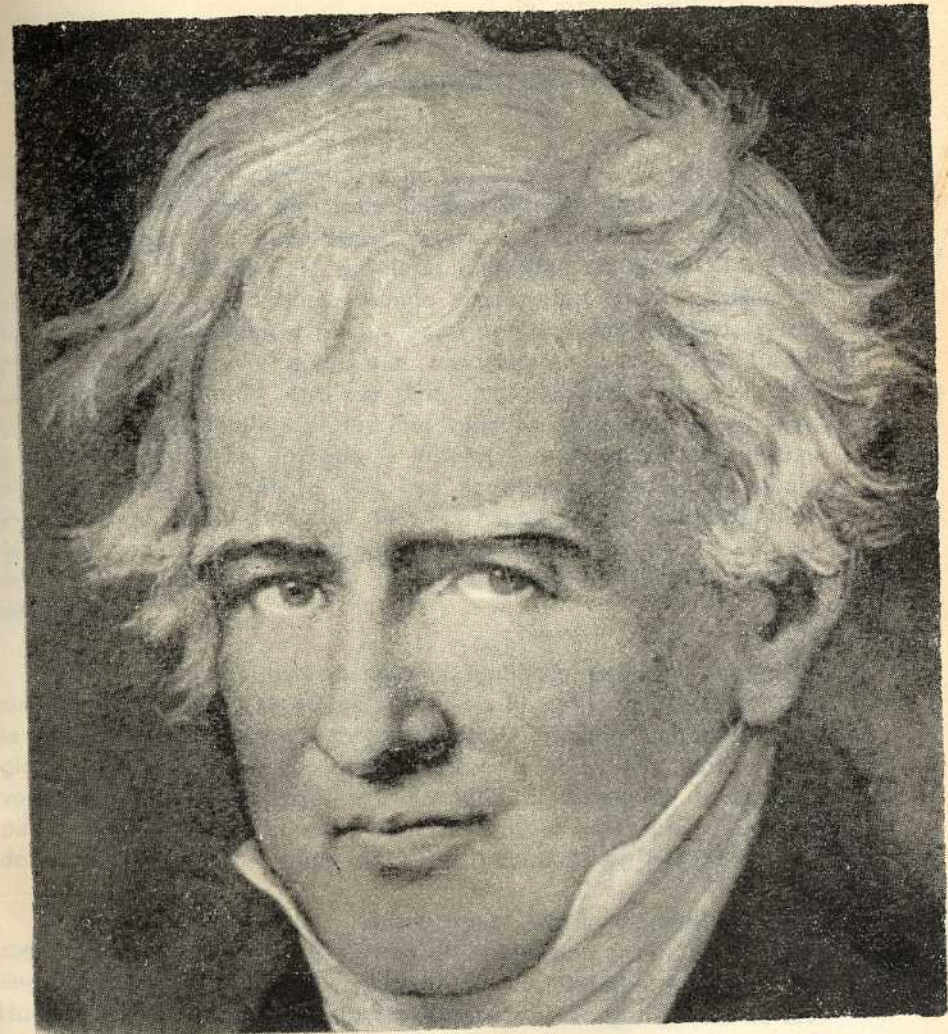
SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Editorial	
A.C.T.	7
Epoca, Vida y Obra de Alejandro von Humboldt	
Francisco Alvarez González 3024 ✓	13 ✓
La Persona de Alejandro de Humboldt	
W. E. Ankel 8658	35 ✓
La Ascensión de Humboldt al Chimborazo	
Dr. M. Acosta Solís	47
Prólogo a la Expedición de Humboldt a América	
M. Acosta Solís	51
Del Kosmos	
Alejandro de Humboldt	58
Osada Empresa y Audaz Pensamiento	
Agustín Cueva Tamariz	64
Don Ramón Menéndez Pidal	
Ignacio Rodríguez Guerrero	85
Síntesis Humana de Nicanor Aguilar Maldonado	
Cornelio Crespo Vega	154
La Amistad de Zaldumbide y Alfonso Reyes	
Hugo Moncayo	178
Cuestiones de Metodología: Evaluación del Rendimiento	
G. R. Galiana	185

Recomendaciones para el Tratamiento Penitenciario	197
Biografías Selectas	221
Crónica Universitaria	234

Nota de la Redacción:

Por un involuntario error se ha hecho constar en la cabeza de las páginas correspondientes a las "Recomendaciones para el Tratamiento Penitenciario" como autor de ellas al Sr. P. Ramón Coe Baeza, Secretario General Ejecutivo del Movimiento Penitenciario Latinoamericano, cuando en realidad son el producto de las deliberaciones del Primer Seminario sobre Tratamiento Penitenciario reunido en Llo-Lleo, República de Chile, en abril de 1969.



Barón Alejandro de Humboldt

1769 - 1835

EDITORIAL

BICENTENARIO DE ALEJANDRO DE HUMBOLDT

El hechizo de América dejó de constituir, para el europeo culto, un pintoresco tema de poesía idílica y de mitos inverosímiles para ser considerado el Nuevo Mundo como un inmenso laboratorio al servicio de la ciencia y el escenario magnífico en el que los más grandes científicos del Viejo Mundo alzaron sus figuras, rivales de sus gigantes cordilleras, y fueron, entre nosotros, los maestros ejemplares, inspiradores y guías que nos dejaron una nueva forma de herencia cultural, que no era, en definitiva, sino el don de revelarnos el dominio de las más variadas disciplinas de las ciencias de la Naturaleza, aplicadas a lo largo y a lo ancho de nuestras extensas zonas geográficas, con una actividad incesante, en medio de una lucha tenaz contra los factores negativos del ambiente y de la época, pero con una certidumbre inquebrantable en el éxito de sus nobles empresas que hoy tienen, al través del tiempo, acentos de epopeya.

América era para los exploradores científicos europeos —como ha sido al través de la experiencia y de la historia— el arquetipo de la naturaleza indómita y vigorosa, fresca y pujante, como fué para gloria suya la cuna de los hombres libres y el ámbito donde debía volcarse la realización más extraordinaria del ideal de la libertad puesta al servicio del hombre, como lo avisó ese espíritu superior de la Ciencia y de la Cultura, el Barón Alejandro von Humboldt.

A fines de 1801 arriba a nuestro país —bello y sugestivo fragmento del **continente del tercer día de la creación**, que diría Keyserling, alucinada y alucinante geografía de contrastes— Alejandro de Humboldt, uno de los más ilustres sabios de su siglo y una de las personalidades más sobresalientes de Europa, que contribuyó a sentar las bases del conocimiento físico de la variada naturaleza de nuestro suelo, dedicando su larga y fecunda existencia a la apreciación objetiva de los fenómenos naturales.

El talento escrutador del sabio alemán le permitió adentrarse lo mismo en el movimiento angular de las galaxias como en el ful-

gor cambiante de la luz zodiacal, en la proliferación microbiológica de las aguas estancadas o en la variedad del campo magnético terrestre, a diferentes altitudes. Fué el primer hombre que concibió la temeraria tentativa de reducir la fenomenología natural a un solo principio racionalista. Hasta se ha advertido que si la teoría del **campo unificado**, según la cual los fenómenos universales pueden reducirse a un solo principio físico, expresable en una ecuación matemática y expuesta por el físico más grande del siglo XX, Albert Einsten, como premisa filosófica ya se la encuentra en la recia mentalidad de Humboldt, a quien el filósofo Schelling lo calificó de segundo Colón y Darwin lo elogió como el mayor investigador viajero de todos los tiempos.

Y, precisamente, fueron los dos grandes hombres de ciencia —Humboldt y Darwin— los que quebraron la idea de una forma fija e inmutable de vida y ambos hicieron en sus mentes esquemas evolutivos para crear, más tarde, como lo hizo Humboldt una organización organicista y dinámica de la Naturaleza, que tuvo su punto de partida en las corrientes vitalistas y biológicas de Goethe, el poeta de la evolución, ya que las ideas de Humboldt sobre la fisiognomía de los vegetales constituyen una proyección de la morfología goethiana; o dando el paso definitivo, como en el caso de Darwin, para la consolidación de la doctrina de la evolución, cuyos elementos ya habían estado en la mente de los naturalistas y en la corriente del pensamiento de los biólogos, precursores o contemporáneos, pero que no llegaron a una forma de exposición orgánica como llegó el naturalista inglés dentro de la más severa unidad conceptual y doctrinaria, atento siempre a la fascinante voz de esa misma Naturaleza a la que Humboldt le dedicó la inconmensurable amplitud de sus conocimientos científicos y filosóficos.

El célebre viajero, junto con Bonpland —botánico, físico y matemático— y Carlos Montufar y Larrea, el ecuatoriano ilustre, hizo excursiones por todo el territorio ecuatoriano, realizando los más sorprendentes descubrimientos del mundo físico; ascendiendo a los montes más elevados del país como el Antizana, el Cotopaxi, el Chimborazo; estableciendo, por primera vez, la relación del suelo y el clima con el crecimiento de la flora y de la fauna; descubriendo los factores de la distribución vegetal y trazando la primera carta de iso-

termas y el curso de las corrientes marinas. Visitó esta ciudad de Cuenca en el mes de julio de 1802, cuando realizaba la expedición Cuenca-Oña, Loja, Gonzanamá, Río Macará, y se hospeda en la casa del doctor Tomás Landivar Centeno, situada precisamente en el sitio en el que hoy se levanta el edificio del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Era la Cuenca antañona, tranquila, suave, apasible, tantas veces recordada con el dolor de la nostalgia por los ilustres viajeros.

En 1804 parte para Francia y, una vez en París, empezó a ocuparse del célebre "Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente", cuya primera entrega salió en 1807, no terminándose la obra hasta 1827. En 1844, después de un largo período de incansable actividad científica en Italia, Inglaterra, Asia Central, Berlín, dió a la imprenta la primera parte del "Cosmos" y en 1847, salió la segunda parte de esta obra colosal.

Federico Guillermo Alejandro von Humboldt nació hace doscientos años, el día 14 de setiembre de 1769, en el siglo de Goethe, el siglo optimista y expansivo que reaccionó no solamente contra esa geométrica visión de Descartes, sino que combatió ese frío tono abstracto, esa lógica de hiel, ese intelectualismo seco y esa concepción mecanicista de la vida impuesta por el siglo XVII. Por eso, el sabio alemán fué el hombre de su tiempo: encantador, infatigable conversador, amigo de vivir en París y pasar la época de invierno y de corte en Berlín, estudiando a los hombres y a las civilizaciones con el mismo interés con el que estudiaba a las plantas y a los minerales, buscando idénticas concordancias y analogías, siempre preocupado por el maravilloso mecanismo del mundo, en sus pequeñas como en sus grandes manifestaciones.

La Universidad de Cuenca, que ha venido conmemorando los centenarios de las más representativas personalidades del mundo de la cultura universal, rinde hoy su homenaje a la excelsa figura de Alejandro de Humboldt, el hombre integral que sintió, en toda su grandeza, la formidable afirmación del Nuevo Mundo, que hoy —en la tercera década del siglo XX— ha logrado una victoria colosal dentro de la ciencia y de la técnica, nunca hasta ahora intentada desde los oscuros orígenes de la vida del hombre, cuando esa marca de

infinitud que lleva dentro de sí lo ha lanzado, en un viaje estremecedor y sin precedentes, hacia los ámbitos del misterio.

Y ANALES cumple con el deber de echar en los incensarios de esta conmemoración bicentenaria su leve, pero ardoroso, grano de incienso.

A. C. T.

Para el homenaje que ANALES rinde a ALEJANDRO DE HUMBOLDT, la máxima figura universal de la ciencia, en el bicentenario de su nacimiento, no podía haber escogido mejor material bibliográfico al respecto, para la reproducción conmemorativa en sus páginas, que las dos valiosas conferencias de los profesores universitarios, español el primero, el doctor Francisco Alvarez González, ex-profesor de filosofía de la Universidad de Cuenca y actualmente profesor en la Universidad de Concepción, Chile; alemán, el segundo, el profesor W. E. Ankel de la Universidad de Giessen. Conferencias pronunciadas en Cuenca, Ecuador, y en Bogotá, Colombia, respectivamente, con ocasión de la fecha centenaria —1959— del fallecimiento del ilustre científico, descubridor de la corriente oceánica que lleva su nombre. Igualmente, creemos que es un acierto la reproducción de los extractos —preparados para el COMERCIO— por distinguido científico, geobotánico forestal y Director del Instituto ecuatoriano de Ciencias Naturales, el doctor M. Acosta Solís.

El profesor Alvarez González, filósofo de prestigio internacional, en su admirable trabajo ha sabido comprender la verdadera personalidad de Humboldt que fué, precisamente, un filósofo de la naturaleza, capaz de crear hipótesis y plantear doctrinas que revolucionaban los mismos fundamentos filosóficos en los que se asentaban las ciencias de la naturaleza. Porque, cabalmente, son los filósofos los más capacitados para desentrañar la urdimbre de los problemas científicos: la física actual y la biología. La etiología por ejemplo, no puede ya sustraerse al giro general ontológico de la filosofía de nuestro tiempo. Lo están atestiguando filósofos como Xavier Zubiri, como Nicolai Hartmann, como Hans Reichenbach, como el mismo Teilhard de Chardin.

La conferencia del profesor alemán, doctor W. E. Ankel, con ocasión de su visita a varias universidades e institutos científicos colombianos y publicada en la Revista ECO —Tomo XI/3-Julio 1965— es un admirable trabajo de erudición, de comentarios a fondo y de nuevos aportes documentales para la biografía del personaje.

Y, por fin, los extractos elaborados por el Dr. Acosta Solís, en su brevedad, constituye una prueba, entre muchas, de la capacidad para fomentar el desenvolvimiento de la cultura y de la ciencia en el país de este fervoroso investigador, escritor y publicista ecuatoriano de nuestros días.

A. C. T.

FRANCISCO ALVAREZ GONZALEZ

EPOCA, VIDA Y OBRA DE ALEJANDRO VON HUMBOLDT

El día 14 de septiembre de 1769 nació, en una casa del centro de Berlín, Federico Guillermo Alejandro von Humboldt, hijo del mayor Alejandro Jorge von Humboldt y de María Elisabeth von Hollwege. El matrimonio había tenido ya una hija, muerta poco tiempo después de nacer, y un hijo, Guillermo. El padre había sido ayudante del duque de Brunswick y había intervenido en las guerras de Federico el Grande. Era un buen prusiano, amigo del ejercicio físico, de la caza, de la naturaleza y del amor. En el Chateau de Sans Souci se aburría conversando con los diplomáticos y cortesanos y, sobre todo, escuchando las composiciones a flauta del rey. La madre procedía de una noble familia de antiguos hugonotes franceses refugiados en Prusia a fines del siglo XVII.

Berlín no tenía por entonces más de 150.000 habitantes. Federico el Grande había construido, de 1745 a 1747, Sans Souci. Francófilo, amigo de la Ilustración, había nombrado a Pierre Louis Maupertius presidente de la Academia de Ciencias. El amigo y corresponsal de Voltaire se había empeñado en hacer de Berlín un centro cultural que emulase a París. Despreciaba la cultura alemana y amaba, en cambio, las melodías italianas y el espíritu francés.

Hacia la fecha del nacimiento de Humboldt fenece una época y se inicia la germinación de otra nueva. Un mes justo antes de su nacimiento, el 15 de agosto, nació en Ajaccio un niño al que bautizaron con el nombre de Napoleón. Ese mismo año Bougainville terminaba su famoso viaje de circunnavegación por el globo y Cook emprendía el primero de los suyos, que le llevaría a recorrer las costas orientales de Australia. En Francia, el Dr. Quesnay publicaba la "Physiocratie" y, en Alemania, veían la luz la "Foresta crítica" de Herder, la "Batalla de Hermann" de Klopstock y la "Dramaturgia de Hamburgo" de Lessing. En Francia, vivían todavía Rousseau, Diderot y D'Alembert. En Inglaterra, David Hume.

Eran aquellos años de gloria para las letras alemanas. Vivían y estaban en plena producción las grandes figuras del movimiento

de "tormenta e impulso" y de la "Aufklaerung": Federico Teófilo Klopstock, Cristóbal Martín Wieland, Efrain Lessing, Juan Enrique Voss, Juan Godofredo Herder, Juan Wolfgang Goethe, Juan Cristóbal Federico Schiller, Juan Pablo Richter. Un año antes del nacimiento de Humboldt, en 1768, fue asesinado en Trieste Juan Winkelmann, el glorioso fundador de la Historia del Arte. Nació por entonces la generación romántica: Augusto Guillermo Schlegel, en 1767; su hermano Federico, en 1772; Luis Tieck, en 1773; Clemente Brentano, en 1778; Enrique von Kleist, en 1777; Novalis, en 1772. Entre los filósofos, Manuel Kant iniciaba, justamente en 1769, sus diez largos años de profunda meditación y de silencio, que habían de culminar, en 1781, con la aparición de la "Crítica de la Razón pura". Fichte había nacido siete años antes de Humboldt. Hegel, al año siguiente. Schleiermacher, unos pocos meses antes. El tercero de los grandes triunviros del idealismo alemán, Schelling, nació en 1775 y el misántropo y malhumorado Schopenhauer en 1788.

La edad de la razón llegaba a su fin. Se ha dicho del siglo XVIII que fue el siglo de la ilustración y de las luces. La verdad es que el otro de la razón como potencia encargada de resolver los problemas humanos, políticos, económicos, religiosos, éticos, etc., hay que situarlo más tarde. Los 30 últimos años del siglo XVII y los 30 primeros del XVIII son los verdaderos años de crisis. "¡Qué contraste, qué brusco cambio! La jerarquía, la disciplina, el orden que la autoridad se encarga de asegurar, los dogmas que regulan la vida firmemente: eso es lo que amaban los hombres del siglo XVII. Las trabas, la autoridad, los dogmas, eso es lo que detestan los hombres del siglo XVIII, sus sucesores inmediatos. Los primeros son cristianos, y los otros anticristianos; los primeros creen en el derecho divino y los otros en el derecho natural; los primeros viven a gusto en una sociedad que se divide en clases desiguales; los segundos no sueñan más que en la igualdad. Ciertamente los hijos suelen criticar a los padres, imaginándose que van a rehacer un mundo que sólo los esperaba a ellos para hacerse mejor; pero los remolinos que agitan a las generaciones sucesivas no bastan para explicar un cambio tan rápido como decisivo. La mayoría de los franceses pensaban como Bossuet; de repente, los franceses piensan como Voltaire: es una revolución". Con estas palabras comienza el historiador Paul Hazard su hermoso libro sobre "La crisis de la conciencia europea". Lo que Paul Hazard quiere decir es que la creen-

cia en la racionalidad del mundo y en la capacidad de la razón humana para aprehender la esencia y leyes de las cosas convirtiéndose por entonces en patrimonio general de las gentes. Que ha sido siempre verdad que las ideas se propagan entre los hombres como las ondas sobre la superficie tranquila de un estanque. Primero, apenas un punto, el hombre genial; al cabo de algún tiempo, un área vasta, es decir, la mayoría de entes pensantes. En el siglo XVIII, sobre todo en su primera mitad, tuvo amplio crédito la fe en la razón. Fue en la segunda cuando dicha fe comenzó a resquebrajarse. Por lo menos en las mentes agudas de unos pocos. No importa que por la inercia de la costumbre esta nueva fe en sustitución de la antigua continuara en vigencia, regulando las acciones y pensamientos de los demás. Lo decisivo es que se habían despertado algunas dudas, nuevos centros de ondas que en el tiempo habrían de agitar incluso los espíritus de los hombres de hoy. Ya David Hume, por ejemplo, no creía que cosas tan absolutamente importantes para la vida como la realidad del mundo externo o la inexorable cadena de causas y efectos que liga, en el fluir de la temporalidad, unos acontecimientos con otros, pudieran ser demostradas por la razón. ¡Bueno fuera que dependiéramos, para nuestra creencia en la existencia del mundo y de sus leyes, de nuestra habilidad para manejar razonamientos agudos y silogismos! En el centro medular de nuestro sistema de conocimientos hallamos la robusta confianza de una fe ciega. Ya Blas Pascal, en el siglo anterior, había hablado de esas razones particulares del corazón, que la razón no entiende.

El siglo XVII, en sus abusos racionalistas, había pretendido captar los rasgos esenciales del mundo. Y desde luego que entre dichos rasgos esenciales no había modo de encontrar un hueco para la temporalidad. Lo que es, es. La máxima ambición era hacer ciencia *more geometrico* y contemplar las cosas *sub quadam specie aeternitatis* como quería Spinoza. La imagen del mundo así obtenida, por sublime que fuese, podría causar deleite al intelecto y dejar, sin embargo, helado el corazón. Admiramos la hermosa arquitectura de conceptos de los clásicos del pensamiento del siglo XVII. Pero casi con la sola excepción de Pascal, apenas rastreamos el menor indicio de emoción humana. Descartes, Spinoza, Malebranche o Leibnitz, apenas son hombres, sino más bien intérpretes desindividualizados de la razón. Vano buscar en sus libros la anécdota

personal. Teoremas y demostraciones, pruebas, evidencias y silogismos, nada tiene que ver con la vida y peripecias de sus autores. Lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo son desplazados como inexistentes de un mundo en donde una razón fría mide y distingue, analiza y deduce. La verdad tiene que habérselas con el ser, pero no con el valor.

Y, sin embargo, hace un rato dijimos que Winckelmann murió en 1768 cuando viajando hacia Alemania, cerca de Viena, se volvió, acometido de nostalgia, a Italia. Allá, durante varios años, había desempeñado el cargo de inspector general de las antigüedades clásicas del Lacio. Crear la Historia del Arte era introducir en el campo de las preocupaciones intelectuales humanas dos cosas nuevas: la historia, es decir, el tiempo, y el arte, a saber, la belleza. Ella suponía que nos hallábamos en el umbral de unos nuevos tiempos y de una nueva sensibilidad. Acercábase la hora en que ya no podría la ciencia limitarse a la tarea de definir el ser, de espaldas a la hermosa de narrar o describir su devenir. Nada en la naturaleza es eterno e inmutable. Hay sobre la faz del universo arrugas que el tiempo se encargó de esculpir.

Escuchen ustedes estas palabras de Humboldt: "Para comprender bien la naturaleza, no se puede separar enteramente y de una manera absoluta la consideración del estado actual de las cosas, de la de las fases sucesivas por las cuales éstas han pasado, ni pueden concebirse su esencia sin reflexionar acerca del modo de su formación. No es la materia orgánica la que perpetuamente se compone y se disuelve para formar nuevas combinaciones; el globo, a cada fase de su vida, nos revela también el misterio de sus estados anteriores".

"No es posible fijar la vista sobre la corteza de nuestro planeta sin encontrar las huellas de un mundo orgánico destruido. Las rocas sedimentarias presentan una sucesión de seres que se han asociado por grupos excluidos y reemplazados mutuamente. Estos bancos superpuestos unos a los otros, nos revelan las faunas y las flores de los pasados siglos. En este sentido, la descripción de la naturaleza está íntimamente enlazada con la historia". Cualquier sutil catador de ideas en la historia sabe que estas expresiones jamás hubieran podido salir de la pluma de un científico del siglo XVII.

A pocos kilómetros de Berlín tenían los padres de Humboldt una finca, Tegel, en donde transcurrieron los primeros años de los hijos, Guillermo y Alejandro. Su temprana educación estuvo a cargo de dos preceptores, Campe primero y Kunth después. Alejandro gustaba de corretear por los bosques de Tegel. El padre había plantado miles de moreras pensando hacer negocio con el cultivo del gusano de seda. El hermano mayor, Guillermo, era sensato y estudioso. Recitaba a la perfección sus lecciones de historia y conjugaba con seguridad sus verbos latinos. Alejandro, en cambio, reservado y huraño, amaba vagabundear solitario por los bosques recogiendo insectos, piedrecitas extrañas de varios colores, florecillas silvestres. Su cuarto era un pequeño museo en donde se amontonaban los objetos más variados. *Petit esprit malin*, le llamaban los familiares y otras veces, en burla, "pequeño boticario". "En esa su vida infantil se halla la clave que explica al viajero errabundo por el mundo entero para descubrir y afirmar un amor materno ideal que hablaba el lenguaje de las rocas, de las plantas y de las estrellas. De este notable amor infantil hacia la naturaleza habría de brotar el naturalista explorador, el hombre que aspiró durante el resto de su vida a esa ensoñación que llamamos romanticismo, pero que en él produjo una singular mezcla de pensador y artista, de explorador y observador sensible".

Años más tarde en su "Relación de viajes", escribía Humboldt: "Desde mi más temprana juventud, tuve un intenso deseo de viajar por esas tierras lejanas, no visitadas aún sino raramente por europeos. Este impulso es característico de una etapa de nuestra existencia en la que la vida se presenta como un horizonte sin límites, y nada cautiva tanto la imaginación como la excitación de los sentidos y las manifestaciones del peligro físico... El estudio de los mapas y la lectura de los libros de viajes despertaron en mi una fascinación secreta que a veces era casi irresistible y parecía ponerme en contacto directo con sitios y cosas lejanas. La idea de que, posiblemente, tuviera que renunciar a toda esperanza de ver las espléndidas constelaciones que brillan en el hemisferio sur era una punzada invariable en mi corazón". El impulso romántico de estas frases es notable. No en balde los jóvenes Humboldt leían en Tegel a Rousseau y a Bernardino de Saint Pierre.

En 1778, Goethe, de paso para Potsdam, visitó Tegel. En la

primera parte del Fausto, recordando la leyenda que oyó sobre el fantasma de Tegel, escribió:

"Desvanécese al instante. Hemos dicho la palabra alumbradora.

El grupo de demonios por ninguna norma es atemorizado:

Somos tan sabios y, aun así, Tegel está hechizado".

Transcurrieran los años y el viejo Goethe, en la cumbre de la fama y de la sabiduría, recordaría muchas veces a aquel jovenzuelo de 9 años que conoció en Tegel y que ahora se había convertido, según su expresión, en "fuente de conocimientos". Una gran amistad ligó a los dos hombres, a pesar de que sus teorías científicas sobre la naturaleza discrepaban en muchos puntos.

En Berlín, un día de otoño de 1785, a los 16 años, Alejandro entró en la casa del célebre botánico Carlos Luis Willdenow, con varios paquetes bajo el brazo. Ante el autor de la "Flora de Berlín" desplegó su pequeño museo de rocas, minerales, insectos, flores y plantas. Oyó muchos consejos y sabias lecciones. Por entonces, tuvo otro maestro, Chodowiecki, director de la Academia de las Artes. Siempre había sido aficionado al dibujo. Con Chodowiecki aprendió dibujo y grabado. La fotografía no se había inventado aún, y el dibujo le había de servir más tarde a Humboldt para fijar países de tierras exóticas. Tan hábil era entonces para el dibujo que copió a lápiz un cuadro de Rembrandt que exhibió en la exposición artística de Berlín de 1786.

Más decisivo aún para su formación fue la amistad con Marcus Herz y su esposa Enriqueta. El primero le enseñó física y electricidad. Por insinuación de la segunda aprendió inglés y hebreo. También en casa de los Herz conoció Humboldt a Moses Mendelssohn, el filósofo, abuelo de Félix, el también célebre compositor. ¿No influiría en la ulterior actitud de rebeldía de Humboldt frente a las discriminaciones raciales la contemplación de todas estas brillantes personalidades judías que, sin embargo, tenía por las leyes limitada su libertad? A este respecto Humboldt fue un típico representante de la ideología de la ilustración. Locke, que es el filósofo que más influye en el pensamiento filosófico francés del XVIII, había dicho

que la conciencia era como un papel en blanco. Lo que somos, procede de la experiencia, va a ser la consecuencia que va a sacar en Francia Helvetius. A la vanguardia de los acontecimientos políticos, la metafísica ya había proclamado años antes de la Declaración de Derechos la igualdad y la fraternidad entre los hombres. Si a esto se añade la influencia del optimismo naturalista de Rousseau y de Bernardino de Saint Pierre se comprende que Humboldt viera en sus peregrinaciones por tierras extrañas a los indígenas con ojos predispuestos a la benevolencia y al amor. Como los viera, aunque fuera en el terreno de la ficción, su amigo Chateaubriand. De ahí, ciertas críticas incidentales, a lo largo de sus libros, contra el colonialismo, la servidumbre y las grandes desigualdades sociales. Pero Humboldt nunca tuvo madera de político. Vivió siempre en los más altos círculos sociales, entre reyes, zares, emperadores, duques y príncipes y, claro es, en contacto con los más ilustres intelectuales de su tiempo. Tuvo que disimular o callar muchas veces su pensamiento. Amigo y consejero de autócratas, amando sobre todo su vida intelectual, acosado de deudas y teniendo que depender para la realización de sus aspiraciones científicas de la ayuda de los poderosos, careció de libertad para proclamar en alto su pensamiento sobre cuestiones sociales y políticas.

En 1787 los hermanos Humboldt marcharon a la universidad de Francfort. Dos años después, se matricularon en la universidad de Gotinga. Aquí, compartieron el hogar con el conde Clemente Metternich, que tan brillante papel habría de jugar más tarde en la política europea después de la caída de Napoleón.

En Francfort encontramos la primera en la serie de grandes amistades masculinas de Humboldt: su condiscípulo Wegener. Oigan ustedes el fragmento de una carta de Humboldt a Wegener: "Cuando mido la esperanza e impaciencia con que espero noticias tuyas, estoy seguro que no hay amigo que pudiera amar tanto a otro como te amo a ti. Cuando recuerdo todas las pruebas que me has dado de tu amistad, me atormenta la idea de no quererte tanto como merece tu dulce e impresionable espíritu y tu afecto". Amigos así de entrañables hubo muchos en la larga vida de Humboldt.

Estando en Gotinga y por iniciativa de uno de sus profesores, Blumenbach, Alejandro realizó una excursión por el Rin, recogiendo

plantas y rocas. Discutiase por entonces el problema del origen "neptunista" o "plutónico" de las rocas. Terció Humboldt en la contienda a favor de la tesis primera publicando con este motivo su primera obra científica. Tenía por entonces 20 años.

Por entonces también conoció Humboldt a un personaje interesante, a Jorge Forster. Compañero de Cook en su segundo viaje, había escrito interesantísimos libros de viajes. Nos imaginamos a Humboldt escuchando las interminables narraciones de Forster sobre las paradisíacas playas en las islas del mar del sur. Latente desde su infancia el amor por los viajes y los descubrimientos, cada anécdota de Forster debía de ser como leña seca arrojada al fogón de la pasión aventurera de Humboldt. Nada, pues, de extraño que a la primera insinuación de realizar un viaje a Inglaterra en compañía de Forster, Humboldt se olvidara de los deseos maternos de que completase sus estudios en la Escuela de Comercio de Hamburgo, y se embarcase con su amigo Rin abajo hasta Colonia. Desde allí partieron en diligencia hasta Lieja y luego hasta Dunquerque, en donde Humboldt vió el mar por vez primera. Hacia un año que había estallado la Revolución cuando Forster y Humboldt llegaron a París, de regreso de su viaje de Inglaterra. A poco se separaron para no verse más. Pero viejo, Humboldt recordaría a aquel extraordinario explorador, que con sus historias había alimentado su pasión por los viajes.

Después de una breve estancia en Hamburgo Alejandro se inscribió como alumno en la Academia de Minería de Freiberg, bajo la dirección del eminente geólogo Werner, cuyas teorías "neptunistas" había defendido Alejandro en su primer opúsculo. Había allí estudiantes de todas las nacionalidades: el español Del Río, al que más tarde encontraría en México como director de la Academia de Minería, a Leopoldo von Buch, al que cita numerosas veces Humboldt en sus obras con gran admiración, Fischer de Waldheim, más tarde uno de los científicos de mayor renombre en Rusia, etc., etc. Terminados sus estudios logró obtener su primer empleo oficial como inspector de minas. Tuvo Humboldt que descender a lo hondo de las minas, preocuparse por la situación social de los mineros, redactar informes, crear escuelas para la especialización de los obreros en los estudios geológicos. Además, aprovechaba la oportunidad que le brindaba su nueva ocupación para proseguir sus estu-

dios científicos particulares: estudiaba las rocas y la flora que crecía en los oscuros túneles de las minas. En 1793 publicaba su primer libro científico importante: "Flora de Freiberg". Trata en él el problema de la clorofila y del fenómeno de la fotosíntesis. El libro tuvo gran resonancia. Goethe discutió con Humboldt sus propias teorías sobre la metamorfosis de las plantas y un botánico sueco designó con el nombre de Humboldt una nueva especie, recién descubierta, de laurel de la India.

Hacia el año de 1794 Humboldt conoció a un joven oficial del ejército: Reinhard von Haefen. Fue por algún tiempo el amigo entrañable de turno. Escuchen como se expresaba Humboldt en una carta: "Siempre mantengo mi promesa, querido, amado Reinhard... Goethe insistió en que volviese con él a Weimar, donde le necesitaba el duque. Por mucho que me guste estar con Goethe habría perdido las fiestas. Hubiese significado verte seis días más tarde, y esa pérdida no puede compensarse con nada del mundo. La gente puede no entender esto. Yo sé que sólo vivo a través de ti, mi bueno y precioso Reinhard, y que únicamente puedo ser feliz en tu presencia". Al año siguiente visitó Humboldt Italia. En el otoño de 1796 moría su madre. Esto suponía dos cosas: la independencia económica y la libertad para proyectar una vida de acuerdo con sus aficiones más íntimas.

La insaciable curiosidad de Humboldt le había llevado por aquellos años a realizar estudios sobre la electricidad animal, inspirado por los experimentos del fisiólogo italiano Luis Galvani. En su viaje a Italia discutió estos problemas con Volta. Resultado de todo ello fue un libro publicado en 1797, que contribuyó a aumentar el ya creciente prestigio de Humboldt entre los investigadores de su tiempo.

Humboldt proyectaba realizar hacia 1797 un viaje a la India. Pero las circunstancias políticas eran inquietantes: guerra de Francia con Inglaterra y bloqueo naval de las costas de Europa por la flota inglesa. Después de una serie de viajes por el centro de Europa, Humboldt se traslada a París. Recién llegado se entera de la ocupación de Egipto por las tropas de Napoleón. ¡Adiós ilusiones! El camino hacia el oriente quedaba cerrado. París continuaba siendo la capital intelectual del mundo. Alejandro conoció en aquella

ocasión al viejo capitán Bougainville, quien le mostró una colección de plantas sudamericanas; al zoólogo Jorge Cuvier, al naturalista Etienne Geoffroy de Saint Hilaire, al matemático Lagrange, al astrónomo Laplace, al químico Berthollet. Lavoisier acaba de ser guillotinado. Bougainville le instó a que le acompañase a un viaje alrededor del mundo y quizás al Polo Sur, a última hora este viaje fracasó.

Deseando, sin embargo, marchar a alguna parte, Alejandro, en compañía de un joven botánico francés, Aimé Bonpland, partió, el 20 de octubre de 1798, para Marsella. Pero la rebelión de las tribus berberiscas del norte de Africa le obligó a marchar a España. Allí, el embajador de Sajonia, Forel, le presentó al Ministro de Asuntos Exteriores, Mariano Luis Urquijo. Humboldt le expuso su plan de visitar los territorios españoles en América. "El entusiasmo con que incesantemente apoyó mis intenciones, dice, no tenía más motivación que su amor a la ciencia". En los pasaportes que se les otorgó se "mencionaban, como lugares de destino, Cuba, México, Nueva Granada, Perú, Chile, Buenos Aires y las Filipinas". Se daban, además, órdenes a los gobernadores para que se les prestase toda clase de ayuda y permitiese coleccionar plantas, animales, minerales, hacer observaciones astronómicas, mediciones de altitud en las montañas, etc., etc.

"Nunca, declaró más tarde Humboldt, le habían sido hechas a un viajero tales concesiones, ni el gobierno español había confiado en un extranjero tan completamente". Poco tiempo antes de partir de La Coruña en la fragata española Pizarro, Goethe escribía al hermano de Humboldt: "Con su genio, su talento y su energía, las ventajas de ese viaje son enteramente incalculables. Lo que puede asegurarse es que él mismo se llegará a sorprender ante una riqueza cuyo provecho está destinado a ser muy grande".

La fragata partió rumbo a Madeira y las Canarias, sorteando en la noche la vigilancia de la flota inglesa. En Tenerife, Humboldt y Bonpland escalaron el Teide. Oigan al Humboldt: "El espectáculo que se nos ofreció a los 12.500 pies de altura fue notable. Arriba, la comba azul oscura del cielo; a nuestros pies, antiguos ríos de lava y, por doquier, la escala de la devastación volcánica... Casi se me saltan las lágrimas ante la idea de abandonar este lugar paradisíaco. Me gustaría mucho establecerme aquí. ¡Si pudiera ver estos

campos ubérrimos, estos bosques de laureles milenarios, estas viñas y estas rosas!"

Para el hombre de genio una experiencia, un paisaje, un fenómeno cualquiera, pueden determinar síntesis y generalizaciones que lleven al descubrimiento de alguna ley fundamental de la naturaleza: las piedrecillas que Galileo arrojaba desde lo alto de la torre de Pisa, el agua del baño que se desborda en Arquímedes, la manzana de Newton, las arcaicas especies animales que Darwin contempló en el archipiélago de los Galápagos, etc., etc. Cuando Humboldt ascendió al cráter nevado del Teide desde el ubérrimo y semitropical valle de Orotava, sorprendióse de ver cómo la vegetación iba cambiando a medida que ganaban altura. Abajo, platanales y viñedos; a los pocos minutos de marcha, robledades y luego coníferas. Era maravilloso ver esta armoniosa distribución de las plantas. Humboldt comprendió que sus estudios, tan variados, no habrían de ser sólo la manifestación de un espíritu curioso e inconstante. Que habría de necesitarlos algún día si de verdad quería hacerse una idea del mundo. Las rocas, las corrientes de aire y marítimas, la altura, la latitud, la atmósfera, los rayos del sol, las plantas, los animales, el calor interior de la tierra, el magnetismo terrestre, etc., estaban en mutua relación, interfiriendo unos con otros y produciendo una vasta y completa armonía. ¡Orden y armonía del todo! Quizás en las vertientes del Teide maduró en Humboldt la idea de su obra póstuma y capital: el "Cosmos". Además, el espectáculo de las rocas eruptivas, de las lenguas de lava petrificada, le hizo desistir de la teoría de Werner acerca del origen acuoso de las rocas.

En la travesía, Humboldt y Bonpland pasábase el día y buena parte de la noche en cubierta con sus instrumentos. Gran emoción fue la noche en que por vez primera vieron aparecer en los cielos la Cruz del Sur. Declaróse una fiebre de tifoidea y el barco, en lugar de seguir rumbo a La Habana, hizo proa hacia el puerto de Cumaná, en Nueva Granada. Como en la época heroica de los conquistadores, al acercarse el barco a la costa aparecieron dos embarcaciones con indios guayaquíes semidesnudos. Uno de ellos, Carlos del Pino, fue el primer amigo indígena de Humboldt, al que contrató para que le sirviera de guía. El gobernador, don Vicente Emparán, les dió toda clase de facilidades y así, en tres meses,

Humboldt pudo comunicar a Europa que había clasificado más de 1.600 plantas y descubierto unas 600 especies nuevas. Ambos naturalistas estaban atareados observando a los indios, su vida, sus costumbres. Bonpland examinó los pechos de un indio que, según decían, había amamantado a su hijo privado de su alimento natural por grave enfermedad de la mujer. En el valle de Caripe descendieron a unas cuevas y observando el gradual aumento del calor, Humboldt pudo establecer la ley de la temperatura media de la corteza terrestre.

Caminaron hacia Puerto Cabello. De allí al lago Valencia y, por fin, el 22 de marzo de 1800, al río Apure. Desde este punto, en una canoa india, descendieron hasta el gran Orinoco. Era la culminación de un gran deseo. Ahora estaba en medio de la selva tropical en todo su esplendor. Cuando acampaban en las orillas "oían el monótono gemido de los monos aulladores, el suave silbido del pequeño sapajo, el gruñido del mono listado nocturno, el aullido en staccato del jaguar, del pacavi, del perezoso". Todo un mundo que parecía haber esperado siglos para que lo contemplasen los expedicionarios. Y, no obstante, de vez en cuando, en el sitio más inverosímil, encontraban a un solitario misionero o a un colono español. Los indios otomacos, en Uruana, les proporcionaron el curioso espectáculo de un grupo de pobres gentes que pasaban al año una temporada alimentándose de una tierra especial. Con ella hacían unas bolitas, llamadas "poyas", que consumían en grandes cantidades. Impresionado por este caso de geofagia, Humboldt se proporcionó algunos ejemplares que hizo analizar más tarde en París. Por los ríos Atabapo y Taumini los naturalistas llegaron hasta el Casiquiare y desde allí al Orinoco. Habían demostrado prácticamente la conexión entre las cuencas del Orinoco y del Amazonas. De regreso a Cumaná, después de permanecer muchos días en Angostura a causa de haber caído Bonpland enfermo de tifoidea, habían corrido 6.443 millas por una de las regiones más peligrosas y desconocidas de América.

A poco salieron Humboldt y Bonpland para Cuba. Pensaban visitar el Canadá, la región de los grandes lagos, bajar por el Mississippi hasta Nueva Orleans, pasar a Acapulco y desde allí embarcar para las Filipinas. Pero cambiaron de proyecto y partieron para Cartagena de Indias. Fruto de su estancia en Cuba fue el libro "En-

sayo político sobre la isla de Cuba", que no se publicó hasta 1827. Río Magdalena arriba navegaron hasta llegar a la altura de Bogotá. Humboldt estaba ansioso de conocer a José Celestino Mutis y su museo de plantas. Humboldt informó a su hermano: "Treinta artistas han estado pintando durante los últimos 15 años bajo la dirección de Mutis. Conserva en grandes portafolios de 2.000 a 3.000 dibujos, realizados como las pinturas de miniatura. El rey paga anualmente 10.000 piastras para los gastos de investigación botánica". De Bogotá marcharon a Ibagué y de allí a Cartago. En Popayán pasaron un mes. Por Pasto, Tulcán e Ibarra llegaron finalmente a Quito el 6 de enero de 1802. Quito tenía por entonces 40.000 habitantes. El marqués de Selva Alegre los alojó en su casa. En compañía del joven Carlos Montúfar se dedicaron a recorrer los alrededores de Quito, escalando montañas. Al fin, el 23 de junio emprendieron la ascensión del Chimborazo. Componían la expedición Bonpland, Humboldt, Montúfar y un indio. A la una de la tarde llegaron cerca de la cumbre. Estaban a 19.286 pies de altura. Jamás hombre alguno había ascendido tanto. "El Sr. Bonpland capturó una mariposa a una altura de 15.000 pies, y 1.600 pies más arriba se vió una mosca. No vimos cóndores, tan numerosos en las laderas del Pichincha", explicaba más tarde Humboldt. En 1828 escribía: "Toda mi vida me he ufano de ser yo el que, de todos los mortales, había alcanzado el punto más alto de la tierra, en las laderas del Chimborazo. Por consiguiente, me entero, con cierto sentimiento de envidia, de las proezas de Webb y sus compañeros en las montañas de la India... De todos modos, las cordilleras andinas de Quito conservan su derecho a contarse entre las más altas del Nuevo Mundo, sobre todo, el poderoso Chimborazo".

Intentaron también la ascensión del Cotopaxi, sin poder llegar a la cumbre. De Quito pasaron a Latacunga y luego a Riobamba, a casa de un hermano de Montúfar, que era corregidor. Pasando por Alausí y el nudo del Azuay en donde los viajeros contemplaron los Paredones del Inca, bajaron a Cañar. Humboldt dibujó Inga Pirca. Desde allí caminaron hacia Cuenca y Loja.

Por Loja entraron los expedicionarios al oriente y allí navegaron los ríos hasta llegar al Pongo de Manseriche, "barranco rocoso donde su barca fue detenida por maderas flotantes y vegetación tropical". Permanecieron durante 17 días en el Amazonas. "Las obser-

vaciones magnéticas de Humboldt por entonces ya se habían extendido hacia el sur lo suficiente para indicar la línea que separa los campos magnéticos terrestres de los hemisferios norte y sur. El magnetismo terrestre fue una de las grandes preocupaciones de Humboldt. El descubrimiento de Coulomb de los meridianos magnéticos y la divisibilidad del imán, así como las propias meditaciones de Humboldt realizadas en América y en Asia, llevaronle al descubrimiento de la ley de la declinación de intensidad magnética entre los polos terrestres.

De regreso al altiplano del Perú, Humboldt y sus amigos llegaron a Cajamarca. Allí conversaron con los Astropilca, los Carguaraicos y los Titu Buscamaya, pretendidos descendientes del inca Atahualpa. Atravesando el altiplano, de este a oeste, llegaron a la vista de Trujillo, contemplando allí por primera vez el azul espléndido del gran océano. Recordó Humboldt entonces las fantásticas narraciones de James Cook y las andanzas de Vasco Núñez de Balboa. De Trujillo, siguiendo la costa, llegaron a Lima el 23 de octubre de 1802. La impresión que le causó la ciudad fue pobrísima y así lo consigna en una carta que dirigió al gobernador de Jaén, en el mismo Perú. En Lima pudo observar Humboldt, el 9 de noviembre de 1802, el paso del planeta Mercurio sobre el disco solar. El hecho le permitió más tarde a Laplace comprobar su teoría de la mecánica celeste.

En las islas próximas a la costa del Perú Humboldt observó la existencia de una substancia llamada **guano**. Envío muestras a París y los químicos Vauquelin y Fourcroy las analizaron. También interesó en esta empresa al químico alemán Justo Liebig, el creador de la química agrícola. En 1841, Juan Nesbit demostró que una tonelada de guano equivalía a 33 toneladas de fertilizantes ordinarios. Tres años más tarde entraron en Inglaterra diez mil toneladas de guano. Más que las viejas minas de oro y de plata, este don de las aves marinas iba por muchos años a constituir la principal fuente de ingresos de la joven república del Perú. Y en muy buena parte a Humboldt se debió la introducción en el mundo occidental de este magnífico fertilizante.

De Lima a Guayaquil, camino de Acapulco, Humboldt estudió la corriente que hoy lleva su nombre. "Sólo puedo pretender el

mérito de haber sido el primero en medir su temperatura y velocidad", escribió años más tarde, en 1840. Acababa de salir de Guayaquil cuando el Cotopaxi entró en erupción y una vasta nube de cenizas se extendió por el cielo. Era como un adiós de despedida del hermoso volcán a unos hombres que meses atrás habían osado escalar sus laderas.

Un par de meses de travesía y al fin Acapulco. De este puerto hasta México, la "ciudad de los palacios", como la llamó Humboldt. En el camino visitaron Taxco, la famosa ciudad minera, que entonces producía, junto con Zacatacas, las dos terceras partes del mineral de plata del mundo. En México encuentro con viejos amigos, entre ellos Del Río, el antiguo discípulo de Freiberg. El Virrey, don José de Iturrigaray, también le dió a Humboldt toda clase de facilidades para la realización de sus estudios. En su libro sobre México, "Ensayo político sobre el reino de la Nueva España", Humboldt abogaba por el reconocimiento mundial hacia la obra española. Había espléndidos centros de enseñanza, equipados con los mejores gabinetes, laboratorios y bibliotecas. Camino del gran centro minero de Guanajato Humboldt y sus compañeros visitaron el gran canal de Nochistongo, la obra de ingeniería más importante y antigua de su clase en América. Ascendieron a volcanes, como en Sudamérica, y se dedicaron a investigaciones arqueológicas. El 19 de febrero de 1804 llegaron a Veracruz y a los pocos días embarcaron para La Habana. Breve estancia en Cuba y de allí a Filadelfia. En una taberna de la calle del Mercado en esta ciudad se alojaron los tres viajeros. En el libro de registros figuraban estos tres nombres: Alejandro von Humboldt, Aimé Bonpland, botánico francés y don Carlos Montúfar, de Quito. El 24 de mayo de 1804 Humboldt dirigía una carta al presidente Jefferson. Después de presentarse y de hacer algunas consideraciones de ocasión sobre la joven república y la libertad, Humboldt decía: "Me encantaría poder hablar con Ud. acerca de un tema tan brillantemente tratado en su escrito sobre Virginia, los dientes de un mamut, que nosotros también descubrimos en los Andes". Jefferson contestó amablemente a Humboldt invitándole a que le visitase en su finca de Montecillo, en Washington. Como Humboldt venía de México podía informar al presidente sobre algunos asuntos pendientes relativos a la línea fronteriza entre Luisiana y la Nueva España. Jefferson era filósofo, un gran amigo de las ciencias y un liberal sencillo y bona-

chón. Pero era norteamericano y, al final de su carta, dejaba, como al descuido, escapar estas líneas significativas: "Asimismo, ¿podría decirme si existen minas y, de haberlas, de qué clase son? Agradeceremos su información".

El 9 de julio de 1804, cuando el barco se disponía a llevar al trío a Europa, quizá cada cual pensaba en algo distinto. "El quiteño Montúfar quizá soñase en una libertad por la que valdría la pena de combatir en su propia tierra. Bonpland había aceptado este entreacto norteamericano como quien, aun deseando volver a París, está atormentado por los recuerdos nostálgicos de las selvas tropicales y la recolección de plantas. Y Humboldt, al ver el firmamento de América brillante de estrellas de esperanzas, quizá no advierta la intensidad con que se reflejaría en él".

Humboldt y sus dos amigos llegaron a París cuando éste hallábase engalanado para la coronación de Napoleón. El 2 de diciembre de 1804, Pío VII ponía sobre las sienes de Bonaparte la corona imperial de Carlomagno. En las Tullerías, con ocasión del gran baile de gala, Humboldt fue presentado al Emperador de los franceses. "¿Entiendo, señor, que colecciona Ud. plantas?" Humboldt, inclinándose cortés, afirmó. Y entonces el gran corso, volviéndose bruscamente de espaldas, con desdén, murmuró: "También las colecciona Josefina". Ninguna simpatía humana hubo jamás entre estos dos hombres tan distintos. Por entonces, presentaron a Humboldt al físico Gay-Lussac, famoso por sus hazañas aeronáuticas. Fueron siempre desde entonces entrañables amigos.

En los años que siguieron a su regreso a Europa Humboldt trabajó activamente en sus libros. Su obra "Viajes a las regiones equinocciales del Nuevo Continente", que dividió en seis partes, contenía más de 1425 ilustraciones y mapas. La primera parte comprendía una "Relación histórica", las "Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América", un "Atlas geográfico y físico del Nuevo Continente" y el "Examen crítico de la historia de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI". La segunda parte comprendía un "Resumen de observaciones de zoología y anatomía comparada". La tercera, el "Ensayo político sobre el reino de la Nueva España". La cuarta, el "Resumen de observaciones astronómicas, de operaciones trigonométricas y de medidas barométricas".

La quinta, la "Física general, geología y ensayo sobre la geografía de las plantas". La sexta, que, a su vez, comprendía once tomos, fue titulada "Nova genera et species plantarum". Fue esta la época de la colaboración estrecha con los más distinguidos sabios de Europa, sobre todo franceses: Gay-Lussac, Chateaubriand, Guizot, Berthollet, Biot, Cuvier, Etienne Geoffroy Saint-Hilaire, Valenciennes y, más que con ningún otro, con el famoso físico Francisco Aragó. Eran años tremendamente agitados en lo político. Napoleón acababa de fracasar en su expedición a Moscú y los ejércitos aliados se preparaban para entrar en París. Guillermo el hermano de Alejandro, había renunciado a su cargo de diplomático en el Vaticano para dedicarse más libremente a servir a la causa aliada. Un hijo suyo combatía en los ejércitos. Pero el bueno y pacífico de Alejandro continuaba impertérrito en París, la capital enemiga, dedicado a sus estudios, a sus escritos, a sus colecciones queridas de minerales y plantas. La América que él había recorrido también se hallaba en guerra. Montúfar, el fiel quiteño en las aventuras y correrías por el nuevo continente, había regresado a ponerse a las órdenes de Bolívar, para ser sacrificado en la lucha por la liberación de su patria. Bolívar y Humboldt se conocieron en París, en 1804. Pasaron algún tiempo juntos en Roma. Hay quien dice que Humboldt insinuó a Bolívar que cumpliera su gran misión histórica. Bolívar escribió en cierta ocasión que en su juventud "había tenido el honor de mantener amistad con el Sr. Bonpland y el barón de Humboldt, cuyos conocimientos habían favorecido más a América que todos sus conquistadores".

Su amigo Bonpland no tuvo mejor suerte. Perdida la protección de la Emperatriz Josefina regresó a Sudamérica. Fue profesor de historia en Buenos Aires. En una exploración por la zona fronteriza de Argentina y Paraguay, entonces en litigio, fue asaltado por soldados paraguayos, que mataron a sus criados y le hicieron prisionero. Humboldt y el primer ministro inglés Canning removieron cielo y tierra para conseguir su libertad. Vivió durante 9 años una existencia miserable. Al fin, fue libertado en 1830. Pero Bonpland, destrozado física y moralmente, se internó en la selva a vivir una vida primitiva y jamás regresó a Europa.

Al día siguiente de la entrada de las tropas aliadas en París Federico Guillermo III mandó llamar a Alejandro. Su hermano Gui-

llermo acababa de ser condecorado con la Orden de la Cruz de Hierro de Primera Clase como recompensa a sus servicios. Alejandro, comentando este hecho, observó: "Yo hubiera preferido la Cruz del Sur". A pesar de todo, Federico Guillermo y Humboldt se hicieron amigos. El rey carecía del genio de su antecesor, el gran Federico. Sus aficiones eran dar cuerda a los relojes y dibujar uniformes nuevos para sus tropas. Napoleón dijo de él en cierta ocasión: "Ese hombre debiera haber nacido sastre. Siempre sabe cuántos metros de tela se necesitan para el uniforme de un soldado". En junio de 1814 el rey rogó a Humboldt que le acompañase a Inglaterra. Mientras la universidad de Oxford organizaba un acto en honor del "mariscal de campo Blücher, héroe un tanto analfabeto, que había derrotado al "anticristo Napoleón", Humboldt, aburrido, dedicábase más bien a comentar la geografía de la India con algunos colegas ingleses.

Pasaban los años para Humboldt entre los estudios, la edición de libros, sus obligaciones con la realeza y los proyectos, nunca abandonados, de realizar nuevos viajes. De un lado, le atraía México; de otro, ya en Inglaterra había ensayado interesar al gobierno, sin éxito, en una expedición a las Indias Orientales.

En 1824 recibió Humboldt la visita del arzobispo de México, que le traía una carta de reconocimiento y amistad de Lucas Alamán. Pero las ilusiones de regreso al país que recorriera 20 años antes no lograron cristalizarse en nada concreto.

En París Humboldt asistía al espectáculo de la muerte de Luis XVIII y a la elevación al trono de Carlos X. Triunfaba la política reaccionaria y Humboldt se quejaba de ello. Pero el miedo de que cualquier manifestación por su parte pudiera traerle perjuicios e impedirle el sosiego necesario para la continuación de sus estudios le mantenía callado. No tuvo el valor de su amigo Arago, ni el de su hermano Guillermo, que abandonó la carrera diplomática cuando le resultó insoportable la política reaccionaria de su gobierno.

En 1826 aceptó la proposición del rey para que fuera a Berlín. Camino de esta ciudad se detuvo en Weimar para ver a su hermano que estaba con Goethe. Al año siguiente anunció una serie de conferencias en la Singakademie, una gran sala de conciertos en la

capital. Su cuñada Carolina hablaba así de las conferencias: "Ofrecen, en audaces esquemas, una visión total de la estructura de la naturaleza, las relaciones entre nuestra tierra y el sistema planetario, hasta el límite que podemos alcanzar". Por entonces, comenzó Humboldt la redacción de su obra póstuma y quizá más importante, el "Cosmos". Tenía 60 años y la obra la continuaría hasta el fin de sus días. El 18 de septiembre de 1828 presidía Humboldt la sesión inaugural, en Berlín, de la Academia alemana de Médicos y Naturalistas. Además de la familia real y de un gran número de ministros y diplomáticos, estaban presentes figuras cuyos nombres han quedado inmortalizados en los anales de las ciencias: el matemático Gauss, el químico Leibig, el astrónomo Bessel, Godofredo de Saint-Hilaire, de París, Berzelius, el químico sueco, y otros muchos. En su discurso, Humboldt dijo: "Sin diversidad de opiniones, el descubrimiento de la verdad es imposible, pues la verdad en su integridad no puede ser vista y valorizada por todos los hombres a un tiempo y desde un solo punto de vista".

Hacia un año o dos que Humboldt estaba en relaciones con el gobierno de Rusia. El zar Nicolás I creyó que el momento era oportuno para que un sabio con la experiencia de Humboldt emprendiese una serie de exploraciones por los Urales y las regiones de Siberia en busca de minerales y nuevas fuentes de riqueza. Humboldt escogió como compañeros para la expedición al médico Ehrenberg y al mineralogista Rose. El 12 de abril de 1829 salieron de Berlín. San Petersburgo, Moscú, Novgorod, el Volga... De allí, río abajo, en barcas, hasta Kazán. Todo el encanto fascinador del oriente abríase allí ante los ojos de los viajeros. De Kazán, a través de la estepa, caminaron hasta Perm y Yekaterinburg, en los Urales. Allí Humboldt encontró un yacimiento de diamantes. Desde allí avanzaron hasta Tobolsk, Barbaul y, al fin, Krasnoyarsk, en la frontera China. Cambió algunos regalos de cortesía con el comandante chino de la guarnición. Era el 19 de agosto de 1829. "Por fin, Humboldt había llegado a ver las avanzadas de Asia, montañas nevadas que se alzaban en el desierto, las tiendas de los nómadas kirghizes, con sus rebaños de borregos y caballos que pastaban en las planicies. Favorecidos por una atmósfera diáfana. Humboldt y Rose subieron a una colina, desde la cual pudieron ver las cordilleras nevadas y las estepas. Muy cerca se hallaba el lago Zaysan Nor, y al sur, el gran desierto de Gobi, misteriosamente escondi-

do en una niebla polvorienta. Por la noche, llegaban los ruidos apagados de tambores de un templo de lamas, de negras murallas que descollaban en la estepa, casi plateado a la luz de la luna, al reflejarse las arenas. El viento nocturno silbaba bajo las estrellas. La arena penetraba serpenteando en las tiendas y los aullidos de los chacales rasgaban las tinieblas. Pronto, patos y gansos alcanzarían el vuelo desde ríos y lagos, volando hacia el sur, hacia el Ganges. Aquí, en el Asia Central, las caravanas habían enlazado a la China con la costa del mar Negro, cuando la historia comenzaba y el rastro de Alejandro el Grande estaba perdido en algún lugar de Bactriana". De regreso, pasaron por las orillas del Caspio. En la corte, recepciones y agradecimientos. De nuevo Berlín y París. Aquí, en la corte ahora de Luis Felipe, Humboldt conversaba con sus amigos Arago y Guizot. En 1835 murió su hermano Guillermo. También Federico Guillermo III, el rey que había depositado en él tanta confianza, falleció en 1840. "Es mi destino sobrevivir a todos, a mi familia y a los reyes", escribía Humboldt. Este fue nombrado miembro del Consejo de Estado por el nuevo rey, Federico Guillermo IV. Los años pasaban y Humboldt continuaba infatigable sus estudios y la redacción de sus libros. Los tiempos, a veces, eran difíciles. En 1848, las masas de Berlín reclamaron la representación popular ante el gobierno. Hubo un tiroteo y muchos quedaron tendidos en tierra. "Al día siguiente, el 22 de marzo de 1848, una procesión de duelo por los héroes de la revolución se convirtió en una manifestación de masas a favor de la libertad y de la unidad nacional. Los obreros de las fábricas y los estudiantes portaban banderas, y al frente marchaba Humboldt. Esta vez marchaba solo, sin reyes ni títulos que le rodeasen, encorvado su cuerpo, mientras un viento de invierno despeinaba sus blancos cabellos, y pensaba quizá en aquel día remoto de 1790 en que él y Forster se encontraban en el campo de Marte, de París, donde comenzó todo".

Aquel mismo año recibió la noticia del tratado de Guadalupe Hidalgo. Estados Unidos se expansionaba a costa de la República Mexicana. ¡Descubrimiento de las minas de oro de California! ¡Desde luego estos norteamericanos tenían suerte! Los turistas americanos en Europa iban a visitar al viejo Humboldt. En 1856, el Secretario de Guerra B. Floyd, le escribía: "Nunca podremos olvidar los servicios que Ud. nos ha prestado, no sólo a nosotros, sino al mundo

entero. El nombre de Humboldt no sólo es habitual en todo nuestro inmenso país, sino que nos hemos honrado usándolo para designar muchas partes de nuestro territorio, con objeto de que la posteridad lo encuentre ligado siempre a los de Washington, Jefferson y Franklin". El año de 1856 llegó a Berlín Bayard Taylor con objeto de hacerle una entrevista para el New York Tribune. Al despedirse le dijo Humboldt: "Ud ha viajado mucho y ha visto muchas ruinas; ahora ha visto una más". "No una ruina, dijo Taylor, sino una pirámide". Humboldt, el romántico enamorado de las selvas y de las estepas, de las altas montañas nevadas y de los calientes valles subtropicales, era, por otro lado, un espíritu de la Enciclopedia. Cuando Taylor se despedía le llamó la atención un camaleón que Humboldt mantenía vivo en su cuarto, en una caja de cristal. El sabio, ante la muda pregunta inquisitiva del periodista, le explicó: "que podía mirar con un ojo hacia el cielo, mientras que el otro vigilaba la tierra". Y añadió: "hay muchos clérigos que tienen la misma capacidad". Al año siguiente Taylor volvió a visitarle. Le encontró más decaído pero Humboldt trabajaba dieciséis horas diarias. Decía con ingenuidad que le quedaban muchas cosas por aprender. Y decía verdad. Era aquella una de las épocas más gloriosas de las ciencias. Humboldt recibía más de 3.000 cartas al año. Y, además, había que estar al tanto acerca de las investigaciones sobre la inducción magnética de Faraday, de los descubrimientos de Liebig, de los conceptos geológicos de sir Carlos Lyell y de las audaces hipótesis de Darwin. En 1858, corrieron rumores de que Humboldt se encontraba enfermo. El sabio tranquilizó a su editor prometiéndole que incluso planeaba algún trabajo más, ahora que estaba dando fin a la redacción del último volumen del "Cosmos". El 2 de marzo terminó la obra. El 19 de abril la envió a su editor. Dos días después tuvo que guardar cama. La primavera apuntaba en los botones de los árboles y Tegel con sus lagos y sus bosquecillos estaba próximo. Casi un centenar de años le separaban de aquellas alegres correrías de muchacho. ¡Cuánto tiempo! "He vivido tanto que casi he perdido la conciencia del tiempo. Pertenezco a la época de Jefferson y de Gallatin, y supe la muerte de Washington cuando viajaba por Sudamérica", había dicho pocos meses antes el anciano. ¡Cuántos grandes hombres habían desfilado por su existencia! Ahora los recordaba a todos en su lecho de muerte: Federico el Grande, Napoleón, Goethe, Schiller, Pitt, Chopin, Cuvier, Gauss, Arago, Agassiz, Metternich, Chateaubriand, Guizot, el zar

Nicolás... Nuevo Colón del continente americano y moderno Marco Polo de las estepas del Asia central, ¡qué de ríos y cordilleras aparecían ahora fugazmente por su frente ensoñadora y cansada!: el Teide, el Orinoco, el río Negro, el Magdalena y el Amazonas, la corriente majestuosa del Volga, los Urales, el lago Baikal, las orillas tristes y desoladas del Caspio. Quizás, quizás recordaba con melancolía al coloso de los Andes, al Chimborazo, cuya triple joroba sonrosada por el sol del poniente contemplara una tarde en compañía de los fieles Montúfar y Bonpland. Y, luego, ya nada. Eran las dos y media de la tarde del día 6 de mayo de 1859. El infatigable explorador y viajero descansaba al fin. En el entierro, Berlín entero caminaba tras el féretro a los acordes de la Marcha Fúnebre de Chopin. Al día siguiente, Tegel recibía el cuerpo de Alejandro von Humboldt. Allí reposa para siempre al lado de su hermano Guillermo y de su cuñada Carolina.

LA PERSONA DE ALEJANDRO DE HUMBOLDT

El día 6 de mayo de 1859, a las tres y media de la tarde, entró en la siempre enigmática noche de la muerte la existencia de un hombre de noventa años, que quince años antes ya se sentía "en la noche tardía de una vida en extremo agitada". Entonces, por el año de 1844, entregó al público alemán los cuatro tomos de su obra KOSMOS, obra cuya imagen, según las mismas palabras de Humboldt desde hacía casi medio siglo se cernía ante sus ojos con borrosos contornos. Hasta sus últimas semanas trabajó en el quinto tomo y, sin embargo, no pudo terminarlo. El manuscrito de ochenta y cinco páginas, que el sirviente Seifert tuvo que remitir ya en abril al editor, terminaba con el estudio del **grafito**, considerado como una de las piedras fundamentales de nuestra tierra.

¿Cómo era ese hombre que se atrevió a exponer el orden natural desde el grafito hasta las estrellas? Permitaseme presentar ante ustedes su evolución y su personalidad en su sucesión temporal con el fin de intentar decir algo al respecto, aunque bien sé que esto no será suficiente.

Alejandro de Humboldt nace en el año 1769, el mismo año en que nació Napoleón y un año antes del nacimiento de Hegel, en el centro de Berlín, que por aquel tiempo era una ciudad de 150.000 habitantes. Crece junto con su hermano Guillermo, dos años mayor que él. La mayor parte de su tiempo lo pasa en Tegel, donde se encontraba un pequeño palacio de caza que servía de casa de verano para sus padres, situado en un parque de robles, rodeado de lagos, pinares y campos. Guillermo puede leer y escribir a los tres años. Alejandro a los seis. Guillermo pronto demuestra sus dotes para el latín y la historia; Alejandro aprende mal, dibuja bien y colecciona con afán y en forma cada vez más sistemática insectos, plantas y piedras. Cuando los hermanos tienen diez y doce años muere su benévolo padre, su guía en los bosques y juncales. Su madre de origen hugonote, mujer fría, suave, correcta, inteligente y perseverante en sus propósitos, les busca un preceptor. Campe, su primer preceptor, había traducido las aventuras de Robinson Crusoe en la exótica isla. Alejandro todavía se burlaba más tarde de su ex-

traña mezcla de inclinación romántica a lo lejano y de pedantería moralizante. Kunth, el hombre de confianza de su madre, alabado por Guillermo, despreciado por Alejandro, se va en 1787 a la pobre universidad de Frankfurt del Oder, universidad frecuentada por estudiantes de familias campesinas, con Guillermo y Alejandro, que por entonces tenían veinte y dieciocho años respectivamente. Dos años más tarde se encuentran ambos hermanos en Gotinga. Es más fácil encontrar a Alejandro, oficialmente estudiante de Derecho, en los cursos de ciencias naturales, sobre todo en los del zoólogo Blumenbach, que en los de su facultad. Un viaje por el Rin, emprendido en compañía de un estudiante holandés de geología, es el primero de los viajes de esta vida que se dedicó a los viajes y se definió por ellos. Este viaje por el Rin se nos muestra como un modelo por la forma como en él se unen la observación y la reflexión con el fin de comprender el mundo. Como resultado de este viaje surge un estudio de Alejandro sobre la esencia del basalto su obra primera. Forster, compeñero de Jame Cook en su segundo viaje al rededor del mundo, lo toma como acompañante para un viaje a pie Rin arriba. Visitan a Inglaterra y regresan a Paris, donde se celebra precisamente el aniversario de la revolución. De la importancia que tuvieron estos tres meses se expresa así Alejandro en el último año de su vida: "Necesité medio siglo, al que me llevó una vida siempre intranquila y en extremo agitada, para decir lo que le debo a mi maestro y amigo Georg Forster en generalización de mi visión de la naturaleza, en fortalecimiento y desarrollo de lo que despuntaba en mí desde mucho tiempo antes de entablar aquella amistad feliz y cordial". Su madre le había permitido el viaje a Inglaterra para que pudiera perfeccionar allí su instrucción para comerciante. Siguiendo también un deseo de su madre, Alejandro ingresa entonces en la Escuela de Comercio de Hamburgo, pero se ocupa intensivamente en las curiosidades naturales de la isla de Helgoland, que él visita, y con los fenómenos del flujo y el reflujo del Elba.

Entonces rompe definitivamente. Sin que su madre lo sepa, solicita ser recibido en la Academia de Minas de Feiberg, mediante la presentación de su trabajo sobre el basalto. La madre se muestra insatisfecha cuando se le propone allí, de acuerdo a su instrucción, un empleo oficial. Lo que hasta ahora había sido intranquilidad se transforma en una intensidad de trabajo casi agotadora. Después de un año, Alejandro, que por entonces tenía veintitres años, se

convierte en ayudante de minería. Todavía en el mismo año es nombrado director de minas para Ansbach y Bayreuth. Ya en año 1793 funda una "escuela gratuita para mineros comunes" en el pueblo de Steben, situado en las montañas de Fichtel, impresionado por los peligros del trabajo en las minas para los mineros ignorantes. Trata de ayudar a los obreros mediante una instrucción mejor y, luego, mediante una especie de seguro de accidentes y enfermedades. "La confianza general que me muestran en todas partes, escribe entonces, me hace amar mi trabajo". Paga, al principio, con su propio dinero esta escuela, mostrando esa generosidad en asuntos de dinero que le acompañará toda su vida y, luego, cuando se le reembolsan los gastos, reparte la cantidad recibida entre los mineros. Además se ocupa con el problema de la clorofila; roza casi todo el problema de la fotosíntesis; compone una *Flora Fribergensis*; ve la dependencia de las plantas de la composición química del suelo; visita por primera vez a Goethe con ocasión de una visita común con el anatomista Loder para discutir la sindesmografía y para presentar los experimentos acerca del efecto de la corriente galvánica sobre las fibras musculares y nerviosas; le da por escribir tres libros a la vez; visita las cosas del Báltico y Polonia, Austria y el Tirolo; duerme solo pocas horas, lo que seguirá siendo una costumbre toda su vida y sufre ataques de fiebre y de reumatismo. Se encuentra en una tensión tan agotadora que una noche, en Steben, cuando se ilumina una de las ventanas de las casas de los campesinos, que se hallaban envueltas por la nieve, se le arrasan los ojos en lágrimas. Es la inestabilidad para aquello que su vida quiere y para lo que le exige, desde lo más íntimo de su ser, con una fuerza irresistible: aprender para poder ver y conocer todo lo que sea posible del mundo; viajar antes de que su cuerpo, como ya lo temía entonces, se envejeciera prematuramente debido a tales esfuerzos.

La intensidad con que persigue esa meta hace que ascienda rápidamente en su carrera como empleado oficial; pero este éxito externo se le torna molesto tan pronto como empieza a amenazar su meta interna. Lo único que le infunde respeto es el reconocimiento en el dominio de las ciencias de la naturaleza, donde es pronto conocido, inclusive casi famoso. Su carrera oficial la ve como para una partida de ajedrez, es decir, como lo escribe: "con bastante indiferencia". "Debido al excesivo e innecesario incienso

se acaba por estropear el olfato". Aquí se muestra, por vez primera, aquella ironía, fruto de su visión superior, como, cuando le insinúa a su hermano Guillermo, que había regresado con la Cruz de Hierro de primera clase de la guerra de la independencia, que él prefiera la Cruz del Sur.

A semejanza del ave migratoria que se ve impelida al sur por las innatas luces del instinto, ya debió haber tenido ante su alma, predeterminada para esto, el centellante firmamento de las noches ecuatoriales, cuando rechaza el veintisiete de febrero de 1795 el ofrecimiento del ministerio de nombrarlo director de minas y metalurgia de la provincia de Silesia, basándose en que con los cargos y asuntos mineros él sólo había querido "prepararse para sus viajes científicos". A la reiterada advertencia con que el ministro trataba de señalarle la seguridad de la vida del empleado, frente a la inseguridad y los peligros de una vida de científico, responde cortezmente con vagas promesas, con el profundo convencimiento de que "el miserable pueblo de la administración de hacienda", como lo expresó más tarde con palabras insultantes, no entiende nada del riesgo que está dispuesto a afrontar el investigador en bien de la meta de la libre investigación.

Este fué siempre para Alejandro el riesgo que corrió durante toda su vida, en un sentido mucho más amplio que el grado de peligro que cualquier viaje, por aquellos tiempos, encerraba en sí debido a razones fácilmente comprensibles. Tenía que viajar, por consiguiente; pero ¿a dónde? En Freiberg piensa en Rusia y en Siberia, a donde habría de llegar setenta años más tarde. Durante un viaje por los Alpes en dirección a Italia, lo escuchamos por primera vez hablar de un viaje a América. Un lord lo invita a una expedición a Egipto, lo que también le parece seductor. Pero, finalmente, París se convierte en la base donde comienza el grande y osado viaje al nuevo continente y a la que luego retorna.

Es conveniente mantener ante nuestros ojos esta imagen, pues nos ayuda para entender muchas cosas. El suelo del que sacó Humboldt un acopio de fuerzas que en cinco años no se agotaron fué París; el suelo que le permitió, después de su regreso, realizar el improbable trabajo de la elaboración de los resultados de este viaje fué también París. Comparado con esta etapa esencial de su

vida, que se halla encerrada entre la llegada a París en el año 1798 y el regreso definitivo a Berlín en el año 1827, todo lo que viene después parece sólo un epílogo. El arco se inicia con lo que Humboldt era antes del viaje y se cierra con aquello en que Humboldt se convirtió después del viaje.

No parece que carezca de importancia el hecho de que al comienzo y al fin de este arco se encuentre a la misma mujer, la única en su vida que le pudo dar aquello de que había carecido en los años de su infancia, el cuidado maternal, el calor humano. Carolina, la esposa de su hermano, a la que Alejandro llama en muchas de sus cartas cariñosas "Li", había reconocido temprano, desde su compromiso con Guillermo de Humboldt en el año 1790, lo que le hacía falta a este joven constantemente inquieto, con el cabello siempre revuelto sobre sus ojos de un azul brillante. Su carácter era discreto y cuando aquel joven de veintinueve años, convertido ahora en un famoso investigador de la naturaleza, ávido de conocer el mundo, la visitó en su casa en París, mejor para llevarlo a sentirse seguro de sí mismo y para informarlo que las correcciones de su hermano, demasiado admonitorias para la sensibilidad del joven científico.

París era entonces el centro de la cultura y de la ciencia europea. De él absorbió Alejandro por todos sus poros, lo que su saber le exigía. Estamos seguros de que sólo bajo el influjo de Carolina se pudo desarrollar en forma tal que podía recibir todo lo que se le ofrecía y asimilarlo con tal acumulación de fuerzas. Así fué como Europa pudo enviar con él al otro continente desconocido la más noble concentración de su ser y de su saber. Alejandro era un enviado que podía dar y recibir conocimientos en la misma medida. Eso fué lo que le permitió a él, mensajero de Europa, dejar una obra en Sur América, cuyos efectos, todavía hoy, están vivos en el pensamiento y en el lenguaje de los hombres: su nombre es allí un mito, un símbolo; su influencia casi se pierde en lo mitológico.

Un símbolo; ¿pero de qué? Ahora nada diremos sobre la forma como transcurrió su viaje. Queremos permanecer un momento ante la imponente imagen de esa hazaña casi sobrehumana que un individuo privilegiado realizó en este continente. Para justificarla

podemos tomar como medida lo que escribió Darwin —cuya sobriedad no puede ponerse en duda— a su casa, cuando durante el viaje que realizó en el *Beagle* se pudo confrontar él, el investigador con lo inexplorado: "Siempre he admirado a Humboldt, ahora le rindo culto". Ahora se ve cómo la infatigable actividad de sus años de juventud, cómo la multiplicidad de sus intereses y la forma como amenudo los cambia, lo que preocupa a su hermano y a sus amigos, había sido la preparación adecuada gracias a la capacidad de este espíritu, para una mente y una voluntad que nunca falló ante lo que se le vino después. Goethe ya había sentido esto cuando se expresó de él como de "una verdadera cornucopia de las ciencias naturales". Tal vez nunca había llegado un investigador, en la historia de las ciencias de la naturaleza, a la plenitud que alcanzó Alejandro de Humboldt. Plenitud en dos sentidos; en el sentido de la riqueza acumulada y en el del acoplamiento máximo entre el sujeto y su objeto. Su hermano le había profetizado que nunca llegaría a ser feliz. Alejandro después de su arribo a Cumaná el 16 de julio de 1799, le escribía: "Corremos como locos de aquí por allá. No podemos decidimos por nada determinado porque siempre estamos arrojando una cosa para recoger otra. Bompland asegura que va a perder la cabeza si los prodigios no cesan. **Siento que voy a ser muy feliz aquí.**

Lo fué en efecto, y aquello no fué el breve delirio del comienzo que supera todas las esperanzas, sino el inicio de un jubiloso ascenso del sentimiento de la vida, ascenso que en los cinco años siguientes sólo se había de profundizar y sublimar, producido por la sensación de poder comprender la riqueza y la armonía del mundo con los sentimientos despiertos y con métodos científicos. El cielo estrellado que todas las noches median, los volcanes que ascendieron, las nubes que se cernían sobre ellos, los terremotos y las tormentas, los animales y las plantas, las ruinas de antiguas culturas, la estructura social de las colonias, todo esto podía provocar, en la misma forma, la repetición de un nuevo nacimiento en este hombre. Su naturaleza, hasta entonces enfermiza, hace gala de una salud y de una resistencia casi increíbles. Y aquel que cuando muchacho fué llamado por su preceptor un *petit esprit malin* un pequeño espíritu maligno, aquel adolescente que les escribía a sus amigos, cuya amistad conservaba casi con avidez, cartas que inclusive para aquel tiempo eran de una lamentable exaltación, es ahora este hom-

bre fascinante, a cuyo encanto no se puede resistir ningún hombre de cierto saber, tanto menos las mujeres! (Es una perversa leyenda, que por lo demás se puede rebatir, la de que siempre evitó a las mujeres). Los nativos, desde el primer momento, le daban su confianza. Conoce de ellos lo que hasta ahora ningún blanco ha sabido, porque siente que todo menosprecio determinado por la raza o el color de la piel le es ajeno. La esclavitud y las misiones le conmueven y hacen que se subleve en los más íntimos de su ser; se niega a dejarse cargar por los nativos. Por ello se convierte para el gobierno portugués en un sospechoso de ideas revolucionarias, al que hay que someter a una carta requisitoria. Las manifestaciones visibles y palpables de un hombre semejante, que se ha desarrollado en el intento de comprender la naturaleza, se conservan vivas merced a las leyendas que, tarasmíticas generación en generación, encontramos todavía hoy a lo largo de su ruta por Sudamérica y que se remontan a lo legendario. Así es este hombre y así son sus actuaciones. De Dios casi nunca habla: su unión con lo divino nos lo señalan en forma magnífica, sin quererlo, las palabras que su hermano pronunció sin duda con más sarcasmo que reconocimiento: "Por lo que concierne a la religión no se puede ver ni que tiene una, ni que le haga falta". No le hacía falta ninguna religión, tenía una **religio** con el ser del mundo, como sólo en las escasas horas estelares de la humanidad le es concedida a sus representantes privilegiados.

Al fin del gran viaje no se yergue el científico solamente, sino una confirmación magnífica, verdaderamente una coronación de su humanidad, cuando Humboldt se anuncia al presidente de los Estados Unidos, Tomás Jefferson, para demostrar su gran admiración por sus escritos y sus actuaciones y por el liberalismo de sus ideas, y como dice la carta "para gozar de la consoladora impresión de un pueblo que disfruta plenamente del gran don de la libertad". La permanencia en la casa de campo del gran presidente, del gran hombre de estado y del filósofo, es considerada por Humboldt como uno de los días más preciosos de su vida. Tenemos, sin duda, más pruebas de la mentalidad de Humboldt que las que nos ofrece este encuentro con el proclamador de la independencia y la libertad en Estados Unidos, pero tomamos esto como motivo para decir que una universidad no debería llevar su nombre y el de su hermano, a no ser que fuera la más libre del mundo.

"En aquellos momentos en que los pueblos sienten la necesidad de sentirse libres son tan fuertes como Dios porque Dios es quien les infunde su espíritu". Con el hombre que por entonces contaba veintiun años y que hablaba en esa forma y que luego se convirtió en el libertador de Sudamérica, con Simón Bolívar, se encuentra Alejandro de Humboldt en París en 1804, inmediatamente después de su regreso. Sólo quien puede sentir lo que estos dos hombres significan para sus países, tal como lo podemos hacer ahora nosotros, puede medir el destino y la futura resonancia que la hora de su encuentro encierra.

Si le damos al gran viaje en un sentido general, el título de "años de vida", tenemos que de ahora en adelante la vida de Alejandro de Humboldt está dedicada a la tarea de la difusión y la divulgación de conocimientos. Otra vez nos vemos obligados, sin que casi no podamos comprender cómo esto es posible, a ampliar la dimensión de su imagen, inclusive a duplicarla. Pues, en contra de las múltiples experiencias que nos ofrece la historia de las ciencias de la naturaleza, el placer de vivir mantiene en Humboldt la fatiga de la elaboración, todavía después de pasada la mitad de su vida, y el arte de la elaboración y la creación se revela como una capacidad igual a la de vivir.

Tanto en su trabajo creativo como en las experiencias vividas las fuerzas espirituales y las corporales se mantienen en balanza. Casi hasta las últimas horas de una existencia que se prolonga hasta los noventa años, su mano, cuyo brazo estaba aquejado por los dolores reumáticos, llena hoja tras hoja con una escritura difícil de leer que, inclusive en las últimas páginas del manuscrito de su obra *Kosmos* todavía se inclina en el lado derecho hacia arriba. No olvidemos que la cantidad, casi incalculable, de dibujos de los múltiples objetos de la naturaleza, de paisajes y de trajes que ilustran el más precioso libro de viajes en la historia de la investigación, los treinta tomos del *Voyage aux régions équinoxiales*, y que los mapas con su rico contenido en nuevas informaciones, que todo esto fué dibujado por la misma mano de Daniel Chodowiecki. Es el mismo que cuando tenía dieciseis años, en Tegel, en "el castillo del aburrimiento", como lo llama, le escribe en escritura hebrea cartas confidenciales a la hermosa esposa judía del físico Marcus Herz, el mismo que durante toda su vida mantuvo una correspondencia de

una magnitud realmente espontánea, con una cortesía que nunca decaía y con una bondad siempre pronta.

Sin embargo, esa mano de Humboldt que nunca se cansaba de escribir era sólo una servidora del lenguaje. Habla alemán, francés, inglés, español con la misma facilidad y con una velocidad dos veces mayor que la de cualquier otro. En sus primeros años se elogia la atención con que sigue a su interlocutor y Goethe se alegra de tales conversaciones que, en pocas horas, enseñan más de lo que hubieran podido hacer años de lectura. En su vejez Humboldt se inclina a los monólogos.

Cuando Humboldt escribe en alemán, este idioma nunca le falla para cumplir la mayor exigencia que puede haber: la descripción adecuada de los objetos de la ciencia de la naturaleza. Aquí se destacan, ante todo, las descripciones de su libro "Viaje a las Regiones equinocciales del Nuevo Continente", que todavía hoy debería ser leído por todos los estudiantes de las ciencias de la naturaleza. En la obra "Visiones de la Naturaleza", el lenguaje de Humboldt adquiere la mayor fuerza de expresión, la mayor claridad y, a menudo, alcanza una belleza poética. Escribe este mensaje perfecto de una vida profundizada por el saber en la época de su primer regreso a Berlín, entre los años 1805 y 1808. Con el aislamiento y la desdicha que siente allí —se puede ver su estado de ánimo en la erupción cutánea que lo aquejó—, en el tremendo invierno de los años de la derrota, 1806 y 1807, cuando el castillo de Tegel fué saqueado por los franceses escribe esta obra para consolar y estimular su alma, pero, ante todo, para consolar y estimular la de los otros. En el prólogo encontramos estas palabras: "Estas hojas están dedicadas a las almas oprimidas... Por ello, quien busca reposo espiritual en medio de la irreconciliable contienda de los pueblos consume de buena gana su mirada en la tranquila vida de las plantas y en la sagrada fuerza natural de su actividad interna o entregado al impulso que desde milenios atrás arde en el pecho de los hombres, mira anheloso hacia las altas constelaciones que cumplen su eterno curso con una armonía que nunca se rompe... Cuando se marchita aquella floración del espíritu, cuando en la tormenta de los años las obras que el arte crea duerme bajo el polvo, entonces es cuando del seno de la tierra mana una vida siempre nueva".

Como instrumento para la transmisión del conocimiento del lenguaje es una prueba sensible que revela la fuerza de síntesis espiritual. En la casi inapreciable cantidad que forman las publicaciones editadas por Humboldt, su mensaje se mantiene siempre a la misma altura. El perderse con frecuencia en el detalle corresponde a la importancia que Humboldt le daba a las cosas más pequeñas sin olvidar nunca su unión con el todo. Otra cosa enteramente diferente es el caer en pequeñeces minuciosamente relatadas y guardadas con exactitud mediante un gran esfuerzo de la memoria, lo que, desafortunadamente, se revela en forma cada vez mayor en la obra con que Humboldt esperaba dar la última y la más depurada síntesis de su experiencia universal del mundo, en su obra *Kosmos*.

Al mirar ahora la línea de esta vida que se inclina hacia su fin y que, víctima de un desamparo cada vez mayor, cae bajo la servidumbre de Seifert, el criado, al mirar ahora su fondo de sombras y de soledad —la nueva generación dejó de referirse a él con palabras amistosas e inclusive empezó a burlarse de él— y al hacer alusión al lado trágico que su vejez nos ofrece, debemos hablar también de la culminación de su labor de revelación y difusión, la más alta posible, en nuestra opinión pues aquí la síntesis está todavía sostenida por la fuerza del alma y por la alegría que produce este deseo de entrar proveniente de una riqueza interior. El 6 de diciembre de 1827 Humboldt comienza una empresa insólita para su tiempo: una serie de conferencias públicas en el más grande auditorio de la ciudad, en la "Academia de canto". Todo el mundo puede asistir sin pagar y todo el mundo acude. Ante gentes de la corte, generales y profesores, ante obreros manuales, terratenientes y estudiantes, ante "rey y el albañil", como él mismo dice, ante cerca de mil asistentes desarrolló en dieciséis noches una vasta pintura de la naturaleza, cuya riqueza y amplitud dejó pasmados a todos los oyentes. Es la primera vez que ocurre algo semejante en la historia de las ciencias de la naturaleza y también la última que esto es posible. De un solo golpe entran ahora las ciencias de la naturaleza en posesión de la cultura general, y de un valor infinitamente mayor que el poder recrearse en las clases altas es la alegría del hombre sencillo, profundamente conmovido por tener la oportunidad de sentarse a los pies de un hombre famoso, no se da tanta importancia como para no poder transmitir su mensaje a cualquiera que lo desee escuchar. Con plena conciencia tendió hacia esto: "Con

el saber viene el pensamiento y el pensamiento le otorga al hombre seriedad y poder".

Lo que se arraigó en el alma de todos los asistentes y de los que se enteraron de esto, de oídas, sale a la luz veinte años más tarde cuando se escucharon los disparos de la revolución de marzo. El pueblo reunido ante el castillo, no exige ver al rey sino a Humboldt y le rinde pleitesía como a un hombre que merecía su ilimitada confinaza. La corona de la humanidad no se podía ver en el blanco pelo del anciano agitado por el helado viento de marzo, pero cuando al día siguiente marchaba a la cabeza del desfile fúnebre en honor de los muertos de la revolución de marzo al lado del rector Johannes Müller se le entregó esta corona. Con esta imagen podemos dar fin a nuestra conferencia. En nada tendríamos que cambiar la excepcionalidad y la grandeza de este hombre, el contenido de esta existencia que, más allá del tiempo, nos colma de felicidad y se nos ofrece como modelo, si quisiéramos dirigir la mirada a los múltiples rasgos que caracterizan la existencia de Humboldt. Para trazar una verdadera imagen cabal no sería suficiente la vida de un biógrafo amoroso. Este sólo nos podría hacer ver con mayor claridad que la investigación de la naturaleza, cuando se la realiza con veracidad y con profundo respeto de acuerdo a su esencia y a su deber, puede llevarnos a los más altos grados de la humanidad. Precisamente en nuestros días, cuando estamos ante la tremenda experiencia de que la humanidad ha hecho con el saber de la naturaleza, lo contrario de lo que Humboldt esperaba, el ejemplo de su vida que nos convierte en una imperiosa advertencia que nos incita a defender con todas nuestras fuerzas el principio de que el servicio a la ciencia no tiene sentido cuando esto no se hace en bien de la libertad y de la dignidad del hombre. Debemos avergonzarnos si la imagen de Alejandro de Humboldt, considerada como una viva conciencia universal de su tiempo, está más viva en este Continente que entre nosotros. Humboldt fué un alemán en el sentido de Goethe: "recibía mundo y lo donaba a la vez; el corazón abierto de par en par a toda admiración fructífera grande por su entendimiento y su amor, por su capacidad de conciliar y por su espíritu".

Si queremos determinar nuestra propia existencia y nuestras acciones de acuerdo a este ejemplo podemos contribuir a la formación de la conciencia universal cada uno según sus posibilidades

y deberes. Pues la conciencia universal consiste en la suma de los hombres vivos dispuestos a la lucha espiritual, hombres que no solamente sienten el saber como una responsabilidad ante la humanidad sino que dedican su vida a esta responsabilidad. Esta tarea es hoy día mayor, mucho más grande de lo que fué en los días de Humboldt. Pero su ejemplo nos infunde valor para no fracasar aquí. Para decirlo con sus propias palabras: "El hombre sólo debe querer lo bueno y lo grande".

Nosotros, profesores de la Universidad de Giessen, en Colombia, nosotros que estamos conmovidos ante la posibilidad de poder conocer y sentir en forma viva la tierra en que vemos siempre vivo el recuerdo de Alejandro de Humboldt, dirigimos en estos momentos nuestros pensamientos a nuestra lejana Universidad. La universidad de Giessen no se llamaría quizá la universidad de "Justus Leibig", si Alejandro Humboldt no hubiera reconocido con seguro instinto, la futura importancia que podría tener el joven Leibig cuando dicta una conferencia en París, en marzo de 1824, y si no hubiera logrado que se lo nombrara profesor en Giessen gracias a la fuerza de su prestigio.

Y a nosotros los que nos encontramos en Colombia y en Alemania, a todos los que la idea de la de la universidad les importa, a nosotros, mientras creamos en esta idea, se nos debe saltar el corazón cuando oímos lo que dijo Humboldt con ocasión de la deposición de los siete de Gotinga: "Qué barbarie. Los canallas quieren destruir la universidad; pero no tendrán seguramente éxito con esta institución... Muchos miembros de las así llamadas capas inferiores muestran comprensión para aquel noble modo de pensar que se manifiesta en el sacrificio de todas las ventajas materiales para cumplir el deber."

Nosotros, profesores colombianos y alemanes, quisiéramos traer a la memoria unas palabras recientes que dicen lo mismo. Me refiero a la formulación, a primera vista infantil y sencilla, que encontramos en el "Principito de Antoine de Saint-Exupery: "Somos responsables de todo aquello con lo que nos hemos familiarizado."

LA ASCENSION DE HUMBOLDT AL CHIMBORAZO

Dondequiera que iban Humboldt y Bonpland en la Audiencia de Quito, veían la frígida masa del Chimborazo cubierto de nieve como llamando a visitarle. Nadie había subido jamás a su cúspide. Para los indios era inviolable, para los criollos inaccesible. Esto hacia que su atracción fuera aún más tentadora para los exploradores. En realidad, la primera parte de sus ocho meses de estancia en Quito, fue preparación para el asalto al Chimborazo. Entrenaron su trabajo ascendiendo al Pichincha, el más pequeño de los volcanes del "valle de Iñaquito". En él experimentaron con las propiedades eléctricas, magnéticas e higroscópicas del aire. Estudiaron las altitudes y su relación con la temperatura, y Humboldt averiguó las relaciones entre los climas altitudinales y latitudinales que utilizó con tanta eficacia en el desarrollo de la geografía vegetal (*Distribuciones Geographica Plantarum*).

En el Pichincha, en el terreno que las investigaciones geodésicas de la Condamine habían hecho clásico, empezó también Humboldt a echar la base por la cual los puntos de la superficie de la tierra están unidos por líneas isotérmicas. Humboldt descubrió que, si se viaja desde el Ecuador hacia los polos, la temperatura media disminuye un grado Fahrenheit por cada grado de latitud; pero al ascender al Pichincha, la temperatura media descendía un grado cada 300 pies de altitud (91.5 ms.) Halló así que 300.000 pies (91.5 ms.) de latitud equivale a 300 pies (91.5 ms.) de altitud. Humboldt escribió: "El fin fundamental de la geografía física —escribía—, es... reconocer la unidad en la vasta diversidad de los fenómenos... He concebido la loca idea de representar de una manera gráfica y atractiva el conjunto del aspecto del universo en una obra, que debe incluir todo lo que se conoce actualmente de los fenómenos celestes y terrestres, desde la naturaleza de las nebulosas, hasta la geografía de los musgos que se adhieren a la roca granítica..."

En la Cordillera Occidental, cerca de la ciudad de Riobamba, se alza el Chimborazo a 6.320 metros sobre el nivel del mar. Su grandeza es abrumadora; su enorme masa, coronada de nieves en los últimos 2.000 metros, es un poema épico de la naturaleza crea-

dora. El Chimborazo es un espectáculo grandioso de los Andes. De las maravillas de la tierra se forja uno, a veces, tal idea de magnificencia que al verlas se sufre un desencanto; pero el Chimborazo no defrauda, colma las esperanzas que despierta su evocativo nombre. En la juventud de Humboldt, el Chimborazo tenía la fama que le daba una especie de leyenda celestial de ser la montaña más alta y más grande del mundo.

Humboldt se sentía inspirado por el aire de Quito, por el magnífico escenario, y, si hay que dar crédito a las hablillas, por la compañía de Rosita, la encantadora y hasta entonces inaccesible hija de Juan Pío Montúfar Marqués de Selva Alegre. En la quinta de Chillo, Humboldt y Bonpland consiguieron otro recluta para su expedición: el joven e impulsivo Carlos Montúfar, hijo primogénito del marqués; éste, en compañía de los científicos se sentía en su elemento. Estaba impaciente por aprender astronomía y geodesia. Humboldt lo utilizó para hacer su plano de Quito, el mejor que se ha hecho desde que Pedro Maldonado realizó su estudio cartográfico. Carlos Montúfar siguió a Humboldt cuando ascendió al volcán de Cotopaxi hasta la línea de las nieves; fue con ellos cuando recorrieron las llanuras de Yaruquí; se mantuvo con la cabeza inclinada mientras Humboldt recogía los fragmentos de las pirámides que La Condamine había llevado con tantos trabajos para señalar su línea-base para la medición del arco equatorial. Carlos Montúfar estaba destinado a ir con Humboldt a todas partes (al Chimborazo al Amazonas, a Lima, a México, París y Londres) y todos esos viajes no eran sino preparativos para la segunda revolución americana. Pero, como sucede a menudo con los jóvenes, Carlos Montúfar se anticipó. En 1810 después de tres meses delirantes de gobierno revolucionario, fue fusilado, con muchos otros; pero en junio de 1803 se estaba preparando con Humboldt y Bonpland, para la ascensión al gran volcán del Chimborazo.

Humboldt y Bonpland los descubridores científicos de América y el quiteño Carlos Montúfar hijo, salieron de Quito el 9 de junio cabalgando por el largo valle interandino, pasaron por las ciudades de Latacunga y Ambato. La noche del 22 de junio durmieron en la pequeña choza del alcalde de la aldea de Calpi. Al amanecer del día siguiente, con guías indios, empezaron su histórica ascensión. Los primeros 1.800 metros fueron graduales y fáciles, pero

luego el camino se hizo más y más escarpado. Cuando llegaron a la línea de las nieves, sordos a las promesas y aun a las amenazas, les abandonaron y descendieron dejando a la expedición sin guías ni "cargadores" y ante 2.100 metros que escalar todavía. "Quedamos solos —relata Humboldt— Bonpland, nuestro estimado amigo Carlos Montúfar, un mestizo indio de la cercana aldea de San Juan y yo". Sin embargo, los cuatro poco a poco fueron ascendiendo por las heladas grietas del poderoso Chimborazo. En algunos lugares la cresta que seguían cubierta de nieve y hielo no tenía una anchura superior a 20 o 25 centímetros. A cada lado se abrían espantosos abismos de cuyos costados sobresalían enormes masas de roca desnuda. Envueltos en niebla, miraban hacia abajo, a un vasto vacío insondable.

A medida que fueron subiendo, la roca se fue volviendo más friable. "Avanzamos —recordaba Humboldt más tarde—, con tanta mayor lentitud cuanto que todos los lugares tenían que ser tanteados primero... Por fortuna, el intento de alcanzar la cúspide del Chimborazo había sido reservada para nuestra última gran empresa..." A 5.185 metros no podían ver ya la cúspide. Abrieron el barómetro de tubo en un lugar en el que la cresta era lo bastante ancha para permitir a dos personas estar juntas, y hallando que la altura a que se encontraban no era mucho mayor que la del pico más pequeño de Antisana, cerraron el barómetro y empezaron de nuevo la ascensión hacia la cúspide. Ahora se presentaban otras dificultades. Uno después de otro según el metabolismo de cada uno los exploradores empezaron a sentir náuseas y vértigo. Les sangraban los labios y las encías. Algunas venillas de sus ojos se rompieron y la sangre les cegaba parcialmente. Carlos Montúfar sangraba con profusión por las orejas y la boca, pero se negaba a darse por vencido. Unos cuantos centenares de metros más arriba, vieron de nuevo la cúspide en forma de cúpula. "Era un espectáculo magnífico y solemne y la esperanza de alcanzar el objetivo de todos nuestros esfuerzos nos dió nuevas fuerzas". Luego precisamente cuando creían que podrían alcanzar la cima, llegaron a un profundo abismo, tan ancho que no había posibilidad de salvarlo. El Chimborazo había desafiado con éxito todos los esfuerzos, incluso los de Humboldt. Era por la tarde. La temperatura era inferior a cero grados centígrados. Montúfar estaba visiblemente enfermo. Sacaron sus barómetros, por última vez, y vieron que el mercurio esta-

ba a 2 sobre 1.110 pulgadas, lo que mostraba de acuerdo con la fórmula barométrica del día, que habían alcanzado una altura de 19.286 pies (5.872 metros). Esta era la altura mayor que el hombre había alcanzado jamás y no fue sobrepasada hasta que el alpinista Webb trepó al Himalaya. "Toda mi vida había pensado —escribía Humboldt ya viejo— que de todos los mortales era yo el que había subido más alto en todo el mundo...

En el glaciar, barrido por los vientos y el granizo del Chimborazo ya no se detuvieron más; estaba muy débiles por la pérdida de sangre y sentían mucho el frío; el granizo les azotaba y Humboldt se detuvo sólo el tiempo necesario para meter en su bolsillo algunos trozos de roca del Chimborazo, pues preveía que "en Europa nos habrían de pedir un fragmento del Chimborazo".

Descendieron mucho más rápido que pudieron y sólo descansaron en la aldea de Calpi para restablecerse de su salto a la "montaña más alta del mundo" y allí recibieron un paquete de cartas. En él venía un comunicado del capitán Baudin, que al fin habían salido de Francia los buques exploradores, pero no pusieron proa hacia Sudamérica. En su lugar, iniciaron su crucero alrededor del mundo dando la vuelta al cabo de Buena Esperanza. Humboldt había concentrado sus esperanzas en ese viaje, y aunque estaba descubriendo un nuevo mundo en Sudamérica, seguía soñando, sin embargo, con acompañar a la expedición del capitán Baudin; pero ahora, ese sueño había terminado!

Hacia el final de su vida, en una edad en que los hombres no hablan a la ligera, decía que consideraba todavía al Chimborazo como la montaña más grandiosa del mundo. Y cuando, en 1859, posaba para su último retrato, titán venerable con el cabello tan blanco como los glaciares del Chimborazo, la figura encorvada por la edad, insistía en que le pintaran sin ninguna de sus condecoraciones. En su lugar, surgió que se pusiera como fondo la gran montaña del Chimborazo; de todas las hazañas que había realizado en sus noventa años de vida, consideraba ésta como "la más grande".

PROLOGO DE LA EXPEDICION DE HUMBOLDT A AMERICA

Humboldt, el destacado Naturalista de fines del Siglo XVIII y del Siglo XIX, soñó desde su juventud en excursionar la América. Como lector incansable, había devorado sucesivamente los viajes de los exploradores, los conquistadores y los circunnavegantes. Había vivido espiritualmente con La Condamine sobre los páramos barridos por los vientos; había vertido lágrimas juveniles sobre la odisea de Mme-Dodin; había sentido la emoción del descenso por el Amadame: "Existe una comunicación entre el Orinoco y el Amazonas". Y Humboldt viajó a América para descubrir este detalle geográfico, para explorar los llanos y selvas de Venezuela; para subir desde Cartagena por el Magdalena a los Andes tropicales de Colombia, Ecuador y Perú; para recorrer y sufrir la sequedad de la costa Peruana, y para descubrir la gran corriente fría de la Antártida que pasa secando el ambiente de las costas de Chile y el Perú hasta una buena parte de la del Ecuador; Humboldt vino a nuestra América a fundar los principios de la Geografía botánica y, luego de observar en la propia naturaleza, se transformó en el maestro de la descripción de la misma, y al final, la historia de la Ciencia lo ha colocado en el pináculo de los Naturalistas del mundo y como el verdadero redescubridor de América.

Acaso su interés se despertara por la yuxtaposición de las plañetas en el año en que nació. El nació en 1769, un año sorprendente para los astrólogos, pues, ese mismo año nació un deslumbrante conjunto de luminarias: Humboldt, Napoleón, Wellington. Desde su juventud, Humboldt fue amigo de los famosos jóvenes de entonces: Stein, Forster, y los condes von Hagen; fueron esos los días de las excursiones científicas para poner a prueba los conocimientos adquiridos en las aulas, que despertaron en él la fiebre de los viajes; pero fue Jorge Adam Forster el que alimentó las aspiraciones inquietas y ambiciones de Humboldt. Forster, que contaba entonces treinta y seis años, había acompañado a su padre en el segundo viaje del capitán Cook alrededor del mundo, y había escrito una soberbia narración: *Voyage around the World on H. M.*

Sloop Resolution. Este libro lo devoró Humboldt, como todos los demás que caían en sus manos. Hombre y escritor, Forster fue su inspiración y la fiebre exploratoria de Humboldt que se convirtió en delirio. Jamás olvidó las tardes cuando Forster lo mantenía absorto con su conmovedora narración de la vuelta al Cabo de Hornos y su paso al tranquilo y ondulante seno del Pacífico "Mi **Philosophe aimable**" —decía Humboldt refiriéndose a él—, mi más distinguido profesor y amigo, cuyo nombre no puedo mencionarlo sin sentir la más viva gratitud. Por su influencia surgió un nuevo espíritu en la exploración".

Humboldt terminó su educación oficial en Gotinga el mismo año en que cayó la Bastilla. Fue un año emocionante; pero él, siempre inquieto, aceptó la invitación de Forster para hacer un viaje al Rhin. Fue este un viaje tranquilo, hasta Lorelei y el alto Rhin, con la geología como interés primordial. Con el saco y el martillo del geólogo, Humboldt sacó esquirlas de los acantilados salpicados de castillos, y con el material recogido en ese viaje compuso su juvenil artículo: **Observaciones minerológicas sobre algunos basaltos del Rhin**, y siguiendo el filón de la geología, prosiguió hasta el lugar al que iban todos los estudiantes: a Friburgo, a las clases del profesor Werner. En esta ciudad, influido por la cálida elocuencia del maestro, Humboldt se decidió en seguida por el estudio de la tierra. Werner procedía de una familia que desde hacía siglos se dedicaba a la minería. Su espíritu práctico, realizado por un gran encanto, le puso sin disputa a la cabeza de la geología. En sus clases conoció Humboldt al señor Andrés del Río, que había ido a Friburgo desde México para recoger las enseñanzas de Werner y, como puede imaginarse, entre las clases, del Río inflamó aún más los deseos de Alejandro de visitar las Américas.

El profesor Werner exponía la teoría de que todas las rocas existentes fueron depositadas del agua primitiva, un "fluido caótico", es decir, una explicación solamente romántica. "Toda la tierra se hizo pedazos en una cierta época y se disolvió en el océano universal, tras de lo cual se depositaron capas de materiales orgánicos a medida que el agua se fue evaporando o se retiró". Por absurda que fuera la doctrina de los "Neptunistas" (así llamados por la extrema importancia que daban a los océanos y a los fluidos caóticos), las conferencias de Werner excitaban la imaginación de

Humboldt; se hundió de lleno en la geología. Escaló montañas, se arrastró por feldespatos y blendas, recogió piritas y apatitas, y, con tal eficiencia, que pronto fue nombrado asesor del departamento de minería y fundición de Berlín. En 1792, fue nombrado director general de las minas de Franconia, cargo que lo ejerció sólo por el cariño a la Ciencia.

Su anciana madre la baronesa von Humboldt murió en 1796. Este año marcó el punto decisivo de la vida de Alejandro. Las voces de las sirenas que le llamaban desde América se hicieron más potentes. La muerte de su madre le dejó en libertad; le cortó sus amarras con la patria. Ahora podía empezar en realidad el programa que durante tanto tiempo había acariciado: explorar el mundo. Fue a Jena para estudiar astronomía y visitó a Goethe y Schiller. Estudió el nuevo sextante que había mandado hacer con Hadley en Londres. Fue a Dresde a estudiar en el museo de filosofía bajo la dirección de Koner, con el fin de adquirir eficiencia en el uso de los instrumentos astronómicos y meteorológicos. Allí encontró a su hermano Guillermo, ya famoso filósofo clásico, preparándose para ir como ministro de Prusia ante el Vaticano.

Alejandro vendió la parte del patrimonio al poeta Franz von Kleist, lo que le produjo una modesta fortuna de 85.000 táleros, que confió al cuidado de su anciano mentor el profesor Kunth, el cual prudentemente, la prestó al interés del cuatro por ciento, dando al joven barón una renta anual de 3.400 táleros, con los que podía empezar su asalto al mundo desconocido. No era una suma principal, pero sí bastante amplia. Una vez arreglados sus asuntos financieros, reunió sus instrumentos, sus aspiraciones y sus relaciones, y partió por el camino de Salzburgo hacia París. Para Alejandro fue éste un momento emocionante para visitar París. En esta capital se encontraban todos los hombres famosos de Europa, hombres de ciencia, naturalistas, botánicos; todo lo que representaba algo en la cultura europea. En la capital de Europa estaban reunidos Cuvier, Delambre, Jussieu, Desfontaines, Laplace, Fouracroy. Había museos y cosas maravillosas que ver.

Alejandro fue presentado a Antonio Lorenzo de Jussieu, autor de **Genera Plantarum**, el mejor libro publicado sobre la clasificación de las plantas desde Linneo. Escuchó las disquisiciones celestiales

de Laplace, el autor del *Systeme du Monde*. Aquellos de esos grandes hombres que no se reunían en las academias, visitaban su propia casa, pues el hogar de los Humboldt se había convertido en el punto de reunión de todos los alemanes cultos que visitaban París. Por sus amistades, se enteró Alejandro de que el Directorio planeaba enviar un barco, al mando del capitán Baudin, alrededor del mundo en un viaje de exploración científica, que era justamente lo que él deseaba. Buscó a Baudin y le expuso sus cualidades. Se le eligió en seguida para formar parte del personal científico. Entonces los preparativos iban en crescendo; pero luego, cesaron de pronto: por orden de Napoleón la expedición tenía que aplazar durante un año. Humboldt tuvo apenas tiempo para medir los efectos del golpe cuando recibió otra proposición: Lord Bristol, obispo de Derby, proponía una expedición a Egipto; este cristiano era un apasionado de las antigüedades egipcias y contaba con una renta anual de 60.000 libras para satisfacer su pasión. Humboldt aceptó la proposición de Lord Bristol, pero con una salvedad: viajar a sus propias expensas. Pero la expedición fue también interrumpida.

Una vez terminados los preparativos, Lord Bristol marchó a Milán; al llegar a esta ciudad fue encarcelado sin ninguna ceremonia por la mano de Napoleón. Las águilas del imperio estaban a punto de zarpar para una campaña en Egipto y no deseaban a ningún Lord Bristol por el Nilo. En julio, las legiones de Napoleón habían desembarcado en El Cairo, y antes de transcurrir dos meses se habían apoderado de casi todo Egipto y ganado la batalla de las Pirámides.

Ahora, en su papel de visitante y civilizador, Napoleón quiso adoptar y aún ampliar el plan de Lord Bristol. Bonaparte, el conquistador de Egipto, sería el patrón de las ciencias. Sugirió que se formara y equipara una expedición de ciento sesenta sabios europeos para que siguiera su estela y recogiera y codificara las maravillas de Egipto, y otra vez se eligió a Humboldt. Se le pidió que ayudara a buscar astrónomos y botánicos para integrar la expedición del general Bonaparte. Así, una vez más, Humboldt dedicó su entusiasmo a la formación de una expedición científica. Buscó hombres de ciencia jóvenes, con personalidad, capaces; compró aparatos; preparó una biblioteca. Estaba a punto de salir para Marse-

lla y Egipto, cuando nuevamente la fortuna deshizo sus sueños. Lord Nelson destruyó la flota francesa en Aboukir y estableció un bloqueo en el Mediterráneo y en el Atlántico. Ahora todas las salidas parecían cerradas. Entonces Humboldt conoció a Aimé Bonpland, y la expedición a América se convirtió en realidad, como explicamos inmediatamente.

Aimé Bonpland el nuevo amigo de Humboldt era doctor en medicina, pero sus inclinaciones le llevaban hacia la botánica. Robusto y de excelente humor, había sido fundido en un molde muy diferente al de Humboldt. Este nuevo amigo, completó la educación botánica de Alejandro von Humboldt. Bonpland, bajo la influencia de Lamarck, Jussieu y Desfontaines se había interesado profundamente por la historia natural, en primer lugar, por la botánica. En la Sorbona, había conocido al venerable y lunático Joseph de Jussieu, que en 1179 regresó a París desde Quito, tras una ausencia de cuarenta y cinco años. A pesar de su espíritu divagador, Jussieu lograba contagiar su entusiasmo por la maravillosa flora de las Américas. Pero también otro suceso más había relacionado la vida de Bonpland con los intrépidos franceses que, por primera vez, exploraron Sudamérica: había nacido en la parroquia de San Bartolomé de La Rochela, el 28 del mismo mes y el mismo año en que Jean Godin des Odonais y su esposa doña Isabel, regresaron de su trágico viaje por el Amazonas. Durante toda su juventud oyó mil veces evocar este episodio. Ello sirvió para despertar aún más el interés por América en los espíritus inquietos de Humboldt y Bonpland.

Nunca se conocieron dos hombres con intereses tan armónicos: Alejandro von Humboldt era uno de esos seres elegidos en los que las fuerzas vitales son tan abundantes y tan magníficas, que rebosan en todas direcciones y adornan todo lo que encuentran con su propia vitalidad. "Alejandro era el sol del sistema Humboldt-Bonpland"; todos los planetas giraban alrededor de ese resplandor". Bonpland carecía de medios; Humboldt tenía una fortuna considerable.

En la expedición que planeaban, Humboldt convino en asumir el estudio de la unidad de la naturaleza, la investigación de los fenómenos terrestres y de sus relaciones mutuas. Bonpland estudiaría otra rama; era un excelente anatómico comparado, gracias a sus

estudios médicos, de modo que sería él quien coleccionaría la vida orgánica, la flora y la fauna. Así, sin contratos ni convenios escritos, se convirtieron, por una especie de simbiosis, en los gemelos del mundo científico, para gloria de Alemania, Francia y la humanidad.

Pero el viaje a Egipto fue otra vez coartado para Humboldt y Bonpland; pues el buque sueco "Jaramas" que debía cruzar el Mediterráneo como nave neutral, del puerto de Tolón al Africa, tampoco pudo zarpar. "Casi lloré al pensar en mis esperanzas destruidas", escribió en su libro de notas el gran Alejandro. Y así sufridos pasaron dos meses monótonos en Tolón los dos científicos, esperando a la corbeta "Jaramas", para luego entonces que la nave había sido arrojada contra un bajo y destruida, perdieron los pasajes y la paciencia. Pero no hay mal que por bien no venga! Esta gran interferencia fue la causa para el camino de la suerte de los dos sabios: América sería redescubierta científicamente.

Caminos, montes, paisajes y visiones constituyen nuestra geografía. Nuestras ideas y sensaciones tienen lugar en un tiempo preciso y en un espacio determinado. Toda vivencia está, por lo tanto, ligada a una categoría temporal y a una categoría espacial.

Los Caminos de Humboldt podrían titularse las maravillosas descripciones que el ilustre viajero hiciera de nuestras montañas, de esas cadenas de volcanes elevados hacia el infinito, del imponente espectáculo de los picachos andinos cubiertos de nieve perpetua, de las soledades misteriosas de los páramos, de la maravilla de los paisajes de extraordinaria hermosura, de la misma manera como un escritor venezolano de nuestros días escribiera sobre Los Caminos de Rousseau —geografía humana y espiritual— que recorriera ese infatigable dromómano que fué uno de los personajes más inquietantes y contradictorios del siglo XVIII: el autor de "Las Confesiones" y de las "Visiones de un Caminante Solitario".

Esa geografía sentimental del sabio y del artista, con relieves de cosa plástica, podrá desfilar por nuestros ojos en las breves transcripciones de las selecciones realizadas, para la Biblioteca Ecuatoriana Mínima y para el diario EL COMERCIO, respectivamente, por el malogrado escritor y académico Humberto Toscano y el estudioso arqueólogo, señor Tnte. Coronel Angel M. Bedoya M.

A. C. T.

DEL KOSMOS

“La tentativa que tiene por objeto descomponer el mundo físico de sus elementos diversos está llena de temeridad porque el gran carácter de un paisaje y de toda escena imponente de la naturaleza depende de la simultaneidad de las ideas y sentimientos exitados en el observador. El poder de la Naturaleza se revela, por decirlo así, en la conexión de las impresiones, y en aquella unidad de emociones y afectos que, en cierto modo, se producen súbitamente. Si queremos indicar sus fuerzas parciales, es necesario descender por análisis a la individualidad de las formas y a la diversidad de las fuerzas. Los elementos más variados y ricos de este género de análisis se presentan a los ojos del viajero en el Asia Central, en el gran Archipiélago de la India, y, sobre todo, en el Nuevo Continente, allí donde las altas cumbres de las altas Cordilleras forman las grandes profundidades del Océano áreo, y donde las mismas fuerzas subterráneas, que en otro tiempo levantaron cadenas de montañas, las conservan todavía y las amenazan de destrucción”.

“Si en nuestra imaginación colocamos el monte Pilatos sobre el Schreddeker o el Schneekopfe sobre el Monte Blanco, no habremos podido aun alcanzar la altura de uno de los colosos de los Andes —el Chimborazo— que tiene dos veces la altura del Etna. Si se coloca el Righi o el Monte de Athos sobre el Chimborazo, puede formarse la imagen de la más alta cumbre del Himalaya, el Dhawalagiri. Aunque las montañas de la India, por su sorprendente elevación, sobrepujan con mucho a las cordilleras de la América meridional (y este resultado, que se negó durante mucho tiempo, está ya fuera de duda), a causa de su posición geográfica no pueden aquéllas presentar la inagotable variedad de formas que caracteriza a éstas”.

“La impresión de los grandes aspectos de la Naturaleza no depende sólo de la altura. La cadena del Himalaya está muy lejos de la zona tórrida. Apenas se ve en élla alguna palmera como extraviada en los hermosos valles del Kumaun y del Garhwal. A los 28° y 34° de latitud en la vertiente meridional del antiguo Paropa-

miso, la Naturaleza no puede ya desplegar la abundancia de helechos y de gramíneas arborecentes, de heliconias y de orquídeas que en la zona tropical suben hasta las planicies más elevadas. En las pendientes del Himalaya, a la sombra del pino deodara y de las encinas de anchas ojas, propias de los Alpes de la India, la roca granítica y el micaesquisto se cubre de formas casi semejantes a las que caracterizan las regiones del Norte de Europa y de Asia. Las especies no son idénticas, pero sí análogas en su aspecto general y en su fisonomía: enebros, álamos, alpestres, gencianas, la parnasia de los pantanos y el espinoso grosellero”.

“A la cadena del Himalaya le falta así mismo el fenómeno imponente de los volcanes que en los Andes y en el archipiélago de las Indias revelan frecuentemente a los indígenas, de un modo formidable, la existencia de las fuerzas ocultas en el interior de nuestro planeta. También la región de las nieves perpetuas que en la pendiente meridional del Himalaya, bajo la influencia de las corrientes de aire húmedo y de la vigorosa vegetación del Indostán, comienza desde los 3.600 y 3.900 metros, forma un nuevo límite para el desarrollo de la vida orgánica, que en la región equinoccial de las Cordilleras se encuentra 850 metros más alta”.

“Los países que se aproximan al Ecuador tienen otra ventaja sobre la que no se ha llamado todavía suficientemente la atención. Es la parte de la superficie de nuestro planeta en que, dentro de una extensión menor, la variedad de impresiones dimanadas de la naturaleza llega al máximo de lo posible. En las montañas colosales de Cundinamarca, de Quito y del Perú, surcadas por valles profundos, puede el hombre contemplar todas las familias de las plantas y todos los astros del firmamento. Una sola mirada basta para abarcar majestuosas palmeras, bosques húmedos de juncos, la familia de las musáceas y sobre todo estas formas del mundo tropical, encinas, nisperos, escaramujos y umbelíferas, como en nuestra patria europea. De una sola mirada se abarcan también las constelaciones de la Cruz del Sur, las nubes de Magallanes y las estrellas conductoras de la Osa que circulan en derredor del polo Artico. Allí el seno de la tierra y los dos hemisferios del cielo, ostentan toda la riqueza de sus formas y toda la variedad de sus fenómenos; allí los climas, como las zonas vegetales cuya sucesión determinan, se encuentran superpuestos, a manera de pisos; allí

las leyes del decrecimiento del calor, de fácil determinación por el observador inteligente, están inscritas con carácter indelebles sobre los muros de las rocas en la rápida pendiente de las Cordilleras..."

* * *

"Es el Cotopaxi el más elevado de los volcanes de los Andes que en épocas recientes han sufrido erupciones. Su altura absoluta es la de 5,757 metros, el doble de la del Canigou excediendo, por tanto, 800 metros la que tendría el Vesubio situado en el pico del Tenerife. Es también el Cotopaxi el más temido de todos los volcanes del antiguo Reino de Quito por sus fuertes y devastadoras erupciones. Una montaña colosal formarían las escorias y porciones de rocas arrojadas por dicho volcán y que cubren los valles próximos en una extensión de muchas leguas cuadradas".

"La más bella y regular de todas las cimas de los Andes es la del Cotopaxi, cono perfecto revestido de una enorme capa de nieve, brilla a la puesta del sol, y se destaca pintorescamente de la azulada bóveda del cielo. Bajo estos mantos de nieve se ocultan al observador hasta las desigualdades más notables del suelo asemejándose esta cima al pan de azúcar del pico de Teide aunque la altura del cono sextuple la del gran volcán de la isla del Tenerife".

"Sólo desde muy cerca del borde del cráter se perciben algunos bancos de rocas que jamás se cubren de nieve y que desde lejos parecen líneas negras; fenómeno que debe atribuirse a la pendiente rápida de esta parte del cono y a las grietas que despiden corriente de aire caliente al exterior. Rodea el cráter un muro circular, semejante al de Tenerife, de forma de parapeto, si se lo examina con buenos largavistas, y que principalmente se distingue en la pendiente meridional desde Puma-Urcu —montaña de los leones— o el pequeño lago Yuracocha".

"En el Cotopaxi es difícil llegar a la línea inferior de las nieves perpetuas en razón de las profundas grietas que rodean al cono y arrastran en las erupciones hasta los ríos Napo y de Alaques, escorias, pómez, agua y témpanos de hielo. Esta dificultad la compro-

bamos personalmente en 1802. Examinando el volcán de cerca podemos asegurarse que no permite que se llegue al borde de su cráter".

"Dada la regularidad que afecta al cono de este volcán, sorprende hallar al sudoeste y medio oculta por la nieve, una pequeña masa rojiza, erizada de puntas que los naturales llaman **Cabeza de Inca**; dominación de origen incierto y fundada en una tradición popular que afirma haber sido esta roca en otro tiempo parte del Cotopaxi; aseguran los indios que el volcán lanzó en su primera erupción una masa pétreo que cubría la enorme cavidad del fuego subterráneo..."

* * *

"Colocadas en doble fila las cimas más elevadas forman la cordillera con una doble cresta; cúspides colosales y cubiertas de hielos permanentes, que sirvieron de referencia en las operaciones practicadas por los académicos franceses para la medida del grado ecuatorial. La simétrica situación de estas dos líneas que se dirigen de norte a sur, ha hecho que Bouguer las considere como dos ramales de montañas divididas por un valle longitudinal; este célebre astrónomo llama fondo del valle al mismo lomo de los Andes, meseta de 2.700 a 2.900 m. de altura".

"En estos llanos se encuentra la población de este maravilloso país, en ciudades que cuentan de treinta a cincuenta mil habitantes. Una ilusión extraordinaria impresiona irresistiblemente el ánimo cuando se llevan algunos meses de estancia en punto tan elevado que sostiene el barómetro en los 40 mm. Paso a paso se olvida que estos pueblos que anuncian la industria de los montañeses, estos pastos que sirven de alimento a numerosos rebaños de llamas y ovejas de Europa, estos vergeles encerrados por setos vivos de **Duranta** y **Barnadesia**; estos campos cultivados con esmero y esperanza de cosecha de cereales, se hallan como suspendidos en las regiones atmosféricas y a una altura sobre el nivel del mar de las vecinas costas del Océano Pacífico, mayor que la que mide la cima del Canigou sobre la cuenca del Mediterráneo".

"El Pichincha, el Cayambe, el Cotopaxi, picos diferenciados con su nombre propio, aunque a la mitad de su altura total sólo cons-

tituyen una masa, se aparecen a los ojos del habitante de Quito como montañas distintas que se levantan en medio de un llano desnudo de toda selva”.

“Montañas que nos maravillarían por su elevación si estuvieran a orillas del mar, parecen colinas en las Cordilleras. Quito, por ejemplo, tiene un pequeño cono que se llama JAVIRAC; sus habitantes lo miran como los de París a Monmartre y Meudón, y este cono de Javirac mide 3.121 m. de altura absoluta, casi tanto como la cima del Marmoré que es una de las más altas de las cadenas de los Pirineos...”

No hay que perder de vista el hecho histórico y científico de que “Los Viajes” y “El Diario de Humboldt” le causaron a Darwin una profunda impresión, hasta el punto de apasionarlo, en su adolescencia y primera juventud, por los viajes a esas regiones desconocidas y misteriosas de la América del Sur, los mismos que pudo realizarlos cuando el capitán Fitz-Roy le ofreció esa decisiva oportunidad. Y hay una carta genial de Darwin a Humboldt en la que el autor de “El Origen de las Especies” “mirando con más humildad la estructura de la ciencia natural”, se lamenta de haber sido “un simple naturalista aficionado”, un técnico en embrión, al salir de Inglaterra, cuando llegado a Galápagos se despertó, ante la vista fantástica de estas islas, a esas concepciones en las que él mismo dijo que para tratar de entenderlas era necesario ser más bien un científico filósofo que un técnico puramente, tal como lo ha probado el científico ecuatoriano Luciano Andrade Marin, con respecto al Barón de Humboldt.

Humboldt y Darwin están, pues, unidos por los nexos indestructibles de la ciencia y del espíritu, porque el pensamiento científico establece entre los seres privilegiados corrientes afines de mentalidad creadora inagotable. Y es por esto que ANALES —en homenaje a Humboldt en su bicentenario— reproduce un capítulo “Osada Empresa y Audaz Pensamiento” del libro de “Darwin, el Gigante de la Evolución” de Agustín Cueva Tamariz.

A. C. T.

OSADA EMPRESA Y AUDAZ PENSAMIENTO

Resaltando luminosamente entre todos los exploradores científicos europeos que se llenaron de asombro ante el hallazgo del Nuevo Mundo —a quienes **sud-américa los llamaba**, como los nombrara, en su delicioso libro, Von Hagen— se perfila la figura universal del naturalista inglés Carlos R. Darwin que, para nosotros, constituye el verdadero descubridor de las Islas de Galápagos (Archipiélago de Colón) para la ciencia, porque es allí en donde nació la audaz teoría de la evolución que revolucionó el mundo de las ciencias y surgió una nueva concepción de la vida en la que el hombre mismo no aparece como una creación superada, sino como una parte de la Naturaleza, como el estado contemporáneo de una línea de evolución del vasto reino de los vertebrados. Ha dicho el científico James Fischer: "Ninguna síntesis posterior del pensamiento —ni siquiera la teoría de la relatividad— ha estimulado en igual medida la humildad del hombre, ni ha purgado mejor su orgullo, templado tanto su voluntad y enaltecido tan grandemente su sabiduría..."

Hay en la vida de Darwin una fecha rectora de su destino: el día 27 de Diciembre de 1831 cuando zarpó el **Beagle** de Davenport, llevando como tripulante, en calidad de naturalista, al joven inglés de veintidos años de edad que, armado ya de una vocación formal y encuadrado en su equilibrio interior, emprendía en una trascendental aventura científica. "Mi segunda vida —escribió Darwin a Fitz-Roy el 17 de Octubre de 1831, con motivo de su próximo viaje— datará de esta época, que será un nuevo nacimiento para el resto de mi existencia". Y cuarenta y cinco años más tarde, ratificará en su "Autobiografía": "El viaje del **Beagle** ha sido por mucho el acontecimiento más importante de mi vida y él determinó mi carrera". Esta empresa, en el sentido de su trascendencia científica, es tan solo comparable a aquellas hazañas colombinas, casos poco frecuentes, en los que la historia de la cultura y de la ciencia reserva, a los hombres que se atrevieron a realizarlas, un inmortal renombre.

El Capitán Fitz-Roy, que había estado ya en la Tierra del Fuego y que debía partir de nuevo allá como Comandante del **Beagle**,

llevaba como misión terminar el levantamiento topográfico de la Patagonia y de la Tierra del Fuego —misión comenzada antes por el Capitán King, en los años de 1826 a 1830—, reconocer las costas de Chile y algunas islas del Pacífico y trazar al rededor del mundo una cadena de medidas cronométricas; misión utilitaria ésta, dictada por las necesidades de la potencia marítima de Inglaterra, a pesar de lo cual Fitz-Roy ofreció una plaza a bordo a un joven naturalista que deseara hacer observaciones científicas.

George Pescok, matemático y astrónomo de la Universidad de Cambridge, encargado de designar a los naturalistas destinados a los barcos de la Armada Real, le escribió al joven Darwin preguntándole si estaría dispuesto a asumir esas funciones. Adivinado y estimulado en sus sentimientos por su maestro Henslow, aquel se entusiasmó; pero el padre de Darwin temía los peligros del viaje y hallaba el proyecto poco de acuerdo con sus miras eclesiásticas, y para decidirlo fue necesario un tiempo de espera y el apoyo irrestricto de su tío Wedgwood.

Y así fue como se operó una transformación en su vida y en su personalidad. Si en 1831 era Darwin apenas un aficionado de la Biología, en 1836 a su regreso a Inglaterra, era un sabio seguro de sí mismo; los fósiles de esqueletos de mamíferos que encontró en la América del Sur habían quebrantado su fe en la inmutabilidad de las especies y había vislumbrado, por primera vez, el hecho de que las formas de vida que habían quedado en las sucesivas estratas rocosas mostraban un proceso de desarrollo, auge, decadencia y extinción, revelador de la lucha por la existencia, "lucha tan antigua como las rocas mismas", dijo Sir Julián Huxley, uno de los científicos británicos más ilustres de la época actual y nieto del famoso biólogo Thomas Henry Huxley, que figuró entre los primeros campeones del darwinismo.

Ese viaje le proporcionó a Darwin un enorme material de estudio para sus grandes concepciones geológicas, le sugirió las ideas y pensamientos audaces y revolucionarios, para su época, que debían constituir su gloria universal. Hasta le cambió, efectivamente, su forma de vida y su personalidad: con una rebosante salud al partir, Darwin se enferma en América y, al retorno, lleva una vida de valetudinario; cazador al partir, pierde esa afición en la Pata-

gonia; deportista antes del viaje, vuélvese sedentario; hasta sus aficiones estéticas pierden su valor poco después de su regreso.

En esta decisiva época de su vida, sólo lo podemos conocer a Darwin a través de su 'Diario de un Naturalista al Rededor del mundo', libro admirable cuya lectura constituye una profunda enseñanza de la vida, estudios y observaciones que, por tierras de América e islas poco conocidas, realizó quien —años más tarde— deslumbraría a su tiempo con "El Origen de las Especies", muchas de cuyas páginas están en ciernes en este fecundo diario de viaje, cuya edición trae ilustraciones y dibujos propios de los escenarios descritos tan admirable y pacientemente.

A este viaje se debió, también, la publicación de un notable trabajo sobre la formación de los arrecifes de coral y de una monografía sobre los cirrípedos, que prueban el espíritu de observación y la originalidad del talento del gran naturalista inglés. En cada fase del viaje —osada y noble empresa humana—, anotada meticulosamente en forma de Diario de viaje, se revela el científico que va en pos de su estrella sin extraviarse en las oquedades de una naturaleza incomprensible, velada por aspectos de incertidumbre, siempre dominado como por una especie de embriaguez creadora. Darwin explicó las ideas que poblaron su mente, durante la circunnavegación, en una carta que, en Octubre de 1864, dirigida a Haeckel, uno de sus más ardientes partidarios de su doctrina en Alemania: "Tres clases de fenómenos me causaron una profunda impresión en la América del Sur: la manera cómo ciertas especies, muy afines, se sucedían y se reemplazaban unas a otras, a medida que iba del Norte al Sur; el inmediato parentesco de las especies que habitaban en las islas del litoral con las que son peculiares a ese Continente, lo cual me sorprendió por demás, así como la variedad de las especies que habitan en el Archipiélago de los Galápagos, inmediato a tierra firme; y, finalmente, la íntima conexión que existe entre los mamíferos desdentados y los roedores de la época y las especies extinguidas de las mismas familias. No olvidaré jamás la sorpresa que sentí al desenterrar una reliquia de un animal gigantesco, análoga a la de un animal viviente... Reflexionando sobre estos hechos y comparándolos con otros del mismo género, parecióme inverosímil que las especies afines fuesen la posteridad de una forma progenitora común. Mas, por espacio de muchos años

me fue imposible comprender cómo se había podido adoptar semejante forma a tan distintas condiciones de vida. Aplíqueme, por lo tanto, a estudiar sistemáticamente los animales y las plantas domésticas y, al cabo de algún tiempo, vi claramente que la influencia modificadora más importante residía en la libre elección del hombre y en la preferencia de los individuos señalados para procrear las especies. Como había estudiado algunas veces el género de vida y las costumbres de los animales, estaba completamente preparado para formarme una idea exacta de la lucha por la vida, y mis trabajos geológicos, por otra parte, me habían hecho concebir la inmensa duración de los tiempos pasados. Habiendo leído, entonces, gracias a una feliz casualidad, el libro de Malthus sobre **El Principio de la Población**, acudió a mi imaginación la idea de la selección natural. Entre los principios de segundo orden, el último cuyo valor puede apreciar, fue la significación y las causas de la divergencia..."

De manera que el viaje del **Beagle** el estudio de los cirrípedos —del que confesó Darwin, en 1876, que acaso no valió la pena el enorme tiempo que exigió— y la vastísima documentación acumulada hasta 1859, forman las raíces, se diría, del "Origen de las Especies", siendo sus ramales de dos clases: algunos provienen directamente de documentos en exceso y desaparecidos al redactar la **Memoria**, leída en la Sala de la Sociedad Linneana, el primero de julio de 1858, tales como la "Variación de los animales y las plantas bajo la influencia de la domesticación", la "Descendencia del Hombre" y "La Expresión de las Emociones", obras retardadas en su publicación por esa prudencia característica del ilustre biólogo; los otros ramales comportan trabajos de Botánica experimental, que para él eran los más demostrativos, sobre las Orquideas, sobre las Plantas Insectívoras, sobre los Efectos de la Fecundación directa y cruzada, sobre las Diferentes Formas de Flores, sobre el Movimiento de las Plantas, etc., publicados en los años de 1862, 1864, 1875, 1876, 1877 y 1880, respectivamente.

El libro de Darwin "Viaje de un Naturalista al Rededor del Mundo", cuyos capítulos a la par que son trozos de historia de la América del Sur, narrados por un imparcial testigo que expone lo visto con sencillez desapasionada y con un profundo sentido de observación, nos muestran, sobre todo, la variedad de sus investigaciones

científicas. Trata, ampliamente, de la geología, de la zoología, de la botánica terrestre y marítima; habla sobre el clima de las islas antártidas, de los efectos del rayo, de la altitud de las nieves, de la formación de los icibergs, del polvo atmosférico, de las incrustaciones salinas, etc. Hace observaciones sobre la esclavitud en el Brasil, sobre las costumbres de los gauchos en el Río de la Plata, sobre los australianos, los fueguinos —y entre ellos, los tres naturales de la Tierra del Fuego que Fitz-Roy los había llevado anteriormente a Inglaterra y que, después de haberlos hecho educar, los repartió en el *Beagle*, de los que se acordará más tarde al discutir la descendencia del hombre— que son para el antropólogo "seres que, en conducta, costumbres, idioma y manera de pensar, se parecen a aquellos otros que les son más cercanos: los animales de la selva..."

La navegación le dio la oportunidad a Darwin para visitar Santiago en las islas del Cabo Verde, San Paulo, Fernando de Noronha, Bahía y alrededores de Río en el Brasil. Durante dos años el *Beagle* rodeó las costas Este y Sur de América a partir del Río de la Plata y recorrió el Uruguay, la Argentina y la Patagonia. Vio las islas Falkland y, por dos ocasiones, la Tierra del Fuego; permaneció más de un año en Chile y en el Perú; escaló los Andes, hizo escala en el Archipiélago de Colón —antes de los Galápagos—, en donde sus observaciones se destacan con mayor relieve; después, estuvo en Tahití, en Nueva Zelanda, en Australia, en Tasmania, en la isla Mauricio, en el Cabo, en Santa Elena, en la isla de la Ascensión y, por segunda vez, en el Brasil, en Cabo Verde y en las Azores.

Mientras más variados e impresionantes son los contactos y las situaciones que a Darwin le ofrece el escenario de esa dramática naturaleza que iba descubriendo a su paso, tanto más se enriquecía su mente calculadora y se exacerbaba su observación vigilante de los seres y de las cosas. De una manera consciente y dialéctica y observa la movilidad de los fenómenos físicos y biológicos que descubre a cada paso, para poder explicarse, más tarde, el mecanismo de los procesos de interacción y de lucha para la supervivencia del más apto, al mismo tiempo que repara en la adaptación de los organismos a las condiciones de vida en función de sus actividades, para fijar —veinte años más tarde— el concepto filosófico de que

las adaptaciones ontogénicas pueden llegar a ser hereditarias en el curso de la filogénesis.

Dos meses después de que el *Beagle* partiera de Inglaterra, en su circunnavegación por cinco fructuosos años para la ciencia, Darwin llega al Brasil y contempla, con asombro y embeleso, la enervante policromía de ese mundo esplendoroso. En su Diario escribió el día 29 de Febrero de 1832: "Deleite es término débil para expresar la sensación que el naturalista tiene al recorrer por primera vez la selva brasileña. La hermosura de las flores, el verde luciente del follaje y, sobre todo, la exuberancia de la vegetación son maravillosos. Para quien ama la historia natural, tal experiencia significa el placer de una hondura que quizá no pueda repetirse jamás..." Y, al término de su viaje, con su recuerdo fijo todavía en el esplendor de la escena, escribió: "Es un solo, inmenso semillero de vida silvestre, profusa y exorbitante... en mi último paseo me detuve una y otra vez a contemplar sus bellezas, empeñado en fijar eternamente en la memoria impresiones que el tiempo, por fuerza, tornaría borrosas... perdurarán, sin embargo, como las figuras imprecisas, pero de hermosura sin igual de un cuento de la infancia..." El joven naturalista, como se ve por estos párrafos, poseía también una sensibilidad estética, que le permitía captar el prodigio de ese mundo exuberante en su aspecto interior y en su ordenamiento íntimo.

Su primer contacto con el trópico fue el prólogo para su obra futura. Si bien antes de su arribo a las islas de Galápagos no discernía aun su mente los mecanismos de la evolución, las selvas lujuriantes de vida del Brasil le prestaron la clave que le habría de ayudar a interesarse en el secreto proceder de la Naturaleza. La selva brasileña le interesó poderosamente a Darwin como permanente escenario de la evolución —que la concebiría más tarde—, porque en ella no habían grandes cambios desde la prehistoria: por milenios se cumplía allí las leyes de la selección natural, libre de los efectos de las grandes fluctuaciones climáticas de los tiempos pasados, la selva primigenia ha florecido durante millones de años, seguramente, y a salvo de toda perturbación, aparte de la esporádica y destructura del hombre. "Durante las incontables horas de estudio que culminaron con el "Origen de las Especies" —dice Lincoln Barnett— el recuerdo del Brasil permaneció en la memoria de

Darwin como los sonoros acordes iniciales de una sinfonía, mezcla de majestad y esplendor, cuyos diferentes motivos se desentrañarían sólo con la meditación. El contraste entre ciertos pasajes de sus primeros escritos y los de épocas posteriores, nos revela que su primera visión deslumbradora de aquel nuevo dominio de la naturaleza, complejo y pródigo, le inspiró nociones no menos fundamentales que la del conocimiento que obtuvo al estudiar la esparcida fauna insular de las Galápagos, porque en la exuberante selva brasileña observó formas de vida más variadas y abundantes y normas de especialización y hábitos más radicales que los que pueden existir en otro sitio del planeta".

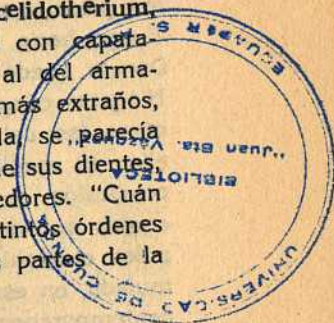
Como durante los dos años siguientes —1832-1834— el *Beagle* se ocupó en sondear las costas orientales y meridionales de la América al sur del Río de la Plata, el día 5 de Julio, zarpa de la magnífica bahía de Río para el Plata y Darwin observa, junto al gran número de focas y pingüinos, la lentitud con que se mezclan las aguas del mar y las fluviales, fangosas y amarillentas éstas que flotan en la superficie del agua salada gracias a su menor gravedad específica. Al echar anclas en Montevideo, se dirige a la pequeña población de "Maldonado", situada en la orilla septentrional del Plata, a poca distancia de la desembocadura de este río, y experimenta el singular placer de pasearse "por las llanuras de césped, de la que puede verse los límites". Durante las diez semanas que residió en esta población, Darwin se procuró una colección casi completa de los mamíferos, de las aves y los reptiles de la comarca.

El día 24 de Julio de 1833 zarpa la embarcación de Maldonado y el 3 de Agosto llega a la desembocadura del Río Negro, la principal arteria fluvial que se encuentra en la costa, entre el Estrecho de Magalíanes y el Río de la Plata. En la pequeña colonia, situada a orillas del río y a 18 millas de la desembocadura encuentra el naturalista que la vegetación es muy pobre y que apenas se encuentran unos matorrales armados de púas y espinas formidables, "que parecen impedir al extranjero el acceso a esas inhóspitas regiones". Punta-Alegre —desde donde se divisaba el inmenso puerto de Bahía Blanca— es para Darwin "catacumba de osamentas de monstruos ya extinguidos", como la ratificara después el sabio y discutido Florentino Ameghino —cuya vida de estudio y de abnegación honró a la ciencia argentina—, cuando expresó en una

conferencia, dictada en Buenos Aires, como homenaje a Darwin a raíz de su muerte, que la teoría de la evolución se encuentra en la pampa argentina, en donde es más fácil que en Europa el estudio de las formaciones geológicas, porque la naturaleza del terreno permite la conservación de los restos orgánicos mejor que en la generalidad de las formas europeas. Los restos de los animales gigantes que halló enterrados, los describe Darwin —y los amplía después el Profesor Owen en la "Zoología del Viaje del *Beagle*"—, tales como el *Magatherium*, el *Megalonix*, perteneciente a la misma familia, el *Myloodon darwinii*, género muy próximo al *Scelidotherium*, pero de talla algo menor, un descendiente gigantesco con caparazón óseo dividido en compartimentos, muy parecido al del armadillo y, finalmente, el *Toxodon*, uno de los animales más extraños, descubiertos por el gran naturalista y que, por su talla, se parecía al elefante o al megaterio, pero que, por la estructura de sus dientes, opina Darwin que estaba aliado de muy cerca a los roedores. "Cuán asombroso —exclama el sabio— es encontrar estos distintos órdenes hoy tan bien separados, confundidos en las diferentes partes de la organización del *Toxodon*!..."

El día 6 de Diciembre el *Beagle* abandona el Río de la Plata, "a cuyas aguas fangosas nunca deberíamos regresar" —dice Darwin— y se dirige a la Patagonia, en donde observa que la fauna es tan limitada como la flora. En todos los sitios ve las mismas aves y los mismos insectos; pero por muy pobre que sea la Patagonia, reconoce que puede envanecerse de poseer quizá el mayor número de roedores que ningún otro país del mundo. Designa Darwin al lugar "como el verdadero país del guanaco", porque a cada instante podía ver rebaños compuestos de cientos de estos ejemplares que se han aclimatado a ese medio hostil, frío, desierto y estéril de las pétreas rocosas de la columna vertebral del Continente, parientes cercanos de la vicuña, de la llama y de la alpaca domesticadas, que sirven al hombre de bestia de carga y de reserva ambulante de alimento y pieles y que, en su arisca levedad, constituyen el telón de fondo del árido paisaje de las pumas, en la dorada amarillez y pungente melancolía de los pajonales.

Después de las notas insertadas en su Diario sobre la Patagonia y las islas Falkland, con magistrales pinceladas evoca Darwin su primera visita a la Tierra del Fuego, en el mes de Diciembre de



1832, ese remoto confin de la Tierra, en el extremo mismo de la América del Sur, en donde —como ya decíamos— el **Beagle** por orden del almirantazgo iba a trazar el mapa de las islas y escollos y a estudiar los laberínticos canales y ensenadas, formados por el turbulento mar, como un paisaje de otras edades —cuando la tierra era desordenada y vacía y las tinieblas estaban sobre la luz del abismo— que incita y, al mismo tiempo, aplasta al hombre que se atreve a incursionar por estas desconocidas zonas de la América. Ante los glaciares, esos eternos ríos de nieve que descienden de los picos, ocultos en la niebla, del Archipiélago de la Tierra del Fuego hacia intrincados canales y estuarios del Océano Antártico, Darwin quedó extasiado y dijo: "Los glaciares parecen otros tantos Niágaras congelados... estas cataratas de hielo azul son tan bellas como las del agua en movimiento..." Observó la profusión de ellos en medio de un clima de relativa uniformidad llegando a la conclusión de que su existencia depende menos de los inviernos crudos que de los veranos relativamente fríos y nublados, que impiden el deshielo de la nieve acumulada en el invierno. Teoría formulada, en ese instante, por Darwin y aceptada por los glaciólogos contemporáneos.

Pero la impresión más asombrosa del gran naturalista fue la que tuvo ante los indios fueguinos, que aun hoy sobreviven y cuya situación ha sido cambiada por el contacto de la civilización, pero que en la época de Darwin eran la gente más mísera y la raza más paupérrima que habitaba sobre la faz del planeta. "Nada causa tanto asombro como ver por vez primera a un salvaje en su elemento, a un hombre en su estado más primitivo. El pensamiento retrocede a centurias pasadas, y uno se pregunta: ¿acaso nuestros antepasados fueron hombres como estos, que no parecen dotados de razón, o al menos de habilidades que expresan ese don? No creo posible describir o pintar la diferencia entre el hombre salvaje y el civilizado; es mayor que entre el animal salvaje y el domesticado", escribió en su Diario, sorprendido ante el espectáculo de seres humanos que llevaban por vestido pieles de guanaco o nutria, atadas con tiras de cuero al pecho y apenas suficientes para cubrir la espalda y que dormían en el suelo mojado y acurrucados como animales, cinco o seis individuos, desnudos y sin protección contra el viento y la lluvia del tempestuoso clima. En su observación de los fueguinos, Darwin fue aleccionado objetivamente por una extraordinaria

circunstancia como fue la de poder estudiar personalmente las reacciones psicológicas de tres jóvenes indígenas que después de vivir tres largos años en Inglaterra regresaron a la Tierra del Fuego. Infausto y dramático episodio que ha sido relatado con un estilo plástico y filmable, diríamos, por ese viajero infatigable, literato e historiador que es Víctor Vón Hagen, en su capítulo sobre Darwin, de su libro antes citado: "Sud América los llamaba".

El día 23 de Julio de 1834, el **Beagle** echa ancla en la bahía de Valdivieso, puerto de Chile. El cambio de la naturaleza, comparándola con la Tierra del Fuego, es para Darwin fantástico, tan transparente es la atmósfera, tan puro y azul el cielo, que siente que una paz de égloga se adueña suavemente de su alma, que recibe una plácida impresión de júbilo y de luz. "Desde el lugar en que hemos anclado —dice el naturalista— la vista es preciosa... hacia el noreste hay una visión magnífica de los Andes y el panorama es espléndido. El volcán Aconcagua ofrece un espectáculo maravilloso... que admirable espectáculo el de esa montaña cuyas formas se destacan sobre el azul del cielo y cuyos colores revisten los más vivos matices en el momento en que el sol se pone en el Pacífico..." La exquisita sensibilidad del joven científico, que se extasia ante las puestas del sol, cuando los picos de los Andes, cubiertos de nieve, se colorean de tintes rosados, cede el paso a las reflexiones del geólogo y se pregunta qué potencia ha levantado estas montañas y cuántos siglos han sido necesarios que transcurran para allanar partes tan considerables de esas colosales masas.

Siempre los poetas han cantado a las montañas eternas, la permanencia del impávido e inamovible mundo físico que les rodeaba; pero la geología nos dice que las montañas no son eternas, que algún día el pico más elevado se derrumbará, quizá para volver en una época posterior a surgir; se sabe que cadenas de montañas se han formado y destruido en sólo una pequeña fracción de tiempo geológico, y ese tiempo requerido hoy puede determinarse en años. Es tan largo, que la imaginación no consigue penetrar su alcance; pero la ciencia actual ha conseguido determinarlo mediante la radiactividad de ciertos elementos de la naturaleza que, constantemente movidos por una lenta agitación de sus átomos, pasan sin interrupción de una forma a otra, como el uranio que se transforma en radio y, por último, en helio y en plomo, que son productos es-

tables; y como el tiempo requerido para generar el plomo se conoce, se tiene así los datos suficientes para determinar y medir el llamado tiempo geológico.

Darwin hace observaciones sobre los mamíferos y aves de Chile. Describe las costumbres y la forma de vida del puma o león de América, que se extiende en las selvas ecuatorianas, en los desiertos de la Patagonia y hasta en las latitudes frías y húmedas de la Tierra del Fuego. También describe las dos especies principales de aves del género *Pteroptococcus*, la primera a la que los naturales le dan el nombre de "turco", tan grande como el zorzal y de color pardo rojizo; el *pteropococcus albicollis*, que lanza gritos diferentes y muy extraños, según los cambios de estación.

Presencia la erupción de los volcanes el **Osorno**, el **Aconcagua** y el **Cosaguina**. "A las tres de la madrugada asistimos al más magnífico de los espectáculos: con la ayuda del telescopio vemos en medio de espléndidas llamas rojas, negros objetos proyectados incesantemente al aire y que, después, caen estallando en formas fantásticas", anota en su Diario. Y al día siguiente, o sea el 20 de Febrero, siente el más violento terremoto en Valdivia, el mismo que describe con caracteres patéticos y con la más fría serenidad de su ánimo: "El terremoto trastrueca en un instante —dice— las más firmes ideas; la tierra, el emblema mismo de la solidez, ha temblado bajo nuestros pies como una costra muy delgada puesta sobre un fluido. Un espacio de un segundo ha bastado para despertar en la imaginación un extraño sentimiento de inseguridad que horas de reflexión no hubieran podido producir. El viento, en el momento del choque, agitaba los árboles de la selva y yo sentí a la tierra temblar bajo mis pies..." Describe Darwin cómo vio la destrucción de Talcahuano y Concepción, como un cuadro terrible y un espectáculo de desolación y de muerte. Y, luego, surge el científico y el observador de la Naturaleza y establece la relación entre las fuerzas eruptivas y las fuerzas elevadoras y concluye con la convicción de que la relación íntima y compleja a la vez de las fuerzas de erupción y de levantamiento, prueban que las fuerzas que levantan los continentes por grados, son idénticas a las que hacen surgir las materias volcánicas por los cráteres. Temiendo su poder, admirando su trágica belleza y meditando sobre su misterio, Darwin se siente conmovido por los volcanes a su paso por la Cordi-

llera de los Andes, de un modo que no logró conmovirlo ningún otro fenómeno físico.

Continuando la travesía, el **Beagle** se detiene el día 19 de Julio en la Bahía de El Callao. Allí y en la Capital del Perú, permanece Darwin seis semanas. Sus observaciones coinciden con las que, antes las expresó Humboldt en sus "Cuadros de la Naturaleza", en su paso por 1802. Humboldt transita por el Virreinato en las postimerías de la dominación española; Darwin llega a Lima en plena revolución. A ambos científicos les interesa menos la naturaleza agreste y los pajonales desérticos; la atención del uno y del otro se fija principalmente en los monumentos que encuentran a su paso, porque el paisaje del Perú, —como ha dicho Riva Agüero— "respira historia". Tanto Humboldt como Darwin definen las características del arte incásico armonizándolas con el mismo paisaje andino.

Pero las observaciones en las islas de Galápagos unidas a su intuición genial, fueron las que permitieron a Darwin ver el proceso de evolución, y no, precisamente, en la antigüedad fosilizada sino en el presente vivo y palpante. El poeta rumano Pius Servien, escribió un día: "El mundo es espléndido, pero se desmorona si no lo sostiene un pensamiento". Con las mismas palabras de esta sentencia, lírica y filosófica, diríamos que todo ese maravilloso mundo de la América tropical, con sus ardientes llanos y sus enhiestas cordilleras que destacan el albor de sus nieves eternas sobre el azul infinito del cielo, ese mundo cautivante redescubierto para la ciencia y que lo supo transitar Darwin con una pasión extraordinaria y explorarlo con deleite en su fauna y en su flora y en sus sombrías profundidades abisales, pudo desmoronarse para la ciencia si no lo sostenía ese audaz pensamiento que sólo la suerte del genio pudo forjarlo al contacto de esa ignorada parcela del mundo, o más bien de "ese mundo en sí mismo", de ese territorio de sombra y de luz, de misterio y de leyenda, de mito y de ensueño que era, para el gran naturalista, el "archipiélago de los dos mil cráteres", como lo llamó desde el primer momento que desembarcaba en la isla Chatam o San Cristóbal, el día 17 de Setiembre de 1835, la primera explorada del grupo de las islas de Galápagos, inicial y término, al mismo tiempo, de su gran aventura científica.

La esencia del problema del origen de las especies —y que le haría cavilar por espacio de más de veinte años— lo expuso Darwin en pocas frases llenas de honda penetración, al comienzo de la sección del Diario dedicado al Archipiélago: "Es muy rara la historia natural de estas islas... La mayoría de las manifestaciones orgánicas son esencialmente indígenas y no se encuentran en ninguna otra parte del globo; hasta entre los habitantes de las diferentes islas existe cierta diversidad; empero, todas ellas presentan cierto grado notable de parentesco con las de América, aunque están separadas del Continente por un espacio oceánico de 800 a 900 Km... Al contemplar todas las cumbres coronadas de cráteres y ver aun claro los límites de la mayoría de los torrentes de lava, es posible suponer que, en un período geológicamente reciente, el mar se extendía aquí. Pareciera que nos hemos aproximado un poco, tanto en el espacio como en el tiempo, al hecho grandioso, misterio de los misterios, de la primera aparición de los seres sobre la Tierra..."

Puede verse en estos cortos párrafos, henchidos de sustancia y grávidos de trascendencia, cómo las observaciones realizadas por Darwin desde el primer momento que visitó las islas tuvieron un profundo sentido filosófico, para dejar fluir una serie de problemas de enorme interés y de incalculable trascendencia científica. ¿Qué explicación tiene la población vegetal y animal del Archipiélago? ¿Las islas habían surgido de los abismos del mar por convulsiones volcánicas? ¿Cómo afloró la vida en sus yermas playas de lava?? ¿Por qué la existencia de especies que no se encuentran en otras partes del mundo, ya que unos habitantes pertenecían a un tipo insular único, mientras otros parecían estar emparentados con las formas orgánicas del Continente? ¿Por qué los moradores de una isla diferían tan marcadamente de los de la otra, o sea, a qué se debe la diferenciación de estas especies?...

En primer lugar, al contemplar las ingentes masas de lava volcánica, Darwin se da cuenta de la formación esencialmente volcánica de las islas y sostiene la teoría de que por erupciones ocurridas en el fondo del Océano, se inició su transformación. Durante muchas centurias, nuevas erupciones acumularían material pétreo hasta que las nuevas tierras emergieron de la superficie del mar. Para el ilustre naturalista británico, pues, el problema del origen de

las islas Galápagos estaba explicado por las erupciones volcánicas submarinas; teoría aceptada rotundamente por Wolf, años más tarde, cuando dice: "El Archipiélago ofrece uno de los ejemplos más hermosos de un grupo de islas exclusivamente volcánicas. Estas islas no se han formado por desplazamiento de un terreno más extenso ni por separación del Continente Sudamericano, ni por levantamiento del fondo marino, sino simplemente por acumulación sucesiva de materiales eruptivos, o sea, por erupciones volcánicas, que al principio eran submarinas y más tarde se efectuaron por encima del nivel del mar". Y luego, añade: "En ninguna parte se descubre un vestigio de terrenos fundamentales levantados, ni hay argumentos para suponer grandes hundimientos o levantamientos. Casi todas las islas manifiestan, hasta la evidencia, que se agrandaron desde un punto central —seguramente un cráter principal— por derramamiento de lava, extendiendo su periferia hacia todos los lados a la vez, o en un sentido, con preferencia y creciendo al mismo tiempo en altura. Con el tiempo se formaron muchos cráteres laterales y secundarios, al lado del central y del principal, y este procedimiento se manifiesta con mucha claridad en la isla de Infatigable y en la de Narborough cuyo enorme cráter central todavía no está apagado. En otros casos, dos islas formadas del modo explicado se reunieron en una por confluencia de sus costas, la cual recibió, de esta manera, una figura oblonga: esto sucedió con seguridad en las islas Abermale y Chatham, en que las mitades meridionales están separadas de las septentrionales por islas angostas y bajas..."

Sostiene, pues, Wolf como fruto de sus atentas observaciones aquello que, desde el primer momento, ya lo vislumbró Darwin, o sea, el origen volcánico de las islas, en oposición a la teoría de su origen continental, sostenida apasionadamente después por George Baur, profesor de la Universidad de Clark en Worcester, quien hizo su exploración detenida de las islas de Galápagos en 1891. Posteriores estudios —dice Carlos Manuel Larrea, en su exhaustivo libro "El Archipiélago de Colón (Galápagos)"— han venido a confirmar estas teorías de Darwin y de Wolf. "Laurence Jhon Chubb, después de largos trabajos oceanográficos —dice Larrea— sostiene que bajo el Pacífico central se encuentra una vastísima área, conocida con el nombre de Albatros, a una profundidad de algo más de 2.000 brazas. Es una inmensa meseta en cuyo centro no hay

islas que sobresalgan del Océano; pero en sus bordes hay archipiélagos que parecen han sido formados por el levantamiento de los labios de profundas grietas o resquebrajaduras. Ese es, probablemente, el origen de las islas Marquesas en el extremo occidental de la meseta submarina y el de las Galápagos, en el oriental. Según este autor, por presiones internas ha sido resquebrajada y rota esta meseta submarina en sus bordes y allí han surgido, por fuerzas tectónicas, dichos archipiélagos con el levantamiento de las orillas de las grietas y formaciones de una especie de cordillera de volcanes, que fueron acumulando materiales eruptivos hasta emerger de la superficie del Océano. Además, en las Galápagos —termina el autor— no se encuentran fósiles, lo que, a nuestro entender, es una prueba del origen oceánico...

En este aspecto —el del origen de las islas— Darwin es un geólogo. Y es preciso recordar aquí cómo hizo su formación en esta disciplina científica. A bordo del *Beagle* un día exclamó: "La Geología importa sobre todo..." Cuando estudiante en Edimburgo, sin embargo, las lecciones envejecidas de Jamensson lo habían decidido a "no leer en su vida un libro de Geología ni a estudiar esta ciencia en cualquiera forma que fuera". Pero, en Cambridge, Sedgwick lo había apaciguado y le había proporcionado los "Principios de Geología" que Lyell acababa de publicar, libro tan revolucionario como habría de ser, más tarde, el "Origen de las Especies", en Biología. La teoría geológica reinante entonces, invocaba cataclismos sucesivos y para explicar en la historia de la Tierra los cambios de los continentes, de los mares, de las cadenas de montañas, de la fauna y de la flora —cambios cuyas pruebas indudables encontraban los geólogos en el suelo— se suponía que, de tiempo en tiempo, la antigua conformación de la tierra, al alterarse por cataclismos brutales había sido sustituida por otra nueva. Lyell tuvo el mérito de proponer y admitir en sus "Principios de Geología", y más tarde otra teoría, que se ha conservado como base de la geología moderna, o sea, que los pretendidos cataclismos han sido, en realidad, muy lentos y se deben enteramente a causas materiales, del mismo tipo que las que vemos actuar.

"Estoy orgulloso de recordar —dice Darwin en su "Autobiografía"— que el primer lugar donde hice investigaciones geológicas —Santiago en las islas del Cabo Verde— me convenció de la infi-

nita superioridad de los puntos de vista de Lyell sobre los que habían defendido hasta entonces todos los autores por mí conocidos". Es pues, bajo la influencia de Lyell que Darwin hizo las investigaciones publicadas con el título general de "Geología del Viaje del *Beagle*", aparte de fragmentos sobre Australia y el Cabo en un volumen —1840— sobre la América del Sur; estudios que abarcan dos obras más sobre "Los Arrecifes de Coral" —1842— y sobre las "Islas Volcánicas" —1844—. El concepto darwinista sobre el origen de los arrecifes de coral por el proceso constructivo —destrutivo de acumulación orgánica y hundimiento progresivo de base volcánica, sigue siendo teoría clásica, pues los oceanógrafos contemporáneos concuerdan en que la mayoría de los atolones descansan sobre cimientos de origen volcánico que fueron hundiéndose gradualmente en el mar. El libro sobre "Las Islas Volcánicas" fue concebido en Santiago y su preparación proseguida en el trayecto de Saint-Paul, la Ascensión y Santa Elena y las islas de las Galápagos. Darwin, como vimos ya, toma partido aquí contra la antigua teoría de los cráteres de solevantamiento, según la cual el volcán era una especie de inmensa pompa insuflada y horadada en la corteza terrestre. Con Lyell, muestra Darwin, que se trata de una fractura en la corteza no solevantada por donde escapan las materias cuya acumulación forma el cono volcánico: teoría de la que nadie duda hoy.

En la América del Sur, observó, además, Darwin relaciones entre las rocas volcánicas y cristalinas y presintió lo que hoy se llama la *dinamometamorfosis* o *dinamometamorfismo*. Cuarenta años más tarde, Rendar que llegó a las islas del Archipiélago de Colón, en la bien equipada expedición del "Chalenger" rehacerá las observaciones de Darwin y experimentará "una viva admiración por ese investigador que, sin otro aparato que una lupa, sin otra reacción que algunos ensayos al calor y algunas medidas muy raras con el goniómetro, llegó a discernir los agregados mineralógicos más complejos y variados". Y, contrastando con la repulsión que sentía por la Geología, en sus años de estudiante, Darwin concluye, con el entusiasmo del hombre que domina la ciencia, con estas palabras: "Hallo en la Geología un interés que no se debilita jamás... nos inspira ideas tan vastas como las que la atronomía nos sugiere sobre el conjunto de los mundos..."

El otro problema de la población de territorios insulares alejados de la tierra firme se explica Darwin de esta manera: "El corto número de las especies con gran proporción de formas endémicas; el haberse modificado los miembros de ciertos grupos y no los de otros en la misma clase; la ausencia de ciertos órdenes enteros, como los batracios y los mamíferos terrestres, no obstante la presencia de un murciélago aéreo; las proporciones singulares de ciertos órdenes de plantas; el haberse desarrollado en formas hasta constituir árboles etc., etc., todo esto pareceme estar de acuerdo con la creencia en la eficacia con los medios ocasionales del transporte, continuados durante largo transcurso de tiempo, y la creencia en la primitiva unión de todas las islas oceánicas del Continente más próximo, porque según esta última teoría es probable que las varias clases hubiesen emigrado más uniformemente y que, habiendo entrado las especies en colectividad, sus relaciones mutuas no se hubieran perturbado mucho y, por consiguiente, o no se habrían modificado o todas las especies lo hubieran hecho en modo más uniforme".

De esta manera —no muy firme y poco ambigua por cierto— Darwin desechó la hipótesis de que las manifestaciones de la vida se explicarían por el origen continental de las islas, como si hubiese existido un puente terrestre entre el archipiélago y la costa sudamericana —teoría sostenida por Baur, años más tarde, en oposición a las de Darwin y Wolf— por el caprichoso desequilibrio de la fauna insular, la falta virtual de mamíferos, la ausencia absoluta de zâpos y ranas y la profusión extraordinaria de reptiles. De haber existido tal conexión, más criaturas migratorias la hubieran usado y por el número reducido de especies, en proporción a la riqueza de las formas autóctonas, pudo arribar a la conclusión de que la vida había llegado a las islas por el mar y por el aire, sin orden ni concierto. "¿No se debería esta discrepancia —se preguntó Darwin— a que los huevos de lagarto, por ejemplo, protegidos por cascarones calcáreos, podrían ser transportados con más facilidad por las corrientes de agua salada, que las viscosas huevas de la rana?"

Luego expone el biólogo británico una multitud de experiencias comprobadas, de los maravillosos medios de que se vale la Naturaleza para la propagación de las especies, no sólo en la conformación especial de los órganos de reproducción de los vegeta-

les, sino en la cría, por ejemplo, de los moluscos de tierra que parecen en el agua desde el momento de salir del cascarón y se adhieren a las patas de los pájaros que están descansando en el terreno, siendo esta la manera de ser transportados a grandes distancias; cómo otros moluscos terrestres, mientras están invernando, tienen un diafragma membranoso sobre la boca de la concha y pueden adherirse y flotar sobre troncos de madera. Darwin realizó, así mismo, muchos experimentos con el objeto de corroborar la teoría del transporte occidental: sumergió semillas en agua de mar durante algunos meses y descubrió que algunas de ellas conservaban su poder de germinación; así como también hacer brotar semillas expelidas por los pájaros en el excremento o tomadas del cieno adherido a sus patas y otras extraídas de media onza de guano de langosta, que un amigo le envió desde el Africa.

Al analizar Darwin el tema para él obsesionante del carácter suramericano de la mayor parte de las especies de las islas Galápagos, y más especialmente, el de la manera cómo difieren entre sí en cada isla del grupo, siendo que ninguna de esas islas tienen mayor antigüedad desde el punto de vista geológico, llega a la conclusión de que estos hechos, y muchos análogos, no pueden explicarse más que por la suposición de que las especies se modifican gradualmente y que la diversificación producida y la formación de nuevas especies se debe a las condiciones físicas del medio, a la **selección natural** y a la **adaptación en la lucha por la supervivencia**.

A pesar de lo que más sorprendió a su espíritu observador en las Galápagos fue la abundancia de iguanas marinas, de la tortuga gigante y la casi ausencia de mamíferos, al extremo de decir que "el orden de los reptiles imparte la característica más notable a la fauna de estas islas", no fueron, precisamente, los quelonios sino los pequeños pinzones los que condujeron a Darwin hacia la percepción profunda del mecanismo del origen de las especies. Al describir entre los pájaros de tierra un grupo singular de pinzones, notó el hecho muy curioso de la perfecta gradación del tamaño del pico; entre las trece especies que encontró en total, comprobó diferencias de estructura del pico y sus costumbres: algunos buscaban semillas en el suelo o insectos en los árboles; otros se alimentaban de flores y de frutos, cambiando el color del plumaje, que iba del negro leve hasta el gris o el verde hoja. Entonces, y

sobre todo más tarde, el genio intuitivo del naturalista concibió que una familia aborígen de pinzones, de las primeras en habitar las Galápagos, se "había modificado" al adaptarse a diversos fines, es decir, sus miembros habían explotado diferentes medios de vida, gracias a la ausencia de rivales. Pensó que si un verdadero pájaro cantor los hubiera precedido no se habría formado el pinzón cantor; pero sólo en su dominio los pinzones más hábiles —los más aptos— sobrevivieron. Por lo tanto, las trece especies de estas aves del Archipiélago debían descender de un antepasado común, que emigró del Continente, acaso arrastrado por una tempestad ecuatorial, en un pasado muy remoto. En el macizo continental, la lucha por la existencia entre hordas de competidores los hubiera arrinconado, indudablemente, en un pequeño espacio de la estructura económica de la naturaleza; pero la ausencia de otras aves terrestres en las Galápagos les permitió evolucionar en direcciones que, de otra manera, les hubieran estado vedadas. Al encontrar un campo despejado para subsistir y escoger allí, sin restricciones, el alimento, algunos pinzones se aficionaron a las semillas; otros a los cactus; éstos a las bayas o al néctar de las flores; y aquéllos a los insectos voladores. Con el tiempo, su constitución física se adoptó a sus divergentes modos de vida.

Darwin permaneció en el Archipiélago de Galápagos apenas cinco semanas, que fueron decisivas para formular, años después, el principio de la **selección natural** y el concepto de la **lucha por la existencia**, para la aplicación del origen de las especies, cambiando así, para siempre, el concepto del lugar del hombre en la Naturaleza. Razón tiene Von Hagen al decir que "entre aquellas caóticas masas de lava, fue concebida la teoría de la evolución". Si no se puede asegurar que al poner los pies en el archipiélago naciera enteramente de golpe en el cerebro de Darwin, fue allí en donde se cristalizó. Igualmente, la tiene Lincoln Barret cuando expresa que fue en el remoto Archipiélago de las Galápagos donde Darwin iba a encontrar la clave que buscaba y que en ese laboratorio animado pudo encontrar el gran naturalista un dominio orgánico sin igual, aislado, no violado por el hombre, un diminuto cosmos insular, donde era posible examinar claramente la obra de la Naturaleza, como en un pequeño anfiteatro.

Darwin recogió, además, en el archipiélago un considerable y

valioso material científico para sus posteriores estudios y observaciones. Llevó a Inglaterra el único mamífero terrestre que se encuentra autónomo en las islas, el ratón **Mus galapageonsis**, veinticuatro especies de aves terrestres peculiares del grupo, que no se hallaban en otra parte del mundo, quince diversas especies de tortugas y ejemplares del género de los lagartos, denominados **Amblyrhynchus**, con sus diferentes especies nuevas de peces de agua salada, dieciséis especies de conchas, todas particulares del archipiélago y un considerable número de coleópteros; igualmente, recolectó ciento noventa y tres especies de plantas fanerógamas, muchas de ellas nuevas especies no clasificadas.

La isla más explorada del Archipiélago de Galápagos fue la Chatham, también, y casi en igual medida, la James, Charles y Abermale; pero visitó y recogió muestras de la fauna y de la flora de casi todas ellas. Lo que más admira cuando se lee ahora la descripción que hace de las islas de Galápagos en su "Viaje de un Naturalista al Rededor del Mundo", es la fidelidad con que las describe y la emoción que pone en pintar su extraña y primitiva naturaleza, que fue para él un escenario sin igual de deslumbramiento, con su infinidad de matices, de secretos y de significaciones trascendentales.

Diríase que en el relato de su audaz excursión por el misterioso Archipiélago esa misma Naturaleza primitiva e indómita es, a veces, despojada de su carácter descriptivo y ornamental, para pasar a desempeñar —como en las narraciones orientales, en la literatura primitiva y en la mitología de occidente— el papel dinámico de un personaje viviente y sensitivo.

Por circunstancias ajenas a la voluntad de su autor, el ensayo del doctor Ignacio Rodríguez Guerrero sobre la personalidad y la obra de Don Ramón Menéndez Pidal no llegó a esta Dirección con la debida oportunidad para ser publicado en el N° 1. Tomo XXV de ANALES, dedicado a honrar la memoria del ilustre filólogo español con ocasión del centenario de su nacimiento, el 13 de marzo de 1969, fecha muy cercana a la de su fallecimiento.

Complacidos lo insertamos ahora en las páginas del presente número de ANALES —tercer trimestre del año del centenario del "mayor romanista del mundo hispano". Una vez más el distinguido escritor colombiano demuestra aquí, como en toda su vasta obra realizada, su honda capacidad de análisis, su dominio del género biográfico, su inquietud fervorosa por la cultura, su perfección expresiva y, sobre todo, su recia disciplina intelectual para coleccionar, organizar y centralizar la caudalosa bibliografía consultada al efecto.

Personalmente expresámosle al dilecto amigo, doctor Rodríguez Guerrero, nuestros sinceros agradecimientos por la gentil y generosa dedicatoria con la que ha querido honrarnos.

A.C.T.

IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

DON RAMON MENENDEZ PIDAL

Conferencia dictada en el Paraninfo de la Universidad de Nariño, el 13 de marzo de 1969, con motivo de la conmemoración de su centenario natalicio.

Para mi noble amigo, el eminente publicista, científico y catedrático universitario ecuatoriano, Dr. Agustín Cueva Tamariz.

Este ensayo dedica muy cordialmente,
Ignacio Rodríguez Guerrero.
Pasto—III—1969

Hace cien años, el 13 de marzo de 1869, nació en La Coruña quien habría de honrar, con celebridad universal, el nombre de Ramón Menéndez Pidal.

Las gentes cultas de hoy, por lo menos las del mundo de habla española, aguardaban, con ansiedad no exenta de esperanza, la llegada de este trece de marzo, para hacer presente al insigne investigador peninsular, en el día preciso de su centenario natalicio, el testimonio de su admiración y de su simpatía. En rarísima oportunidad, un hombre como Menéndez Pidal había llegado a pisar los umbrales de su centenario, y esa circunstancia no común era de veras favorable coyuntura para una demostración como la que se estaba preparando.

Las Academias de la Lengua Española —encabezadas por las de Madrid y de Bogotá— según se acordó en Quito, en ocasión del V Congreso de aquéllas, verificado en julio y agosto de 1968, tomaría la iniciativa. Y las Universidades, los Institutos de cultura, los organismos encargados de mantener y difundir la ciencia, las artes y las letras, en la multiplicidad de sus aspectos, se preparaban para celebrar con decoroso júbilo esta efemérides, y de aprovecharla también para reiterar su creencia en los valores eternos del espíritu, en la acción civilizadora que la investigación cientí-

fica y el cultivo de las letras aparece, en el saludable influjo que el estudio de las humanidades clásicas proporciona, en la obligación ineludible que el Estado y sus autoridades representativas tienen de cooperar con mano larga al crecimiento de toda institución cultural, respetando su autonomía y el fuero de las Universidades, estimulando a los catedráticos para el buen suceso de sus investigaciones, y no persiguiéndolos económica y políticamente, cegándoles la posibilidad de acrecer la fuente de sus conocimientos, que son los libros; apocando su ánimo hasta la desesperación con amenazas y bravatas, cual lo hace el cabo de varas con una escuadra de reclutas; dándoles, a quienes han acabado lo mejor de su vida en la dura brega de la docencia, con mezquinos regateos, el tratamiento inicuo que desalmados carreteros les propinan a los caballos viejos, en la doliente evocación que hace de ellos Juan Maragall.

Todos estos proyectos, sin embargo, no pasaron de tales, porque cuatro meses antes de que Menéndez Pidal cumpliera los cien años de su nacimiento, el 7 de noviembre de 1968, puso la muerte fin a su existencia. Por lo que el gajo simbólico de laureles, destinado a ceñir las sienes de este prócer de las letras, en su centenario natalicio, tuvo, por fuerza de lo ineluctable, que dar paso a las yedras y a los enlodos del sepulcro.

Este es, pues, un homenaje póstumo de la Universidad de Nariño, sobre una tumba recién abierta, a la memoria de un profesor universitario de lengua española, que no sólo supo ilustrar la cátedra con su sabiduría, por todo el mundo culto reconocida, sino también defenderla con viril arrogancia, cuando las circunstancias lo reclamaron, dando así, de paso, a sus discípulos, una fecunda lección de decoro patrio, de valor civil, que si bien mereció de los gobernantes de su país anathemas, ha sido recogida por la posteridad como un episodio de elocuente y perenne ejemplaridad.

Menéndez Pidal no fué un escritor, un investigador, un filólogo como tantos otros. Fué algo más que eso: "Abre el concepto más europeo de la erudición, de la comprensión, junto al ahondamiento en las esencias populares de nuestra cultura", afirma Angel Valbuena Prat. Y añade: "En Menéndez Pidal la ciencia germánica se hermana con la tradición de la crítica española del siglo XIX..." (1)

Un año antes de su prematura muerte, D. Marcelino Menéndez Pelayo, en el discurso de contestación al de Bonilla y San Martín, en su ingreso a la Real Academia de la Historia, en 1911, hace este elogio de sus dos mejores discípulos, el coruñés el primero: "Cuando recuerdo que por mi cátedra han pasado D. Ramón Menéndez Pidal y D. Adolfo Bonilla, empiezo a creer que no ha sido inútil mi tránsito por este mundo, y me atrevo a decir, como el Bermudo del romance, que si no vencí reyes moros, engendré quién los vendiera..." (2)

El notable lingüista contemporáneo, Homero Seris, Director emerito del Centro de Estudios Hispánicos, Syracuse University, en su monumental *Bibliografía de la Lingüística Española*, confiesa que: "Los estudios científicos sobre la lengua española, sus orígenes, etimología, historia, fonética, entonación, fonología, dialectología, gramática histórica, geografía lingüística, toponimia, psicología del lenguaje, estilística, métrica, etc., no comenzaron, en realidad, en España, hasta la publicación de los tratados de D. Ramón Menéndez Pidal y su escuela..." (3)

Ortega Gasset, en un artículo de *El Imparcial*, de 27 de setiembre de 1909, había dicho, en síntesis, lo mismo que Homero Seris, de esta manera: "...Antes de que el señor Menéndez Pidal comenzase sus trabajos de filosofía —su gramática se publicó en 1904— si se exceptúan los señores Bello y Cuervo, americanos, sólo nombres extranjeros figuran en las bibliotecas de filosofía románica cuando de castellano se ocupan..." (4)

Todo hombre culto conoce algo de la actividad profesional de D. Ramón Menéndez Pidal: sus estudios en Universidades españolas y francesas; su vinculación al Ateneo de Madrid y a la Escuela de Estudios Superiores, y su incorporación a la Universidad Central, como catedrático de Filología románica. Nadie ignora que fue figura principalísima en las Reales Academias de la Lengua y de la Historia, y Director de la primera, desde 1925 hasta su muerte. Que ilustres Universidades europeas y americanas —de Tolosa, de Mamburgo, de Oxford, de Tubinga, de París, de Lovaina, de Bruselas, de Santiago de Chile, de Buenos Aires— se honraron vinculándolo a sus claustros, con títulos honorarios. Que fundó y dirigió por muchos años la *Revista de Filología Española*, de universal renombre.

Y, en fin, que el magisterio que realizó, como publicista, en su dilatada existencia, difícilmente podrá ser superado por ahora.

El ingreso de Menéndez Pidal en la Real Academia Española, señala un punto culminante en la carrera literaria del eminente filólogo peninsular. Quien de tiempos atrás estaba en la mente de los académicos más influyentes, como Valera y Menéndez Pelayo, para ese efecto.

El 10 de julio de 1898, Valera le dice a este propósito a su asiduo corresponsal, el autor de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*: "Yo tengo varios candidatos para lo futuro, pero me siento tan averiado que doy por cierto que no he de vivir lo bastante para verlos a todos instalados a mi lado en la Academia... Los nombres son: José Alcalá Galiano, Menéndez Pidal, Jacinto Octavio Picón y el Conde de las Naves..." (5)

Por su parte, el humanista santanderino, en 5 de septiembre del 98, desde Santander, dice al autor de *Pépita Jiménez*: "Para las elecciones siguientes debíamos formar una especie de lista, prefiriendo siempre a las gentes de letras y excluyendo en todo a los políticos, oradores y demás personajes de relumbrón. Desde luego, se me ocurren como buenos candidatos Jacinto Octavio Picón y Armando Palacio a título de novelistas; Pepe Galindo, como poeta, y Ramón Menéndez Pidal, como filólogo y erudito..."

El 17 de octubre, insiste Valera ante su corresponsal, con apremiantes instancias: "Pongámonos de acuerdo —dice— y procuremos elegir a Jacinto Octavio Picón o a Ramón Menéndez Pidal para esta tercera vacante..."

Pasa el tiempo, y, por fin, a fines de 1901, es elegido Menéndez Pidal Académico de número. Con muy buen acuerdo, se escoge a Menéndez Pelayo para que le de la bienvenida y responda al discurso de incorporación. Valera alude a esta circunstancia en carta de 17 de diciembre de ese año, en la que dice: "Supongo que habrá Ud. escrito ya, con la maravillosa facilidad que le es propicia y que yo envidio, en contestación al discurso de Ramón Menéndez Pidal..."

En vísperas de la extinción del año, el día de Inocentes del 901, Menéndez Pelayo le informa a Valera: "Llevo muy adelantado mi libro sobre los *Romances Viejos*. Pienso llevar escrito también el discurso de contestación a R. Menéndez Pidal..."

Pero esto último no pasó del terreno de las buenas intenciones. Para mediados de enero de 1902, Menéndez Pelayo le dice desde Santander a su corresponsal en Madrid: "... nada o casi nada he podido hacer de la contestación al discurso de R. Menéndez Pidal. Veré si en estos últimos días puedo darle un empujón, aunque el final se quede para Madrid..."

Pasaron los meses, sin noticias al respecto. Y sólo ya transcurrida la segunda mitad del año de 902, el 2 de agosto, desde su Biblioteca de Santander, D. Marcelino le comunica a D. Juan: "He escrito casi del todo el discurso de contestación a Menéndez Pidal; sólo me faltan cuatro palabras de epílogo. En el discurso no hablo más que de él y de sus trabajos filológicos y de historia literaria, sin entrar en el tema que dilucida y sobre el cual dice, a mi juicio, todo lo que puede y debe decirse, con gran novedad y erudición..."

La última carta de Valera a Menéndez Pelayo, en el año de 1902, es de 24 de agosto, y hay en ella esta referencia: "Celebro que haya trabajado usted tanto en ese su agradable retiro, y espero que antes de que concluya este año, veamos completo todo el interesante trabajo sobre los viejos romances, recibamos y leamos el tomo trece de Lope y oigamos, en Junta solemne de nuestra Academia, el discurso de Menéndez Pidal y la contestación que usted ha de darle..." (6)

Al novelista José María de Pereda, desde Madrid, a 25 de marzo de 1901, le cuenta D. Marcelino de la elección de Menéndez Pidal para la Real Academia Española, en estos términos: "Di a Ramón Menéndez Pidal la enhorabuena de Ud. y la agradecí con toda el alma. Tuvo la suerte de salir por unanimidad y con una votación muy nutrida..." (7)

Claro que la importancia de esta elección sólo pudo ser debidamente valorada y celebrada por quienes entendían su alcance,

no por los vulgares gacetilleros que entonces como hoy, por razones de cálculo mercantilista, conceden más importancia a las carreras de caballos o de bicicletas que a las cosas de la inteligencia. De ello se dolía, con su acostumbrada sorna, D. Enrique Menéndez Pelayo en carta a su hermano Marcelino, de 26 de marzo de 1901, en la que le decía: "Ya había leído en los periódicos el nombramiento de Menéndez Pidal. Como nuestros periodistas están tan versados en estudios de erudición, unos le llaman Don Luis y otros Don Juan, y seguramente ninguno le conocía. *El Globo* le hacía sobrino tuyo y su entrada en la Academia una intriga tuya y de su otro tío el Marqués de Pidal..." (8)

Este era el signo de la época, que, todavía perdura, agudizado, para sonrojo de la humanidad. Y tal es el espíritu de la prensa mercantilista de hoy. Doña Emilia Pardo Bazán, paisana de Menéndez Pidal, en un sentido artículo necrológico sobre nuestro D. Rufino José Cuervo, decía, doliéndose de la indiferencia con que fue recibido, en los medios periodísticos, el *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*: "Mientras toreros y cupletistas se hacen populares, nombres como el de Cuervo no los estampan ni una vez al año los órganos de la publicidad..." (9)

"El día presente —dijo Menéndez Pelayo al principiar su discurso en la recepción académica de Menéndez Pidal— no sólo es de júbilo para la Academia Española, sino que marca, a mi ver, el comienzo de un periodo de renovación en los estudios que son materia de nuestro Instituto. Al tomar asiento en esta Corporación el señor don Ramón Menéndez Pidal, que es por ventura el más joven de los cultivadores de la filología y de la erudición literaria en España, y a quien sin ofensa de nadie hay que conceder en rigurosa justicia un puesto no inferior o otro alguno, no entra sólo un trabajador infatigable, un investigador afortunado a quien deben ya nuestras letras verdaderos e importantes descubrimientos, sino un lingüista y un crítico educado en todo el rigor del método histórico, y capaz de aplicarle a cualquier ramo de la ciencia literaria, con novedad, con sabio atrevimiento, con discreta parsimonia. La diferencia que media entre la retórica y el conocimiento positivo es la que separa los austeros trabajos del señor Menéndez Pidal de aquellos otros, fáciles y amenos, que en nuestras mocedades se decoraban con el nombre de crítica. En pocos años, y con publi-

caciones a primera vista fragmentarias y aisladas, ha transformado el aspecto de la Edad Media española, ha herido y penetrado dificultades y problemas que no se sospechaban antes de él, ha comenzado a resucitar un mundo épico, ha combinado y soldado formas de arte que hasta ahora parecían desligadas, ha dado luz al caos de nuestra primitiva historiografía y al de los orígenes poéticos, y ha sometido a severo y escrupuloso examen lexicográfico, gramatical, histórico, los más antiguos y venerables monumentos del habla castellana..."

Y analiza luego a fondo, con la perspicacia y erudición que el gran maestro santanderino solía, las obras principales, hasta entonces publicadas, de Menéndez Pidal. Y da remate a su discurso, ponderando las excelencias del recipiendario, de quien dice que: "Une a la valentía de pensamiento y a la sabia moderación del estilo, el más nimio escrúpulo de la exactitud y el desinterés científico más absoluto, que en modo alguno ha de confundirse con la indiferencia, pues sin particular vocación, sin amor entrañable al asunto, sin el fervoroso amor de patria que es el genio latente de todas estas empresas, ¿quién iba a imponerse en la edad más floreciente de la vida, trabajos tan arduos, tan pertinaces, tan duros, tan inamernos, que bastarían para quebrantar una organización de hierro, a no sostenerla aquel sobrenatural poder que proporciona sabiamente los medios a los fines y nunca desampara al artífice de una obra honrada, hasta que la ve dignamente cumplida?..." (10)

*
* *

Sería tanto como llover sobre mojado el que en presencia de un auditorio universitario, tan selecto como el que me escucha, pretendiese yo decir nada distinto de lo que se tiene por sabido a propósito de la inmensa producción bibliográfica de Menéndez Pidal, cuyo cumplido análisis, por otra parte, requeriría más de un amplio volumen.

Todos vosotros recordais su obra primigenia, laureada por la Academia Española en 1893 y publicada algunos años más tarde, en 3 volúmenes: *Cantar de Mío Cid. Texto, gramática y vocabulario.*

No sólo restauró aquí el investigador el texto auténtico de este poema, lo que supone, por lo menos, un dominio total del español del siglo XII, de las costumbres y modalidades de las gentes de esa época, de la historia política de su patria, etc., sino que aprovechó la oportunidad que la fortuna le deparaba para adentrarse en el estudio de la primitiva métrica castellana y aún de las instituciones jurídicas coetáneas del monumento más antiguo de la literatura escrita en nuestra lengua. Antes del estudio de Menéndez Pidal sólo conocíamos la transcripción escueta del poema, según la copia de Per Abbat, que publicó —por la primera vez— el presbítero Tomás Antonio Sánchez, en 1779. Claro que D. Tomás Antonio ilustró con interesantes anotaciones el famoso Cantar, y nos dió prolijas noticias del más antiguo códice que se conoce. Todo lo cual aprovechó el editor Rivadeneira para reimprimir el poema, años más tarde, incluyéndolo en el tomo 57 de su Biblioteca, y adicionándolo con anotaciones del hispanista francés Damas Hinard, traductor del poema. Plausible empresa, sin linaje de duda, que puso al alcance del mayor número de aficionados a estas materias, obra de tanta importancia.

Sin embargo, es Menéndez Pidal quien restaura en toda su plenitud, y en el verdadero sentido de la expresión, el *Cantar de Mio Cid*. Su labor es semejante a la del arqueólogo que, al descubrir una ciudad soterrada por muchos siglos, la limpia y desnuda de broza y matorrales, le restituye lo que el tiempo y las inclemencias de la naturaleza le echaron a perder, le devuelve su auténtica fisonomía, su personalidad propia, la presenta, en suma, tal cual fue, y hace de guía y cicerone por los intrincados meandros de sus callejas y recodos, sus portales y escondrijos, cual experto conocedor en propia casa: La fecha del poema y el estado en que llegó a nosotros; su argumento; el elemento tradicional que lo informa; su carácter local y las consejas que acoge; los elementos ficticios en el Cantar; la imitación francesa; la difusión y el éxito de pieza tan peregrina; su valor artístico; los olvidos del juglar del Cid; el valor histórico y arqueológico que esas páginas recatan; su valor nacional, etc., todo esto aparece explicado con claridad y precisión, por Menéndez Pidal, en la espléndida edición crítica del poema heroico-popular que es el punto de partida de la historia literaria de lengua castellana. Sin contar las copiosísimas notas que ponen el idioma medieval y los enigmas de la historia al alcance de todos

los lectores. Características que, en parte desde luego, ostenta las ediciones populares del Poema, al cuidado también de Menéndez Pidal. (11)

El *Cantar de Mio Cid* y, en general, la vida real del héroe del Poema, de tal manera llegaron a compenetrarse con su comentarista, que éste a su primera hija la llama con el nombre, por cierto no menos castizo que hermoso, de Jimena que, como se sabe, era el nombre de la esposa del señor de Vivar.

Sería igualmente ocioso que me detuviera a recordaros otra de las grandes realizaciones histórico-literarias de Menéndez Pidal, que tanto tiene que ver con sus estudios iniciales sobre aquél Poema capital de nuestras letras. Me refiero a una obra suya publicada hace treinta años, es decir, 46 después de la primera, y que lleva por nombre el de *La España del Cid*. Basta advertir que si en sus estudios sobre el *Cantar* le dió, por así decirlo, nueva vida, en *La España del Cid*, valiéndose de un hábil concurso de datos reales y de elementos poéticos logró darnos un vasto cuadro vivo que sirve como telón de fondo para que en medio de él se destaque la figura del de Vivar con sus características esenciales, que simbolizan las de todo un pueblo. Todo esto en sucesivas escenas de vigor y movimiento, que nos transportan de la España de Almanzor a la España del Cid, pasando por la última etapa de la preponderancia vascona, para dar paso a la hegemonía castellana, que luego sufre tremenda crisis con el resurgimiento del Islám y la lucha entre la Cruz y la Media Luna. Nadie que alguna vez haya leído este libro, olvidará fácilmente por lo menos algunos pasajes culminantes de él, como el de las mocedades históricas del héroe, su partida para el primer destierro, la prisión de doña Jimena y de sus hijos, las cartas de desafío del Conde Berenguer y el Campeador, el sometimiento de la ciudad de Valencia, la vida privada y familiar del Cid, y el fin del señorío valenciano.

Aquél adiós juglaresco a Castilla, con el paso del Cid por Burgos, la despedida de Cardeña y su entrada a tierra de moros, están admirablemente descritos por Menéndez Pidal. Aquí la pluma del erudito, del historiador, se ha empapado en la tinta del poeta. Y el vuelo de la fantasía le presta alas, para embellecerla, a la verdad histórica, como en este pasaje:

"El viejo juglar refiere que el Cid al retirarse de entre los moros amigos de Castilla, entró por el reino moro de Zaragoza. Y de estos primeros y penosos días del destierro cuenta fray Gil de Zamora que hacía el Campeador sus jornadas rodeado de pueblos hostiles de los tres reinos, de Zaragoza, Aragón y Castilla. Una mañana, después de mandar recoger las tiendas para mover el campo, y mientras le obedecían, oyendo él acaso conversar a algunos que la mujer de su cocinero había dado a luz aquella noche, preguntó a los que hablaban: "Las señoras castellanas, ¿cuántos días suelen convalecer en el lecho después del parto?"; y cuando le respondieron añadió: 'Pues otros tantos días permanecerán aquí nuestras tiendas plantadas'. Y como señor cortés y animoso, ordenó volver a armar las tiendas ya recogidas, sin reparar en el peligro de los enemigos, hasta que la buena mujer restableció cómodamente sus fuerzas según las costumbres señoriales. Así, aquel pobre niño, nacido en tierra hostil, fué agasajado por el héroe.

"Del rey Jaime el Conquistador se refiere que mandó no recoger su tienda hasta que las golondrinas que habían anidado en ella echasen a volar sus polluelos. Al delicado sentimentalismo de un rey venturoso corresponde la temeraria afirmación de solidaridad con el humilde hecha por el caballero desterrado. Ciertamente que esta anécdota cidiana es tardía —sólo la conocemos recogida en el siglo XIII—, pero es de notar que responde bien al hábito, atestigüado por la *Historia Roderici*, de mantener el Cid su campamento en los sitios más comprometidos; puede, pues, tener algo de auténtico y mostrarnos la especial ideología del héroe, que le captaba la fervorosa devoción de los que habían decidido seguir en el destierro..." (12)

Hay vislumbres geniales en esta obra, que en pocas palabras sintetizan algunos que eran, al parecer, enigmas de la historia de la España antigua. "La epopeya de otros pueblos, —enseña Menéndez Pidal,— se engendra en edades primitivas en que la historia no florece aún; pero España, la de los frutos tardíos, vive en retraso la última edad heroica del mundo y produce la leyenda cidiana en época de plena actividad historiográfica. Como ninguno de los protagonistas de la epopeya griega, germánica o francesa, el Cid recibe, sobre la luz intuitiva de la poesía, toda la claridad intelectual de la historia, y por él, España, entre los pueblos de epopeya, ofrece in-

terés único, pues nos permite observar una coincidencia entre realidad y ficción, tanto en profundas esencias como en menudos pormenores, muchísimo mayor de lo que puede suponerse dentro de las teorías modernas de la poesía épica, mirada como género de pura inspiración libresca..." (13)

La amplitud programática de *La España del Cid*, el vasto ámbito que le señaló su autor, quedan certeramente expresados con estas palabras con las cuales dió aquél fin y remate al capítulo I de la obra magistral:

"Trazaremos nuestra biografía cidiana en una escala mayor que la adoptada por los biógrafos anteriores. La limitación es el defecto esencial de las anteriores biografías: el Cid de Risco es el de la cortísima visión de la *Historia Roderici*; el Cid de Dozy es una deformación del estilizado por Ben Alcama; el que yo ahora reconstruyo con ayuda de muchas más fuentes espero se parezca tan poco a esos dos, cuanto quisiera fuese la imagen o al menos la sombra del que vivió en el siglo XI.

"Mi tarea se alarga, además, porque no me ciño a tratar exclusivamente del Cid. A la falta de ambiente en el trabajo de Masdeu, que confunde un rey del siglo XI con un Borbón, o en Dozy, que supone al conde de Barcelona tributario de Rodrigo e ignora los derechos de un fijodalgo (derechos mal comprendidos también por otros escritores), tenemos que oponer un continuo empeño en destacar la figura del Cid sobre el fondo de su época.

"Deseo dar un cuadro general de la Península en el siglo XI, pero no una historia completa; por eso omito muchos aspectos bien sabidos, a la vez que me empeño en dar a conocer otros, para con ellos renovar algo los puntos de vista habituales. Me guía el mismo propósito arriba dicho de aumentar el caudal de las fuentes informativas, esto es, ampliar el campo de visión. Por eso traigo a mi historia algunos datos antes malamente desatendidos y varios pormenores auxiliares que las inexpresivas crónicas y los sibiliticos diplomas esconden. Aspiramos a relacionarlos, valorarlos y penetrarlos con ávida atención, con apetito de exactitud, como el novelista (salvo el arte) penetra los de la vida ordinaria para darnos la esencia de ella; procuremos que los hechos, en que el fenómeno

no histórico se descompone, nos rodeen abundantes para incluirnos dentro de las ideas esenciales del pasado, al modo que los sucesos cotidianos nos retienen dentro de la esencia del presente. Así quizá lograremos comprender lo pretérito casi pasivamente, con mínimo riesgo de deformarlo según nuestros prejuicios; podemos penetrar su arcaísmo, fijando en él puntos de disconformidad con lo actual que nos ayuden a trazar la trayectoria de la evolución histórica.

"Es preciso entrever la fisonomía de las figuras que los textos nos ofrecen borrosas, poner en movimiento personajes antes no tenidos en cuenta, reconstruir familias enteras, conocer los partidos que luchaban en las ciudades, los bandos de los ricos hombres; dominar, en fin, un conjunto de vida pasada mayor que el conocimiento por los historiadores anteriores. Ya veremos hasta qué punto ideas de tal significación como la del Imperio leonés permanecían ajenas a la historia, otros puntos carecían de precisión, como los sucesivos caracteres que toma la reconquista, el valor de las Cruzadas en España, las aspiraciones de los varios Estados peninsulares, sus relaciones mutuas..."

"Por último, también he sentido la necesidad de encajar a mi modo este pedazo de la historia de España dentro de la historia general, viendo cómo nuestros historiadores suelen estudiar la vida peninsular aislada, sólo tangente a la del resto del mundo por los puntos más imprescindibles. Es preciso comprender la España antigua, no tangente sino inscrita en el círculo histórico occidental, dentro del cual ella vive y el cual ella eslabona con el otro gran círculo histórico, el islámico. No puede apreciarse la actuación del Cid y demás capitanes españoles sin tener presente la de los normandos u otros señores del Occidente, ni puede estimarse la resistencia al Islam en el suelo peninsular sin verla coetánea a la que se hacía en el Imperio bizantino o en Palestina, ni sin tener en cuenta el vigor de las reacciones musulmanas en conjunto, desde el Este asiático hasta el Oeste africano..." (14)

Resultaría así mismo tan inútil como dispendioso —pues no dispongo de tiempo ni de espacio para ello— intentar un análisis, así fuese breve y sumario, acerca de otra de las obras capitales de Menéndez Pidal. Me refiero a *La leyenda de los Infantes de Lara*,

escrita después pero publicada antes que sus estudios sobre el *Cantar de Mio Cid*, y premiada, lo mismo que ésta, por la Real Academia Española.

De niños aprendimos todos —a través del *Romancero* de D. Agustín Durán— cuál es esa espeluznante leyenda medieval, cuyos orígenes histórico-literarios hay que buscar en la *Crónica General de España*, cuyo primer tomo publicó el mismo Menéndez Pidal en la serie de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, de Menéndez Pelayo. (15) Envuelta en las nieblas del tiempo yacería la referente a este trágico episodio —descontando, claro está, lo que en el *Romancero General* encontramos referente a aquél, ya en la Musa anónima, ya de la inspiración de conocidos poetas, si Menéndez Pidal no hubiese iluminado, con torrentes de luz, la confusa incertidumbre tras de la cual recataba sus más interesantes perfiles. Fué una hazaña literaria la suya, una proeza de investigación histórico-crítica la que realizó el insigne filólogo para recrear, con vida propia, con movilidad sorprendente, lo que dormía, con sueño de muerte, en el arcón de los siglos.

Cuando apareció este libro, en 1896, Menéndez Pelayo lo saludó con palabras de máximo encomio, como obra magistral, como el más poderoso esfuerzo intentado hasta entonces por la crítica española sobre nuestra epopeya de la Edad Media.

Basta estar un poco familiarizado con el aire peculiar de los contrastes de gesta, para admirar la prodigiosa reconstrucción realizada en este *Cantar de los siete Infantes de Lara*, por Menéndez Pidal, a base de los pasajes de la *Crónica General*, que son como el eco de un cantar que quizá se remonta al siglo XII de nuestra era, puesto que la tal *Crónica*, escrita, naturalmente, en prosa, conserva las típicas asonancias primitivas del poema en que se inspiró.

El concurso de la ciencia filológica de un solo hombre, unido a su inmensa erudición histórica medieval y de consuno con su propia inspiración poética, dió por resultado la reconstrucción o re-creación de un texto muy aproximado a aquél que se perdió, al parecer, definitivamente, como en este pasaje que reproduce la que Menéndez Pelayo llamó "la escena más bárbaramente sublime de esta negra epopeya": aquella en que Almanzor saca de la prisión al

desventurado Gustios, y la presenta las cabezas sangrientas de sus hijos, que aquél, estremecido de dolor, reconoce:

Conozco estas cabeças que los míos fijos son;
esta otra es de Muño Salido su amo que los crió!
Non las quiso muy grant bien quien aquí las ajuntó.
Tomó primero en sus braços la de don Muño Salido
e razonaba con ella como si fuera vivo:
'Salve vos Dios, Muño Salido, mi compadre e mi amigo,
¿e qué fue de los míos fijos que en vuestras manos hobe metidos?' ...

La cabeça de don Muño tornóla en su lugar,
e la de Diago González en los brazos fue a tomar;
e mesando sus cabellos e las barbas de su faz:
¡Señero so, e mezquino para estas bodas bofordar!
Fijo Diago González a vos amaba yo más,
faziálo con derecho ca vos naçierades antes.
Grant bien vos quería el Conde ca vos érades su alcallé,
también tovistes su seña en el vado de Cascajar ...
Dióvos ese día el Conde Carajo por heredad;
la media poblada es, e la media por poblar.
Desde que vos moristes, fijo, lo poblado se despoblará'.
La cabeça de don Diago entonces fue a besar,
e alimpiándola con lágrimas volviérala a su lugar.
Cada uno como nasció así las iba tomar ...
La de Gonçalo González en brazos la fue tomar,
remesando sus cabellos, faziendo duelo muy grande:
'Fijo Gonçalo González, a vos amaba vuestra madre;
e las vuestras buenas mañas, ¿qui las podrie contar?
Buen amigo para amigos e para señor leal;
conoscedor de derecho, amábades lo judgar;
en armas mucho esforçado, a los vuestros franquear ...
Los que me temien por vos, enemigos me serán,
aunque yo torne a Lara nunca valdré un pan;
non hé pariente ni amigo que me pueda vengar;
más me valdría la muerte que veer este pesar'.
La cabeça de las manos sobre las otras se le cae,
e dio en tierra amortescido que de sí non sabía parte;
pesó mucho a Almançor e conmençó de llorar ... (16)

Sería poco menos que ofender a mis oyentes, porque de sobra lo conocen, el recordarles, a título de agradable evocación, otra de las obras de Menéndez Pidal, una de las más deliciosas, gratas y ricas de calor humano que compuso en el decurso de su larga vida. Se llama *Flor Nueva de Romances Viejos*, título que por cierto recuerda aquél otro, de *Primavera y Flor de Romances*, de la celeberrima colección que de éstos hicieron Fernando Wolf y Conrado Hoffmann, y de la que compuso en 1621 Pedro Arias Pérez, y la más moderna de D. Marcelino Menéndez Pelayo, de 1899. La crestomatia de D. Ramón es, indudablemente, de subido valor arqueológico, si se me permite el término; de varia y profunda doctrina, debida a su erudito compilador; de belleza antológica ostensible, como formada por un sabio investigador que al propio tiempo tenía exquisita alma de poeta. Compuesta en horas de infortunio y melancolía, como para disipar las penas e iluminar las sombras con los fulgores del arte, D. Ramón dedicó este libro a su hija, con estas palabras: "A Jimena, que Antígona de mi ceguera transitoria, recreó mis días de tedio, llevándome a sacar del olvido este Romancillo, que estaba hacia muchos años arrumbado ..."

Este pequeño libro, que pudiéramos considerarlo como la quinta esencia de los amplísimos infolios del *Romancero General*, tiene un conciso prólogo ilustrativo de la materia y se divide en seis partes o capítulos, en los cuales se agrupan otros tantos asuntos o motivos inspiradores, a saber: Romances del rey Rodrigo; Bernardo del Carpio; Historia de los siete infantes de Lara; Romances del Cid; Romances fronterizos y moriscos, y Romances pastoriles o villanescos. (17)

No fue ajeno, no podía serlo, Menéndez Pidal, a la interpretación del *Quijote*. Por el contrario, en diversas oportunidades se ocupó, con su acostumbrada maestría, de la obra capital de la literatura española.

Es memorable, a este propósito, el discurso leído en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, por su Presidente, en la inauguración del curso de 1920 a 1921, el día 1º de diciembre de 1920, sobre el tema: **Un aspecto de la elaboración del "Quijote"**, cuya segunda edición se imprimió en Madrid, en la serie de Cuadernos literarios, de "La Lectura", en 1924.

Se trata de discurrir acerca de las influencias que pudieron haber obrado en la mente de Cervantes para la concepción del argumento general de la novela, cuyo plan, al decir de algunos autorizados cervantistas, no iba originariamente, en su extensión, más allá del de cualquiera otra de sus **Novelas Ejemplares**.

Alude Menéndez Pidal, sin dar dato alguno de él, a Franco o Francisco Sacchetti, florentino, del partido güelfo, que vivió en la segunda mitad del siglo XIV, unas veces como opulento mercader, otras como embajador, prior y podestá, es decir, alcalde, y cultivó el cuento, si bien no con la brillantez y fortuna de Boccaccio, pero con fecundidad no menor, pues llegó a componer, además de baladas, poesías y cantares, hasta trescientos cuentos, de los cuales no todos se conservan. Los reunió en un solo cuerpo con el sencillo título de **Il trecento novelle**.

Uno de los personajes novelados por Sacchetti es Agnolo di Ser Gherardo, quien, no obstante su edad proveya, pues pasa de los setenta años, se siente acuciado por una manía caballeresca, que lo obliga a subir sobre un flaco rocin, armado de lanza y yelmo, para asistir a unas justas que se realizaban no lejos de Florencia. Unos maleantes colocan agudo cardo bajo la raíz de la cola del jamelgo, que agujoneado por tan inusitada espuela, parte a escape camino de la ciudad, donde lo recibe al loco su mujer, entre la risa de los espectadores, lo acuesta en el lecho y, a tiempo de propinarle las medicinas del caso para curar su estropeo, afea su conducta y reprende su hilarante locura. (18)

"No sólo el fundamento cómico —anota Menéndez Pidal— sino los detalles mismos son iguales a los del **Quijote**. ¿Quién no recuerda al viejo hidalgo manchego sobre su flaco Rocinante, en medio de la playa de Barcelona, cuando iba también a unas justas, admirando con su extraño porte a las gentes de fiesta que le rodean; y

los muchachos que encajan debajo de la cola del caballo un manojo de aliagas, y los corcoveos del animal, que dan con Don Quijote en tierra? Cervantes pudo conocer el cuento de Sacchetti u otro semejante; debió además, conocer cualquiera de los varios cuentos que circulaban entonces acerca de cómicas alucinaciones padecidas por un lector de libros caballerescos, como el de aquel estudiante de Salamanca, que por causa de éstos abandonaba las lecciones, y un día interrumpió la soledad de su lectura con grandes voces y cuchilladas al aire en defensa de uno de los personajes de la novela leída, que hasta tal punto le sorbía el seso..." (19)

Empero, más importancia que los anteriores, como motivo inspirador del argumento del **Quijote**, lo tiene cierto **Entremés de los Romances**, compuesto a base de fragmentos de ellos, de las más diversas procedencias, que, en opinión de Menéndez Pidal debió de ser escrito hacia el año de 1597, es decir, varios años antes de la elaboración de la primera parte de la obra capital de Cervantes.

No es éste un descubrimiento de Menéndez Pidal: D. Adolfo de Castro, académico y publicista gaditano del siglo XIX, autor del famoso **Buscapié**, publicado en 1847, que hizo pasar como original de Cervantes, fué quien exhumó en el siglo pasado este **Entremés**, atribuyendo también la paternidad de él al autor de **Don Quijote**. (20)

Con posterioridad al libro de D. Adolfo, se ha reimpresso, en este siglo, el **Entremés** en referencia, como lo hizo Cotarelo y Mori, tomándolo de una colección de obras de Lope de Vega, paternidad que para el romance aludido es insostenible. Con muy buen acuerdo, Cotarelo incluyó esta pieza entre los entremeses anónimos de su interesantísima colección. (21)

Sea como fuere, ello es que el argumento de la dichosa pieza, a la que se atribuye ser uno de los motivos inspiradores de la historia del Ingenioso Hidalgo de la Mancha, es este, en dos palabras: Bartolo es un joven labrador, a quien la lectura del **Romancero** perturba la razón, incitándolo a creerse el héroe de los romances. Bajo semejante locura, e inflamado el espíritu patriótico por la guerra de España contra Inglaterra, decide irse a pelear, abandonando a Teresa, su esposa, con quien acababa de casarse, y toman-

do por escudero a Bandurrio. Así se lo confiesa Pero-Tanto, amigo de Bartolo, a la suegra de éste, Mari-Crespa:

... Tanto por cuanto ya os digo
que vuestro yerno y amigo
quiere partirse a la guerra,
y dejar su esposa y tierra,
que lo consultó conmigo.
De leer el Romancero,
ha dado en ser caballero,
por imitar los romances,
y entiendo que, a pocos lances,
será loco verdadero.
Y aunque más le persuadí,
está tan fuera de sí
que se ausenta de Teresa...

En esto llega a la escena Bartolo, de labrador, acompañado de Bandurrio, y el loco, rememorando y trabucando el texto de sus mal digeridos romances, exclama:

Ensíllenme el potro rucio
de mi padre Antón Llorente;
dénme el tapador de corcho
y el gabán de paño verde.
El lanzón, en cuyo hierro
se han orinado los meses;
el casco de calabaza
y el vizcaino machete.
Y para mi caperuza,
las plumas del tordo dénme,
que, por ser Martín el tordo,
servirán de martinetes.
Pondrásle el orillo azul
que me dió para ponerme
Teresa la del Villar,
mi mujer, que está presente;
pártete luego, Bandurrio,
y haz que todo se aderece...

Inútil fué lo que hicieron quienes deseaban disuadir a Bartolo de la ejecución de sus menguados pensamientos. Quédanse mohinos y cariacontecidos. Ocasión que Dorotea, hermana de Bartolo, aprovecha para entablar un diálogo con su pretendiente, en parte del cual advierto una cruel sátira contra el patriotismo de quienes empujaron al pueblo español a hacer la guerra a los ingleses, sin medir las consecuencias, con quijotesco idealismo, eso sí, pero con total olvido de la realidad de las cosas:

Hermano Perico,
que estás a la puerta,
con camisa limpia
y montera nueva.
Mi hermano Bartolo
se va a Inglaterra,
a matar el Draque
y a prender la reina.
Tiene de traerme
a mí de la guerra
un luteranico
con una cadena,
y una luterana
a señora agüela...

Perico, a quien no le importaba otra conquista que la de Dorotea, válese de la ocasión para invitarla a la terraza a ver si logra allá realizar sus deseos:

Vámonos yo y tigo
para la azotea...
y allá jugaremos
donde no nos vean...

A lo que la muchacha, no se acierta a saber si con malicia o candor, contesta:

Casarte has conmigo
y habrá boda y fiesta,
dormiremos juntos
en cama de seda...

Lo que remata Perico, muy campante, así:

Y haremos un niño
que vaya a la escuela...

Puesto Bartolo en el camino de sus aventuras y, naturalmente, más loco que nunca, se cree el Almoradí, ora el Tarfe. Encuéntrase con la pareja formada por una pastora y su zagal, Marica y Simocho. Y cuando intenta defender a aquél de las importunidades del fogoso galán, el zagal arrebató la lanza a Bartolo, y con ella lo muele a palos, dejándolo tendido en el suelo... Sólo que el loco, acordándose de sus romances, piensa que de tal situación no tiene él la culpa, sino su cabalgadura:

¡Ah, cruel fortuna proterval
Apenas puedo moverme;
contenta estarás de verme
tendido sobre esta yerba.
De una desgracia tan brava
no tengo la culpa yo;
túvola el asno, que no
corrió cuando le arreaba.
¡Santa María me valga;
no puedo alzarme aunque quiero!
¡mal hubiere el caballero
que sin espuelas cabalga!
Mas ¿yo no soy Valdovinos
y Carloto no es aquél
que, como traidor cruel,
me dejó entre estos espinos?

Y se pone acto seguido, como D. Quijote en situación parecida, a recitar el romance del Marqués de Mantua, a su manera:

¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
De mis pequeñas heridas
compasión solías tomar,
y ahora, de las mortales,
no tienes ningún pesar.

No te doy culpa, señora,
que descanso en el hablar;
mi dolor es tan crecido
que me hace desvariar...

Y como Bartolo —al igual también que D. Quijote— se figura ser, indistintamente, el héroe del romance que se le viene al magín, vuelve a la carga, entreverando citas de unos y otros, sin tiento ni concierto:

¡Oh, mi primo Montesinos!
¡Oh, infante don Merián!
¡Oh, buen marqués Oliveros!
¡Oh, Durandarte el galán!
¡Oh, triste la de mi madre!
Dios te quiera consolar,
que ya es quebrado el espejo
en que te solías mirar...

Pero-Tanto, Antón, Teresa, Mari-Crespa, asisten, desconcertados, a los delirios del infeliz Bartolo, quien sigue, impertérrito, encajando romances:

...Caballero
por mi fe os digo verdad:
hijo soy del rey de Dacia,
hijo soy suyo carnal.
La reina doña Armelina
es mi madre natural;
la linda infanta Sevilla
es mi esposa otra que tal...

Bandurrio se suma a los anteriores, para reducir al loco a la quietud de la cama. Pero-Tanto, consciente de la causa de la locura de Bartolo, maldice de los Romances, como luego harían Ama y Sobrina de los libros de Caballerías, de esta guisa:

Lleve el diablo al romancero,
que es el que te ha puesto tal:
decid, ¿no tenéis vergüenza,

Bartolo, de porfiar
en que sois vos Valdovinos?

A lo que el loco para acabar de correr a su interlocutor y mostrarse rematadamente insano, responde:

¿Yo Valdovinos? No hay tal.
Vos, señor, sois Bencerraje,
Y yo alcaide natural...

Sigue el loco ensartando disparates, mientras sus familiares y amigos pugnan por sosegarlo. La escena es súbitamente interrumpida por Teresa, quien ha sorprendido en la azotea a Dorotea y Periquillo, haciendo lo que es de imaginarse,

él desnudo y ella en faldas...

Intervinieron Pero-Tanto, Antón y Mari-Crespa, para improvisar un matrimonio de emergencia entre Dorotea y Periquillo. Bandurrio va por unos músicos. El matrimonio se realiza, dándose los novios las manos. Baila Teresa, mientras los músicos improvisan esta copla:

Frescos ventecillos
favor os pido,
que me anego en las olas
del mar de olvido...

En la mitad de la fiesta, Bartolo, a quien todos imaginaban durmiendo y roncando como un cochino, se asoma por lo alto del tablado, en camisa, recitando versos de otro romance, que dicen:

Ardiéndose estaba Troya,
torres, cimientos y almenas;
que el fuego de amor á veces
abrsa también las piedras.

Todos le hacen coro, gritando:

¡Fuego, fuego!... ¡Fuego, fuego!

Y el entremés termina con estos versos de romance, en boca de Bartolo:

¡Fuegol, dan voces. ¡Fuegol, suena,
y sólo París dice: abraza á Elena...

Don Quijote, en las primeras aventuras de su carrera caballeresca, se identificaba también, como Bartolo, con algunos héroes del Romancero. Por lo cual deduce Menéndez Pidal, con toda razón, que Cervantes realizó, en los primeros capítulos de su novela inmortal, por lo menos una imitación inconsciente del **Entremés**:

"Hay, pues, que pensar, —enseña el Maestro— examinando los fundamentos de lo cómico quijotesco en la aventura de los mercaderes toledanos, que Cervantes no ideó el episodio con una combinación enteramente libre de los recursos de su fantasía, sino que ésta se hallaba como estrechada y constreñida por el recuerdo indeleble del **Entremés de los Romances**, que había producido en su ánimo una vigorosa impresión cómica. Esta impresión, tenaz, excesiva, impuso al novelista, no sólo una inconsciente e incomprensible sustitución de los romances a los libros de caballerías como causantes de la locura de Don Quijote, sino, además, una forma de desvario y un procedimiento de parodia profundamente extraños a la libre concepción del novelista..."

Sólo que Cervantes rectificó —desvanecida ya la inicial influencia del **Entremés**— el procedimiento de identificar a su héroe con los personajes del Romancero y de los libros de caballerías, restaurándolo en su propia, nobilísima personalidad. Como lo dice muy bien Menéndez Pidal: "En adelante, Don Quijote será siempre y nada más que Don Quijote".

Examina también Menéndez Pidal en este memorable discurso, otros aspectos de la elaboración del Quijote, especialmente de la parte segunda, a favor de una como inspiración **por contraste**, efectuada por el Quijote apócrifo de Avellaneda, etc. Pero el meollo de su disertación consiste en el exámen de las influencias del **Entremés** sobre el pensamiento inicial de Cervantes en el argumento del **Quijote**, tema acerca del cual habló años más tarde, con mayor

extensión y propiedad, consagrándole todo un libro, D. Juan Millé y Giménez. (22)

*
* * *

El tragar en estudios tan serios y áridos como el de la filología románica, la gramática histórica española, etc., no había cegado en el formidable erudito coruñés las fuentes del sentimiento y del más aquilatado gusto estético. Lo prueba aquella selección insuperable de la *Flor Nueva de Romances Viejos* a que aludimos ya, y las páginas tersas, inspiradas, elocuentísimas, de algunos de sus mejores trabajos de crítica literaria y de investigación histórica, como los que dedicó a estudiar *El Condenado por desconfiado*, de Tirso; *Poesía árabe y poesía europea*; *Sobre los orígenes de "El Convidado de Piedra"*; *La primitiva poesía lírica española*; *Notas al libro del Arcipreste de Hita*; *La leyenda del abad don Juan de Montemayor*; *"Galíene la Belle"* y *los palacios de Galiana en Toledo*; *Las leyendas moriscas en su relación con las cristianas*, y tantas y tantas obras cuya sola enumeración me demoraría más de la cuenta. Sin contar, claro está, otras obras suyas de grande aliento, como *Historia y Epopeya*; *Documentos Lingüísticos de España*; *La Epopeya Castellana a través de la Literatura Española*; *Poesía juglaresca y juglares*; *Floresta de leyendas heroicas españolas*; *Antología de Cuentos de la literatura universal*, entre las más conocidas. Y, desde luego, su memorable libro *Orígenes del Español*, que al sentir de Ortega y Gasset, sin menoscabo de las anteriores, era la obra más importante que hasta entonces había publicado Menéndez Pidal. (23)

Resulta imposible de toda imposibilidad el pretender hacer en este punto ningún género de análisis literario sobre las obras de Menéndez Pidal que acabo de enumerar. Ello daría ocasión para escribir un grueso volumen, cosa enteramente desproporcionada dentro del plan de esta conferencia. No cabe puntualizar siquiera las opiniones controvertidas sustentadas por el grande humanista en sus trabajos históricos y literarios. Pero sí destacaré una circunstancia que a los ojos de todos lo enaltecen a D. Ramón en sumo grado: el decoro del lenguaje la limpieza y elegancia del estilo, el sentimiento estético de todo lo que salió de su pluma, así se trate de los más áridos temas, en todo lo cual no hizo cosa diferente

de seguir la huella trazada de antemano por su egregio maestro, D. Marcelino Menéndez Pelayo. Peculiaridad esta que, en mayor o menor grado, se advierte en los más señalados discípulos de D. Ramón: Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Samuel Gili, Federico de Onís, Cotarelo Valledor, Sáinz Rodríguez, Julio Casares, Lomba y Pedraja, Roberto Sánchez, Jorge Rubió, Luis Astrana Marín, Agustín Millares, Manuel de Montoliu, Solalinde, Angel Valbuena Prat, Pedro Grases, ¡tantos otros, en fin! Sin olvidar a nuestros compatriotas de Hispano América, el mejicano Icaza, el dominicano Henríquez Ureña, el ecuatoriano Humberto Toscano, y algunos colombianos...

*
* * *

No quisiera pasar adelante sin hacer brevisima alusión a la última, controvertida obra de Menéndez Pidal: *El Padre Las Casas — Su doble personalidad*, publicada el año de 1963 en la serie: *Grandes Biografías Espasa-Calpe*, S. A.

Las Casas nació en Sevilla, en 1474 y murió en 1566. Por lo cual, a primera vista podría imaginar el lector de este "esbozo biográfico", como lo denominó D. Ramón, que constituía uno a modo de homenaje que tributaba España, por la pluma de uno de sus más egregios escritores, a la memoria del insigne apóstol de los indios, precursor y paladín de los derechos humanos, en el IV centenario de su fallecimiento.

Sin embargo, el libro de Menéndez Pidal es todo lo contrario. Del implacable exámen que de su vida y de sus obras hace D. Ramón, sale el P. Las Casas no sólo humanamente empequeñecido, sino abrumado de taras y complejos que lo desfiguran por entero: ausente de caridad, monstruoso falsario, contumaz en sus errores; vanidoso, presuntuoso, vanaglorioso, atacado de delirio de grandeza. Y escandaloso por añadidura. Su memorable libro, *La destrucción de las Indias*, es, en sentir del gran filólogo, una verdadera exageración patológica, como obra de un enfermo que padecía de delirio paranoico, de una dolencia semejante a la de D. Quijote.

Sentadas tales premisas sobre el P. Las Casas por Menéndez Pidal, la obvia conclusión no es otra, no podría serlo, que la de la absoluta invalidez de su testimonio respecto de los excesos y violencias cometidos por los conquistadores y colonizadores, contra los indios, en tierras de América.

Sin embargo, a mi juicio, no logra Menéndez Pidal su propósito porque, pese a su protesta de que no escribió su libro por odio a Las Casas sino por amor a la verdad, ello es que, en resumidas cuentas, su obra resulta a la postre una verdadera detracción contra el humanitario fraile, que en modo alguno se ajusta a la realidad de su vida y del testimonio de la historia, como me sería muy fácil comprobar, con abrumador número de referencias documentales, si la índole de esta conferencia me lo permitiera y si el tiempo no me viniese estrecho. Y aún podría añadir que, por el aspecto de la detracción personal contra Las Casas, el libro de Menéndez Pidal es todavía más acerbo e injusto que lo que escribieron en disfavor del obispo de Chiapa, sus más decididos adversarios: Bernardo Vargas Machuca, Juan Ginés de Sepúlveda y el licenciado Zoilo Díez Flores.

Pero hay más todavía: aceptando, en principio, la hipótesis de la inhabilidad testimonial de Las Casas, no por eso quedarían sin valor sus acusaciones ni la espeluznante relación de los atropellos, violencias, asesinatos, genocidios, robos, exacciones, crueldades y actos de barbarie que configuran las páginas, dolientes e indignadas, de *La destrucción de las Indias*, que Menéndez Pidal niega o trata de atenuar de todo punto, porque para comprobar aquéllos se levantarían muchos testigos de la mayor excepción, cuya veracidad nadie ha osado remitir a duda: Cieza de León, D. Antonio Manso, Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés, Merizalde y Santisteban, Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Fray Reginaldo de Lizárraga, Toribio de Ortiguera, Francisco López de Gómara, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Agustín de Zárate y otros. Todos ellos ratifican, corroboran las acusaciones de Las Casas y sacan verdadero al vindicador de los derechos humanos violados y escarnecidos.

Muy de otro modo a lo que parece creer el insigne Menéndez Pidal en esta obra de su laboriosa y fecunda senectud, Las Casas, con su conducta y con sus libros no sólo no cubrió de oprobio,

digan lo que quieran sus adversarios, sino que, por el contrario, exaltó el nombre de España, salvó la honra de esta nación y merece por ello, antes que la airada impugnación, la gratitud y el respeto de los españoles peninsulares y ultramarinos.

A primera vista, parecía natural y hasta necesario que los españoles peninsulares rechazaran, como un insulto a su nación, el libro acusatorio del Padre Las Casas, que se multiplica en copiosos opúsculos, cartas y memoriales, a lo largo de la vida del gran filántropo. Y, con la misma lógica, que hicieran lo propio con el *Memorial de Agravios*, del neogranadino Camilo Torres, con las *Cartas de Jamaica*, de Bolívar y con multitud de documentos históricos que acreditan superabundantemente la crueldad, la vesania, la sangrienta violencia de que la reconquista española hizo gala en Hispano-América, a manos de los Zuázolas, los Rossetes, los Monteverde, los Sámanos y otros pacificadores de la laya.

Pero semejante actitud de quien así pensase, lejos de ser favorable a la causa de su patria y de nuestra madre patria, sería enteramente contraproducente. Así lo comprendió Menéndez Pelayo, cuando al referirse a las crueldades que en Nueva Granada ejecutó el siniestro pacificador Pablo Morillo, particularmente a la ejecución del sabio D. Francisco José de Caldas, dice que éste fue "víctima nunca bastante deplorada de la ignorante ferocidad de un soldado a quien en mala hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas..." (24) Justo y nobilísimo desagravio que, en boca de un hombre como Menéndez Pelayo, enaltece por igual a España y a la ilustre víctima del ingrato soldado español que olvidó las tradiciones caballerescas de su raza y fue muy inferior a la magnitud de la misión que le fuera, en hora menguada, encomendada.

Para el observador libre de prejuicios, existe una constante correlación de sinceridad, de lealtad, de absoluto desinterés, de íntima, profunda decisión por la verdad, entre la vida y la obra del Padre Las Casas. No fue un oportunista que buscase, en una infundada acusación contra sus compatriotas y en una ficticia defensa de la libertad de los indios de América, gaje alguno de poderío, de riqueza, ni satisfacciones subalternas. Nos lo indica la indeclinable, perenne lucha suya, sin minuto de reposo, en pro de sus hu-

manitarios propósitos, hasta el postrer aliento de su existencia. Su último Memorial ante el Consejo de Indias, escrito un año antes de su muerte, en 1565, ya nonagenario, es una síntesis maravillosa de toda su propia filosofía, frente al hecho innegable de la esclavitud de los indios:

Habla de las dos especies de tiranías de que los indios americanos fueron víctimas, la "que llamaron conquista de aquellos reinos, no nuestros, sino ajenos, de los reyes y señores naturales, en cuya pacífica posesión los hallamos. La otra fué y es la tiránica gobernación, mucho más injusta y más cruel que la con que Faraón oprimió en Egipto a los judíos, a que pusieron por nombre repartimientos o encomiendas..."

Y cristaliza en estas conclusiones todo su pensamiento, adelantándose a los modernos postulados del Derecho de Gentes contemporáneo, especialmente de los fundamentales principios del Internacional Americano:

"La primera, que todas las guerras que llamaron conquistas fueron y son injustísimas y de propios tiranos.

"La segunda, que todos los reinos y señoríos de las Indias tenemos usurpados.

"La tercera, que las encomiendas o repartimientos de indios son iniquísimos, y de *per se* malos, y así tiránicas, y la tal gobernación tiránica.

"La cuarta, que todos los que las dan pecan mortalmente, y los que las tienen están siempre en pecado mortal, y si no las dejan, no se podrán salvar.

"La quinta, que el Rey nuestro señor, que Dios prospere y guarde, con todo cuanto poder Dios le dió, no puede justificar las guerras y robos hechos a estas gentes, ni los dichos repartimientos o encomiendas, más que justificar las guerras y robos que hacen en los turcos al pueblo cristiano.

"La sexta, que todo cuanto oro y plata, perlas y otras riquezas

que han venido a España, y en las Indias se trata entre nuestros españoles, muy poquito sacado, es todo robado. Digo poquito sacado, por lo que sea quizá de las islas y parte que ya habemos despoblado.

"La séptima, que si no lo restituyen los que lo han robado y hoy roban por conquistas y por repartimientos o encomiendas y los que de ello participan, no podrán salvarse.

"La octava, que las gentes naturales de todas las partes y cualquiera dellas donde habemos entrado en las Indias, tienen derecho adquirido de hacernos guerra justísima y raernos de la haz de la tierra, y este derecho les durará hasta el día del Juicio.

"Estas conclusiones prueba el autor larguísimo en el libro que dió a Su Majestad..." (25)

La sinceridad humana tiende a aquilatarse frente a la inminencia de la muerte. Por eso el universal respeto que se guarda y profesa a la expresión de la última voluntad del hombre: allí está el sér auténtico, sin postizas galas, sin fingimientos ni disfraces.

El Padre Las Casas hizo, en el monasterio de Nuestra Señora de Atocha, ante el escribano público de Madrid, Gaspar Testa, y en presencia de siete testigos, su testamento. Nada rectificó respecto de sus puntos de vista frente a la esclavitud de los indios y las violencias y crueldades a que fueron injustamente sometidos. Por el contrario, se ratificó y afirmó en ellos con la mayor vehemencia. Lo que prueba la profunda convicción suya de lo que en esta materia profesaba y la intachable sinceridad de su conducta:

"... He trabajado en la corte de los reyes de Castilla, —dice— yendo y viniendo de las Indias a Castilla, y de Castilla a las Indias muchas veces, cerca de cincuenta años, desde el año de mil e quinientos catorce, por sólo Dios e por compasión de ver perecer multitudes de hombres racionales, domésticos, humildes, mansuetísimos y simplicísimos, y muy aparejados para recibir nuestra santa fe católica y toda moral doctrina, y ser dotados de todas buenas costumbres, como Dios es testigo que otro interese nunca pretendí..." (26)

Tuvo, pues, razón, un moderno comentarista español de la obra de Las Casas, D. Juan Pérez de Tudela Bueso, en el estudio crítico preliminar de su magnífica edición de **Obras Escogidas** del Protector de los indios, en reconocer que fray Bartolomé fué: "...uno de los más altos paradigmas del genio de su nación y de su época. Hombre, en cuanto a la acción, privilegiado, como dotado para ella de energía, tenacidad, coraje, intrepidez, previsión extremada y gran confianza en sí mismo. Hombre, a la vez, de grandes capacidades mentales: lucidez intuitiva, imaginación rápida y fértil, tantas veces probada en centellantes respuestas al adversario; solidez y orden en el razonar, memoria felicísima, afán de seguridad dialéctica, llevado hasta la reiteración plúmbea y, de manera culminante, una avidez de saber, una curiosidad científica universal que harían de él un enciclopédico pozo de la cultura de su tiempo..."

Y tras advertir que la defensa del hombre americano es en Las Casas la de un hombre ganado por el encanto del Nuevo Mundo, la de un alma criolla, anota estas verdades, en las que juzga, con penetración admirable, el verdadero alcance de la lucha aleccionadora y heroica del fraile egregio, en evidente desacuerdo con Menéndez Pidal:

"Tanto más digna es por eso de considerar la integridad con que el sevillano hizo brillar las diamantinas facetas del más puro arquetipo del alma de la antigua España: el idealismo racionalista, la sobriedad estoica, el culto al valor, la pasión intransigente por la verdad y la justicia, la exaltación de la persona en una ofrenda sin tasa a la causa altruista; la irrealizable locura, en suma, que sintió y universalizó Don Quijote" (26)

Pero no el Quijote ridículo, al que parece aludir Menéndez Pidal, sino el alto, el noble, el generosísimo Don Quijote, modelo de caballeros, arquetipo de idealistas.

Pudiera ser que, vistas las cosas desde un ángulo determinado, se encontrase en los reiterados testimonios de Las Casas, exageraciones y ponderaciones, hijas de la natural indignación del fraile humanitario ante las atrocidades de sus compatriotas; pero falsedades, imposturas, jamás. Desde los días de Vargas Machuca y de Sepúlveda, pasando por Quiroga y Arévalo, Albornoz y Bena-

vente, hasta llegar a Menéndez Pidal, ninguno de sus contendores ha logrado vencerle de falsedad, esgrimiendo probanza alguna valedera. La desdichada intentona de Rómulo Carbia, en el vigésimo sexto Congreso internacional de americanistas, celebrado en Sevilla —¡sangrienta ironía!— en 1935, no resiste el menor análisis y carece completamente de autoridad y de importancia. No. Las Casas no fué un falsario. Todo lo contrario, "capitán de la verdad y justicia", como en frase feliz lo designa Fray Antonio de Remesal, casi coetáneo suyo, en la más importante de sus obras históricas. (27)

Mientras más medito en los objetivos que persiguió Menéndez Pidal en su **esbozo biográfico** del P. Las Casas, más me convenzo de que fueron no menos injustos que frustrados. Las cuatrocientas páginas que el glorioso filólogo español empleó para tratar de restarles base firme a las acusaciones del valeroso fraile sevillano, pueden ser rotunda y fácilmente refutadas con el testimonio de buen número de historiadores de Indias, coetáneos de Fray Bartolomé. Bástame para el logro de ese propósito, remitir al lector al estudio que hace algunos años escribí con el título de **Pasión y muerte de la raza indígena americana**, donde tales argumentos más largamente se contienen. (28)

En resolución, que este postrer libro de Menéndez Pidal nada favorable añade, absolutamente, al acervo bibliográfico de quien fue, sin duda, el primer romanista de Europa. Es claro que las opiniones vertidas en este **esbozo biográfico**, merecen respeto, por la persona de quien proceden, sin que sea menester compartirlas para declararlo así. Pero fué el suyo, en esta materia, un esfuerzo perdido, porque, dígame lo que se quiera, la figura de Las Casas, como historiador valiente y verdadero, y como sujeto de humanitarios, nobilísimos sentimientos, sigue en pié, erguida sobre el pedestal que le erigió no ya únicamente la América agradecida, sino todo el mundo civilizado, que al honrarlo, se honraba a sí propio.

De ninguna manera pretendo que se haga del P. Las Casas un personaje impecable, ni uno a manera de mito o tabú, intocable, exento de flaquezas, pasiones y humanas deficiencias, y, por lo mismo, digno del acatamiento incondicional e irrestricto de la historia y no susceptible de análisis, escrutinio o crítica. No, en modo alguno.

El Padre Las Casas pagó tributo a su condición humana, cometió errores que no pueden disimularse, sino en gracia de su buena intención. Uno de los más graves, por desventura irreparable, el haber propiciado y estimulado la intensificación del comercio de negros esclavos en América, que ya existía entre Europa y África desde 1455, con la autorización y las bendiciones del Papa Nicolás V. "sin duda el mejor, y también uno de los más grandes papas de la época del Renacimiento", que dijera Ludovico Pastor. (29)

Las Casas imaginó este expediente de la importación a tierras de América de tales esclavos africanos, para que éstos reemplazasen a los indios en el laboreo de las minas y en los agotadores trabajos de las plantaciones de caña, a que los encomenderos los tenían sometidos. Error del que Las Casas vivió hasta su muerte arrepentido, porque, muy al contrario de lo que se propuso, la presencia de esclavos negros en el Nuevo Mundo no mejoró en lo más mínimo la suerte de sus desventurados aborígenes, quienes, por su propia timidez, terminaron siendo a su vez víctimas de los negros, contra quienes se extremó también el rigor inmisericorde de los amos explotadores.

"Los buenos oficios del obispo de Chiapa —dice, con acierto, Hugo Latorre Cabal— establecieron, en vez de una, dos esclavitudes en Indias. A la desgracia india se sumó el lamento negro en el concierto de quejidos en que prorrumpe América, azotada por la hispanidad. El patrono y el protector de los indios se convierte en esta forma en siniestra figura histórica para los hombres negros..." (30)

Claro que no era "la hispanidad" (conjunto y comunidad de los pueblos hispanos), quien azotaba a América en la época colonial, como quiere Latorre Cabal, apelando a una expresión no muy acertadamente empleada en el pasaje transcrito. Quien azotó a la población indígena y a los negros esclavos importados a la América, fué la pérfida y villana condición de unos cuantos logreros y aventureros desalmados, con el beneplácito, la complicidad y la cobarde cooperación de autoridades indignas de tal nombre, aquí y en la metrópoli.

"Este arbitrio (de la introducción de los negros, en grande escala, a América) —dice D. José Manuel Quintana— mal explicado

por los historiadores y menos bien entendido por los filósofos, ha dejado sobre la memoria de Casas una tacha que toda la admiración de la posteridad por sus virtudes no ha podido borrar todavía... A los que con tanta dureza le censuran advertiremos que ya mucho antes que ellos él mismo le condena en su Historia, manifestando expresamente su arrepentimiento de haberlo dado..." (31)

Efectivamente, en el capítulo CII del Lib. III de la Historia de las Indias, Las Casas confesó paladinamente su error y se arrepintió de haber incurrido en él, en estos términos: "... Este aviso, de que se diese licencia para traer esclavos negros a estas tierras, dió primero el clérigo Casas, no advirtiendo la injusticia con que los portugueses los toman y hacen esclavos, el cual, después de que cayó en ello, no lo diera por cuanto había en el mundo, porque siempre los tuvo por injusticia y tiránicamente hechos esclavos, porque la misma razón es dellos que de los indios... Y para los indios ningún fruto dello salió, habiendo sido para su bien y libertad ordenado, porque al fin se quedaron en su cautiverio hasta que no hubo más que matar..." (32)

Este libro de Menéndez Pidal sobre Las Casas dió lugar, como era de suponerlo, a serias controversias. La más concluyente rectificación de él hasta el momento, me parece que se debe al historiador venezolano D. Angel Francisco Brice, en el erudito ensayo **Simón Bolívar y Fray Bartolomé de Las Casas ante sus críticos**, publicado a principios de este año de 1969. (33)

Es hora ya de que cerremos este doliente libro de Menéndez Pidal, con el cual el gran filólogo creyó haber destruido un mito, cuando lo que estaba realizando era todo lo contrario: remitiendo a duda una de las más gloriosas realidades de la historia de España, en todos los tiempos: la de la vida y la obra de Bartolomé de Las Casas, el único varón universal, quizá, capaz de hombrearse con Cristóbal Colón, el Descubridor, y con Simón Bolívar el Libertador de la América Hispana.

* * *

Todo cuanto llevo recordado hasta aquí es del dominio común de cualquiera persona medianamente enterada del movimiento cul-

tural español contemporáneo, y mucho más todavía de los universitarios, que vieron un curso de literatura peninsular, que se supone completo.

Lo que no todos saben, sin embargo, es la asiduidad amistosa que Menéndez Pidal mantuvo con algunos ilustres colombianos de fines del pasado siglo y comienzos del presente, como D. Rufino José Cuervo y D. Antonio Gómez Restrepo, entre otros; lo que no todos conocen es parte que le cupo en el fallo arbitral confiado al rey de España por el Ecuador y el Perú, en un diferendo fronterizo, lo que proporcionó la vista del humanista peninsular a estos países de América; lo que muchos ignoran es la erguida actitud, la insondable valentía con que, —en su condición de catedrático— defendió los fueros de la Universidad española, el principio de su autonomía académica y administrativa, cuando el gobierno de su patria, con desaprensión e indiferencia dignas de mejor causa, pretendió desconocerlos y vulnerarlos.

Existe una preciosa correspondencia epistolar entre Cuervo y Menéndez Pidal, realmente aleccionadora. Puede leerse en el tomo XXII de la *Revista de las Indias*, de Bogotá (1944), y en *Thésavvrse*, tomo XXIII, *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, de Bogotá, (1968).

La primera carta de Cuervo para el filólogo español, escrita en París, data del 16 de enero de 1897. Versa sobre *La Leyenda de los Infantes* de Lara y la futura publicación de la *Crónica General* que apareció varios años después, en 1906, como volumen 5º de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, que fundó y dirigió en Madrid D. Marcelino Menéndez Pelayo.

A esta carta contesta Menéndez Pidal desde Madrid, el 31 de enero del mismo año.

Hay un largo interregno de 16 meses entre esta primera carta del filólogo español, y la siguiente, fechada el 27 de mayo del 98. Se habla en ella del *Diccionario latino* de Nebrija, de un libro de D. Emilio Álvarez Jiménez y del *Poema del Cid*, en el que el filólogo peninsular trabajaba. Pero lo más importante se refiere a la situación de España en guerra con los Estados Unidos. Acababa de ocurrir el desastre de Cavite, el 2 de mayo, en que la flota espa-

ñola, tras una resistencia por extremo heroica, fué derrotada por la armada norteamericana.

“Ya ve V. qué mal he hallado a mi país; —le dice Menéndez Pidal a su amigo colombiano— la única preocupación es la guerra que nos rodea por todas partes. Ud. sentirá como hermano los males que sufre España, pues la suerte de nuestra raza común está bastante unida. Quiera Dios que salgamos pronto de esta difícil situación...”

La respuesta de Cuervo no se hace esperar. Tres días más tarde, el 30 de mayo le escribe a su corersponsal, haciendo memoria de las gratas visitas que le hizo éste en París y tratándole diversas cuestiones filológicas. Sobre la situación de España, le dice:

“No puedo ponderar a Ud. lo que me contrista la situación actual: toda mi vida la he pasado con la mejor parte de UU., con el alma de España, representada por sus grandes escritores de ayer y de hoy, que por fuerza son los compatriotas de mi entendimiento y de mi corazón. Por otra parte, jamás he podido simpatizar con los yanquis, que siempre han despreciado a los americanos españoles...”

Dos meses más tarde, el 28 de julio, Cuervo le reitera a su amigo los íntimos sentimientos que lo embargan, con relación a la tragedia de la madre patria:

“He visto en los periódicos que se trata ya de hacer la paz con los Estados Unidos. Mi corazón está con España y su honra me interesa como cosa propia. Confío en que con estas calamidades empezará una era de prosperidad. *Post nubila Phoebus!*...”

Tras cerca de tres meses de silencio una carta del filólogo español le lleva noticias suyas a Cuervo: “Todo el verano lo pasé en Santander trabajando 9 y 10 horas diarias en la Biblioteca de Menéndez Pelayo; como éste fué nombrado Director de la Bibl. Nal. me había designado a mí para sustituirle en la Universidad. Pero el trabajo fué inútil, porque Gamazo acaba de reformar la Facultad de Letras y ha suprimido la cátedra de D. Marcelino. Vale Dios que creó una de *Filología castellana y latina* y tengo que hacer oposición a ella. La materia de la nueva enseñanza ve V. que es algo

extraña. ¿Me podría V. indicar alguna obra reciente que resuma bien el estado de los estudios de lengua latina? No estoy fuerte en esto y no es posible limitarme sólo al latín vulgar, dado el título de la asignatura..."

Y, con referencia al tema de su máximo interés, los romances, le dice el filólogo español al colombiano, en la misma carta que acabo de citar:

"Me dice Menz. Pelayo que en un artículo que V. dedica a la *Eneida* de Caro, habla de romances de los Infantes de Lara y de otros asuntos viejos que aún se cantan en América. No he podido ver dicho artículo y nada mejor que preguntar al autor; mucho le agradecería que, cuando buenamente pueda, me de alguna noticia de estos romances tradicionales..."

Parece que no hay respuesta para esta carta. En todo caso, a juzgar por otra de Menéndez Pidal, de 6 de diciembre del 98, hay aquí laguna epistolar, que indica la pérdida de algunas cartas en el epistolario de los dos grandes filólogos y amigos.

Por estos tiempos se prepara en la Península un homenaje a Menéndez Pelayo, con ocasión de haber llegado al año vigésimo de su profesorado universitario. Consistía en la publicación, en uno o más volúmenes, de cierto número de *Estudios de erudición española*, que llevarían —como en efecto llevaron— un amplio prólogo de D. Juan Valera. La obra se publicó luego, en 2 volúmenes, en 1899, por la Librería General de Victoriano Suárez, y es, en realidad, un reservorio de diversos estudios del indicado género por los más destacados investigadores europeos de la época.

Menéndez Pidal estaba muy interesado en que Cuervo colaborase en este Homenaje a su maestro y amigo. Y al efecto le escribió, diciéndole:

"A propósito de esta Miscelánea; Menéndez Pelayo me indicó repetidas veces que desearía mucho que V. colaborase en ella. El cuidado de esta obra estuvo antes en manos de R. Altamira y cuando me encargué yo de ella no escribí a V. porque suponía no tenía relación directa con M. Pelayo, Ahora le transmito el de-

seo de éste, no creyendo por ello ser indiscreto. Por mi parte no tengo para qué decirle cuánto sería mi agradecimiento si V. accediese a ese deseo, tanto más cuanto que no colabora ningún Americano y hay firmas de Franceses, Alemanes, Ingleses, Italianos, Suecos, Holandeses, etc. Hay que confesar que estuvo muy mal planeada la Colección. Aunque fuera cosa corta la de V. siempre sería de V. y honraría la publicación..."

Trece días más tarde —los correos de Europa funcionaban entonces maravillosamente— Cuervo declina, por razones de salud menuda, esa colaboración:

"No puede U., —dice— hacerme invitación más grata que la de contribuir para la Miscelánea dedicada al Sr. Menéndez Pelayo con algún trabajillo mío. Este señor es una de las glorias de nuestra raza, y juzgo que es deber de todos nosotros mostrarle, junto con los extranjeros, la admiración y respeto que le profesamos como a indiscutible maestro. Por lo mismo quisiera yo poder enviar a Ud. algo que correspondiera a esta obligación mía; pero llevo días de hallarme tan achacoso como de ordinario lo estoy en los otoños e inviernos, lo que me impide todo trabajo formal. Con la mayor pena pido pues a U. y al señor Menéndez Pelayo me perdonen lo que yo difícilmente me perdono, y espero que lo harán, pues conocen mis sentimientos..."

Evidentemente, fue extemporánea la invitación de Menéndez Pidal para que Cuervo colaborase en el homenaje a D. Marcelino. Así debió de comprenderlo D. Ramón, que el 24 de diciembre le dice a su corresponsal: "Mucho siento falte su firma en el libro dedicado a Menéndez Pelayo, pero bien comprendo que era difícil conseguirla habiéndola pedido tan tarde..."

A medida que transcurren los días, la confianza y la amistad se acrecienta en el ánimo de los dos corresponsales, particularmente en el de Menéndez Pidal. Cuervo, más reconcentrado, más introvertido que el español, rara vez sale en sus cartas del tema filológico o literario que se propone desarrollar, ya para proponer cuestiones, ya para absolverlas. El filólogo peninsular, en cambio, se insinúa familiarmente más a menudo ante su amigo, y con frecuencia le habla de sí mismo y de los suyos, con fraterna ingenuidad.

El día de la pascua navideña del 99, le dice a Cuervo: "Fué por enero cuando estaba yo acabando de hacer un programa de oposiciones a cátedra que entonces tenía que presentar. Las oposiciones iban a ser en marzo luego se aplazaron a mayo, y así de plazo en plazo hemos llegado hasta ahora; al fin ya se han hecho y no puedo quejarme pues ya soy catedrático de esta facultad de Filosofía y Letras, desde el día 21 del corriente.

El 27 de diciembre, Cuervo reitera a su amigo un cariñoso recuerdo de Pascuas y Año nuevo. Y le desea las dos cosas más esenciales para los hombres de letras: buena salud y tranquilidad de espíritu.

El día de Todos los Santos de 1900 Menéndez Pidal, a vuelta de unas cuantas referencias literarias, le da otras noticias suyas: "Las oposiciones a la cátedra que he obtenido, y mi reciente casamiento, —dice— me han quitado toda tranquilidad. Ahora ya he entrado de nuevo en vida normal (y le ofrezco a V. esta nueva vida y mi nueva habitación: Leganitos 1) y espero acabar en todo este invierno la tal gramática que presenta muy graves dificultades a cada paso, sin que tenga nadie que me ilustre, ni conversación posible sobre mi trabajo..."

Conste que lo de las oposiciones a la cátedra preocupaba a Menéndez Pidal desde años antes. El 6 de diciembre del 98 decía, a este propósito, a Cuervo: "Mil gracias le doy por las noticias bibliográficas que me da. No conocía el manual de Ivan Müller, y lo hice pedir para este Ateneo. El asunto principal de mis oposiciones creo que será la filología romance, si el tribunal opina lo mismo que yo; pero aun así, tengo bastantes motivos para dudar de mi éxito. Allá veremos..."

Pasan los años, pero la amistad entre estas dos egregias figuras de las letras, se mantiene inalterable. De Madrid, el 6 de marzo de 1901, Menéndez Pidal le dice a Cuervo: "¿Perdonará V. mi imprudente deseo de continuar la conversación epistolar, ya que otra no nos es posible? De nuevo acudo a la ciencia y amabilidad de V. para mis continuas dudas..." Y finaliza la carta con esta fraterna admonición: "No me avergüence V. ahora no empleando en algo mi inutilidad. ¿No tiene V. cualquier libro de nuestra Bib. Nac. o

Real que consultar? Deseo vivamente servirle de algo más que de molestia. Además, no necesito decirle que no me corren prisa alguna las respuestas a mis preguntas, pues tardaré 5 o 6 meses en aprovechamientos". Y esta efusiva declaración, saturada de intimo orgullo paterno, con que principia la carta: "...hace un mes que pienso escribir a V. pero ese mismo hace que soy padre de una niña, y V. me disculpará en gracia a mi princesita heredera..." Se trata de su hijita Jimena, a quien su padre dedicaría su *Flor Nueva de Romances Viejos*, recordando que fué la Antígona de su ceguera transitoria, que recreó sus días de tedio, llevándolo a sacar del olvido aquél Romancerillo, que estaba hacía muchos años arrumbado, como ya lo advertimos en su oportunidad.

Es grato seguir a través de este delicioso epistolario el proceso de intimidad de los dos corresponsales, especialmente por parte de Menéndez Pidal. En sus cartas hay algo más que alusiones a sus mútuas consultas profesionales, que es precisamente lo que le da a esa correspondencia más calor de humanidad.

Menéndez Pidal estaba por entonces en plena mañana de la vida, en el disfrute de la gloriosa juventud, cuyos atributos el hombre sólo conoce cuando la pierde. Cuervo, en cambio, estaba ya cercano al ocaso de su existencia, con todas las desventuras de la senectud de un solterón empedernido, como lo fué nuestro compatriota.

El 9 de mayo, primavera parisiense, le escribe Cuervo a su corresponsal: "Particularmente de la Semana Santa acá estoy casi incapaz de escribir una carta, o hacer una visita, pues todo lo que exija atención me deja exánime..." Y después de discurrir sobre la construcción elíptica de la frase, y de la pronunciación de la c y la de z, cumplimenta a su amigo, por lo de su primera heredera, con esta frase: "Mucho deseo que la princesita heredera crezca en salud, cuerpo y gracia, y que toda esa dicha estimule a U. a nuevos trabajos que sigan enseñando a los que bien le queremos, y a los otros; esto es, a todos..."

Sólo dos cartas más de Cuervo para Menéndez Pidal figuran en este epistolario, una es de 22 de octubre y la última, de 4 de noviembre. El año de 1902 parece haber transcurrido en blanco para

los dos coresponsales, pues ninguna carta de ellos se conserva datada en ninguno de esos doce meses.

Una sola carta de Cuervo para Menéndez Pidal, correspondiente al año de 1903, se conserva. Está fechada el 15 de enero, y comienza con la eterna queja del filólogo colombiano por sus molestias y alifafes seniles: "Se me han agravado los achaques de cabeza hasta impedirme muchos días leer o escribir media hora siquiera; estoy pues en quiebra vergonzosa de correspondencia y de visitas. No extraña U. pues que estas cuatro letras vayan tan tarde, y una semana después de recibido su precioso recuerdo..."

El recuerdo a que alude Cuervo era un ejemplar del Discurso de recepción en la Real Academia Española, leído por Menéndez Pidal acerca de la famosa obra de Tirso, *El Condenado por desconfiado*, el día 19 de octubre de 1902, cuya primera edición madrileña fué de ese propio año.

Cuervo pondera la obra de su amigo, particularmente la belleza exclusivamente científica de ella, algo como la del Escorial, y hace votos porque los discípulos del catedrático español se aumenten y se empeñen en seguir sus lecciones y ejemplos. Y en un arranque de profundo nacionalismo hispánico, añade: "Los monumentos de la literatura española deben ser estudiados, comentados y publicados por españoles; sólo ellos pueden tener la base del sentido íntimo nacional que penetra sus misterios. Los métodos extranjeros son instrumentos que deben manejar manos simpáticas para realzar los encantos de la materia nacional. Esta es la consideración que más me hace gustar y admirar las obras de U., como que son el más seguro argumento de que la ciencia revive en España, y de que lo que U. hace en las letras, otros lo harán en los demás ramos del saber..."

También el año de 1904 transcurre casi por entero sin originar correspondencia alguna entre los dos filólogos. Tan solo cuando el año toca a su fin, el 24 de diciembre, cuando todos en París se preparaban para las fiestas navideñas, Cuervo se acuerda de su amigo y le escribe. El día anterior, al volver el colombiano a su casa, encontró una tarjeta de visita de Menéndez Pidal, quien sal-

dría de París en el término de pocas horas. "No sé decir a usted, —expresa— la pena que tuve ayer, cuando, al volver a esta su casa, encontré la tarjeta de U., pena tanto mayor cuanto que la criada me dijo que U. estaba de paso por algunas horas en esta ciudad, y así no tenía yo modo de remediar mi mala suerte yendo en seguida a buscar a usted. No sabe U, cuánto placer habría tenido yo en estar un rato con U. después de tanto tiempo como ha que no nos vemos..." Y luego de divagar sobre lo que en la entrevista hubiese platicado, el *Cid*, la *Crónica General*, etc., termina deseándole a su amigo fecundos triunfos en el año que pronto iba a comenzar. "Base necesarísima para todo esto —concluye— es que U. y todos los suyos (particularmente aquella princesita de que U. me habló una vez) estén sanos, tranquilos y alegres: esos son mis votos de Pascua y Año Nuevo..."

Sólo diez meses más tarde, el 14 de octubre de 1905, en ocasión en que Cuervo había cambiado de domicilio, trasladándose de la 2, rue Largillière, a la 18, rue de Siam, en París, le escribe aquél a su colega español, que por aquel tiempo habitaba en Leganitos, 1, después de haber vivido en Lagasca 35.

Pondera aquí Cuervo el valor del *Manual de Gramática Histórica Española* de Menéndez Pidal y la gratisima impresión que le dejó su lectura: "Cuando leí la primera edición del *Manual* —escribe— me parecía llegar a mi hogar después de viajar por tierras escabrosas; me parecía descansar leyendo en mi lengua nativa cosas que no esperaba encontrar sino en frase extranjera, y aprendiendo con las palabras de mi familia infinidad de noticias preciosas para mis viejas aficiones. No sabe U. el bien que me ha hecho y que sin duda hará en cualquier parte en que se hable castellano..." Y esta despedida, diferente de la protocolaria de todos los días: "Espero que U. y toda la familia, en particular la princesita aquella, goce de completa salud, y con la esperanza de que U. me ocupe en algo, quedo su sincero, agradecidísimo amigo..."

Menos de un mes después, Menéndez Pidal contesta a su amigo y maestro, hablándole del *Manual* suyo y de las *Apuntaciones* de su coresponsal. Y, de paso, esta nota íntima: "Mi Jimenita le agradece en extremo que V. se acuerde tan cariñosamente de su persona..."

Transcurren siete meses entre la última carta de Menéndez Pidal y la siguiente de Cuervo. Le informa D. Rufino, con suficiente extensión, a su amigo, lo que sabe de los Romances en América, y termina con su acostumbrada queja: "Llevo meses de estar muy achacoso: a fuerza de empeño logré acabar hace unos cuatro días el manuscrito de las dichosas **Apuntaciones** y remitirlo a la imprenta. Rehecho, así, el libro en las circunstancias deplorables que en otra ocasión dije a U., tiene que salir malo, y temo que aun mis amigos digan, como Gil Blas en las homilias del Arzobispo de Granada, que huelen a apoplejía... La voluntad es lo único que me va quedando... Al releer estas líneas he tenido que corregir y borrar; por ahí veo, y verá U., cómo está mi cabeza. Perdónelo U..."

La última carta de Cuervo para su corresponsal madrileño, en el año de 1906, es de 27 de diciembre. Le habla de la ansiedad que sentía de ver la **Crónica**, editada por D. Ramón, en la Nueva Biblioteca de Menéndez Pelayo. Y, desde luego, la infaltable lamentación: "Ya no puedo leer ni estudiar nada formalmente..."

El año de 1907 se inicia con una extensa carta de Menéndez Pidal para Cuervo, de 7 de marzo, dedicada totalmente a asuntos literarios, de modo particular a ponderar las mejoras introducidas por nuestro compatriota en la quinta edición de sus **Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano**. "Los últimos capítulos —dice el filólogo español— logran una excepcional importancia". Se refiere al anunciado trabajo de Cuervo, **Castellano popular y castellano literario**, reimpresso varias veces, y que podemos leer, en su texto más autorizado, en el tomo de **Obras Inéditas**, que imprimió el Instituto Caro y Cuervo, en 1944, bajo la dirección del P. Félix Restrepo, S. J., Director de aquél. Hace alusión a la **Crónica General de España**, texto que publicó D. Ramón en la Nueva Biblioteca, de Menéndez Pelayo, y a otras obras suyas incluso a su labor en la revista **Cultura Española**, que cuya dirección le quitaba un tiempo precioso.

El 12 de abril da respuesta Cuervo a esa Carta, excusándose de su tardanza en hacerlo, porque "me han llovido en estos últimos tiempos tantos asuntos **extra-literarios** que, como Sancho, no puedo ni rascarme la cabeza..." Alude al texto de **El Libro de Alixandre**,

publicado por Morel-Fatio y a otros asuntos enteramente profesionales.

Vuelve Cuervo a la palestra con otras cartas de 27 de abril, muy elogiosa para Menéndez Pidal: "Es cosa que encanta —le dice— ver que U. es hoy como el alma y el corazón de los pueblos de sangre española: la poesía y la lengua se presentan vivas y animadas a impulso de la energía y el saber de U."

El 1º de junio siguiente, escribe Cuervo a Menéndez Pidal la más extensa carta de toda la correspondencia, y la de mayor interés, en concepto de Fernando Antonio Martínez.

En efecto, toda ella se contrae a darle a su amigo detallados informes sobre temas de filología, especialmente acerca del uso de la s, la c, y la z.

La última carta de D. Rufino José para D. Ramón es de 10 de enero de 1909. Cuervo murió a las 6 de la mañana del 17 de julio de 1911. Pero en estos dos años y medio, transcurridos entre enero de 1909 y el del fallecimiento de Cuervo, parece que se suspendió definitivamente la correspondencia entre los dos sabios filólogos.

"U. me ha desengañado deliciosamente con el sin igual regalo del **Cantar de Mio Cid**, libro que anhelaba ver, y que necesitaba con **urgencia**, —dice Cuervo—. Lo he leído ya casi todo, encontrando infinitas cosas que ignoraba y recreándome con la **verdad** y con la claridad y precisión de todas sus noticias y apreciaciones. Con esta obra adquiere U. nuevo título a la admiración y gratitud de los cultivadores de las letras castellanas; y yo, como buen amigo, me glorío del triunfo de U..." Naturalmente, no podía faltar su acostumbrada queja, que en esta vez era, al parecer, por desgracia, verdadera:

"Casi todo el año pasado estuve muy achacoso y la salida que hice al campo me fué casi nociva, a causa del mal tiempo. U. ha dado buenos augurios para el de 1909, y yo quisiera darlos a U. eficacísimos, para que viviendo sano y contento en medio de los suyos, siga enriqueciendo nuestra literatura con sus trabajos incomparables..." (35)

Cincuenta y siete años y cuatro meses sobrevivió Menéndez Pidal a Rufino José Cuervo. Durante ellos conservó siempre el sabio español, respecto de su amigo colombiano, un grato recuerdo y una veneración constante. Poco después de un año del fallecimiento de éste, Fray Pedro Fabo, que compuso una magnífica biografía de nuestro compatriota, en 3 volúmenes, se dirigió al filólogo español, en requerimiento de unas cuartillas sobre el autor del **Castellano popular y castellano literario**. El humanista peninsular se excusó de escribirlas por encontrarse en el campo, apartado de sus libros y papeles. En cambio, le dirigió una interesante carta desde Segovia, el 15 de agosto de 1912, que es una pequeña radiografía de Cuervo, a la que pertenecen estos apartes:

"...Sus cualidades morales avaloraban las intelectuales. La sinceridad y el perfecto desapasionamiento que ponía siempre en su pensar, daban a éste singular firmeza; y aun en polémica un tanto agria, como la que sostuvo con don Juan Valera, guardó siempre una serenidad magistral admirable.

"Recuerdo haber oído a Gaston Paris quejarse de que la extrema modestia de Cuervo acarrea pequeñas dificultades en su trato, si bien éstas añadiesen simpatía y veneración hacia el ilustre colombiano. De esa modestia provenían las dos inexactitudes manifiestas que Cuervo cometía a veces en sus apreciaciones: de un lado su benevolencia frecuentemente excesiva al juzgar las obras de los demás, y de otra parte el severo despego con que hablaba de los trabajos propios. Y como lo que uno piensa de sí influye tanto en el juicio profano de los otros, se comprende que haya bastantes que no aprecian el alto valor de Cuervo. Créame V. que una de las cosas que más me apenan, como indicio de la ineducación ambiente, es que pueda darse el caso de que algún escritor, dotado precisamente de las cualidades opuestas a las de Cuervo, le contradiga desdeñoso y satisfecho, mostrándose incapaz siquiera de comprender la delicada y sólida constitución de las opiniones que combate, y sin embargo esa contradicción halla eco.

"Cuervo nunca aspiró a una ostentosa extensión de su campo de estudio, y así logró en el dominio elegido esa profundidad y sencillez magistrales a que muy pocos llegan. En él tenemos que aprender cuantos vivimos en un país donde el cultivo de la ciencia

no tiene actividad bastante y donde el método no ha llegado a la perfección; de un lado la abundancia de materia de estudio inculta, y de otro la falta de organización en el trabajo y en la crítica del mismo, solicitan demasiado variada y fácilmente la atención del erudito, llegando a resabiarle en la producción de obras inmaduras sobre las más diversas materias que puede imaginarse.

"En Cuervo todo lo contrario: su austero amor a la exactitud científica le hizo excesivamente riguroso en abandonar el **Diccionario de construcción y régimen** una vez comenzado; hecho realmente chocante en la vida del laborioso sabio y que no puede explicarse ni por cansancio ni por disgusto. Vió que el precioso material, reunido a costa de grande esfuerzo, estaba acopiado sobre ediciones que no satisfacían las exigencias de la filología, y renunció a la grande empresa, inaugurada con dos volúmenes que desde el momento de su publicación fueron mirados por cuantos tratan de la lengua española como instrumento de trabajo absolutamente necesario, y por cuya continuación muchos se interesan con eficacia. Cuervo al sacrificar despiadadamente su obra, ya famosa, daba notable testimonio de su austeridad científica y de su absoluta falta de ambiciosos planes.

"Lástima que toda austeridad tenga algo de inflexible y dañoso; la de Cuervo nos ha dejado su Diccionario reducido a un admirable pero mutilado torso, que una vez concluido hubiera sido grandioso monumento, a pesar del defecto que tanto disgustó al autor..." (36)

Manuela Manzanares en un interesante artículo acerca de D. Rufino J. Cuervo y sus amigos señala que hay tres personas en su vida que contribuyeron notablemente a encauzarlo en sus estudios y sobre todo a mantener vivo el interés de su obra: su hermano D. Angel, D. Ezequiel Uricoechea y el filólogo italiano D. Emilio Teza. Habla también de algunos amigos españoles: D. Juan Valera, Hartzenbusch y D. Ventura de la Vega. Respecto del asiduo correspondiente a quien hemos aludido con algún detenimiento, doña Manuela Manzanares anota:

"Don Ramón Menéndez Pidal tuvo una amistad de tipo un tanto diferente de las anteriores con don Rufino. Empezaba a abrirse camino en el mundo de las lertas y sobre todo de la filología mo-

derna, cuando D. Rufino ya era maestro indiscutido e indiscutible. Por lo tanto, su relación fué de maestro a discípulo y está marcada en todo momento con el sello del respeto que a los principiantes infunde la autoridad en el ramo..." (37)

Menéndez Pidal tuvo en Colombia no sólo amigos y admiradores, sino también aprovechados discípulos. Diganlo el grupo de jóvenes filólogos del Instituto Caro y Cuervo y los estudiantes de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias de la Educación, que tanto le deben.

*
* * *

Dignificadora, ejemplarizante, digna de un hombre de su señorío mental, de un ciudadano libre de la república de las letras, como quería llamarse, al igual que su maestro Menéndez Pelayo, es la actitud asumida por D. Ramón Menéndez Pidal como catedrático de la Universidad Central de Madrid, en defensa de la institución universitaria, en solidaridad con las justas y nobles aspiraciones de los estudiantes, en franco y altivo rechazo contra las insensatas y abusivas pretenciones del gobierno, representado entonces por D. Miguel Primo de Rivera, como Jefe del Estado, (Alfonso XIII era un mascarón de proa en la nave de la monarquía) y por D. Eduardo Callejo de la Cuesta, como Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, de quien sólo sabemos que fué el promotor de la creación de unos desconcertados planes pseudo-educativos y de ciertos Colegios mayores, que servirían también de residencias estudiantiles, con desmedro o mengua de las Universidades regionales peninsulares, como a primera vista parece.

Desde los primeros días de la formación del gobierno de Primo de Rivera, se estableció un cortante divorcio entre éste y los intelectuales españoles, casi todos ellos catedráticos universitarios. El jefe del gobierno, "no tan solo se expresó con desprecio siempre que se refirió a los intelectuales, dicen los historiadores (38) sino que además les aplicó todo el rigor de sus bravatas tratándolos como temibles facinerosos..."

Como era natural, éstos no tardaron en reaccionar, y en una

digna y viril representación, le hicieron ver al gobierno el error en que estaba, cuando presentía tener a su favor el respaldo del pueblo peninsular:

"Ha repetido V. E., —decíanle los intelectuales al dictador— en discursos recientes la afirmación, que ya hizo en anteriores manifestaciones públicas, de que toda España está hoy conforme y entusiasta con el régimen imperante, salvo lo que hay en ella de menos sano y estimable.

"Los que abajo firmamos, extraños unos a la política activa, mantenedores otros de credos muy varios y aun contrapuestos, tan persuadidos como pueda estarlo V. E. de haber sido justamente proscritos los antiguos procedimientos políticos, que muchos de nosotros hemos combatido con la palabra, la pluma y el ejemplo; animados de amor a España que no cede al más ferviente, juzgamos un deber de varonil lealtad sacar desde luego a V.E. del error en que vive, advirtiéndole que, sin desconocer la recta intención que frecuentemente inspira a los actuales gobernantes, ni regatear aplausos a sus aciertos, ni dejar de disculpar algunas de sus equivocaciones, no somos partidarios del régimen que instauró en nuestro país el golpe de Estado de septiembre..."

"... La supuesta conformidad de los españoles honrados con el Directorio militar sería, a juicio nuestro, una gran desgracia nacional; porque pueblo que en el orden político no cuenta con más criterio que el de sus gobernantes, es pueblo sustraído a la ley de la evolución y está condenado a muy graves trastornos, ya que al equivocarse aquéllos sin haber permitido que se organicen sus contradictores, preparándose para sucederles, han de arrastrar necesariamente en su caída a todas las instituciones fundamentales. Allí donde la libertad no moldea nuevas normas jurídicas, tarde o temprano las improvisa fatalmente la revolución..."

"Esta equivocada táctica de amordazar y aherrar al espíritu cívico se agrava en los momentos actuales porque ostensiblemente se alienta desde arriba a determinados ciudadanos para que se agrupen en organismo militante, a quien se otorgan todas las libertades constitucionales de que su propaganda haya menester. El monopolio en el ejercicio de esas libertades sería tan denigrante para los

favorecidos como para los vejados por la excepción. Resultaría, además, ineficaz, porque cuando el desgaste o el fracaso, contra los cuales no previenen a los gobernantes la más escrupulosa rectitud ni la mayor capacidad técnica, obligasen a dejar el Poder a quienes hoy lo ejercen, no podrán ellos ciertamente traspasarlos a un partido que no se nutrió ni engrandeció sobre los demás con espontáneas adhesiones, dentro del libre juego de la dinámica política, sino que creció y medró al amparo de artificiosas protecciones oficiales de los mismos gobernantes que sucumben.

"No es el presente escrito... acto inicial de ninguna campaña contra el régimen encarnado en V. E., ni mucho menos notificación de haberse formado frente a él un núcleo partidista homogéneo deseoso de gobernar. Responde tan solo a las reiteradas afirmaciones de V. E., avaladas hasta ahora por nuestro silencio, que suponen adheridos a la política del Directorio a cuantos españoles no militan en los partidos del antiguo régimen; puede ser útil a V. E., como lo es siempre, conocer la opinión de adversarios de honrada buena fe; servirá, en todo caso, para dejar a salvo nuestra responsabilidad de ciudadanos españoles si persistiese V. E. en la, a nuestro juicio, errada decisión de seguir manteniendo el régimen de silencio general y obligatorio que padecemos..." (39)

Suscribían esta representación, tan valiente como altiva, entre otros, Pedro Sáinz Rodríguez, José Ortega Gasset, Gregorio Marañón, Eduardo Gómez Baquero, Luis Jiménez de Asúa, Eduardo Marquina, Luis de Zulueta, Francisco Granamontagne, Ramón Pérez de Ayala, Angel Ossorio, José Francés, José Alemany, Julio Camba, Duque de Canalejas, José María Trías de Bes, Ramón Goy de Silva, Alvaro de Albornoz, Andrés González Blanco, Enrique de Mesa, R. Cansinos Asséns, Manuel Cardenal, Pedro Salinas, y muchos otros, todos ellos figuras preponderantes de la ciencia, de las letras y de la actividad docente universitaria en la Península Ibérica.

Andaba el Jefe del gobierno por Ceuta cuando recibió el escrito de los intelectuales de 4 de junio de 1924, y su respuesta fué decir el insultante disparate de que a tales nombres, ni por cantidad ni por calidad, concedía la menor importancia ni el honor de que lo distraigan más minutos de los que ahora perdía en tratar de este asunto.

Era apenas natural que la tirantez fuese agravándose entre el gobierno y sus opositores, compuestos, principalmente, por la masa estudiantil española, los catedráticos universitarios y la casi totalidad de los hombres consagrados al cultivo de las ciencias y de las letras.

Para colmo de males, D. Antonio María Sbert, alumno de Agronomía y Presidente de la Asociación Estudiantil, fué confinado a Cuenca y expulsado de la Facultad, de orden del gobierno. Un profesor extranjero de Derecho Público interno, el argentino D. Mario Sáenz, no pudo ocupar la cátedra universitaria, por disposición de la autoridad. El sociólogo mejicano José Vasconcelos fué sometido más tarde a idéntica arbitrariedad. Para 1926 se recrudecen los métodos punitivos del gobierno, la junta directiva del Colegio de Abogados de Barcelona es destruida, separados de la cátedra y enviados al destierro D. Miguel de Unamuno y D. Luis Jiménez de Asúa, entre otros.

El 19 de mayo de 1928 se produce una providencia gubernamental que lesiona gravemente la autonomía y los fueros de las Universidades españolas, que, con excepción de la de Zaragoza, que prefirió doblegarse débilmente a las disposiciones arbitrarias del gobierno, expresaron su disconformidad con tal medida. Se declara acto seguido la huelga general estudiantil, la que se recrudece el 8 de marzo siguiente. El gobierno atribuye, como siempre, a organización extranjera y a influencia de la masonería esos disturbios, y anuncia su represión con mano fuerte. El Rector de la Universidad Central dimite por no solidarizarse con la arbitrariedad. El gobierno contesta con un decreto draconiano, de 11 de marzo del 29, sancionando la inasistencia a clases con la cancelación de la matrícula y los disturbios estudiantiles con la clausura de los institutos docentes, que sufren la sanción, con la Universidad Central a la cabeza. La exacerbación de los ánimos es inmensa y unánime la protesta contra las torpezas del gobierno. Un eminente profesor de Derecho administrativo en Valladolid, el Maestro Villanueva, dice en la cátedra cosas tan mordaces, pero tan verdaderas, como éstas que, mutatis mutandis, podían aplicarse más tarde a la situación de otros países, que antaño formaron parte de la España ultramarina: "Lo primero que hay que distinguir son los conceptos de educación y de instrucción. La acepción más simple de la educación es

la urbanidad y buena crianza. Esto se aprende en el hogar en la escuela. Pero hay quien llega a Presidente del Consejo sin tenerla..." ¡Y a Ministro de Educación sin acertar a practicarla, porque nunca la conoció, añadiría yo!

"Es posible —sigue diciendo el Dr. Royo Villanueva—, que la Universidad española merezca el severo juicio con que la distingue el Presidente del Consejo. Pero cuando los demás países quieren Embajadores espirituales de España, los buscan en los escalafones universitarios. Y así han ido a América Altamira, Menéndez Pidal, Ortega Gasset..." (40)

Don Miguel de Unamuno, desde su destierro de Hendaya, envía proclamas a los estudiantes, con frases de la mayor vehemencia, que restallan como latigazos de fuego: "Un poder, no Gobierno, de verdugos erigidos en jueces —un poder que ha puesto de carterista monigote de Instrucción Pública a un cretino, y adrede, en gracia a su cretinidad—, un poder de odiadores de la inteligencia y de la libertad, de ladrones, sobre todo ladrones, quiere robarnos lo más precioso, vuestro porvenir de ciudadanos españoles libres. Que nos roben —ya lo está— el dinero; que entreguen a España a la explotación de Compañías extranjeras; que se repartan acciones liberadas; que vendan la justicia; que subasten el favor; que arruinen a sus censores; que mantengan meses en la cárcel, sin proceso ni enquisa, a inocentes; que restauren la Inquisición y la tortura; pero que no nos roben vuestra alma, el porvenir, la juventud de España, hijos míos..." (41)

Es entonces cuando la voz del Director de la Real Academia Española, del humanista insigne, del primer filólogo de habla castellana, del catedrático de la Universidad Central, D. Ramón Menéndez Pidal, de ideas liberales, pero alejado de muy atrás de toda actividad política, se hace oír. Su carta al Dictador salva la honra del profesorado español universitario y es, al par que lección perenne de austera dignidad, testimonio de insobornable independencia y de valerosa defensa de la libertad intelectual.

"Pasada la primera sorpresa producida por los sucesos —dice Menéndez Pidal,— aparecidas ya las esperadas declaraciones de

los catedráticos assembleístas, insuficientes, como era de suponer, nos hallamos que está nombrada la Comisión regia, con objeto, según leo en la Prensa, de depurar si entre los profesores hay elementos que simpatizan con la actitud de los estudiantes. Ahora bien, somos varios los profesores que debemos declarar la existencia de esa simpatía. Simpatizamos con esa actitud en cuanto los estudiantes reclamaban contra una disposición, a la que todos los Claustros universitarios se habían manifestado adversos; simpatizamos con la actitud de aquellos estudiantes que firmemente y sin desorden expresaron su parecer. El patriotismo exige a todo español pensar y sentir noblemente los problemas de las instituciones en que viven: ese patriotismo que ofrenda sacrificio (no el que recaba ventajas) exige también que cada uno manifieste su opinión. He aquí porqué simpatizamos con los estudiantes que la han manifestado en forma de correcta firmeza. Se han impuesto con motivo de estos sucesos sanciones del más extraño y excepcional rigor, sin enjuiciamiento previo; penas tan graves como la inhabilitación perpetua de un alumno y la clausura de la Universidad de Madrid. Los alumnos de ésta pierden dos cursos de ella, con permiso de irse a otra Universidad; como si las Universidades fuesen oficinas sin individualidad y de diferente sustentación y no centros de vida secular, que por asidua consagración de sus profesores ostentan cada uno su espíritu y valor propio...

"Es, pues, irreparable el daño inferido a esta Universidad, a esta casa que se informa en la tradición de profesores y alumnos, desde Nebrija y Arias Montaña hasta Castelar, Menéndez Pelayo y Giner. Su daño es además daño hecho a toda la intelectualidad española, a ese noble grupo de científicos y literatos, gracias a cuyos esfuerzos España empieza a volver a ser conocida y respetada en el mundo, y en cuya formación la Universidad de Madrid ha tenido siempre tan preeminente parte.

"Esta suspensión de vida además de los graves perjuicios de orden intelectual, irroga perjuicios materiales a muchos miles de jóvenes. Los estudiantes, en quienes se fragua el pensamiento y la acción española de dentro de unos días, y entre quienes están ya los directores de mañana, reciben así ahora en su espíritu impresiones ingratísimas respecto del Poder, que aja sus ideales y sus aspiraciones de mejora, y sienten germinar semillas de rencor..."

"Cualquier Gobierno que para disponer de acción más enérgica crea necesario ser absoluto, ve sin remedio lejos de sí a los que piensan que no basta vencer la dificultad del instante, sino que es preciso informar cada acto de modo que no decaiga del pasado más noble y sea ejemplar en lo porvenir mejor. No es de extrañar que ante la acción enérgica de ahora se aleje la intelectualidad que encima del instante cultiva los principios absolutos de la ciencia y ahonda en los conceptos del derecho y en la tradición nacional.

"Para la pacificación nacional espero que mi ruego no parezca extraño. ¿No podría la Dictadura prescindir de sus procedimientos, al menos por ahora, en obsequio a la Universidad y a la intelectualidad, que tanto representa en España? ¿No podría inclinarse a hacerlo después de haber probado la inutilidad de la fuerza dentro de los Claustros universitarios?

"Que se enjuicie a estudiantes y profesores según las leyes pre-existentes; que se derogue la disposición causadora del conflicto; que se devuelva a la Universidad su libre personalidad, la totalidad de su acción, y ella, por sí sola, con sus autoridades elegidas por ella misma, representantes de su espíritu y de su tradición, regidas por leyes protectoras, logrará en el acto restablecer no sólo su funcionamiento aparente, sino su verdadera actividad con estímulo de vida, de cooperación y de iniciativa, que sólo pueden surgir con la paz y satisfacción cordial.

"Hace unos lustros que se inició en España el resurgimiento de su vida intelectual, y por él nuestra patria iba tendiendo a ocupar en el mundo un lugar semejante al que le ganaron sus intelectuales de mejores siglos. Este delicado florecimiento no podrá seguramente resistir a la desaparición de aquel espíritu de tranquila cooperación e iniciativa que hace tempo está en peligro...

"El sacrificio de orden moral que hago al escribir esta carta, y cualquier otro que de él derive, debo aceptarlos en cumplimiento de un deber: el de intervenir del único modo que puedo (suspendidos los derechos de unión y de representación colectiva) en un asunto que tan imperiosamente se impone a la preocupación de todos los que somos catedráticos..." (42)

Esta carta, de la que he recordado breves fragmentos esenciales, tiene exactamente cuarenta años de escritura. Es de marzo de 1929. Inútil destacar que el pensamiento de Menéndez Pidal tocante a la autonomía, libertad y fueros universitarios, continúa en plena vigencia, y, en ocasiones cobra, como ahora, más oportunidad que nunca.

La memorable representación de Menéndez Pidal ante el Dictador peninsular produjo desde luego, inmediatos efectos, no, por desgracia, en las esferas del Gobierno, sordo a toda admonición patriótica, sino en el ámbito universitario y en los medios intelectuales.

Los historiadores de la Revolución española, que dió en tierra con la monarquía, refieren que a la protesta de Menéndez Pidal siguieron las de Sánchez Román, Luis Jiménez de Asúa, Fernando de los Ríos, Ortega y Gasset, Rafael Altamirano, Antonio Ballesteros, Eduardo García del Real, Manuel Gómez Moreno, José Jordán, Adolfo Posada, Hipólito Rodríguez Pinilla, Hugo Obermaier, Gustavo Pittaluga, José Giral, Manuel Hilario Ayuso y varios otros.

*
*
*

Entre los años finales del pasado siglo y comienzos del presente, el secular litigio de límites entre el Ecuador y el Perú, que los arreglos directos de una y otra Cancillería no habían logrado resolver, entró en una etapa de conciliación arbitral. Al efecto, el 1º de agosto de 1887 el Ministro de Relaciones Exteriores ecuatoriano, Dr. Modesto Espinosa, y el Plenipotenciario peruano Sr. Emilio Bonifaz, suscribieron en Quito un Convenio cuyo artículo 1º dice así:

"Los Gobiernos del Ecuador y del Perú someten dichas cuestiones (las de límites) a Su Majestad el Rey de España para que las decida como árbitro de Derecho, de una manera definitiva e inapelable".

El desarrollo de la pretendida conciliación arbitral tuvo tortuoso y dilatado suceso por razones que no es del caso recordar en esta

oportunidad. Vinieron luego fallidos intentos de retornar a resolver el problema por la vía directa; se suscribió, en 1888, el Tratado Herrera-García, dejando al Real Arbitro en la condición de amistoso componedor; se intenta modificar la naturaleza del arbitraje aludido, que fué de Derecho, para que se tornase arbitraje de Equidad, es decir, no sujeto estrictamente a los títulos jurídicos presentados por las partes, etc.

Tras haber acreditado Ecuador y Perú una misión diplomática especial en Madrid, cada una de las partes acordó la aquiescencia del árbitro para que se verificase, de acuerdo con el protocolo respectivo, "el envío de un Comisario Regio, con el objeto de estudiar en Lima y en Quito los documentos que encierran los archivos respectivos, recoger en su mismo centro las informaciones precisas y apreciar los altos intereses que envuelve la controversia...", como lo recuerda el Dr. Jorge Pérez Concha en el tomo I de su amplio **Ensayo histórico-crítico de las relaciones diplomáticas del Ecuador con los Estados limítrofes. (43)**

El Comisario Regio fué al fin designado, y esta vez de la mejor manera posible. Don Ramón Menéndez Pidal aceptó el ponderoso encargo y arribó a Quito, al decir de Pérez Concha, el 19 de enero de 1905, "o sea, —como recuerda el publicista ecuatoriano—, pocos meses después de que las guarniciones militares situadas en la región oriental habían librado una ligera acción, como consecuencia de la cual perecieron algunos soldados de uno y otro frente..."

En tales circunstancias la primera providencia de Menéndez Pidal tenía que ser la que obviamente tomó: la de suscribir conjuntamente con el Canciller del Ecuador y el Ministro Plenipotenciario peruano, un acta en la cual los dos Gobiernos se comprometían a retirar sus tropas de la frontera, lo que, al parecer, no satisfizo enteramente al Ecuador, toda vez que mientras éste tenía que mover sus guarniciones a Quito, el Perú sólo debía hacerlo a la ciudad de Iquitos.

Sólo años más tarde de haber arribado Menéndez Pidal a Quito y a Lima, el 22 de enero de 1908, —según lo indica Pérez Concha— rindió su informe el Comisario Regio, adicionado con un proyecto de Laudo, el cual, al sentir del internacionalista ecuatoria-

no a quien acabo de aludir, "tenía un carácter transaccional que, en su época, lo volvía inaceptable, pues establecía una nueva demarcación dentro de la que quedaban desmembrados extensos territorios, cualquiera que fuera el criterio sostenido por los Estados litigantes..." Pero vale la pena, a título de curiosidad, y aún para establecer un estudio comparativo con lo ocurrido posteriormente en el problema limítrofe ecuatoriano-peruano, conocer a ciencia cierta cómo estaba constituida la línea fronteriza de estos dos países, propuesta por Menéndez Pidal, que algunos ecuatorianos, ciertamente, reputaron como desfavorable para sus justas pretensiones:

"Río Zarumilla.— Desde la boca, en el Océano Pacífico, una recta hasta el río Catamayo, Quebrada de Pilares y río Alamor.— El Catamayo hasta la confluencia del río Quirós.— Desde este punto hasta el río Macará.— Quebrada de Espíndula.— Río Canchis.— Ríos San Francisco y Chinchipe hasta la desembocadura en el Marañón.— El Marañón hasta el río Pastaza.— El río Pastaza, aguas arriba, hasta la laguna de Supay Chalgua.— Desde ésta, una línea a la fuente del río Curi Yacu, hasta su desembocadura en el Napo.— El río Napo hasta el Amazonas.— El Amazonas hasta un punto intermedio entre la desembocadura del Napo y Pebas.— Desde este punto, una línea hasta el Cobuya, pasando por el Ambiyacu.— Desde la confluencia del Cobuya en el Putumayo, este río, aguas abajo, hasta Carapana".

El Consejo de Estado español, que estudió el informe del Comisario Regio Menéndez Pidal y su proyecto de Laudo arbitral, no aceptó los puntos de vista sustentados por éste. Y en su nuevo proyecto, mucho más desfavorable que el del filólogo hispano, lesiona gravemente los intereses del Ecuador, cercando su territorio en parte muy considerable.

Por todo lo cual, tuvo mucha razón el insigne patriota General Eloy Alfaro, en un nuevo intento de arreglo directo de este problema, de proponer la línea Menéndez Pidal, como hartó más favorable que la del Tratado Herrera-García, con las modificaciones formuladas a éste por el Congreso peruano.

Pero si la opinión ecuatoriana hizo reparos a la expresada línea fronteriza Menéndez Pidal, tampoco fué aceptada sin reservas por

los tratadistas del Perú, que la reputaron desfavorable para su país. Así, el Dr. Alberto Ulloa, en su libro *Posición internacional del Perú*, publicado en Lima en 1941, se expresa respecto de las conclusiones del Comisario Regio en estos términos: "El Comisario Regio visitó ambos países y formuló la proposición de una línea, respecto de la cual no existe formalización alguna y que era más favorable al Ecuador que al Perú, lo que tiene la importancia de significar que muy cerca de los consejos del árbitro estuvo una voz sosteniendo los puntos de vista ecuatorianos. Posteriormente explicó el carácter condicional de la línea, que no era sino la que, en su concepto, había aceptado el Ecuador..." (44)

De todas maneras, así no hubiese logrado Menéndez Pidal que el Ecuador y el Perú aceptasen de consuno sus puntos de vista, en el árduo problema de sus diferendos limítrofes, el Comisario Regio cumplió su cometido con imperturbable cordialidad americanista para los dos países, que seguían siendo para él, cultural, histórica y sentimentalmente, una parte de su propia patria, de la España ultramarina, proyectada, en el espacio y en el tiempo, en el Continente de Colón.

*
* *
*

Este contacto personal de Menéndez Pidal con las gentes del Nuevo Mundo con sus poetas y letrados, con sus Academias y Universidades, con los pobladores de las ciudades y de los campos de América, con el paisaje mismo, tan variado y espléndido de las montañas Andinas y de las llanuras, selvas y costas del Trópico, significó un mútuo beneficio, así para el filólogo como para quienes escucharon sus doctas enseñanzas. Su morral de viajero, en aquellos tiempos en que los únicos vehículos eran el barco de vapor, algunos trechos de ferrocarril y la mula y el caballo en los vericuetos Andinos, se colmó con datos y observaciones que al investigador le interesaban sobre modo: los referentes a los romances de América, en que venía interesado de vieja data, como se ve por su correspondencia con sus amigos de este lado del Atlántico.

¿Pero es que hubo alguna vez romances en América? —No estoy muy convencido de esto. Pero quienes se han adentrado por

los laberintos de la poesía popular así lo creen, y así lo atestiguan quienes han estudiado las modalidades del habla popular para el mejor conocimiento del proceso del idioma castellano en los países en donde se habla. Cuervo, entre otros. Así lo recordó el insigne filólogo bogotano, en un escrito compuesto hasta 1873, a propósito de la traducción de Virgilio por D. Miguel Antonio Caro, en donde dice a este respecto: "... aquí, en un desconocido valle de los Andes, he oído a un inculto campesino recitar los de Bernardo del Carpio (que él llama **Bernardino Alcarpio**) y de los infantes de Lara..." (45)

Y yo en los días de mi infancia, a varias personas que me rodeaban, así de mi familia como del servicio doméstico, oía contar y recitar, con cierto dejo de tristeza, trozos de romances que se me quedaron en la memoria, y que más tarde, cuando lei el *Romancero*, iba comprobando que era fragmentos que pertenecían a Romances carolingios, del Rey Rodrigo, moriscos, novelescos y eróticos. La explicación era para mí, y continúa siendo, muy sencilla. Esos romances vinieron en las alforjas de los primeros descubridores, conquistadores y colonizadores de América; la tradición oral los difundió entre las gentes iletradas del pueblo y la escritura les dió luego perennidad. Con el correr del tiempo, al transmitirse de padres a hijos, de cantores y recitadores a oyentes, fueron modificándose, al influjo del medio ambiente y de las circunstancias, pero sin perder por completo las inconfundibles características de su origen hispánico.

En octubre del 98, tomando pie de la brevísima referencia que a los romances de América hizo Cuervo, en su estudio sobre la versión virgiliana de Caro, le pregunta el filólogo español a su colega colombiano, residente ya por entonces en París, lo que recordé oportunamente sobre tan interesante materia.

Es indudable que Cuervo daría oportuna respuesta a esta carta de Menéndez Pidal pero no recuerdo haberla leído nunca. Sin embargo, el 6 de diciembre del mismo año 98, le dice Menéndez Pidal a Cuervo: "Mucho me ha interesado el tipo de D. Manuel González que V. me da a conocer también en su carta. Daría cualquier cosa por hallar su rastro, y aunque comprendo que esto es muy difícil, pienso escribir a nuestro excelente amigo Restrepo para que

38484
C10

si tiene algún rato que perder haga algo por dar con ese D. Manuel, o con otro que en algo se le parezca. En todo caso, creo que V. no tendrá inconveniente en que publique yo el párrafo de su carta de V. referente a este asunto, si es que algún día viene a cuento..." (46)

Pocos días después el 19 de diciembre, Cuervo responde a Pidal, en estos términos: "Voy a ver si por medio de algunos amigos de Bogotá consigo alguna noticia de Manuel González, lo que no quita que U. escriba a nuestro buen amigo Restrepo. Puede hacer U. el uso que guste de la noticia que yo le dí; sólo le ruego que si hubiese algún desatino de redacción lo enderece U. amistosa y caritativamente..." (47)

Feliz con la noticia del interés de su amigo colombiano en el empeño de ayudarlo a conseguir datos sobre el romancero de América Menéndez Pidal se apresura a contestar la carta anterior, y lo hace en las navidades del 98: "Así mismo me alegra mucho saber que va a preguntar V. noticias de D. Manuel González y mucho desearía fueran afortunadas las gestiones, ya que en los países que hablan castellano tenemos tan poco conocido de los romances tradicionales que hoy se recitan, mientras en Portugal y Brasil se han coleccionado muchos y muy interesantes. Yo por mi parte escribiré en estos días al Sr. Restrepo, por si puede hacer algo en esto..." (48)

Parece que largos meses se pasaron en blanco, sin noticias de los pretendidos romances de América, que tanto interesaban a D. Ramón. Un año exacto después de la carta anterior, el 25 de diciembre del 99, le escribe el filólogo español a su amigo colombiano acerca de diversos asuntos. Y, a modo de postdata, le cuenta: "No he tenido noticia alguna de Restrepo a quien había escrito con motivo del singular recitador de Romances de que V. me había hablado..." (49)

No debieron de ser muy amplias las noticias conseguidas acerca de aquél cuasi anónimo romancista, pues cada que se le presenta la oportunidad, vuelve a la carga Menéndez Pidal en procura de lo que tanto le interesa, con imperio de verdadera obsesión.

El año de 1900 se casa D. Ramón, y hace oposiciones a su

cátedra en la Universidad Central de Madrid. Y, al parecer, se olvida por el momento de los romances de América.

Pero apenas iniciado el año de 1901, vuelve a las andadas, con renovado empeño. "Dos cartas de V. he guardado, —le dice a Cuervo el 6 de marzo— a parte de las otras para más seguridad, por contener la noticia del cantor americano de romances..." Parece que de tal modo guardó tales cartas D. Ramón, que definitivamente se perdieron.

Para 1906, ya había entablado correspondencia literaria Menéndez Pidal con D. Antonio Gómez Restrepo, pidiéndole datos sobre los romances colombianos. Este se puso al habla con el señor Caro, para ayudar a su común amigo en Madrid, a tiempo que Cuervo, desde París, hacía otro tanto.

Fernando Antonio Martínez, en sus notas a la correspondencia cruzada entre D. Rufino José y don Ramón, transcribe a este propósito un corto fragmento epistolar de Menéndez Pidal para Gómez Restrepo, datado en El Paular, el 2 de setiembre de 1906. "Mucho gusto tuve, —dice el filólogo español— en recibir sus noticias y los cuatro romances, que con otros dos que recibí por conducto del Sr. Caro, serán la primera página de un romancero tradicional colombiano, adorno precioso del general español..." (50)

En febrero de 1906 publica Menéndez Pidal un breve estudio sobre **Los romances tradicionales en América**. Al conocerlo, Cuervo le escribe, el 4 de junio: "Recibí a su tiempo y leí con mucho gusto el artículo de Ud. sobre romances tradicionales en América: no me figuraba que pudiera conseguirse tanto, y puede esperarse que en otras partes la cosecha sea igualmente fructuosa..." (51)

Y tras de recomendarle al filólogo español los nombres de algunos corersponsales de Hispano-América, que podrían ayudarlo en esta labor, especialmente en América Central, en Méjico y en Buenos Aires, alude a sus hallazgos en Colombia, en esta forma:

"Hará unos cuarenta años ¡j! en una excursión por el Valle de Tensa, región muy feraz y pintoresca, 25 o 30 leguas al nordeste de Bogotá, tropecé con un señor llamado D. Manuel González, en cuya casa estuve un buen rato y luego viajé con él algunas horas.

Un amigo mío de esta comarca con quien yo iba, me había contado la gracia de este señor, que consistía en saber infinitos versos, y no tardé en tocarle la tecla. El no se hizo de rogar, y comenzó a recitar: antiguo y moderno, propio y ajeno. Dijome que lo antiguo lo sabía de su padre, que no sabía leer; lo nuevo versaba casi todo sobre la guerra del país, y preguntándole si no tenía algo sobre la última, dijo que sí, pero que todavía no podía recitarse. Entre lo antiguo recuerdo que había un parlamento bastante largo sobre las señales del juicio, cuya procedencia no pude adivinar entonces y menos ahora; pero lo que verdaderamente me llamó la atención fueron los romances históricos, entre ellos los de los Infantes de Lara y los de Bernardo del Carpio, que él llamaba **Bernardino Alcarpio**. Como yo no tenía el texto ni lo sabía de memoria, sólo pude acordarme de que la versión tenía trazas de bien añejo. Después de estar con él como cuatro horas, sin que cesara en su recitación, le dije que ya se le iría agotando su caudal; a lo que respondió: 'Puedo seguir hoy y mañana y pasado mañana, y aún me quedará qué recitar'. Ni yo volví después por ahí ni tuve modo de hacer que recogieran lo importante..." (52)

Para finales de este año de 1906, el 27 de diciembre, le escribe D. Rufino a D. Ramón, quejándose de sus achaques y dolomas, y de la imposibilidad en que se encuentra de hacer nada intelectualmente provechoso. Y añade, tratando, con fina cortesía, de alhagar las aficiones de su corresponsal: "Me alegro mucho de que el señor Caro le haya conseguido algo (sobre los romances de América). Juzgo como U. que es difícil encontrar cosa importante en el ramo de la poesía narrativa antigua. Los primeros conquistadores es evidente que sabían muchos romances; pero tal vez por la inestabilidad de los pobladores y el trasiego constante de una parte a otra, se debilitó la tradición. Con muchas cartas y con paciencia, según U. se propone, logrará U. salvar lo que aún puede..." (53)

En el **Proemio** con que Menéndez Pidal ilustró su **Flor Nueva de Romances Viejos**, alude no sólo a los que recogió de boca del pueblo en tierras de la Península, sino también de los que oyó cantar en diversas comarcas de América, en ocasión de su viaje, como Comisario Regio, para el arreglo del diferendo del Ecuador y el Perú, en estos términos:

"Yo aprendí desde la niñez los romances en una tierra empapada de ellos, en la arcaizante Asturias. Su canto alegraba las siempre alegres excursiones muchachiles por el puerto de Pajares, por los encinares del Pardo, por las entonces solitarias cumbres del Guadarrama; y reanimados por frescas voces femeninas, contagiadas de la afición, afirmaban en mi ánimo la verdad del consabido verso: 'Viejos son, pero no cansan'. Yo después, para estudiar la esencia y la vida de la poesía tradicional, he buscado los restos antiguos del Romancero en las bibliotecas principales de Europa, los he buscado con avidez en la tradición viva y los he oído cantar en multitud de pueblos desde las breñas de los vaqueros asturianos hasta las cuevas del Monte Sacro, a la vista de la romancesca Granada, los oí en las orillas del Plata y al pie de la gigantesca mole de los Andes. Yo me encuentro así que soy el español de todos los tiempos que haya oído y leído más romances..." (54)

Menéndez Pidal no olvidó ni con el correr de los años, la colaboración que le prestaron algunos colombianos, amigos suyos, para el mejor suceso de sus investigaciones sobre los Romances tradicionales en América, a lo que ampliamente me referí ya. Un inteligente periodista colombiano, Ernesto Gutiérrez Villegas, cuando era estudiante en Madrid, por allá, hacia 1957 y 1958, realizó una serie de interesantes entrevistas con escritores españoles, entre otros, con Menéndez Pidal. Al preguntarle el estudiante al Maestro sobre su amistad con Rufino José Cuervo, muerto hacía cerca de medio siglo, el filólogo, entre otras cosas, respondió:

"...Me prestó su colaboración para mis investigaciones romancescas, me escribió frecuentemente enviándome noticias de verdadero interés sobre un campesino del Valle de Tenza llamado Manuel González, que recitaba romances históricos, entre otros, el de los infantes de Lara y Bernardo del Carpio, que González denominaba **Bernardino al Carpio**."

Alude luego a la cooperación que recibió, a este mismo propósito, de Fray Pedro Fabo, y al preguntarle el reportero si Gómez Restrepo le había enviado romances, repuso Menéndez Pidal:

"Es curioso. Le escribí pidiéndole algunos y respondióme que no sabía de la existencia de romances; pero luego me escribió re-

tractándose y enviándome uno, nada menos que *La Delgadina*, tomado de boca de una prima suya que lo recitó. Se refería a la señorita Alejandrina Botero Restrepo, de Medellín. Aseguraba Gómez Restrepo que su señora y cuñadas recordaban haber escuchado análogos romances a un sirviente del Cauca..."

A la pregunta de si Colombia podría aportar sorpresas en los campos de la tradición romancesca, D. Ramón responde:

"—Y muchísimas. Gratas sorpresas nos deparará el día en que allí se busque con espíritu investigador. Necesita Colombia hombres que pongan en duda la idea de que la riqueza del romanceo americano es menor que la del español..." (55)

Quizá, pues, sin el viaje a América Latina, no se hubiera arraigado tanto en el espíritu del investigador español, su decidida creencia en la autenticidad del romancero americano, y tal vez su amplio estudio sobre la materia no habría cristalizado en la forma como culminó, años después.

*
* * *

No fué, contra lo que pudiera pensarse, muelle y fácil la carrera literaria de Menéndez Pidal. No lo ha sido ni lo será la de ninguno de los grandes cultores de las artes, de la ciencia y de las letras, que no en vano ofrecen de antemano la oblación de las cosas más gratas de la existencia —los placeres de la juventud, las ventajas de la riqueza, los gajes del Poder— para lograr triunfar. El hombre de letras, además, tiene que enfrentarse muchas veces a la incomprensión de quienes lo rodean, a la sordidez de los gobiernos, al rencoroso despecho de los envidiosos, a la siniestra murmuración de los viles.

Parece mentira que hombre de las calidades excepcionales y de los singulares merecimientos de Menéndez Pidal, hubiese encontrado resistencia y aún manifiesta hostilidad en el seno mismo de instituciones culturales de su patria, a las que con su solo nombre podía dar honra y brillo. Tal ocurrió, sin embargo, y basta a este propósito recordar que en 1911, cuando fué propuesto para una

plaza en la Real Academia de la Historia, en ocasión en que había ya publicado varias obras capitales, fué derrotado por... ¡el General Polavieja!, un veterano de las guerras de Cuba y de Filipinas, y nada más que eso, salvo, naturalmente, las grandes influencias de que gozaban en las esferas político-militares de la monarquía.

A propósito de semejante desatino, Menéndez Pelayo decía a su hermano Enrique, con mal contenida indignación: "No sabes los disgustos que me están dando mis colegas de la Academia de la Historia con la estúpida oposición a la candidatura de Ramón Menéndez Pidal, que probablemente será derrotado por el General Polavieja, a quien traerán a la Academia para hacerle Director..." (56)

Menéndez Pidal fué un intelectual puro, que si no vivió de los libros, vivió con ellos y para ellos. Seguidor fidelísimo de las enseñanzas de su Maestro, D. Marcelino Menéndez Pelayo, él sabía que las deficiencias de la generación a la que aquél perteneció, debieron a que ella se formó en los cafés y en los clubes, y que la generación siguiente, es decir, la suya, si algo había de valer tendría de formarse en las bibliotecas.

Por eso tenía, sin llegar al fetichismo de los orientales por el papel impreso, el culto del libro, y sentía como propios las injurias y los desmanes que contra esos insustituibles elementos de la cultura se perpetraban. Jamás cohonestó con su silencio la abusiva costumbre de apropiarse de libros ajenos, so pretexto de que un acto semejante no acarrea deshonor, pero ni siquiera reato de conciencia o remordimiento.

Para Menéndez Pidal, quien se sustraía un volumen o se negaba a restituirlo a su legítimo propietario, era un ladrón como cualquier otro: ni más ni menos que el que penetra en dehesa ajena para robar un semoviente, o el que captura con artimañas el gato del vecino en el tejado contiguo, dejando a su dueña. —que a lo mejor es una tierna niña,— sumida en la desolación y la amargura. Crueldad a todas luces villanesca e imperdonable, como la de quien por vil lucro privase injustamente al bibliófilo de lo que más le interesa, que son sus libros.

D. Ramón era no sólo un varón de biblioteca, sino un exquisito hombre de mundo. Alto y recio, de viril apostura, sin el encogimiento y cortedad que algunos estudiosos suelen ostentar, como secuela de sus costumbres sedentarias, antes de mucho brío, desembarazo y donaire. Habitado desde la niñez a sus clásicos, se le venían a la boca, con toda naturalidad, las expresiones desenfadas propias de ellos. La ironía era en él arma temible, que se tornaba en sarcasmo cuando las circunstancias lo demandaban. Hombre pacífico y pacifista, no dudó afrontar los peligros y riesgos de la oposición al poder, cuando la defensa de un ideal estaba de por medio. Era un trabajador incansable, exigente hasta el exceso, inmune, al parecer, a la fatiga, con una vitalidad sorprendente, que los jóvenes le envidiaban, incapaces de disponer de semejantes reservas de energía. Amigo del sol, de la luz, de los paisajes, del campo abierto, del agua de los torrentes, del viento de Estío, del olor de los bosques, del rumor del mar, de la paz de los jardines, de sestar a la sombra de las palmeras y los naranjos, de las coposas magnolias y las eurítmicas araucarias, lo que le dió salud y longevidad.

Senectud fecunda y viril, hasta los últimos momentos, fué la suya. No soltó la pluma de las manos sino para tomar en ellas el Crucifijo, en vísperas de su deceso, y hacer en tan consoladora compañía el viaje sin retorno. A los 99 años y siete meses de edad, en noviembre último, todavía ostentaba la reciedumbre del roble secular. Y de él pudo decirse entonces muy bien lo que Virgilio de alguno de los personajes mitológicos que discurren por los exámetros del Canto VI de la *Enéida*:

Iam senior sed cruda deo uiridisque senectus... (57)

¡Ya está viejo pero es su vejez la recia y reverenciada vejez de los dioses!

NOTAS

- (1) ANGEL VALBUENA PRAT: *Historia de la Literatura Española*.— Gustavo Gil Edit. Barcelona, 1937. — Tomo II. Págs. 913 y sgtes.
- (2) JOSE M^o SANCHEZ DE MINIAIN: *Antología General de Menéndez Pelayo*.— Tomo I. Biblioteca de Autores Cristianos. Vol. 155. Edit. Católica. Madrid 1956. Pág. 23.

Ignacio Rodríguez Guerrero

- (3) HOMERO SERIS: *Bibliografía de la Lingüística Española*.— Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. Vol. XIX. Bogotá, 1964. Imp. Patriótica. Pág. IX.
- (4) JOSE ORTEGA GASSET: *Obras Completas*. Revista de Occidente, Edit. Tomo I. Madrid, 1963. Pág. 130.
- (5) SOCIEDAD MENENDEZ PELAYO: *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*. 1877-1905. Espasa-Calpe, Edit. Madrid, 1946. Pág. 540.
- (6) *Ibidem*. Pág. 584.
- (7) CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS: *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*. Santander, 1953. Pág. 162.
- (8) CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS: *Epistolario de Don Enrique y Don Marcelino Menéndez Pelayo*. Santander, 1954. Pág. 33.
- (9) MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL: *Revista de las Indias*. Tomo XXII. Nros. 70-71. Bogotá, 1944. Pág. 141.
- (10) RAMON MENENDEZ PIDAL: *Poema de Mio Cid*. Clásicos Castellanos. Vol. 24. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1931. *Passim*.
- (11) RAMON MENENDEZ PIDAL: *La España del Cid*. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, 1943. Págs. 191-192.
- (12) *Ibidem*. Págs. XIII-XIV.
- (13) *Ibidem*. Págs. 19-21.
- (14) RAMON MENENDEZ PIDAL: *Primera Crónica General*. *Historia de España que mandó componer Alfonso el Sabio*.— Nueva Biblioteca de Autores Españoles, bajo la dirección del Exmo. Sr. Marcelino Menéndez Pelayo. Bailly-Bailliere e Hijos, Edit. Madrid, 1906. *Passim*. Tomo V.
- (15) RAMON MENENDEZ PIDAL: *La Leyenda de los Infantes de Lara*. Ducaczel, Edit. Madrid, 1896. *Passim*.
- (16) RAMON MENENDEZ PIDAL: *Flor Nueva de Romances Viejos*. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, 1938. *Passim*.
- (17) FRANCO SACCHETTI: *Delle Novelle di...* O. Gigli, Edit. In Girenzi, 1860. *Passim*.
- (18) RAMON MENENDEZ PIDAL: *Un aspecto en la elaboración del Quijote*. "La Lectura", Edit. Madrid, 1924. Págs. 25-26.
- (19) ADOLFO DE CASTRO: *Varias Obras Inéditas de Cervantes*. Madrid, 1874. *Passim*.
- (20) EMILIO COTARELO Y MORI: *Colección de Entremeses, Loas, Bailes, Jácaras y Mojigangas, desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII*. Tomo I. Vol. I. Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Col. de Menéndez Pelayo. Tomo 17. Bailly-Bailliere, Edit. Madrid, 1911. Págs. 157 y sgtes.
- (21) JUAN MILLE Y GIMENEZ: *Sobre la génesis del Quijote*. Cervantes, Lope, Gón-

- gora, el Romancero General, el Entremés de los Romances, etc. Casa Editorial Araluce. Barcelona, 1930. *Passim*.
- (23) JOSE ORTEGA GASSET: *Obras Completas*. Revista de Occidente, Edit. Tomo III. Madrid, 1962. Pág. 515.
- (24) MARCELINO MENENDEZ PELAYO: *Antología de poetas hispano-Americanos*, publicada por la Real Academia Española. Tomo III. Est. Tip. Sucesores de Rivadeneira. Madrid, 1894. Pág. XXV.
- (25) FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS: *Obras Escogidas*. Vol. V. Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira. Tomo CX. Madrid, 1958. Pág. 538.
- (26) *Ibidem*. Págs 539-540.
- (27) FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS: *Obras Escogidas*. Vol. I. Biblioteca de Rivadeneira, cit. Tomo XCV. Madrid, 1957. Págs. XXXIX-LXVII.
- (28) FRAY ANTONIO DE REMESAL, O. P.: *Historia General de las Indias Occidentales y particulares de la Gobernación de Chiapa y Guatemala*. Tomo I. Biblioteca de Rivadeneira, cit. Vol. CLXXV. Madrid, 1964. Pág. 301.
- (29) IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO: *Estudios Históricos*. Imprenta del Departamento. Pasto, 1945. Págs. 151 y sgts.
- (30) LUDOVIC PASTOR: *Historia de los Papas*. Vol. II. G. Gilli, S. A. Edit. Buenos Aires, 1948. Pág. 318.
- (31) HUGO LATORRE CABAL: *La Hispanidad*. Edit. Kelly. Bogotá, 1950. Pág. 104.
- (32) JOSE MANUEL QUINTANA: *Vida de los españoles célebres*. Tomo V. Colección Universal. Vol. 179. Calpe, Edit. Madrid, 1922. Págs. 49-50.
- (33) FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS: *Historia de las Indias*. Tomo III. M. Aguilar, edit. Madrid, s/f. Pág. 148.
- (34) FUNDACION JOHN BOULTON: *Boletín Histórico*. Nº 19. Caracas, Enero de 1969. Págs. 5-88.
- (35) MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL: *Revista de las Indias*. Tomo XXII. Bogotá, 1944. *Passim*.
- INSTITUTO CARO Y CUERVO: *Thesavrvs*. Tomo XXIII. Nº 3. Bogotá, Septiembre-Diciembre 1968. *Passim*.
- (36) INSTITUTO CARO Y CUERVO: *Ibidem*. Págs. 477-478.
- (37) MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL: *Revista de las Indias*. Tomo XXII cit. Pág. 257.
- (38) F. CARAVACA y A. ORTS-RAMOS: *Historia Ilustrada de la Revolución Española, 1879-1931*. Joaquín Gil, Edit. Iberia. Muntaner, 180. Barcelona. Tomo II. Pág. 629.

- (39) *Ibidem*. Págs. 629-630.
- (40) *Ibidem*. Pág. 727.
- (41) *Ibidem*. Pág. 729.
- (42) *Ibidem*. Págs. 729-730.
- (43) JORGE PEREZ CONCHA: *Ensayo Histórico-crítico de las relaciones diplomáticas del Ecuador con los Estados limítrofes*. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1958. Tomo I. *Passim*.
- (44) ALBERTO ULLOA: *Posición Internacional del Perú*. Imprenta Torres Aguirre. Lima, 1941. Pág. 77.
- (45) RUFINO JOSE CUERVO: *Obras*. Instituto Caro y Cuervo. Col. Clásicos Colombianos. Bogotá, 1954. Tomo II. Págs. 853-854.
- (46) MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL: *Revista de las Indias*. Tomo XXII cit. Pág. 274.
- (47) INSTITUTO CARO Y CUERVO: *Thesavrvs*. Tomo XXIII cit. Págs. 437-438.
- (48) *Ibidem*. Pág. 439.
- (49) *Ibidem*. Pág. 443.
- (50) *Ibidem*. Pág. 464.
- (51) *Ibidem*. Pág. 461.
- (52) *Ibidem*. Págs. 462-463.
- (53) *Ibidem*. Págs. 464-465.
- (54) RAMON MENENDEZ PIDAL: *Flor Nueva de Romances Viejos*, cit. Págs. 48-49.
- (55) ERNESTO GUTIERREZ VILLEGAS: *Las Ideas de los Otros*. Edit. Cervantes. Manizales, 1958. Págs. 190 y sgts.
- (56) CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS: *Epistolario de Don Enrique y Don Marcelino Menéndez Pelayo*, Cit. Págs. 214-215.
- (57) PUBLII VIRGILII MORONIS: *Opera*. Ddebec Desclée, de Brouwer. Bonis Auris. Reipublicae Argentinae. MCMXLIV. *Aeneis*. Lib. VI. v. 304. Pág. 319.

La Universidad de Cuenca, y en su nombre el H. Consejo Universitario, presidido por su ilustre Rector, Remigio Crespo Toral, con fecha 22 de Octubre de 1937, dictó un Acuerdo con motivo del fallecimiento de NICANOR AGUILAR, rindiéndole su homenaje póstumo y reconociendo públicamente las ejemplares virtudes y las excelencias espirituales de tan eminente hombre de Ciencias y de Letras, Literato en la amplitud del vocablo, Orador de Academia, Periodista de altura, benemérito sacerdote y Maestro de juventudes.

A los treinta y dos años de distancia de aquel homenaje póstumo a ese varón nobilísimo, figura señera de la intelectualidad y de la cultura ecuatorianas, ANALES de la Universidad de Cuenca, con ocasión de haberse conmemorado en este año el centenario de su nacimiento, ha querido cumplir con el ineludible deber de evocar la personalidad de este ilustre eclesiástico que nunca quizo marginarse de los problemas y de las vivencias del mundo, sino que, por el contrario, humanista y sembrador de inquietudes, ofendió todo el inmenso caudal de su cultura a la juventud de su tierra nativa, moldeando esa frágil arcilla todavía en trance de inmadurez vital, para el vuelo sin fronteras del espíritu.

"Hombre de Letras y teólogo como Fenelón, clásico a la manera de los del gran siglo francés con prolongación al dulce impresionismo contemporáneo", dijo de él Crespo Toral. Y para que no se amontone tierra de olvido sobre uno de los máximos e insustituibles valores que brilló con luz propia dentro de esa admirable generación que ofreció Cuenca del Ecuador a la Cultura de América, nos ha parecido oportuno —como la más clara evocación de su figura espiritual— reproducir esa luminosa Semblanza de NICANOR AGUILAR de ese elegante estilista y aristócrata del arte que fué el malogrado Cornelio Crespo y Vega, quien bebió también, al igual que AGUILAR, en la fuente de aguas vivas de la Francia

inmortal, siendo por ello acaso el más apto para adentrarse en la sugestiva y poliédrica personalidad del Mecenas del Azuay, de acuerdo con la exquisita figura de su temperamento y su propia concepción de la belleza y de la vida.

Que siga siendo el recuerdo de NICANOR AGUILAR MALDONADO un ejemplo y un paradigma para la dirección espiritual de la juventud, sobre todo en esta hora del mundo en la que, sin brújula y sin ideal, pretenden erigirse en modelos de ella los violentos, los desmedidos y los bárbaros aventureros de la inteligencia y de la acción.

A.C.T.

32484
010

CORNELIO CRESPO Y VEGA

SINTESIS HUMANA DE NICANOR AGUILAR MALDONADO

Semblanza

LUCES Y SONRISAS DE CULTURA

La tierra humanizada por la historia, por el dolor y el amor de infinitas almas, ahondaría la suya en la profunda erostación de sus corrientes espirituales y sensitivas.

La Cuenca Azuaya, amasada su gleba de sangre y pensamiento, crearía la individualidad y el héroe mentales. Así había de revelarse el ya clásico friso de sus egregias figuras:

Solano, Malo, los Vázquez, Matovelle, González Suárez, adoptado por Cuenca; Moreno, Cordero, Rendón, Cueva, el Hermano Miguel, Arizaga, Peralta, y otros varones notables; allí se destacaría el insigne Crespo Toral, en compañía de aquella sugestiva gracia ondulante del eclesiástico Nicanor Aguilar Maldonado, cuyo sutil y bello espíritu al asomarse a las cumbres de la gloria, se diría que recibe luz de lejanos horizontes, para ser, con su vehemente temperamento, el fervoroso apasionado de la región. Su mesiasgo y mesanasgo, que, sus favorecidos jamás agradecerán lo bastante: el alma en el paisaje, y el paisaje en el alma, le convertían en el imaginero y ornamentista de la cultura y los valores locales, hasta identificarse con ellos. Este Soldado de Cristo y Sacerdote de Apolo, con Vázquez, el místico del paisaje; Moreno, el poeta nativo; Crespo Toral, el forjador vigoroso del patriotismo casero, serían los perdurables restauradores del hito regional.

En el remoto culto de los mausoleos y tumbas comienza el progreso del hombre. Por eso, entre los blancos pañales de la inocencia, y en los lívidos sudarios de los moribundos, florecían, intuitivos siempre, los laúdes, y hosannas, y aleluyas de Aguilar, perfumados

de su generoso optimismo de letrado y de creyente. La acción católica de este apóstol, en hermosas páginas de sacrificio, iba por igual al apartado reducto o al brillante estrado del señorío: el contraste era el oxígeno de su compleja psicología.

Cuando hablaba de nuestro arte y letras le oíamos exclamar: "HAY QUE VALORIZAR NUESTRAS COSAS", frase emotiva que exaltaba el cálido patriotismo y amor por la comarca. Por ello, precisamente, su obra es bella en la realidad de la concepción humana; es rara la efectiva grandeza de lo selecto. El artista en él, no mató al hombre ni al patriota; el hombre no asesinó tampoco el arte. Sabía ser Cosmopolita, sin ser **descartado**. En la pura naturalidad de nuestro ambiente familiar, la innegable cordura general, no tolera la teatralidad del actor ni la falsa distinción del pedante: encantadora la gracia del Maestro de muchas generaciones, ha enraizado tal la fecunda retama **gualda** que con gracia peregrina la llamó "el oro del pobre"; y, se desborda en los caminos y peñas, cales, subiendo hasta lo azul de la cima y el cielo, juntándose por igual al votivo **rojo** llameante que nos brinda la sedante pasiflora en estremecidos cálices de fuego; unido todo en el iris de paz de la floresta que sueña y trabaja.

"La sencillez es el refugio de los espíritus complejos" —dijo Oscar Wilde—. Efectivamente en Aguilar, el delicado artista enamorado de los rasgos de belleza que sedujeron al poeta de Umbría, se deslizaba con la musicalidad transparente de la **hermana agua**. Sin embargo, su **non curanza** de hermosura, bien habría podido hacer lo del místico Juglar: besar una paloma, una flor y al leproso del Evangelio, en ascético arrepentimiento. Mas, como su inquietud y refinada aristocracia no hallare el marco para involucrase, ya en el pardo sayal, ya en el manto de terciopelo, para guerrear con el **Contte Gentile**, defendiendo la libertad de su patria amenazada por los suevos; Aguilar, sin la púrpura petronicia, digna de su artística pagania, lo vemos, el espíritu cautivo de la Suprema Verdad, perderse en el amplio camino del renunciamento!

EL CONNUBIO DIVINO Y EL RETORNO

La madre tierna e inteligente de otrora al sentir las primeras espinas que trae consigo todo amor, iba como paloma asustada a

posarse en los aleros del templo. Cada vez más asidua o facinada por la voluptuosidad del culto, entre las nubes de incienso, la suntuosidad de los misales hojeados bajo la luz de los cirios, renovaba la unciosa ofrenda del misterioso fruto de sus entrañas...

En la penumbra apacible, los ojos húmedos de melancolía, se clavarían confidenciales en la facie angustiada de la Mater Dolorosa, o en las sonrosadas Madonas con el divino capullo en los brazos. Las novenas, y ofrendas, y sacramentos, se multiplicaban, hasta que un día ¡el más anhelado de la vida toda! la taumaturgia se realiza...

Pasan muchos años en el ansia vehemente de la maternal espera. Pero llega el día suspirado: tiemblan las cariñosas manos del oficiante ante el doble contacto Supremo: lo Divino y lo Humano: ¡Llega la Hostia purificante a los sedientos labios de la madre! El arrobo místico contagia a los circunstantes en la emoción próxima, a esas amargas lágrimas de la pobre ventura humana.

Retorna a los suspirados lares el hijo idolatrado: en el presente hogar —Aguilar Maldonado— se realiza el concurrido ágape familiar del caso. Se elogia sin reserva la brillante conquista vocacional, entre las muchas y selectas alcanzadas por el preclaro Obispo Remigio Esteves de Toral: el enérgico y gallardo mitrado de continente severo, al servicio de sus talentosas miras, fue el estímulo constante en la formación de la relevante falange de levitas que obtuvieran elevadísimas dignidades eclesiásticas. Entonces resalta el prestigio sin par de González Suárez, obra suya, considerada como el valor máximo del Continente, entre sus contemporáneos. Esteves de Toral, Médicis de las letras y las artes en el Azuay, luego de sobresaliente actuación en el Concilio Vaticano, (que lo colmara de elogios hasta juzgarlo merecedor de un Capelo Cardenalicio), a su retorno, partidario de la europeización, no había de olvidar la seductora inteligencia del joven educando Aguilar, a quien, alternativamente, los Prelados Miguel León, Palacios Correa, también seguían de cerca, afanosos en la preciada conquista. A Cornelio Crespo Toral le corresponde las palmas del éxito definitivo, educándole cuando Rector en nuestro Seminario Capitular.

Obtenido todo el apoyo moral diocesano posible, a más de los materiales recursos particulares del inteligente hombre de banca,

Don Antonio Aguilar (a la sazón el iniciador de la enseñanza de Literatura en el Azuay), partió en el año 1891 a concluir sus estudios Teológicos comenzados en Cuenca, al notable Seminario de San Sulpicio, ordenándose dos años después en ese mismo lugar el 23 de Diciembre de 1893; después de estar igual número de años en el no menos famoso Colegio Pío Latino de la Roma eterna, regresa a su querida Cuenca. Entonces inicia su ministerio en la Capellanía de las Reverendas Madres Oblatas y en el Seminario de nuestra ciudad, donde sería, por infinidad de ocasiones, el irremplazable Profesor de Seglares y Seminaristas en las más variadas materias. El Magisterio fue desde esos tiempos el definitivo refugio de sus radiantes capacidades.

En sus prudentes manos ardería el bíblico celemín sin consumirse. La luz velada por el embrujo de la pantalla, o los rútilos prismas de esas lucernas venecianas, descartaba la importuna presencia del preceptor. El maestro confesional, —sin competidores ni entre congéneres ni laicos— franqueando la hoguera de las balbucientes inquietudes y timideces puberales, se adueñaba amable de los corazones, angustiados en el duro camino del aprendizaje. La doctoral pedagogía no siempre tinsa en el empleo de sus flamantes arsenales metodistas, había tenido que envidiar en Aguilar, al genial artifice, forjador de mentalidades. Verdad que no cabe comparar el delicado buril, con el simple martillo que golpea en hierro frío... El modelamiento de las almas, para todos los sectores ideológicos: laicos y confesionales, sólo sería el triste ejercicio de fatales deformaciones psíquicas, si no se acompaña de esa inmensa piedad idealista, que merece el nuevo brote de la vida: el niño; pues, el nacer no es sino un simple accidente, cuando no se lo inhibe y se para de las escorias de la enfermedad, el odio y las miserias del instinto. El único precepto ideal de la enseñanza es el amor! El individuo para la sociedad y la sociedad para el individuo, debe ser el evangelio de las culturas venideras.

¡Volvia, sí, a su querida Cuenca! Había mirado de hito en hito la augusta y Santa Roma Papal; sus ojos se extasiaron ante el imponente París de las altas torres y los infinitos puentes del Sena maravilloso. Volvia el que debía llamar a las doradas puertas de las cartujas góticas, donde rememorando el homenaje al principesco descendiente del Rey David se practica el lujo en honor de Dios.

Se evoca el bello pasaje evangélico, cuando la cortesana derramó a los divinos pies el costoso pomo de nardos, que podía transformarse en el pan de los pobres. También necesitó honores de Príncipe, porque estoy de paso en la tierra —exclamaría el Divino Maestro— descendiente del Rey Salmista y Poeta, que danzaba al són del arpa; entre los capitosos aromas de los sándalos, cinamomos y áloes bíblicos, mezclados a la encarnada fragancia de los elevados cedros del Libano, frente a la Arca Santa. El caminante que pudo lucir la púrpura de la Nunciatura, o revestirse de las pesadas casullas realizadas del *clavi*, los brocados y pedrerías, prefirió a todo el ingenuo amor de su idolatrada madre y el culto de la tierra nativa. Con el bordón de largo peregrinaje, traía los atributos de sus sólidos aprendizajes, respaldados con el perseverante estudio y la inquebrantable fe en los destinos del rincón amado. Rechazando inútiles ambiciones, para su espontánea distinción, se envolvería en el bien llevado manteo negro, a semejanza de aquel traje de duelo, optado por la moda de los nobles caballeros florentinos del medioevo, para no ser objeto de la odiosa curiosidad de la plebe, de la que Aguilar —supo decir—: “que sólo para ellas se hizo la *cucaña*”.

CLIMA ESPIRITUAL Y EURITMIA

En la ilimitada hondura de nuestro paisaje étnico, histórico y social; con la posibilidad de abarcar el cromatismo de nuestra vasta realidad, he querido expresar juntamente, la *síntesis humana*; la genuina potencialidad ambiental frente al problema de la universalidad de valores. El hombre es, pues, en este sentido, la función correlativa del medio; el medio, a su vez, es el resultado del factor humano, con los atributos de la conciencia de la responsabilidad histórica que complementan nuestra actitud singular ante el Universo.

Las equivalencias y trayectorias de la ética, estética y ese logos peculiar a nuestro ambiente, con igual o mayor razón que los seculares, lo mantendrán eclesiásticos como el Doctor Aguilar. Piénsese en que, por naturaleza, los sacerdotes tienen un espíritu de clase; en la independencia la mayoría fueron patriotas defensores de la nacionalidad; en la misma España Carlista, dieron que hacer al falso legitimismo Borbón y extranjero: la unidad religiosa, aquí y allá, es la mayor fuerza de la raza. Desde el prístino fundador de

humanidades, libérrimo Solano, autor de la Predestinación, no obstante las deferencias políticas de conservadores liberales, Honorato Vázquez, Crespo Toral, Matovelle; al frente de Proaño, Calle, Peralta, etc. —que sólo hemos de excluir de la religiosidad fundamental— todos nuestros hombres de letras mantienen la actitud de cierta inconfundible tradicionalidad clásica.

Mas Aguilar, sin perjudicar a su criollismo, nos deleitará con su sereno *sprit* traído de la Francia heredera de Atenas; pudo llamárselo Galo-Heleno, porque poseyó ese dón único de la cultura clásica: la *Euritmia*. En las letras se singulariza por su dominio de las fuentes perdurables, y las culturas a mayores, cunas del pensamiento. Mientras sus conterráneos nos parecen el manojito de flores de los campos, él es el pomo de aroma sextesenciado. Tenía él *ello*, el “*it inglés*”, el sexto sentido para la sutil simpatía y la encantadora agilidad juvenil. Sus mismas travesuras, al jugar los malabares del estilo, nos muestran esa vivacidad burlona, tan francocesa, en las amables mixtificaciones de un Catulle Mendez. Su alegría indiferencia no tenía apuro por llegar: el arribismo le era tan ajeno! Hasta se daba el lujo de malgastar su tiempo, y el tesoro de su bello númer. Ejercía la Parábola del Samaritano, en todo sentido, hasta dar de vestir y de comer a los hambrones mentales...! ¿No es todo esto una sencilla comprobación de su prodigalidad? ¿Y cómo se puede ser pródigo sin ser antes rico de ingenio como él lo era?

Causa pena saber que muchas de sus bellas composiciones, pródigas como pétalos, bien pudieron componer la flor del libro: hoy desperdigadas, llevan al pie —lo único malo que podían tener— la firma intrusa... Fue uno de sus errores; hay que disimularlo. Fue tan bueno!

RASGOS INTIMOS Y TEMPERAMENTO

Antes de seguir adelante, conste el único mérito que puede tener este difícil intento de biografismo analítico del complejo personal: mi independencia. Con altivez supe saborear amargas tribulaciones y bruscos contrastes de fortuna, únicos maestros protectores... para mi lógica escéptica, en la áspera senda recorrida... Distinguido por la lejana y preferente benevolencia de Aguilar, —co-

mo quien paga deudas ajenas— me es grato consagrarle mi admiración, reflejando su imagen magnánima en la conciencia de su pueblo, noble para los ritos de la gratitud; mostrando el surco arado por sus ternuras fraternas. La amada Francia, no olvida ni en los crudos inviernos, el delicado y constante homenaje de los costosos manojitos de violetas, sobre dos queridos simulacros fúnebres de Père L'Aehez: la tumba de Musset y Heine, altares del sentimiento, donde románticas parejas dejan sus rastros perfumados. Nuestros polichinelas de la politiquería, que ayer no más nos mostraron que no sabían de los límites ni de la dignidad del Estado, habrían castigado impertérritos, ese solícito sentimiento de los Pierrots y Colombineas, empapados en el blanco deliquio lunar. Bien recuerdo la cariñosa e inolvidable presencia del amigo generoso que nunca acabó de comprender los brutales ultrajes de irresponsables anónimos, asesinos de la honra ajena, verdugos del sufrimiento, y los fueros de la inteligencia, y hasta la dignidad de la especie y la libertad humana... De esos perversos, dijo García el Grande: "Que hasta el patíbulo infamarán".

Las sabias pequeñeces de Aguilar, —se diría— que valían tanto como su sapiencia: tenía el concepto para griego en el honesto uso de sus pasiones: el desbordamiento en cualquier sentido, le era antiestético. ¿Cuántas ocasiones eruditos y académicos carecen del sentido menos común de lo que se cree? El ansia desmedida de perfección, cual en el desdichado y misántropo Alcesto, ha franqueado a muchos la peor de las liquidaciones de la feble humanidad: la neurosis y la locura, verdaderas disgregaciones de la individualidad, tanto peores y temibles cual la furia de las pasiones y los vicios de la proclive natura racional...

¿Por qué no decirlo? Conocedor de enormes ambientes, superiores a la nuestra infantil contextura cultural, mi percepción hubo siempre de confirmar la sólida y variada complexión del temperamento de Aguilar, su múltiple estructura daba la impresión giratoria de distintas personalidades en conjunción unitaria. El *nosce te ipsum*, en la ambigüedad genial se dispensa el canon del esfuerzo; es el hipersensitivo difícil de contentar y entender. Culto, observante de las reglas del buen vivir, no ignoraba la importancia que daba Miguel de Montaigne a la sabrosa mesa y los vinos escogidos; sinfonía de colores y gustos; *bouquets* y sabores exquisitos,

para el paladar. Sin perjuicio de sus ocupaciones, su predilección por la alta literatura, las ciencias, las artes, las novedades diarias del Universo, no desdeñaba el último papelucho publicado dentro y fuera de la República, para estar al corriente de cuanto podía interesar a los demás, ya en el círculo intelectual, donde él era todo, ya en el aire enrarecido de los antiguos salones hoy transformados en el epigrama del Bar...

Su labor de periodista, su actuación de hombre de sociedad, requerían esas minucias, transformaciones en material indispensable de su dinámica psíquica. El ancho margen de sociabilidad, visitaba y recibía, hospitalario y bondadoso a sus infinitos amigos: pobres y ricos, ancianos y niños, señoras y caballeros de alto linaje, acudían al espiritual consultorio, apartado de las labradas rejas del confesionario. El apóstol del Nazareno, como en el anverso de toda medalla, se me ocurre que en esa variedad de gentes, él hallaba el laboratorio de alquimista de almas, con fina observación. Amparado de ministerio, su discreción se proclamaba ignorante de sus preservadores atisbos predilectos. Seguro de que el mejor poder es el que no se demuestra...

Excluyendo la indecorosa curiosidad detectivesca, —incompatible de su ministerio y que la innata pulcritud inmune, se limitaba a constatar sus pertertrantes sospechas, actuando —cuando debía y podía— de conciliador de ánimos, y remediador de situaciones, con el íntimo conocimiento que tenía de la trama de los seres y la vida. Así, sin apremio, ni darse el trabajo de la búsqueda, los hechos, las cosas comparecían ante el sagaz dispensador de regostos de agradables e indulgentes. Recuerdo que en una de sus confabulaciones originadas en mis primeras pasiones de juventud, tuve de recurrir al hábil diplomata. Su maravilloso tacto supo sacar avance a poco, la sed de erranzas, incompatibles con el pesado fardo de la domesticidad... ¡Qué goce el suyo!, cuando al agradecerle le dije: que de no obviar el peligro, sólo habría celebrado el funeral de mis ilusiones... Entonces estalló su festiva hilaridad, ante mi gongorismo que caricaturaba el estridular lírico de cierto poeta cuencano...

Su actitud sacerdotal frente a las fallas y caídas humanas, re-

velaba esa lejana transparencia de la primitiva terapéutica cristiana. La saludable enseñanza no iba acompañada de los furibundos azotes del Seminario de entonces, donde los padres de familia católicos, enseñaron a sus hijos el odio instintivo al verdugo de sotana... Juan Cuesta, el chispeante y lírico orador, Manuel María Vintimilla, el científico, todos menos parcos que Monseñor Ordóñez de ahora, con alguna otra rara excepción, era de los pocos que no manejaba esa furiosa humanización del látigo. Aguilar, más humano que todos juntos, era para nosotros el Maestro amado de las blandas admoniciones; y su ingenua cultura, animada por miradas paralelas, y los acentos cantarinos de su voz cálida, nos rememoraba, recordándonos en oasis insospechado las epifanías del verso; la efigie de San Juan, el amado Discipulo, águila del Apocalipsis, al pie del árbol sangriento de nuestras inacabables redenciones...

ELEGANCIAS Y PROYECCIONES

Cuéntanos Dumas, entre las bellas tradiciones de esa Francia elegante, cómo el Cardenal Joayeus, —estereotipando su apellido en uno de los cuarteles de su noble escudo flordelizado—, hizo estampar su sonrisa: nimbo privameral del clima radiante equinoccial en el ecuatoriano Maestro que pudo hacer lo mismo!

En la vieja y antigua Corte de los Luises; en ese Versalles constelado de ingenios y hermosuras, se nos aparece bajo los galones del diplomático, o la figura del Abate, alterando con Bossuet, Cornelle, Racine, Voltaire; y sabios y astrónomos, cuando frente al telescopio, el Autócrata de Majestad Olímpica, que llamaría Saint Beüve, se puso taciturno al contemplar el eclipse de su competidor, el Sol!...

En el estadio de las Cortes de Reyes artistas, como Luis II de Baviera, lugar de cita del genio de Wagner: donde acudían los más célebres filósofos, poetas, pintores y artistas de su tiempo, se puede imaginar la presencia de los ingenios que apoyados en su talento, sorprendían el secreto de Estado, con la extraña voluptuosidad del peligro, y el vértigo macerante de hábil intriga. Hoy los menguados tiempos, apenas diferencian al hombre superior, trajeado del democrático frac lo mismo que los camareros y criados de aspecto correcto y marmóreo. No mentaremos siquiera esa pobre expor-

tación de nuestros hombrecillos, cada vez reducidos de talla, que nos hacen añorar la presencia de literatos, juristas y hombres de mundo, como Vázquez, Ponce, V. M. Rendón, Dorn de Alzúa, Muñoz Vernaza, grandes patriotas y diplomáticos a toda prueba. El monopolio de Alfaro, Zaldumbide, seguido del doctor Quevedo, bien se justifican frente a la representación del sable, que nada tienen que hacer con el nielado espadín del cauto Representante de la rraera... Aguilar, el hombre blasonado con su perfecta sonrisa, bajo el encanto de sus grandes ojos pardos y tristes, desdeñaba la vulgar y canallesca carcajada. El descaro de los falsos personajes convencionales, le causaba lástima; el histrionismo de la prensa pánfletaria y desenfadada, le asustaba: era un civilizado que se crispaba ante los hábitos de barbarie.

De talla pequeña; constitución grasa; susceptible de ánimo; cambiante e impresionable en el conjunto del temperamento biomenal de Aguilar, se insinúa cierta femineidad exquisita, vertida por el amor maternal, hasta en la fisiología de ese hijo. Doña Carlota Maldonado de Aguilar, la mujer de tez marfilina, y también de grandes ojos pensativos de estampa antigua, revivía en los húmedos y redondos cristales de esas miradas perspicaces, abiertas como vitrales luminosos en el rostro oval, y bajo la tersa frente, y sobre los labios del artista rodeado de una aura romántica. La naturaleza no habla sin amor, ¡y ninguno puede compararse al de las delicias maternales! Este caso con el de Crespo Toral, leyendo sus primeros versos a su madre vigilante y espiritual, doña Mercedes Toral Sánchez de la Flor, confirman la admirable verdad del estudio psicoanalítico de Segismundo Freud, cuando estudia el genio múltiple de Leonardo de Vinci, el mimado de la madre y la madrastra, que, canalizando su sensibilidad, rumbo a inhibitorias voluptuosidades, llega a ser el sublime e inspirado gestor del Renacimiento.

Aunque haya muchas diferencias de todos y cada uno de los ejemplos citados, hemos de tener fe en el amor creador. Tras la contemplativa delectación espiritual pudo el Supremo Artista captar la inefable sonrisa de la Gioconda. Los destellos de la armonía y la belleza, sólo pueden llegar al arte por el eterno camino de la inspiración. El genio renacentista dominó con Leonardo todas las disciplinas humanas, en la magnitud concepcional de un arte integral. Baste decir que él fue el primero en diseñar los albatros y águilas

de acero, que siglos después, en nuestro tiempo, serían el halo de gloria, y el presagio tempestuoso que hoy hace temblar al mundo...

HOMBRES Y HECHOS DE SU TIERRA

Solo quedaban los verdaderos clásicos de las letras; los dos valores consagrados del Azuay, Crespo Toral y Aguilar; ya Honorato Vázquez, que en el intimario hogareño se les aproximaba, había partido... En pie los dos benedictinos del Mecenazgo; los últimos geómetras y matemáticos cartesianos, en los espacios infinitos del ideal y la belleza, aún no los derrotaba su majestad la Muerte; ni el cálculo de pulpería, cuyo nivel sobrepasa ahora a las cumbres... Se había deshecho el tríptico; y luego el dueto, al llegar el turno al Maestro de Maestros, el que desataba manantiales y cascadas de luz armoniosos sobre el dolor de los féretros ilustres... ¡Ya vendría la postrer tragedia...! y quién como aquél podría derramar la elocuencia de sus lágrimas, sobre la cálida corriente vivificadora del *Gulf Stream*, al perderse para siempre en las blancas e inertes lejanías... Sólo el dolor Hambriento repetirá el fatídico: ¡Words! ¡Words! ¡Words! de su interjección desesperada...

Poeta, crítico, ensayista, exégeta, historiador y periodista, en la mayor amplitud que tiene cada vez este género moderno, Aguilar despertaba unánime admiración. Sus escritos se comentaban con apasionamiento. Sus magistrales editoriales, vibrantes de patriotismo, hacían opinión como las célebres notas de Stein. Pero él no se detendría allí; porque buscaba el sentido oculto de las cosas para deslizar el ágil comentario de dos filos, desconcertantes. ¡Quién no recuerda aquel saludo acogedor que dedicó a Manuel J. Calle a su retorno a Cuenca! El temido polemista, saltó rugiente como un demonio... Pero, después de todo, picado por la avispa de oro danunciana, él mismo acabó por convenir que aquello punzaba con gracia y donosura. Poco a poco, se calmó, hasta tomarse un trago... y el silencio... —¡Bah, qué le vamos hacer?

Los descubridores de estilo vivían perplejos sin saber quién era el autor que se encubría en nuevo pseudónimo; de lado a estas tomaduras de pelo, desgranábase el raro y delicado prodigio de su subconciencia sentimental: el puñado de aristocráticas orquídeas o clemátides, se deshojaba junto a las humildes flores silvestres, que

cubrían las más anónimas tumbas de los hijos del pueblo. Este sentido de ternura humana, traslucía el secreto de sus vicilantes contraposiciones, que hacían repicar ya el cristal de su risa, o ya derramar su piedad refinada en el montón del dolor y la miseria sin nombre. En él se confirma, que la alegría no era sino el pudor de las lágrimas.

VOCES SUPREMAS Y PALABRAS SUBLIMES

Hemos llegado a lo más culminante de nuestra vida artística, hermana de la de las abejas que volaron frente al Adriático azul, para labrar el panal de la ambrosía gloriosa. El alma morlaca, remisa al fluir tropical de la palabra tiene pudores y timideces de fuente selada. La montaña es adusta y reconcentrada; pero se anima por la voz cristalina de los torrentes, manando las centellantes arenas y chispillas codiciadas, en viaje a las playas lejanas. El hombre del trópico, meridional, amanece cantando la ardiente querrela, percusiente en la selva lujuriosa. Por el contrario el andino azuayo, gimé su endecha, sólo bajo el prodigio del lucero vespéral o la noche lunada; si no calla, cuando pasan ululantes las sombras, entonando los trenos funerios del silencio, glosados por las bocinas y los cántaros rotos, sobre los despojos de la raza milenaria que duerme su imperturbable sueño!...

En el paisaje introvertido y callado hay un algo telúrico no descubierto todavía; sólo el profetismo cósmico de un Humboldt o de un Wolf, pudieran acertar, como quien presintiera aquellas riquezas que el gran geógrafo supo prever en el lago Zuliano de Maraicaibo la tumba de Mara en el mar; años después saltaba el oro negro de los hidrocarburos. En la tierra azuaya existe un indescifrable misterio, que encarna extrañas revelaciones. La tierra muda habla con voces prodigiosas para los oídos que saben escuchar sus ecos cual el proverbio hindú que alude a que "todo habla en el Universo".

Los ecos sepultos brotan un momento feliz en el suelo donde se había matado la lengua de una raza de arqueológicas edades. Así se efectúa el prodigio del alma que habla, transfundiendo no sé qué sibilina resonancia, revelación del silencio. Espontáneo en el prototipo de oradores únicos, quizás sin quererlo, empujado por

el deber, sobresale evangélico, el hombre sutil que se improvisó en el orador emocionante de su venerado suelo, siguiendo, por modo muy personal, los raros y diversos casos de los tribunos: Solano, Matovelle, G. S. Córdova, Arizaga, Vázquez, Cordero, Crespo Toral, León Vivar; adustos forjadores de ideas, a semejanza de nuestros lavadores de oro, buscan el venero interior **removiendo mucho para contentarse con poco**, en fría conformidad con el titánico esfuerzo. Aguilar, medulado y hábil como el dulce y apostólico Padre Aguirre, de la Orden de San Francisco de Asís, se abrasa de amor, cual el poeta de las divinas llagas, enjorjado de rubies, reñefable escuela de las parábolas saturadas del primigenio candor de la gesta cristiana.

Ajeno a ampulósidades, y aún a los recursos retóricos; su voz de suaves tonalidades, no acentúa la enfática musicalidad de los altos y bajos (apódosis y pródosis) recomendados por los declamadores escénicos. Sube al púlpito o a la tribuna, y el escritor y el artista, colocado en el rol de orador, desarrolla peculiar su sorprendente personalidad. Habla un corazón actuando en el motivo, sin que se entrevea ni el actor ni la obra escenificada. El poder de la convicción y el sentimiento, jadean en olas de ideal, para adueñarse del auditorio. El placer de escucharlo, se completa en el deleite de comprenderlo. Sus variados transportes, van y vienen, en flujos y reflujos, de armonía eterna como la del mar, que sinfoniza entre los rudos cantiles la panida orquestación de la Naturaleza.

El feliz desempeño del artista consiste en no dejar entrever el andamiaje de la técnica. Aguilar poseía como nadie aquel secreto formalista: encubría el descarnado esqueleto anatómico para no dejarse sorprender en los trucos que desarticulan la factura impecable. Del tono confidencial pasaba al apóstrofe, sin que lo advirtiera el oyente, orillando los expedientes de los titiriteros de tribuna, que animan el muñeco parlante y hacen accionar el trapo inanimado de Maese Pedro...

Aguilar fue un orador sublime. Había momentos en que su elocuencia, aunque se me diga que es una blasfemia, llegaba al mismísimo Bossuet. Pues poseía la efectiva grandeza de las magnas tesis históricas propias de los mayores maestros, cabe la similitud con González Suárez, el orador sagrado más afino de Lacordaire,

el Político electrizante de Francia, en contacto con el no menos célebre ingenio de Laménais, el soberbio ángel caído, cuya apostacía de orgullo, no amengua el purismo del pensador a la altura de Calvino y Lutero de la Reforma, con su liberalismo cristiano y de acción política.

Hay que tomar en cuenta que Bossuet, que lloraba de antemano, por temor de ofender a su Dios, con la vanidad de la elocuencia, se elevaba sobre el púlpito que es uno de los monumentos del mundo!: Nuestra Señora de París. Desde allí, se dirigía a la humanidad entera; a sus pies estaba el brillo y poderío de la Corte de Luis XIV, ecentilante de joyas, de belleza y hasta de misteriosos crímenes. Precisamente, en una de las oraciones fúnebres del gran Maestro francés, citada como trofeo antológico, tuvo su ocasión memorable en la muerte de Enriqueta de Inglaterra, Duquesa de Orleans.

CRIMENES Y GRANDEZAS

Se presumió la muerte trágica de la Duquesa, en momentos en que los envenenamientos causaban escándalo en toda Europa.

El asocio de quimicos, brujas y diabolistas, fomentaba los crímenes y la concupiscencia de la corrompida Corte del Rey Sol. La misma favorita real, se cuenta que mandó practicar sobre su vientre una de las tres terroríficas misas negras, celebradas con la sangre caliente de niños sacrificados, y la profanación de los altares y cálices sagrados respectivos. Quería conjurar las veleidades del Rey amante. Remiso éste en sus ingratitudes intentó al fin envenenarlo, ya que él era el padre adúltero de los herederos de la Corona de Francia; y ella, Madame de Montespan, la orgullosa favorita, la bella y espiritual mujer de su siglo, para quien eran necios los escrupulos, que al cabo terminó separada de la Corte, arrepentida a la sombra de un claustro, como hoja otoñal, amarillenta, desprendida del árbol frondoso de los siete pecados capitales...

Las crónicas judiciales de la época, refieren el parricidio y fratricidio practicados por la Marquesa de Brinvilliers, quien de antemano ensayó la eficacia de su veneno, el arsénico, causando muer-

3848
5888

tes insospechadas, en los hospitales de París; y terminó como un monstruo de degeneración bajo la cuchilla de Guillot. La Bastilla era un emporio de encausados y cómplices; y, según refiere Reynir, Prefecto de Policía: "la vida humana estaba a precio; herederos, amantes y casados, se procuraban libertad, poderío y riquezas por medio de la eliminación con el empleo de los venenos, acompañándolos de supercherías y prácticas sacrílegas que enfurecían a los creyentes del mundo.

El Monarca, temeroso de nuevos atentados, y por las protestas de Inglaterra que presumió un envenenamiento en la muerte de **Henrieta de Orleans**, (constatada luego como muerte natural), ordenó que el insigne Bossuet pronunciase la oración fúnebre de espectantes resultados.

Temblaban las gigantescas naves ante la emoción de "El **Dies Iare**" y la angustia del inmenso auditorio. El fulgor del rayo, seguido del rodar de sus sonoras explosiones, sólo pudo compararse al efecto de la sensacional alocución: ¡Oh, noche desastroza!, noche sobrecogedora en la que retumbando súbita como el deslumbramiento del trueno, surge la espantosa noticia: "La Señora se muere! ¡La Señora ha muerto al fin! ¡Oh, la Señora se ha marchitado de la mañana a la noche, como hierbas de los campos!"

"En la mañana estuvo florida, con qué gracia, como vosotros lo sabéis; ya a la tarde estaba marchita y seca...! Qué diligencia fatal: en nueve horas la diligencia fatal se había cumplido"...

Nadie duda de la turbación embriagadora que causarían semejantes palabras, cuya fiel traducción hemos tratado de hacerla con el cariñoso respeto que profesamos a la lengua encantadora de Flaubert y Anatole France. Pero preciso es confesar, que gran parte del éxito hallábase anexo a las solemnes circunstancias. La existencia de innumerables generaciones había labrado los templos seculares como aquella gigantesca garganta de granito que se llama Nuestra Señora de París. Bajo la jungla de columnas, peristilos, arcos y capiteles; entre infinitas tallas; retablos historiados y piedras miliares, se levanta la colosal Cátedra Sagrada, cual el concierto de calladas y sublimes voces desvanecidas, resonando aún en su ámbito de eternidad!...

TRIBUNA SAGRADA

En uno de nuestros pobres templos desarrapados como el mendigo cortesano de Cristo, donde casi es milagrosa la morada divina; ante nuestros auditorios somnolentes, donde nada dispone al encumbramiento místico, nuestro orador enfervorizado de gratitud para con el Maestro, Padre Aguirre, cumplióle hacer el elogio fúnebre, de este discípulo de Bernardone, con el gran instrumento lírico de su prosa, que se retuerce en las volutas y espirales pirotécnicas de fantástico colorido, y derrepente estallan, como luminarias en la noche de duelo, en sus palabras que nos evocan el siglo XIII italiano y los grandes prodigios del bohemio, el pobre y **enfermo grave amor**", que lo llamara Francisco de Sales; luego escribe la vida ambulante del mago alucinado por España, realizando prodigios, millonarios de ventura, lo compara con el Padre Aguirre en sublimes concepciones.

Aguilar es el orador nacional por antonomasia; sus discursos, cada vez nos parecen más novedosos; pues, son sin duda verdaderas páginas patéticas de historia nacional, de las cuales se eleva un perfume y una musicalidad de sugestiva vivencia. El fondo y el marco nos atraen con sorpresas inauditas: Cuando se refiere al martirio de García Moreno, flecha la infamia sediciosa, llamándolo: "Gigante surgido sin pedestal, al que no supimos comprender".

Los dos cerebros, cumbres de los cármenes ambateños, después de incorporarlos al paisaje orográfico del país, los muestra en admirable antítesis de la Escritura, leyendo en un mismo ejemplar la Iliada. "Tales lecturas inflamaron la ardiente contextura estética de Mera y de Montalvo; y como si se abrieran dos nuevos cráteres al Tungurahua, estalló el uno cual volcán que ilumina, estalló el otro cual volcán que incendia. Ambos genios no pusieron resistencia a la corriente de sus altísimas facultades: hijos gemelos de la misma madre; nacidos al mismo tiempo: Mera, la mansa voz de Jacob en la tribuna santa que arrulla; Montalvo, en el desierto, sublime grito de Esaú perseguidor"...

Sería interminable la cita e intrepelación de esas cinceladuras magníficas de su flexible verbo, nombrando por excepción algunos vivientes, hay que confesar que el preclaro orador, sin engreimien-

31484
010

tos, de hecho había formado una escuela en esclarecidos talentos como Carlos Terán Zenteno, periodista y orador; Manuel Serrano Abad; y, entre otros, Manuel Palacios Bravo, el laureado poeta de "El lugar Divino", que nos ha asombrado con sus emblemaciones líricas, por igual que sus compañeros, cuando en magno arranque, compara a Alejandro el Grande con el Franciscano Aguirre, el primero llorando frente al sol, **por no tener más mundos que conquistar**; mientras el segundo llora también ante el astro vital, porque ya **no tenía mundos que renunciar**, señoreando así heráldicas cumbres de la Elegía Sagrada.

Bendita, mil veces bendita la elocuencia de nuestro artista que se deshace en este racimo de diamantes, sobre las cenizas y el polvo que se refleja en las argentinas floraciones planetarias. Bendita su elocuencia cuando habla del milagro de las espinas en las rubias cabelleras de los trigales, que se convierten en la blanca paz de la hostia, protectora de los buenos y de los malos, en las arrulladoras oraciones que oímos en la infancia.

También al pujante coloso, González Suárez, se le puede medir con el enorme Lacordaire, cuya voz profunda de bronce, se dice que se dilataba en notas descendentes, en la nointerrumpida emisión, hasta llegar al bajo profundo, donde reventaba el cañonazo de una sentencia, o la proclama patriótica. El orador con palmas de académico, levantó su mano imponente, para gritar con ira ronca que: "la palabra de Dios se la escucha, pero no se la aplaude", rechazando las profanas apoteosis en la casa de Dios.

González Suárez, cuando pronunció su oración fúnebre en el hallazgo de los restos del Mariscal Sucre, al igual que Lacordaire, señaló con índice sibilino, cual el estigma de fuego la presencia impertinente de ciertos políticos responsables, que llevaban manchadas las manos en el propio fango que esconde la sangre de sus crímenes, para, refiriéndose al mártir de Berruecos, y aludiendo a los asesinos de García el Grande, decir: "y él no tuvo Cruz sobre su tumba; porque el asesino jamás pone cruz sobre la tumba de la víctima que inmola".

Hablar de los aciertos oratorios de Aguilar, es casi inútil; porque todas sus composiciones son un enorme acierto. Sus discursos

sobre Bolívar, Juan León Mera, Juan Cuesta, Eufrosina Pelietter, Benigno Palacios Correa, Lizardo Abad, Rafael María Arizaga, el Padre Aguirre y unos tantos más, no son obra de mera ocasión, sino verdaderas páginas lapidarias de Historia Nacional, de las cuales se eleva un profundo perfume de sugestiva vitalidad. Como los pintores de la escuela florentina, hace destacar sus figuras en el fondo de un ambiente peculiar, que realza la intención y sugerencia del motivo o personaje de estudio.

PATRIA Y RELIGIOSIDAD

En la pequeñez del lugar, y lo menguado de la hora, casi no es dable hablar de las altas radiaciones de la inteligencia. Hoy todo el orbe se pone en pie para escuchar a los bufones de la muerte, centellantes en el metálico brillo de sus armas, que imponen el uniforme de sacrificio para el futuro tinglado de la tragedia definitiva. ¿Para qué hablar del simio sainete de nuestra tierra, mientras el invasor avanza sin tregua y sin medida en sus ambiciones?...

Precisamente, queremos cifrar el macerante dramatismo del hombre superior en ambiente como el nuestro. Causa asombro esa voluptuosa distinción, con que Maestros como el Dr. Aguirre supieron superarse al medio. Novedoso, cordial; pleno de misericordia, como de altivo orgullo, supo sobrellevar las deficiencias comunes. Asimilado a mejores centros culturales, traía con ternura, gracia y humor, sin sombra de afectación, la multiforme elegancia de su sonrisa. El amor a su tierra lo justificaba todo, en el suave ritmo Virgiliano: "Nos patruen fugintos, nos dulcior linguimus cerva".

El espíritu personificado en la dilección; su cerebro de polígota singular, era de rara amenidad: curioso y conocedor profundo, aún de lo que no estaba comprendido en el dominio de sus actividades, como la política, la música, la medicina, la mecánica, la jurisprudencia, etc.; con su gran anecdotario, unido al sentido poético, y el gusto por las artes, representaba para el catolicismo tolerante y sereno el humanista que mayores bienes podía realizar en medio de la irreligiosidad e indiferentismo contemporáneo, lapidados por Unamuno en "Agonía del Cristianismo"; y Cansinos Assens, en "Erotismo de los Cultos".

Su renombre generalizado en los países de habla española, día a día, ganaba prestigio. Chile y el Perú, donde hiciera largas estancias, supieron de su labor de periodista creyente, a lo Louis Veullot: acrecidos los tirajes de órganos de publicidad católica con su presencia e irremplazables colaboraciones, se le reclamaba el insistente regreso. En Francia, en España, como en casi todos los países de las Américas Indohispánicas, contaba con numerosos admiradores y relacionados de alto prestigio. Hasta por ese purismo de lenguaje y lo múltiple de su arte e ingenio de escritor, en extraordinaria diversidad de géneros, se lo diría nacido en la llanura castellana.

La obra de sus panegíricos, que debiera ser mejor editada y difundida, como el testimonio a la merecida consagración, le valiera aplausos que honran a la literatura nacional. Sus bellas letras, en trilogía con la religiosidad y patriotismo, enmarcan el dilatado ambiente continental; la ideología de la nacionalidad se desarrollaba para él en un inmenso plano de finalidades humanas; la Patria la tenía, sin embrago de su profundo apego a ella, como el medio y el fin de su ardiente fe católica, y el pedestal de Dios, el ara santa de las consagraciones, y la apoteosis de los destinos suprarrenales. "La única vez que el pueblo es soberano, es cuando vindica los fueros de su fe". Pueblo cristiano, salvad vuestra Patria"—añadía luego— el eucarístico desfacedor de ultrajes. La homérica figura de Bolívar, en sus hazañas, la comprendió Aguilar con la misma época de su congénere, el esclarecido Carlos Borges, el venezolano insigne prosador, que con Crespo Toral y unos pocos más, representan la verdadera concepción del mayor hombre de América, cuyos pendones gloriosos estremecen aún el Mundo Nuevo con la libérrima idealidad de nuestra democracia troquelada en los bronceos moldes de la nueva raza Indoamericana. Bolívar para Aguilar no es sólo el héroe profano, sino que significa el más seguro sostén de la Iglesia Romana. "Nosotros, los del ideal religioso, detrás de la espada contemplamos el signo del bautismo; detrás de la coraza la conciencia, mientras la bandera de combate se escuda con la cruz".— "Luego —añade— Bolívar merecía compararse, más que a los titanes de la Conquista, a los Cruzados del ensueño santo... Más que al espolón del caballero de sangre, podía calzar sus pies la sandalia de Carlomagno, libertador de Occidente". El gran hombre de Estado, con toda su obra revolucionaria y eman-

cipadora, era querido por el Clero, ya que no se apartó un ápice del dogma católico en el decurso de su vida; sus glorias y apoteosis, derrotas y fracasos, estuvieron siempre acompañadas de la obla-ción y homilia, volando hacia lo alto, invocando la Misericordia Suprema. Con perdón de aquel Bolívarianismo sedentario y bien nutrido, que vegeta a la sombra del oficialismo, debemos lamentar que plumas como las de Aguilar y Crespo Toral, no hubieran escrito el libro palpitante que anime la acción y el pensamiento del genio, en tierras del Ecuador. Duermen aún en el polvo de los ar-chivos los rastros del modelador de nuestra Patria. Si excepcionalmos la admirable glorificación del monumento erigido por el Ecuador al magno hombre; la obra intelectual que caracterice sus actuaciones en nuestro ambiente, está aún por realizarse. Hasta aquí hemos de elogiar la lírica que comenzó con Olmedo y seguirán sus continuadores; pero no la obra documentada que plasme la inmortal figura. Esos espesos cronicones conocidos son sólo materia prima, cuya publicidad ha indigestado a las mismas ratas...

Tornado al amor de nuestra Prociúncula nativa que entusias-maba al añorado Maestro del regionalismo puro y distinto; pero bajo el salmo patrio de Mera es ya preciso, ahora que, merced al entusiasmo del Ilustrísimo Sr. Hermida, y el Dr. Palacios Bravo, se eleva el amazónico bosque de nuestra Catedral, plegaria de mármol, credo de piedra y oraciones, con sus cúpulas de energía y fe, sembrar el jardín para la floración lillial, lirios y nardos, y las místicas rosas; para la eterna primavera de la piedra y el bronce, que harán revivir, junto al monumento que va a desafilarse la centuria, la animada primavera de las sombras gloriosas, como Esteves de Toral, Aguirre, León y Aguilar, sonriente como un día de sol, engalanando la eterna montaña granítica de los creyentes!

EL VIAJE DEL MAESTRO, RECUERDOS Y SOMBRAS FINALES...

Es la poesía del recuerdo y el mito del pretérito, que exorde se derrama de la entraña humana, plena de amor a la vida, y angustiada por el terror a las primeras sombras...! Quién no ama al frate sole y el foco, que, por lo menos, calientan nuestras cenizas

vivientes, siempre estremecidas por el terror de la sombra verdadera...

Los presentimientos fatídicos y las ilusiones engañosas, tejen la macabra danza de la vida...

...Suenan campanadas de partida, sobre la nave próxima a rasgar la estela de los mares; ya revuelan los torbellinos de gaviotas, junto a la siempre nueva ilusión de deslizarse sobre ese tapiz gris o azul del mar... Muy pronto llega la alegoría loca de los puertos; luego, el humeante camino de la inmortal campiña romana... ¡Oh, el retornar otra vez!... La inmensa Basilica de San Pedro resplandece en la tarde coronada de irisadas y blancas palomas, mientras el ocaso le pone tonos anaranjados o de cobre patinada...

Allá lejos destaca el Coliseo y el Janículo... No se sabe si es el mismo Castillo de Farnese y Santo Angelo. El Tiber está enjuto, sin duda por el otoño!...

El corazón marchito, se abre de nuevo como un capullo ¡Oh, la magia de sentir y recordar! ¡París! ¡París! ¡París! grito de plegaria y clarinada feliz de la Francia y la ciudad católica; la hija mimada de la Iglesia, la de las cien torres que cantó Victor Hugo, no ha olvidado su sonrisa! En el viejo barrio de San Sulpicio, a la orilla izquierda, pasean seminaristas mozos con opulentos canónigos de rostros graves. Las torres de Nuestra Señora siguen trucas como antes. El parque de Luxemburgo y el Jardín de las Tullerías, respiran la añeja melancolía palaciega... La brisa del Sena verdoso, juega con las hojas secas, con estremecedora risa castañetante... La Basilica de **Sacre Coeur**, blanquea en **Mont Martre** ¡Oh, el Cielo es aún transparente amatista; pero hace un frío que atenaza los huesos: ¿Será la vejez?...

Sí, el Otoño de la vida! ... ¡El Otoño! ... ¡Siempre el Otoño!...

El enfermo sueña o delira; se oyen los dobles de las campanas de Santo Domingo, donde está la Morenica del Rosario...

Nó, no hay tal viaje. Las campanas suenan ya distintas, y llaman a muerto; son los pájaros de bronce, como las propias elegias de antaño, por sus caros amigos desaparecidos... Las campanas, suenan, y suenan, y suenan, con un modo obsesional... Son los

cuervos trágicos de Edgar Allan Poe: ¡Nunca más! Nunca más! Nunca más!... siguen repitiendo las campanas, lentamente...

¿El barco habrá encallado?... ¿No funcionan las turbinas?...

¡Nó, no hay viaje! Es la marcha infinita y larga, que se realiza sin querer, y sin motivo... Ya se apaga el corazón, doblando lentamente: también repite el broncíneo ronco són: ¡nunca más! ¡nunca más! ¡nunca más!...

La anuria y la uremia hacen delirar, sin término y sin sentido...

Hay un hedor de drogas y remedios sin objeto. Ya el enfermo tiene el lívido color del cirio que arde al pie del bello Cristo moribundo.

Las manos que empuñaron la áurea o acerada péñola en grata tarea, se diafanizan bellas como las tuvo Savonarola.

El rostro tiene a trechos manchas cárdenas de poniente, que se pierden en la cámara sombría del moribundo.

Un reloj marcha lento, como la agonía; un rayo de luz niño rubio y travieso, ilumina el rojo y oro de los hermosos volúmenes: la Biblia, San Bernardo, Boleaux, Fenelón, Michelet, Las Florecillas de San Francisco, La Ciudad de Dios, de San Agustín; Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Ignacio, bravo guerrero como el Cid Campeador; e infinitos más, alineados, severos, parecen ánforas funerarias del pensamiento que se juntan para decirle a su dueño: Hasta nunca! Adiós!

El aire juega en las hojas abiertas del Kempis cual si subrayase sus sentencias graves: "*Kuia hoc magna sapientia non moveri...*" "Es muy grande sabiduría no inclinarse a todo viento de las emociones; y no dar oídos a la engañosa sirena de la imaginación: así se camina con más tranquilidad por la doliente senda de la vida".

Azulencia y mortecina, titila la lámpara de la existencia en el opaco cristal de los ojos... Así, lenta, se va extinguiendo la vida con los últimos estertores de la muerte, entre un murmullo de llantos y preces eternas...



38484
010

Se rompió ya el hilo en la tenue hiladura de los sueños. Ha muerto!... Ha muerto!... Murió! —exclaman todos— mientras golpean el silencio inexorable, los bronces familiares de su Catedral, que desde el alba llamaban a su Arcediano; luego se tejía el tapiz con los mensajes floridos de todos los jardines de la ciudad; y trémulos se encendían los dolientes blandones para la solemne liturgia del *memento homo*, y el *Miserere* de las lágrimas...

Se enluta la vieja casona señorial, en el corazón mismo de la ciudad. El dolor fluye sincero en el angustiado termitero humano, entre el indefinido tropel de los que vienen y los que se van...

Es la monótona tragicomedia del nacer y el morir, —llantos y alegrías, en el máximo conflicto de la ilusión y del temor del hombre—, así se abren los pórticos del misterioso acontecer eterno, con ese Yo ansioso de perdurar y que se multiplica a lo largo de los siglos, vacilante y sin fin...

Pero hay almas que parecen palpitar, más allá de la miserable fatalidad de las pobres leyes de la materia...

Ciertamente, todos nacen; todos mueren; pero para esa entelequia del hombre más allá del hombre, muy pocos nacen y muy pocos mueren: porque es raro diamante azul el privilegio excelso de la vida!

El Dr. Nicanor Aguilar había venido al mundo el 25 de Marzo de 1869 y falleció el 22 de Octubre de 1937, la euforia fugaz de sus días, voló como pintadas mariposas, dejándonos el oro de sus alas; y al margen de esa breve contabilidad de la muerte, se reflejaba ya su imagen desde el polvo eterno, en fecunda realidad. Había vivido, y no había muerto del todo: el paradigma de su existencia dejaba una estela luminosa en la ruta estelar de las almas. Se perdió para siempre en el extremo ocaso, lucero en negro terciopelo de sombras, se ocultó en el alma de su pueblo!

Inmarcesible su huella, debé inspirarnos a su memoria, el clásico responso a la gloria del inmortal poeta de la latinidad: L'ombra sua torna ch'era d'espertida...

En una misma apasionada perspectiva, en una unánime y palpitante evocación, Hugo Moncayo dibuja magistralmente el perfil de esas dos grandes figuras de nuestra América: GONZALO ZALDUMBIDE y ALFONSO REYES.

Gonzalo Zaldumbide, el más grande prosista ecuatoriano, el estilista incomparable, el crítico severo y perspicaz que ayudó al país y a la América al conocimiento de los grandes valores de Europa.

Alfonso Reyes, el *americano universal* —como lo llamó Federico de Onís—, cuya belleza de expresión tuvo la seguridad, la firmeza y el sello de los grandes conocedores de la lengua de Castilla y cuya cultura superior lo colocó entre las más altas mentalidades del siglo.

Hay en los "Comentarios Reales" de Hugo Moncayo —el estilista elegante que sabe rendir culto al arte de la palabra— una posición espiritual que es punto de cita y de concordia de las ideas y de los avatares de esas dos almas gemelas, entre las cuales se estableció una alianza espiritual nacida de la mutua valoración de sus talentos y de la común vocación por la Cultura.

A.C.T.

HUGO MONCAYO

COMENTARIOS REALES

LA AMISTAD DE ZALDUMBIDE Y ALFONSO REYES

En el tercer aniversario de la muerte de Zaldumbide.

A comienzos de 1965 el Colegio Nacional de Méjico rindió solemne homenaje a la memoria de Don Alfonso Reyes, fallecido años antes, en la Nochebuena de 1959. El ilustre Alfonso Caso presidió el acto académico al que concurrieron el Presidente de la República, Lcdo. Díaz Ordaz y altas autoridades de Educación. El discurso de fondo fue pronunciado por el humanista Don Antonio Gómez Robledo, notable pensador, no indigno de compañía tan ilustre, como podríamos decir parafraseando a Moratin.

Las palabras del Profesor Caso fueron lapidarias y de sobresaliente hermosura. Evocó un recuerdo personal de Don Alfonso, "unido para mí a los años de mi primera adolescencia". "No olvido, dijo, la biblioteca de mi casa, en la que se reunían con mi hermano, Antonio José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes, y era con admiración como veía y oía discutir y conversar a aquellos hombres que estaban construyendo la cultura de Méjico".

El Maestro Caso alabó la sabiduría y la erudición, la cordialidad y el ingenio del magnífico pensador mejicano a quienes todos cuantos amamos las Letras, lloraremos siempre.

*
*
*

Nuestro no menos notable ingenio y estilista insuperable, Don Gonzalo Zaldumbide, amigo cordialísimo de Reyes, ponderaba también, "su alegría de vivir", "su bondad" y "su risa maliciosa", al

hablar de don Alfonso. Coincidió Don Gonzalo en este juicio del Maestro Caso acerca de la personalidad del autor de esas sorprendentes "CUESTIONES ESTETICAS", que lo revelaron como escritor de circunspección y hondura, cuando apenas salía de la crepuscular adolescencia que, por definición y mandato del tiempo, es decisivo deslumbramiento. Don Gonzalo admiraba en Don Alfonso, "esa alegría de vivir", que a él le había sido negada, y esa "risa maliciosa", que le era ajena, y que en el Maestro Reyes, a su juicio y según las palabras de don Alfonso Caso, palabras que ya no leería "en el constante fluir de su ingenio", era sabia, cordial y tierna.

Para el ilustre Gómez Robledo, también noble pensador en "esa región más transparente del aire", Alfonso Reyes "era el vigía del espíritu, que vela constante en interrumpida proyección sobre todo aquello que el espíritu puede iluminar". Y así fue su caudalosa obra al servicio de la cultura: poesía, drama, cuento, crítica, filosofía, ensayo. La enumeración es del maestro que evocamos en este somero examen, y por ello, cabal apreciación de la fecundia de don Alfonso en la que, su "VISION DEL ANAHUAC" y su "EFIGENIA CRUEL", y sus "LETRAS PATRIAS", serán por siempre las más brillantes obras de un ingenio que se vertió, conforme a la sentencia de Remmy de Gourmont citada también por el crítico mejicano, en "esa inquietud abstracta de escribir, por la que se conoce al que es escritor".

*
*

Si la Revolución Mejicana fue una de las más auténticas transformaciones políticas que sufre un pueblo para recobrar "la conciencia de su autodeterminación", lo fue por haber empezado allí donde debe empezar toda revolución digna de este nombre, o sea en el alcázar del espíritu". Nuestra Revolución Liberal, consagrada al cabo de incontables sacrificios el 95, es también revolución auténtica y lo será siempre perdurable, porque se inició "en el alcázar del espíritu", y se expandió al vivac y penetró en el alma de la nación anhelosa de servirla.

La mejicana, por milagrosa intuición de sus creadores, cobró duradera simpatía en el Continente, acorde, con el mismo Reyes

3848
010
58/88

lo diría, con "la era de intercomunicación americana en que hoy vivimos, abierta por las grandes embajadas espirituales que Méjico envió hasta el Sur del Continente. Urbina, Caso, Vasconcelos, Amadío Nervo, Jesús Ureta, González Martínez y hasta yo mismo, ¿qué hemos procurado hacer, —se interrogaba—, qué consigna teníamos, sino la de recordar a nuestros hermanos del Continente la profunda solidaridad que nos une?"

He aquí un aspecto de esa Revolución ahora casi ignorado, o mejor dicho no ponderado suficientemente, y que labró la excelencia de un movimiento político real con el brillo de la pluma, la cautivadora influencia de la poesía, el hechizo de la divulgación de los tesoros intelectuales de un pueblo que, para los intonsos, permanece todavía con la cartuchera terciada y una decoración de airados nopales teñidos en sangre.

*
* * *

Es así Don Alfonso Reyes, habitante perdurable de ese alcázar del espíritu, quien envía las doradas saetas que buscan anhelosas las causas ilimitadas de la solidaridad, de la hermandad continental, de la supervivencia de esas fuerzas latentes que ennoblecen lo que hemos dado en llamar la raza, motriz de las naciones. No es la torre de marfil de los decadentistas, ni la torre ebúrnea de los Cánticos, sino el alcázar, almenado y elevado sobre las cumbres, para otear y proteger los vastos caminos de una superación americanista abierta a más amplios horizontes.

La lección espiritual de Don Alfonso Reyes se asienta de esta manera, en un inextinguible anhelo de superación. Hunde por ello sus raíces en lo más profundo del nativo suelo, succiona los vitales jugos de las milenarias culturas de las que se ufana el católico pueblo mejicano de nuestros días y, en la cumbre señera de una senectud amable, que no ha extinguido "su alegría de vivir", su bondad y "su malicia", el complejo de Ulises, como a su amigo Vasconcelos, le domina. Reyes se da a los estudios helénicos y Grecia se vuelve "la obsesión de sus últimos años" y, como lo dirá con palabras insuperables el benemérito Gómez Robledo, el afán de infundimos por todos los medios posibles el claro río de razón y belle-

za que de Grecia procede, fue por el deseo que le hostigaba de elevar el tono de la vida nacional, nuestro carácter, nuestras valoraciones, nuestra imagen del mundo, al nivel de aquel pueblo que ha sido hasta hoy, el primero en la historia, y no por otra causa sino por haber puesto, por encima de todo, la razón, la sabiduría y el equilibrio interior. "Mi ideal en Grecia; mi esperanza en Méjico", fue su profesión de fe, su mensaje a las juventudes de su Patria.

II

Este don Alfonso Reyes a quien Gómez Robledo llamó "la vigilia del espíritu", vela constantemente sobre la naturaleza y la historia, o sea sobre todo cuanto "el espíritu puede iluminar en interrumpida proyección", fue el mimado de sus contemporáneos y recibió en vida valoración perdurable. Para García Calderón, su prosa, artística, delicada y armoniosa, —son sus palabras—, alcanzó la cumbre de la perfección posible. La escritora Marselle Auclair, citada también por el crítico mejicano que seguimos, comentando sus páginas sobre el Anáhuac, exclamó: "¡Qué riqueza verbal y qué potencia de ensueño, sabe poner al servicio del rigor histórico!". Para don José Luis Martínez, don Alfonso, "en su trato, en su persona, en su expresión", dejaba esa gracia infusa que era su mayor encanto. Raúl Roa juzgaba que la producción poética de Reyes, "era de las más cernidas, delicadas y bellas de la literatura hispanoamericana". Y don Miguel de Unamuno dijo un día, que en don Alfonso, "su inteligencia fue función de su bondad".

Unido don Alfonso a nuestro compatriota Zaldumbide, desde hacia luengos años con vínculos fraternales, sus cartas en una correspondencia espaciada, nunca interrumpida, serían si alguna vez se reuniesen, admirable ejemplo de lo que el ingenio, la experiencia y la diafanidad del alma pueden dar a la vida de tan "cambiantes visos". Lástima que don Gonzalo nunca escribió sus cartas para conservarlas en un archivo que fue incapaz de formar, y tenemos que don Alfonso hacía lo propio con las suyas.

Apenas si podemos ahora reproducir las que, como fugaz y espléndido destello de la amistad que unió a estos maestros, publicamos un día ya lejano en las páginas del "BOLETIN DEL INS-

TITUTO NACIONAL MEJIA" que dirigíamos en esta ciudad, allá, por 1934. Tomamos la de Zaldumbide, de la revista "NUMERO" de Montevideo, aparecida el año anterior, y la de Reyes, del original que leímos en casa de Gonzalo:

Le decía Zaldumbide y, obsérvese la analogía de lo conceptual y profundo del juicio de nuestro compatriota y lo apuntado por Gómez Robledo en el homenaje póstumo a don Alfonso, cuarenta años después:

"...Y si a mí me preguntaran como cuál de los escritores contemporáneos de América, quisiera yo escribir si escribiera, yo diría: pues como Alfonso. (Perdón Ventura: me faltaría el respiro; perdón Gabriela: NON SUM DIGNUS).

"Y ya que no me parezco ni a mí mismo, de escoger otro yo, para lucirlo entre mis amigos y sobre todo, para gozarlo a mis solas, sea el más fino y tornasolado, el más sutil y más vario; transparente y hondo; sabio; y tan lleno de inasibles cosas en su diáfana profundidad.

"¡Con qué cernida, con qué apretada abundancia me colma el hueco táctil de la mano cauta..., con qué gracia gentil nos la tiende, tentándonos mientras sonríe!..."

Y, más adelante, prosigue don Gonzalo:

"Para dar una idea aproximativa de otros escritores, no hace falta más bien estorba, escribir como ellos. Para hablar DE, —NO SOBRE— (ni para qué: sobre) para hablar de Alfonso Reyes, preciso sería comenzar por una invocación moderna a la Diosa de la Perspicacia: y yo no sé ni cuál sea exactamente.

"...Juzgar, qué pretención más ingenua, o más necia! Gustarlo, única forma de gustar a Alfonso, pues no se puede gustarlo, como no sea inteligentemente.

"Que ya al cautivarnos nos ilumina en su manera de persuadir. Su sensibilidad, —tenué superposición de tamices para matices,— penetra de su polvillo.

"Y su mente clara, discernidora, de instinto, discriminadora, como dicen los grandes bárbaros blancos, nos da ya, mondadas, cabales, equilibradas, razón y sabiduría, inteligencia y doctrina, sonrisa y ardor contenido, elegancia moral, conciencia del vasto mundo y sabores de la tierra: todo cuanto se ha menester para un pequeño universo bien organizado".

Y terminaba con un párrafo en francés de su bienvenida a París, cuando el retorno de Alfonso que había partido a la ciudad nativa porque, "un día le armaron en su campanario una querrela". Dijo Zaldumbide en esta ocasión, ante lo más respetable de la intelectualidad francesa e hispanoamericana:

"Cuando los franceses, curiosos e inteligentes, nos pregunten qué ha hecho de mejor la América Española, como tipo de espíritu cultivado, resultado de la mezcla de su cultura con la sangre y el alma americanas, en lugar de responder generalidades, les diremos simplemente: vean sin demora a Alfonso Reyes".

* * *

Publicada en Washington esta página en elogio del ilustre mejicano, fue reproducida después en 1933, por la revista uruguaya que citamos. Zaldumbide desempeñaba en ese entonces nuestra Plenipotencia en los Estados Unidos y Don Alfonso, la de su Patria en el Uruguay. Ambos insignes varones reanudaban esa era de intercomunicación americana que había abierto Méjico enviando a sus más altos valores intelectuales al Sur del Continente.

Y no tardó don Alfonso en responder a su amigo:

"...Y aunque juntara todas las aguas de este mar que es río, y aunque amasara con ellas todas las arenas de estas playas y aunque con todo este barro original y el soplo de todas mis fuerzas animara otras criaturas de sangre y alma, y ellas volaran con el mensaje de mi gratitud, ni así podría decir hasta donde me han sacudido y conmovido sus palabras en "NUMERO".

38484
650

"Porque yo también, si me preguntaran qué aprobación prefiero, hubiera dicho que la suya, sin vacilar un punto.

"Cae sobre mi ánimo su amistoso mensaje en momentos en que las labores oficiales me están endureciendo. Hace meses que las musas lloran a mi puerta. Y me temo que por meses más, sea yo criatura perdida. Pero aún hay sol en las bardas, como decía don Quijote, y ya volveremos a lo de antes.

"Entre tanto, sepa que nunca lo olvido; que siempre anhelo por el día del re-encuentro. Mis libros, de tiempo en tiempo, le hacen saber que, desde lejos, vivo a su lado. Y es curioso que, de veras, pueda uno sentirse tan cerca a la distancia.

"En más de una ocasión, cuando su Ministerio, cuando su viaje a Méjico me he sorprendido a mí mismo en estado de alma trascendida con la suya, y creyendo que le estaba aconteciendo lo mismo.

"Tengo una compensación: Diez Canedo, con quien recordamos tanto a Gonzalo. ¡Huésped invisible, por usted levantamos la copa!... Nos van consumiendo los años en su fuego lento, y nuestra madera, ya hecha, suelta cada vez con más gusto, el aroma concentrado de la amistad.

Esta carta fue fechada en Montevideo, el 30 de Noviembre de 1933.

G. R. GALIANA

Cuestiones de Metodología: EVALUACION DEL RENDIMIENTO

Esta evaluación debe ir precedida de una elaboración estructural muy minuciosa de los temas por parte del Profesor. Sólo se puede exigir en la forma y medida en que la materia fue impartida. El examen es una comprobación que no debería causar nerviosidad ni miedo alguno en el alumno que asiste regularmente a los cursos y recibe una enseñanza correctamente elaborada.

Por supuesto, el alumno ha debido demostrar idoneidad para el estudio.

Claro que podríamos empezar por sospechar que en la actual rebeldía estudiantil que agita al mundo late un desprecio por los contenidos de la Cultura objeto de estudio. La cosa sería profundamente grave; por lo que hemos dedicado al tema un trabajo de Seminario en el curso 1968-69 con la participación de numerosos Alumnos de distintas especialidades en la Facultad de Ciencias de la Educación.

Pero en tal caso, si realmente nos encontráramos ante el desprecio de los contenidos de la cultura o bienes sublimes de que habla Marcuse, entonces no se explicaría la simpatía despertada por este filósofo entre los jóvenes que se rebelan. Como sea, la imagen del hombre animal racional, sociable y religioso, gestada por la humanidad en los últimos cinco milenios de historia, circula ya un tanto borrosa, y el naturalismo más feroz invade en proporciones planetarias las costumbres.

En tanto se esclarece la situación, y mientras los planes de estudio siguen vigentes y las aulas de Colegios e Institutos de Enseñanza secundaria se llenan de alumnos matriculados, hemos de ha-

384/88
010
384/88

cer frente a las elementales necesidades didácticas de programación, redacción de lecciones y calificaciones de trabajos escolares por el futuro Profesorado que ahora pasa por la Universidad.

En ninguna materia como en Pedagogía es cierta la afirmación de que cada uno encuentra lo que pone. Sólo que eso que se pone no es tangible como el puente del ingeniero o la mesa del ebanista. Al pedagogo le caracteriza una **actitud**: la de valorar la materia y la de respetar al alumno, de acuerdo con el fin educativo. Y al alumno le corresponde una actitud obediencial que debe mantener mientras no sea defraudada por el profesor —y el profesor improvisado defrauda—; no sea que el alumno se niegue a aprender, ejerza una presión de defensa contra el profesor que exige, y se llame a engaño cuando al salir con el título averigüen todos que es un profesional mal preparado. La violencia y el cinismo están recorriendo todos los estamentos contemporáneos con una constancia suicida.

Pero estamos aquí para proponer un modesto ensayo de EXPOSICIÓN ORAL DE UN TEMA y CALIFICACION CORRESPONDIENTE.

...El tema: "Nacimiento del filosofar" o "Paso del Mito al Logos", corresponde al programa de "Iniciación Filosófica" de Quinto Curso de Normales y Sexto de Bachillerato. El programa seguido por nosotros en tres años lectivos en Colegios de la ciudad de Cuenca y propuesto en las Clases de Metodología y Orientación de Prácticas de la Facultad, figura al final de este trabajo.

En artículo anterior de "Anales" nos hemos referido al problema de documentar una lección y escogimos el tema de Cosmología. En el presente artículo damos por supuesta la preparación remota del Profesor de Filosofía, es decir, su saber filosófico necesario para la obtención del título de Licenciado o Profesor en esta especialidad.

Para la preparación próxima, a base de un texto que precisamente elige porque es capaz de valorarlo y utilizarlo —el profesor improvisado lo que quiere son resúmenes sencillitos e inocuos que le dispensen de trabajar—, hemos tomado la "Introducción a la Filosofía" del Doctor Francisco Alvarez, publicada en Cuenca.

El orden de la experiencia es, pues, el siguiente:

—Lectura del capítulo elegido sobre "Orígenes del filosofar". Para evitar distracciones ofrecimos en clase el texto en cinta magnetofónica.

—Redacción del RESUMEN que se utilizará para exponerlo una vez y otra, las que sean necesarias, entre los alumnos. ESQUEMA para guía de redacción.

—Cuadro con los criterios de CALIFICACION y porcentajes de respuestas obtenidas para cada punto del Esquema y cada criterio. Lo que permite al profesor medir la comprensión del tema y obligarse él mismo a insistir en lo que se ha demostrado quedó deficientemente comprendido por los alumnos.

Tiende esta práctica a crear un hábito en la preparación de lecciones, a fijar la línea directriz del tema y los puntos esenciales que permitan luego calificar con justicia los trabajos de los alumnos.

TEXTO.—"La situación vital del primitivo es, pues, más bien una unidad que la dualidad familiar del yo y las cosas. Justamente el conocimiento y, con él, la ciencia y la filosofía nacen al fragmentarse ese bloque unitario primitivo y comenzar a contraponerse las cosas al yo. Las primeras, antes de la dualidad, antes de que el hombre adquiriera conciencia de sí mismo, en realidad tampoco eran COSAS, en el sentido de objetos —OBJECTUM—, es decir, algo contrapuesto al sujeto. La acera de enfrente no lo es sino desde el punto de vista de la acera que somos o en la que estamos.

Contraponerse el yo y las cosas supone, además, que se rompe el cordón umbilical que las unía y hacía de ambas una unidad, no una dualidad contrapuesta; es decir, ahora las cosas gozan de autonomía, son en sí, trascendentes, algo contrapuesto al hombre; quien, a su vez, no es extraño que comience a sobrecogerse ante el sentimiento de soledad. El hombre es un solitario a consecuencia de su distanciamiento de las cosas.

Al sentirse por primera vez extraño a las cosas, naturales es el hombre sintiera éstas como extrañas; extrañas, es decir, como si hu-

biera en ellas una doble naturaleza: un ser patente, visible, y un ser latente, oculto. La ocultación de su ser pueden realizarla las cosas de dos maneras: disimulando cada una su ser tras el disfraz o máscara de un ser ficticio, o escondiéndose en la muchedumbre abigarrada de las cosas con pretensión de ser. Así, comienzan a surgir en el hombre estas ideas: la de un cinturón o muralla de propiedades ficticias que encubren el ser real de las cosas —los accidentes—, y, paralelamente, el ser real oculto bajo esa costa de ficción —la substancia—. Cuando más bien se piensa que lo real se encuentra oculto entre la muchedumbre, cual malhechor que se esconde entre la multitud de una calle muy transitada, se juzga que aquella muchedumbre es toda ella ficción y se anda a la busca de un principio.

Claro que esto supone, a su vez, otro desdoblamiento o dualidad en el sujeto: aquella parte del sujeto para la que es dada lo ficticio —sensibilidad, experiencia—, y aquella otra, quizás, encargada de llevar a buen término la captura definitiva del principio o de la substancia, es decir, de lo verdaderamente real; a esta parte la denominaron los griegos de preferencia NOUS, que podemos traducir por entendimiento o razón.

He aquí que, de resultados de aquel rompimiento de la unidad primitiva, las cosas de inmediato se han complicado: sujeto y objeto, realidad verdadera y apariencia, sensibilidad y razón (...) Tal hazaña, de la que somos deudores a los griegos, hizo posible la iniciación de la filosofía y del conocimiento en general; y aun cuando la consideremos frustrada —dado contrario, no seguiríamos hoy haciendo filosofía—, no vemos de qué manera hubiera podido el hombre comenzar a filosofar. Resulta un problema sin importancia saber lo que los griegos recibieron o no de los orientales. El "milagro griego" nunca se resolverá a base de mayores datos y conocimientos históricos; recibieran mucho o poco, lo interesante aquí no es el contenido, sino la forma. El griego inaugura un nuevo modo de enfrentarse con la realidad; es mucho más consciente que los orientales de la distinción de sujeto y objeto; y —lo que importa más— ve los objetos con unos nuevos ojos: como eso, a saber como OBJETOS, como COSAS, mientras hasta entonces estas cosas y estos objetos habían sido vistos y vividos como INSTRUMENTOS, como SERES-PARA: el agua es para regar o para bañarse

o para cocer los alimentos o para saciar la sed, y así todas las demás cosas. El griego descubre que las cosas, con independencia de su ser-para, son; este descubrimiento le confirmó rango de ONTOLOGO, cosa que no habían sido los hombres hasta entonces; y es gracias a esa su manera de ver las cosas bajo el sesgo del ser como los griegos crean, por vez primera, un saber desinteresado; porque podemos sacar provecho del PARA de las cosas, de su ser como instrumentos, pero no en cambio de su SER a secas. Y como cualquier descubrimiento en lo objetivo tiene siempre su contrapartida en el sujeto, en el hombre, el griego se percató de la existencia en éste de un algo encargado de habérselas con las cosas en cuanto cosas, el NOUS o el LOGOS, el entendimiento o la razón. Este HABERSE LAS CON LAS COSAS consistirá en conocerlas, en VERLAS como nadie las había visto hasta entonces, en descubrir, a través de la corteza con que se reviste cada cosa, su verdad. El intelectualismo de nuestra civilización —hija de la Hélade— comienza con los griegos; desde entonces, y sólo desde entonces, cabe decir que el hombre es un animal racional.

Este tránsito importantísimo, del que el lector debe tomar buena cuenta, es al propio tiempo el paso del mito al logos. En el mito las cosas son todavía cosas-para. Este PARA, que les confiere como una especie de intencionalidad, de apetito y tendencia hacia algo, es la razón por la cual en el mito vive el hombre en pleno animismo; confusamente intuye que las cosas son como él, que también continuamente actúa para conseguir esto y lo otro. Por eso, cuando los hombres en el mito quieren poner un poco de orden en el mundo, piensan que las cosas nacen unas de otras por generación. Y, lo que es más importante, sienten el universo en derredor como algo activo, como algo dinámico. En cambio, después del salto al logos, convertidas las cosas en un mero ser, pierden los atributos en cuya virtud pudieran ser sentidas todavía por referencia al ser humano, y de inmediato; diríamos que se inmovilizan ante el hombre; comenzarán al punto las concepciones estáticas a predominar sobre las dinámicas. Lo inmediatamente sentido y no explicado en el mito, el devenir, el movimiento, se convertirá en un grave problema en el nuevo estado.

También debemos decir que el mundo del mito, el anterior a esa fragmentación de la unidad en el par de contrapuestos sujeto

3848
010
28/5/88

y mundo, es mucho más rico que el del logos. Al alejarse el ser del yo, se desvincula de toda una serie de propiedades humanas y al dejar de ser PARA, pierde sus naturales relaciones con las otras cosas. No habrá más relaciones que las externas y puramente accidentales de los choques mecánicos de unas con otras". (Capítulo I, páginas 16-19; hemos suprimido de esta larga cita unas líneas —indicado con el signo (...)— que hacían menos a nuestro propósito).

Del subrayado del texto y de los comentarios en clase se habrá obtenido una idea directriz o resumen para responder al punto primero del programa sobre Filosofía, filosofar y orígenes del pensamiento en Grecia:

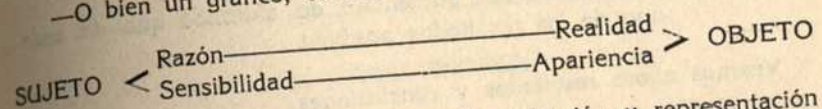
RESUMEN: LA FILOSOFIA COMIENZA POR LA ADMIRACION DEL HOMBRE ANTE LAS MARAVILLAS DEL UNIVERSO. TAL ACTITUD ES TAN ESENCIAL QUE ESA CAPACIDAD DE ESTUDIO Y DE ADMIRACION ES EL MEJOR RESULTADO DE ESTA ASIGNATURA DE FILOSOFIA. APRENDER A FILOSOFAR Y NO PRECISAMENTE UN CONJUNTO DE CONOCIMIENTOS LLAMADOS FILOSOFICOS ES LO QUE INTERESA. AHORA BIEN, EL FILOSOFAR HA TRAIDO COMO CONSECUENCIA LA PERDIDA DE AQUELLA UNIDAD VITAL DEL PRIMITIVO EN QUE EL YO Y LAS COSAS SE CONFUNDEN Y ESTAS SE DEFINEN POR SU CONDICION DE INSTRUMENTOS. EL AGUA ERA UN "SER-PARA" (LAVARSE, POR EJEMPLO). SE PRODUCE UN PRIMER DESDOBLAMIENTO SUJETO-COSAS. PERO LA CONTEMPLACION DE LAS COSAS, ASI DISTANCIADAS, PLANTEA EL PROBLEMA DE SI SU ESENCIA CONSISTE PRECISAMENTE EN ESO QUE NOS APARECE DE ELLAS: NUEVA DUALIDAD SUSTANCIA-ACCIDENTES. Y POR CUANTO LO APARENIAL LO CAPTAMOS POR MEDIO DE LA SENSIBILIDAD Y LA RAZON SE PREGUNTA POR LA ESENCIA O SER SUSTANCIAL DE LAS COSAS, TENEMOS OTRA DISTINCION IMPORTANTE, LA DE RAZON Y SENSIBILIDAD. AQUEL MUNDO DEL PRIIMITIVO, EXPLICADO POR MITOS Y LEYENDAS, COBRA PRECISION, PERO PIERDE RIQUEZA. ES EL NACIMIENTO DEL FILOSOFAR Y DE LA CIENCIA.

ESQUEMAS.—

—Un índice de cuestiones:

- Filosofía y filosofar,
- Desdoblamiento sujeto-cosas,
- Cosas: realidad-apariencia (o substancia-accidentes),
- Sujeto: razón-sensibilidad.
- Consecuencias de la nueva concepción, filosófica y científica, del mundo.

—O bien un gráfico, cuando sea posible, como en este caso:



Se califican también los méritos de redacción y representación del trabajo en su conjunto. En el peor de los casos, un alumno asistente a clase y que se presenta a examen —por tanto, que en varios cursos anteriores ha demostrado la idoneidad necesaria para el estudio— debiera rondar siempre el "Aprobado". Y en caso de que existan alumnos que pasaron con poca preparación, el procedimiento que propugnamos contribuirá a dotarlos de una técnica de estudio para superarse en lo sucesivo.

A título informativo, transcribimos las conclusiones de uno de nuestros ensayos en clase: **Medida de la comprensión de un tema expuesto oralmente**, de Iniciación filosófica.

—Procedimiento inspirado en el trabajo "Measuring Comprehension of Content Material" en "XXth Yearbook of Nat. Soc. of th Study of Educ.", parte II, págs. 114-126. Citado por Buyse en la tercera parte de su obra dedicada a "Didáctica experimental".

—Tema de la exposición: **Albores del pensamiento.**

—Nivel: Quinto curso de Normal. Participantes: 33 alumnas

—Preparación próxima del contenido: Capítulo I de "Introducción a la Filosofía", de Francisco Alvarez González". Cuenca ECUADOR, 1963.

—Marcha de la experiencia:

—Versión del tema expuesto oralmente: **TEXTO—RESUMEN.**

—Redacción inmediata por las alumnas, a la vista de un esquema del contenido, escrito en la pizarra.

—Base de calificación, arbitraria, pero constante.

—Cuadro del porcentaje de alumnos que da cada uno de los resultados posibles.

Veamos ahora resultados y conclusiones.

A) CUADRO DE PORCENTAJES

Epígrafes	Puntos	Criterio	Respuestas	Porcentajes
I. Filósofar	3	Exposición completa	13	39,4
	2	"Admiración", comienzo.	17	51,5
	1	Importancia de la filosofía	3	9
	0	No contesta	—	—
II. Sujeto-Cosas	3	Exposición completa	12	36,4
	2	Desdoblamiento unidad primitiva	11	33,3
	1	Copia del esquema: "Sujeto-cosas"	9	27,3
	0	No contesta	1	3
III. Realidad-apariencia.	3	Exposición completa	14	42,4
	2	Desdoblamiento en el objeto	14	42,4
	1	Copia del esquema: "Realidad—apariencia".	4	12,1
	0	Omisión	1	3
IV. Razón-sensibilidad.	3	Exposición completa	8	24,2
	2	Desdoblamiento en el sujeto	8	24,2
	1	Copia del esquema: "Razón-sensibilidad".	12	36,4
	0	Omisión	5	15,1

Epígrafes	Puntos	Criterio	Respuestas	Porcentajes
V. Confrontación pensamiento mítico - pensamiento filosófico.	3	Como resumen y conclusión	12	36,4
	2	Distinción "riqueza-exactitud"	11	33,3
	1	Sin precisar la distinción	8	24,2
	0	No responde	2	6
Méritos de redacción y presentación del trabajo	5	Conjunto-ideas-frases	11	33,3
	4	Ideas y su expresión correcta.	13	39,5
	3	Ordenación de ideas	6	18,2
	2	Repetición y escaso orden	2	6
	1	Escaso orden y errores.	1	3

B) CONCLUSIONES

1. La experiencia, aún considerada como elemental, es útil para crear en el profesor preocupación por el concepto de estructura en la preparación y exposición de sus lecciones.

2. Un alto porcentaje de alumnos redactan el contenido de cada epígrafe con precisión y relacionándolo con el conjunto del tema oído al profesor.

3. El aspecto más difícil del ESQUEMA auxiliar de redacción, escrito por el profesor en la pizarra, es el IV: "Razón-sensibilidad" con 24,2% de exposición óptima y un 36,4% de alumnos que copian simplemente el enunciado o aluden de pasada a él. **EL PROFESOR DEBE VOLVER A EXPLICARLO EN CLASE ANTES DE QUE PUEDA FIGURAR EN UN EXAMEN PARCIAL O FINAL.**

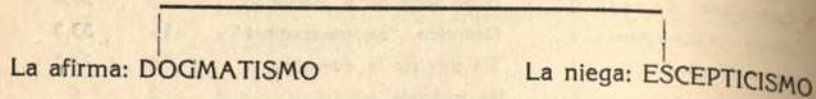
NOTA: En un trabajo posterior ofreceremos el desarrollo de las tesis correspondientes a la serie de "Teoría del Conocimiento". Pero adelantamos el esquema siguiente, el cual en breves líneas define los principales Sistemas filosóficos.

EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO

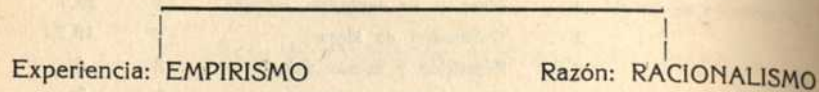
Esquema de las tesis que comprende:

1. Verdad, conocimiento y ser.

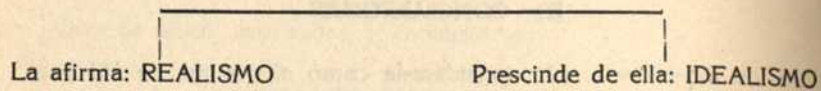
2. Problema de la posibilidad del conocimiento.



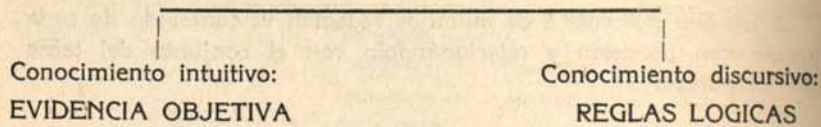
3. Problema del origen o fundamento del conocimiento.



4. Problema de la trascendencia del conocimiento.



5. Problema del criterio de certeza.



Los Esquemas, por tanto, adoptan diferente amplitud y profundidad: una asignatura —todo Programa es un esquema de este tipo—, un grupo de tesis, una tesis, un punto de una tesis. No se olvide, que según Herbart, fundador de la Pedagogía, enseñamos con método cuando somos capaces de justificar cualquier punto del programa por relación al conjunto de la materia.

Al alumno interesa siempre lo que está justificado.

APENDICE.—Programa de "Iniciación Filosófica"

Preliminares

1. Filosofía y filosofar. Triple desdoblamiento: Sujeto-cosas; realidad apariencia; razón sensibilidad. Progresiva independización de las ciencias particulares. Clasificación de las ciencias filosóficas.

2. El saber científico. El método. Clasificación de las ciencias. El método de las ciencias racionales y el de las experimentales.

Problemas filosóficos.

A) EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO

3. Noción de conocimiento. La verdad. Percepción y verdad; Juicio y verdad. Estados de la mente en orden a la verdad: Duda, opinión, certeza.

4. Posibilidad del conocimiento. Posiciones extremas: dogmatismo y escepticismo. Otras doctrinas de tipo escéptico. Solución del dogmatismo moderado.

5. Origen o fundamento del conocimiento. Racionalismo y empirismo. La doctrina kantiana, intento de superación. El intelectualismo aristotélico.

6. Trascendencia del conocimiento. La afirma: el realismo; prescinde de ella: el idealismo. Contenido de un texto de Berkeley; tipo de idealismo a que pertenece. El realismo moderado.

7. El criterio de certeza. Conocimiento intuitivo y conocimiento discursivo. Los conceptos universales y las leyes lógicas. La evidencia objetiva, criterio supremo.

B) EL PROBLEMA DE LOS VALORES

8. Importancia de la afectividad en el pensamiento contemporáneo. Noción de valor. Escala de valores: jerarquía y polaridad. Vigencia de los distintos tipos de valores a través de la Historia.

9. El valor bondad. La moralidad del acto humano. Virtudes y vicios. El problema del condicionamiento religioso de la Ética. Sociología y bien común. El cuadro de las instituciones sociales. Orden público y libertad individual.

10. El valor belleza; su noción e importancia educativa. Clases de belleza: lo bello estrictamente dicho; lo sublime y sus relaciones

con lo ético; lo trágico y lo cómico como destrucción del valor. La obra de arte: concepción y realización. Clasificación de las artes. El goce estético.

C) EL PROBLEMA DEL SER

11. Nociones de sustancia y causalidad en la definición de persona humana. Breves nociones de Ontología aristotélica: sustancia y accidente; las causas.

12. La primera causa del ser. El Primer Motor de los filósofos; pruebas. Cuestión de esencia: el Dios de la Revelación. El panorama de las religiones como fenómeno histórico-social.

13. Cosmología: imagen física del Mundo. Espacio y tiempo en Newton. La revolución relativista. El átomo. Origen de la vida. El problema de las especies: Darwin, Mendel. Cristianismo y evolución, en Teilhard de Chardin.

D) EL PROBLEMA DEL HOMBRE Y DE LA HISTORIA

14. El puesto del hombre en el Cosmos. Determinismo y libertad. Triple dimensión temporal en la vida humana: El existencialismo. El hombre en comunidad: el problema del Estado. Estado liberal y Estado totalitario.

15. El sentido de la Historia. Cultura y culturas como expresión del espíritu creador del hombre. Móviles materialistas y móviles espirituales. El providencialismo. La doctrina marxista. Sentido de la Hª como exposición exhaustiva de la idea de hombre (según Hessen).

RECOMENDACIONES PARA EL TRATAMIENTO PENITENCIARIO

Con el afecto y la deferencia que siempre ha dispensado a la Universidad de Cuenca y particularmente a su Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, el señor Eduardo López Proaño, Corresponsal del Ecuador ante el Departamento de Defensa Social de la Secretaría de las Naciones Unidas, nos ha enviado las **Recomendaciones para el Tratamiento Penitenciario** adoptadas en el Primer Seminario sobre Tratamiento Penitenciario llevado a cabo en Chile, en la ciudad de Llo-Lleo, en abril de 1969.

Las **Recomendaciones** constituyen, a no dudarlo, importantes cuestiones que interesan sobremanera a quienes se preocupan del quehacer penitenciario y de mejorar las condiciones de los establecimientos penales, especialmente en el Ecuador en donde el Derecho Ejecutivo Penal recién se esboza. Por ello las insertamos en esta entrega de ANALES, como una contribución trascendental para la reforma legal en la que debe emprenderse con miras a actualizar los Códigos Penal y de Procedimiento Penal y la elaboración del Derecho Ejecutivo Penal.

Al Seminario de Llo-Lleo concurrió el señor López Proaño especialmente invitado y su actuación mereció el reconocimiento de los Directivos de tan importante reunión internacional, como consta de la nota de presentación que antecede a las **Recomendaciones**, suscrita por don Ramón Coe Baeza, Secretario General Ejecutivo del Movimiento Penitenciario Latinoamericano. Algunas de tales Recomendaciones fueron estructuradas por el señor López Proaño cuyo aporte al mejoramiento de los regímenes penitenciarios en el Ecuador es notoriamente

conocido como iniciador y culminador de la construcción de la moderna Penitenciaría del Litoral acerca de la cual el doctor Paul Tannenbaum, en la "Revista de la Asociación Jurídica de Nueva York", Departamento de Queens County, entrega correspondiente al mes de enero del presente año de 1969, se expresa así:

"Esta prisión construida en Guayaquil en un terreno de doscientos acres, es en mi opinión una de las más modernas del mundo, no solamente en su estilo arquitectónico, sino en los métodos de penitenciaría que se utilizan, y que han hecho grandes cambios en lo social, económico y cultural de los presos que viven en esta nación sub desarrollada del Ecuador.

La Penitenciaría del Litoral es un brillante ejemplo de lo que se puede hacer aplicando principios abstractos en una práctica realización. Los edificios están contruidos en tal forma que proveyendo de las debidas seguridades, da un máximo de espacio aireado y condiciones adecuadamente bondadosas a los presos. Está concebida como una gran columna vertebral con edificios contruidos a la derecha e izquierda y con un corredor central de al rededor de veinte pies, que hace el servicio en toda su máxima amplitud, creando las distintas separaciones como cárcel, prisiones a cortos términos y penitenciaría propiamente dicha.

La Penitenciaría tiene su propio cuerpo médico y de dentistas que diariamente atiende a los pacientes, lo cual ha contribuido a erradicar la parasitosis y las enfermedades bucales, dando al preso la sensación de salud, condición indispensable para su rehabilitación.

Pero lo más sobresaliente que hay en esta Penitenciaría es un espíritu para mantener la dignidad de la persona humana haciéndole sentir al mismo tiempo la restricción de su libertad. El preso sabe que está en una prisión, pero que está bajo un régimen de tutela apropiado y humano que hace que su conducta sea ne-

cesariamente exelente para gozar de los privilegios que le dá el régimen penitenciario ecuatoriano".

Agradecemos al señor López Proaño por la verdadera primicia que constituye para ANALES la publicación de las Recomendaciones que siguen y que esperamos sean debidamente consideradas por los estudiosos del Derecho.

V. L. M.

PRESENTACION

El presente documento, que tenemos el agrado de peresentar: "BASES PARA UN TRATAMIENTO PENITENCIARIO EN AMERICA LATINA", contiene las RECOMENDACIONES obtenidas en El Primer Seminario de Tratamiento Penitenciario, efectuado en Chile, en la ciudad de Llo-Lleo, del 14-27 de Abril de 1969.

Este torneo internacional organizado por el Movimiento Penitenciario Latinoamericano, con motivo de celebrar diez años de existencia; y, en el plano Nacional, por la activa y entusiasta participación e intervención de la Dirección General de Prisiones de Chile, en este Seminario de Tratamiento se congregaron selectos grupos de personas consagradas unas al Tratamiento Penitenciario, otras abocadas al estudio de las Ciencias Criminológicas y Penitenciarias.

El objeto fundamental de este encuentro no fue otro que el de estudiar las verdadesas bases de un auténtico y real Tratamiento Penitenciario para nuestra América Latina.

Debido a la seriedad, interés y dedicación de cada uno de los Congresales, resultó ser éste un estudio de valor técnico, de proyecciones señeras para el penitenciarismo de este joven Continente.

Las opiniones de algunos de los participantes extranjeros, son el mejor testimonio de ello.

El Profesor, Sr. JOSE RICO —Secretario del Instituto Criminológico de la Universidad de Montreal, de Canadá— se expresó en los términos siguientes: "Quiero agradecer el honor que he tenido

3848
015

en tomar parte en este SEMINARIO, entre personajes de renombre internacional y nacional, que es el fiel reflejo de la inquietud profesional que anima y honra tanto al Cuerpo de Prisiones, como a los Capellanes del mismo".

El señor Juan Carlos García Basallo —Sub-Director Nacional del Servicio Penitenciario Federal de la República Argentina y Corresponsal de las Naciones Unidas para su país— expresó al respecto: "Creo que fue una reunión cuyo nivel científico y técnico puede afrontar airoosamente cualquier parangón con las realizadas en otras partes".

Antes de terminar esta presentación, vayan los agradecimientos a todas aquellas personas, que tanto a nivel nacional como internacional, hicieron realidad este torneo, gracias a su apoyo y acción decidida.

Nuestros agradecimientos especiales al Sr. Sub-Secretario de Justicia, don ALEJANDRO GONZALEZ, quien prestó su ayuda y colaboración en todo momento; al Sr. Director General de Prisiones de Chile, don LUIS MINCHEL BALLADARES, que desde que se le comunicó la idea de realizar un Seminario de Tratamiento Penitenciario, estuvo permanentemente preocupado de que llegara a su feliz término.

A los Sres. Profesores José Rico (1); Juan Carlos García Basallo (2); Manuel Poblete y Marco Aurelio González Verendique, y al Capellán de Prisiones, Pbro. Eloy Parra (3), que volcaron sus conocimientos criminológicos y penitenciarios en magistrales intervenciones; a las personalidades extranjeras que estuvieron con nosotros, como el Delegado del CELAM, P. Edgard Beltrán; el Sr. Eduardo López Proaño, Director de la Penitenciaría del litoral de Guayaquil (Ecuador); y, a los Sres. Capellanes Mayores de Argentina, Colombia, Ecuador, Guatemala, México, Perú y Venezuela, que nos distinguieron y honraron con su presencia y sus aportes técnico-científico.

(1) De Canadá.

(2) De Argentina.

(3) De Chile.

La lectura de estas Recomendaciones, hagan imbuirse en los principios de un auténtico Tratamiento Penitenciario a quienes las lean y a quienes trabajan en este hermoso campo de la rehabilitación del hombre caído.

Que sirva, oriente y estimule en la búsqueda de tan noble ideal.

P. RAMON COO BAEZA,

SECRETARIO GENERAL EJECUTIVO DEL MOVIMIENTO
PENITENCIARIO LATINOAMERICANO.

RECOMENDACIONES SOBRE EL PRIMER TEMA DEL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE "RELACION ENTRE LA CRIMINOLOGIA Y EL TRATAMIENTO PENITENCIARIO"

1.—El concepto de Tratamiento se puede definir de la siguiente manera:

- a) GENERAL: Manera de actuar sobre el inculpado desde el momento de su arresto;
- b) ESPECIFICO: Manera de actuar sobre el delincuente después de haberse pronunciado contra él una sentencia condenatoria;
- c) CLINICO: Acción individual y grupal emprendida sobre el delincuente en un cuadro adecuado, la cual, intentando modelar su personalidad mediante la aplicación individualizada de ciertos métodos médicos, psíquicos y sociales, efectuados por un personal especializado, que tenga como finalidad alejarle de la reincidencia y favorecer su reintegración social.

2.—Difundir los principios de la Probación y estudiar su introducción en los países de América Latina.

3.—La posibilidad de experimentar en los países de América Latina ciertas medidas restrictivas de libertad (semidetención, arresto de fin de semana), capaces de sustituir ventajosamente las cortas penas de prisión.

4.—Considerando la situación en que se encuentran los procesados de América Latina, los participantes del Seminario Internacional de Tratamiento Penitenciario, proponen:

- a) Que se revise la legislación en materia de detención preventiva para limitar su empleo a los casos estrictamente necesarios y/o su reemplazo por otros medios.
- b) Que los procesados y condenados sean alojados en establecimientos completamente separados.
- c) Que se aplique a los procesados un tratamiento compatible con su situación jurídica.

RECOMENDACIONES SOBRE EL SEGUNDO TEMA DEL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE "LA PSICOLOGIA CRIMINAL Y SUS RELACIONES CON EL TRATAMIENTO PENITENCIARIO"

1.—Los participantes al Seminario, conscientes de la importancia del examen psicológico a que debe ser sometido todo interno al ingreso de la prisión, recomienda:

* Efectuar dicho examen de modo que sirva de antecedente en el progreso de su tratamiento interno, egreso o post-cura.

2.—Al personal de Tratamiento Penitenciario, se recomienda:

- a) Que se haga una selección de dichos postulados por medio de pruebas psicológicas que demuestren su idoneidad para las funciones que tiene que desempeñar en dicho Tratamiento.
- b) Los candidatos elegidos para ejercer dichas funciones de Tratamiento deberán rendir una prueba de selección, basada fundamentalmente en sus condiciones psicológicas e intelectuales y no en móviles de interés personal o de otros géneros.

- c) En los programas de estudio para la formación del personal, tenga una importancia preponderante la Psicología criminal aplicada al Tratamiento Penitenciario.

3.—Las Escuelas de Capacitación de Personal Técnico de las Direcciones de Prisiones u organizaciones afines de cada país de América, para la selección del personal, deben contar con un Equipo Técnico de Psiquiatras, Psicólogos, etc., de modo que ellos administren dichos exámenes y confeccionen los métodos para medir las aptitudes de cada postulante, a fin que éste desempeñe cualquiera de las múltiples funciones que los Servicios Penitenciarios poseen.

4.—Tomando en cuenta que en nuestros países de América Latina existen, en pequeño o en gran número, reductos indígenas y muchos de ellos son analfabetos o semianalfabetos, se recomienda que para su tratamiento se empleen sistemas especiales, sobretudo en Test Psicológicos, ya que los actuales exámenes son para personas de una cultura superior.

RECOMENDACIONES SOBRE EL TERCER TEMA DEL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE "LA APLICACION DE LAS DIVERSAS FORMAS DE TRATAMIENTO PENITENCIARIO"

1.—Se recomienda a los Gobiernos Latinoamericanos la creación de establecimientos diferenciados que permitan una mejor clasificación de los internos y la individualización de su tratamiento.

2.—Para los efectos de acelerar la diversificación de las instituciones correccionales y para posibilitar la individualización del tratamiento, se recomienda:

* Que los Gobiernos de los países Latinoamericanos fomenten una política de organización de sus administraciones penitenciarias a base de estabilidad, a objeto de obtener una profesionalización del personal, tendiente a su capacitación y perfeccionamiento, para que pueda aplicar las técnicas penitenciarias. Que esos mismos Gobiernos adopten en relación con la progresividad del tratamiento y las instituciones correccionales que se incorporen.

3.—Para los efectos de instalar instituciones correccionales abiertas en América Latina, se recomienda:

* Que las administraciones penitenciarias y Gobiernos interesados, efectúen una labor de difusión de sus objetos y métodos a fin de crear conciencia a la opinión pública sobre el rol que le corresponde desempeñar en la readaptación del delincuente y habiliten, a la brevedad posible, las instituciones abiertas.

4.—Considerando que la libertad condicional debe ser una parte esencial en la ejecución progresiva de las penas de privación de libertad, se recomienda:

* Que, los Gobiernos de América Latina incluyan la libertad condicional como parte de todo tratamiento penitenciario, la que deberá ser concedida por un "Equipo Técnico Penitenciario", con prescindencia de otro factor que no sea la evaluación de la personalidad del interno.

RECOMENDACIONES SOBRE EL CUARTO TEMA DEL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE "APORTE DE LA PENOLOGIA MODERNA AL TRATAMIENTO PENITENCIARIO"

1.—Teniendo en consideración que los sistemas penales Latinoamericanos se inspiran en el principio PENA-CASTIGO-SANCION, el Primer Seminario Latino Americano de Tratamiento Penitenciario, recomienda:

* Que la política penológica de los países Latinoamericanos se encause en el principio de que la ejecución de la pena tenga por objeto la reforma espiritual del delincuente y su conveniente reintegro al núcleo social y, en ningún caso, la imposición de un mero castigo.

2.—Es necesario que en nuestro trato con el interno tengamos los siguientes criterios:

- a) Considerarlo como enfermo social y no como enemigo que hay que castigar o reprimir.

- b) Provocar en él ideas y principios que lo hagan reaccionar libremente hacia el bien.

- c) Que el tratamiento sea más bien de carácter educador en lugar de represivo o deformador.

3.—Considerando que el Tratamiento Penitenciario es una amplia concepción que hacer sentir la necesidad de iniciar en sus principios a los agentes de prevención del delito, a los jueces sancionadores y al personal penitenciario, recomienda:

- a) Que los establecimientos de formación de los agentes preventivos del delito y de los jueces sancionadores, incluyan en los programas de educación un ramo específico de tratamiento penitenciario en el período pre-sanción.

- b) Que a los servicios penitenciarios se les dote del personal especializado suficiente para aplicar el tratamiento penitenciario en las etapas de privación de libertad, de semi-libertad y de post-libertad, este tratamiento se debe aplicar en forma intensiva o gradual, según sea la personalidad del infractor o la etapa en que se encuentre el interno dentro de la progresividad del tratamiento.

- c) Sería conveniente, en el plano internacional, la creación de organismos regionales, que se dediquen a formar y preparar a los funcionarios de tratamiento, con el fin de facilitar la preparación y funcionamiento del tratamiento individual, y grupal con los actuales medios institucionales y métodos futuros que se adopten.

4.—Que, ante la solicitud de revisión al día de los códigos penales Latinoamericanos, se sugiere, para una mayor efectividad de los mismos, que las comisiones de reforma estén integradas no sólo por juristas, sino también por criminólogos y técnicos penitenciarios.

5.—Considerando que las penas aplicadas en la actualidad pres-

cinden de la personalidad del infractor y sólo atienden a su acto punible, se recomienda:

- a) Que sea parte del proceso un informe criminológico del infractor, realizado por personal especializado, el cual el juez deberá tener presente. Tal informe indicará el tipo de tratamiento que se deberá aplicar al infractor, como igualmente su duración, en reemplazo de las penas que hoy se imponen.
- b) Que las penas se impongan en relación al grado de culpabilidad y no por el delito mismo.

RECOMENDACIONES SOBRE EL QUINTO TEMA DEL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE "LA PASTORAL PENITENCIARIA Y LOS ASPECTOS HUMANOS DE LA CONFIGURACION DE LA VIDA DEL PENADO"

Se recomienda:

1.—A las Capellanías Generales de Prisiones, la selección de los Capellanes para que puedan integrarse al equipo de tratamiento y atender la asistencia religiosa a los internos, individualizando el tratamiento.

2.—Todo sacerdote que postule al cargo de Capellán deberá efectuar un curso o Seminario en la Escuela Técnica de Prisiones para capacitarlo en el desempeño de sus funciones.

3.—Viendo la necesidad del Capellán dentro del tratamiento penitenciario, este Seminario propone: que se solicite a los Señores Obispos de América Latina, tomen conciencia de su responsabilidad como Pastores y envíen sacerdotes preparados a cargo de la asistencia religiosa dentro de los establecimientos penales.

4.—Se recomienda a las comisiones permanentes del Episcopado de los países Latinoamericanos poner en práctica, donde no lo esté, la Conclusión Octava del Primer Congreso Latino America-

no del Movimiento Penitenciario, en lo que se refiere a la organización de los Capellanes de los establecimientos penales, colocando al frente de ellos un Capellán Mayor.

5.—En toda unidad penitenciaria debe haber un Capellán, pero, si el Estado no tuviere capacidad económica para contratarlo o no hubiese plazas en los escalafones, podrá desempeñar el cargo un sacerdote voluntario, el que, debidamente preparado, formará parte del cuerpo de Capellanes, participará en todos los cargos técnicos e integrará los equipos de trabajo que el ejercicio de su Capellanía exija.

6.—De acuerdo con las Reglas Mínimas de Tratamiento de los Reclusos (Ginebra, 1955), el Capellán penitenciario no constituye una simple presencia religiosa, sino que hace la ejecución legal de la pena, como integrante del equipo correccional, en el quehacer penitenciario.

7.—El estudio consciente de los valores humanos, morales y religiosos que el Capellán representa para el tratamiento penitenciario y la rehabilitación de los internos, llama al Capellán para integrarlo a los equipos técnicos penitenciarios, por lo tanto, debe incluirlos en los escalafones y darles la remuneración acorde a su dignidad, capacitación y trabajo, equiparándolos a otros grupos técnicos.

RECOMENDACIONES SOBRE EL PRIMER TEMA DE LA SEGUNDA PARTE DEL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE "SENTIDO HUMANO DE LA PENA, BASE DE TODO TRATAMIENTO"

DECLARA:

Que la ejecución de la pena, tanto de acuerdo a las Reglas Mínimas para el Tratamiento de los Reclusos de las Naciones Unidas, como en el pensamiento de Pio XII, tiene por finalidad la defensa de la sociedad, aplicando un tratamiento individualizado al infractor, para impedir que recaiga en el delito.

38484
018

PARA ELLO RECOMIENDA:

1.—Que en la aplicación del Tratamiento Penitenciario, se tome debidamente en cuenta los valores fundamentales, que se descubran en el interno, ya que éste no debe ser objeto de tratamiento sino artífice de su propia rehabilitación social. Entre estos valores fundamentales la experiencia señala algunos:

- a) Sentido de su dignidad humana, con derecho a un trato digno y respetuoso de su persona;
- b) Sentido de responsabilidad social;
- c) Preocupación por su familia;
- d) Inquietudes espirituales y religiosas;
- e) Compañerismo;
- f) Deseo de lograr una buena capacitación profesional;
- g) Anhelo de mejorar su nivel cultural.

2.—Que el Capellán coadyuve al descubrimiento de estos valores fundamentales del interno y a su debido respeto.

3.—Que el tratamiento individualizado del interno suponga necesariamente la existencia de un Equipo Técnico del que, por lo menos, formen parte Oficiales de Tratamiento, Capellanes, Asistentes Sociales, Profesores, Psicólogos, Criminólogos, Sociólogos, Médicos y Personal Subalterno debidamente capacitado y señala que el éxito del Equipo Técnico dependerá, no sólo de las condiciones y capacidades de sus integrantes, sino que, especialmente, de una coordinación de sus tareas, en permanente e íntima relación con el interno.

4.—Que en los países de América Latina donde no exista una legislación que regule el Régimen Penitenciario se dicte una ley en ese sentido, de principios amplios y flexibles, en conformidad con las Reglas Mínimas para el Tratamiento del Recluso y los progresos ulteriores de la ciencia penitenciaria.

RECOMENDACIONES SOBRE EL SEGUNDO TEMA DE LA SEGUNDA PARTE DEL SEMINARIO INTERNACIONAL "ETAPAS Y ASPECTOS DEL TRATAMIENTO PENITENCIARIO"

1.—Que las etapas de todo Tratamiento Penitenciario deben comprender, por lo menos, los siguientes aspectos:

- a) Examen de la personalidad del interno a su ingreso, a cargo del Equipo Técnico;
- b) Iniciación del Expediente, Cartilla Penitenciaria o Historia Criminológica individual;
- c) Entrega al interno de una información sobre el régimen al que estará sometido;
- d) Elaboración de un programa concreto de tratamiento;
- e) Adopción, en cada caso, de la clasificación y separación que resulte más apropiada;
- f) Aplicación de una terapia normativo-direccional, que comprenda:

- Cuidado y aseo de la persona y vestimentas;
- Distribución racional de la jornada;
- Proscripción del ocio y práctica de la cultura física;
- Disciplina humana y justa, regulada por un adecuado sistema de estímulos y sanciones.

g) Terapia Religiosa y moral.

2.—Que tienda a diferenciar netamente el tratamiento de los jóvenes adultos del correspondiente a los adultos propiamente tales.

3.—Que en aquellos casos en que no pueda constituirse el Equipo de Tratamiento completo, se encomiende a Oficiales de

3848
010
5878

Tratamiento la realización de las tareas básicas, asistidos por los profesores existentes en el Establecimiento. Cuando la complejidad del caso lo requiera, el estudio del interno deberá transferirse al organismo criminológico correspondiente.

4.—Que los integrantes del Equipo de Tratamiento deben consagrarse primordialmente al cumplimiento de sus tareas específicas, evitándose en todo lo posible la realización de tareas meramente burocráticas que pueden quedar a cargo de otros funcionarios de la administración penitenciaria.

5.—Que, para asegurar la individualización del Tratamiento Penitenciario, se delimiten y coordinen debidamente las tareas correspondientes a cada integrante del Equipo.

6.—Que para asegurar la eficacia del tratamiento individualizado de los internos, resulta imprescindible que exista una adecuada proporción entre el personal especializado y los internos a tratar.

7.—Que los Patronatos de Liberados, sin perjuicio de que presten ayuda a los internos alojados en los Establecimientos Penitenciarios, consagren todos sus esfuerzos para atender al control y atención de los libertos. Para ello, deberán contar con los Asistentes Sociales u Oficiales de Prueba y coordinar su acción con los Equipos Técnicos de tratamiento institucional.

RECOMENDACIONES SOBRE EL TERCER TEMA DE LA SEGUNDA PARTE DEL SEMINARIO INTERNACIONAL "ELEMENTOS BASICOS DEL TRATAMIENTO"

1.—Que como contribución a la disminución del hacinamiento que es dable observar, se adopte un programa de redistribución de los internos, procurando un mejor uso de las instalaciones y de los establecimientos existentes.

2.—Que cuando se deba proceder a la construcción de recintos carcelarios y penitenciarios, se tome en consideración lo siguiente:

- a) La exigencia de que la administración penitenciaria, con intervención de sus organismos técnicos, elabore

el programa de necesidades y oportunamente preste su aprobación al proyecto definitivo;

- b) La urgencia en lograr una efectiva diferenciación de los institutos para condenados (cerrados, semi-abiertos y abiertos), para lograr la individualización del tratamiento. Estimase que dadas las características peculiares de la delincuencia en América Latina, en especial, la procedencia de ambientes rurales, es impostergable la habilitación de establecimientos semi-abiertos de carácter agrícola, forestal y pesquero;

- c) El empleo de la mano de obra de los propios internos en la construcción de los mismos, siempre que ello resulte posible;

- d) La conveniencia de que se incluyan instalaciones adecuadas al nivel que debe exigirse al personal, para uso del mismo.

3.—Que se considere como parte previa e importante de un auténtico Tratamiento Penitenciario todo lo que dice relación con la higiene personal de los internos y del establecimiento, para lo cual es indispensable:

- a) Que se establezcan con precisión las normas de higiene que, desde su ingreso, está obligado a acatar el interno;

- b) Que el Estado provea los elementos indispensables para su ejecución;

- c) Que la administración penitenciaria verifique celosamente el cumplimiento de las mismas;

- d) Que el Estado provea de vestuario a los condenados y a aquellos procesados que no lo posean.

4.—Que en la alimentación de los internos, cuya importancia se ha subrayado para el buen éxito del Tratamiento a que deben estar sometidos, se tome en cuenta lo siguiente:

38484
000
7888

- a) La conveniencia de que se la estudie, con el concurso de especialistas, en escala zonal, procurando respetar los hábitos de los internos;
- b) Que se encare la modernización de las instalaciones y de los procedimientos para su preparación y distribución;
- c) Que el Estado adopte oportunamente las medidas económicas necesarias que permitan asegurar con regularidad el debido suministro, en cantidad y calidad, de la alimentación establecida;
- d) La necesidad que la dirección de todas las tareas inherentes a la preparación de los alimentos, se encuentre a cargo de maestros de cocina que formen parte de la administración penitenciaria, y a quienes se los considere profesionalmente capacitados para tal labor;
- e) Que en las Escuelas de formación del Personal Penitenciario se prepare convenientemente a quienes estén llamados a desempeñar funciones de Económico.

5.—Que la administración penitenciaria arbitre los medios necesarios para que invariablemente cada establecimiento posea un servicio médico adecuado a sus necesidades. El médico, además de formar parte del Equipo Técnico, deberá controlar el estado sanitario del interno a su ingreso y durante su permanencia, orientando su actividad hacia una medicina preventiva y a asesorar en todo lo que se relacione con la alimentación y la higiene.

Se estima, además, conveniente que en las Escuelas para formación del Personal Penitenciario se instruya al mismo en el conocimiento de primeros auxilios, que le permitan afrontar las emergencias que pueden sobrevenir en el ejercicio de sus funciones.

6.—Que se considere la educación física y la práctica de deportes como elementos importantes para el tratamiento del interno. Para asegurar su efectividad es necesario que el establecimiento

cuente con especialistas en la materia. Se estima conveniente que en las escuelas para la formación del personal penitenciario se capacite al individuo para que pueda actuar supletoriamente como líder deportivo.

7.—Que, para lograr una buena higiene mental en los internos, se cree bibliotecas y se adopten las medidas necesarias destinadas a erradicar de éstas e impedir el ingreso de libros y otras publicaciones de carácter pornográfico y sensacionalista en el establecimiento.

RECOMENDACIONES DEL CUARTO TEMA DE LA SEGUNDA PARTE DEL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE "DISCIPLINA, SANCIONES Y MEDIOS COERCITIVOS EN EL TRATAMIENTO PENITENCIARIO"

1.—Que la Disciplina Penitenciaria sea especializada, por cuanto proporciona normas de conducta para promover la readaptación del interno y lograr una adecuada convivencia en los establecimientos penales.

2.—Que las reglamentaciones relativas a la Disciplina Penitenciaria sean suficientemente ágiles y dúctiles para permitir el tratamiento individualizado de los internos y, en conformidad a las Reglas Mínimas para el Tratamiento de los Reclusos, no impongan más restricciones que las necesarias para mantener la seguridad y la buena organización de la vida en común. Además, estima conveniente que la administración penitenciaria superior verifique periódicamente la correcta aplicación de las reglamentaciones en la materia.

3.—Que el régimen disciplinario de los establecimientos se caracterice por:

- a) Estar sustentado en principios de justicia y humanidad;
- b) Propender al tratamiento individualizado;

- c) Tomar en cuenta las peculiaridades del país y de los regímenes cerrados, semi-cerrados y abiertos;
- d) Evitar una adaptación meramente pasiva y mecánica del interno al régimen establecido; y,
- e) Despertar en el interno, por convencimiento, su espontáneo acatamiento a las normas establecidas.

4.—Que la organización de los establecimientos o secciones de máxima seguridad, destinados a aquellos internos que no se adaptan al régimen cerrado y semi-abierto, permita la aplicación de un verdadero tratamiento a cargo de un equipo técnico, sin perjuicio de las medidas que deban adoptarse racionalmente para el mantenimiento de la disciplina.

5.—Que, la aplicación de las correcciones disciplinarias se base tanto en la naturaleza de la infracción cometida como en la personalidad del interno, atendidas las causas y circunstancias en que se produjo el hecho.

RECOMENDACIONES SOBRE EL QUINTO TEMA DE LA SEGUNDA PARTE DEL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE "EDUCACION FORMAL, ETICA Y RELIGIOSA"

1.—Que, desde el ingreso, para aquellos internos que lo requieran, se arbitren modernos medios de alfabetización que les permitan en poco tiempo superar su carencia educacional.

2.—Que los programas de educación formal, elaborados por la Administración Penitenciaria y aprobados por el Ministerio del Ramo, se ajusten a las reales necesidades educativas del interno en su vida actual y lo preparen para el futuro.

Que los profesores afectados a la educación formal de los internos dependan técnica y administrativamente de la administración penitenciaria.

3.—Que se procure la colaboración de instituciones que faci-

ten la formación técnica, laboral, cultural y social del interno, atendiendo a las recomendaciones que al respecto formule el Equipo Técnico. Dicha profesionalización debe ser acorde con las exigencias del medio libre, de tal modo que posteriormente permita la inmediata ubicación del interno a su egreso.

4.—Que, donde el régimen progresivo del tratamiento lo permita, el interno pueda salir a completar su educación formal y su especialización en los medios educativos y culturales externos.

5.—Que al utilizarse los medios de comunicación social (radio, cine, televisión), se adopten las medidas necesarias para propender a una adecuada selección de programas, de tal manera que no sólo no incidan en la deformación de los internos, sino que contribuyan a su mejor formación formal, ética y religiosa.

6.—Que se propicie ante la Jerarquía Eclesiástica de cada país una presencia activa de la Iglesia en los establecimientos penitenciarios mediante el nombramiento de Capellanes debidamente seleccionados y capacitados para que puedan realizar en ellos una labor pastoral de educación religiosa y de recuperación moral de los internos.

7.—Que donde fuere posible y donde las autoridades penitenciarias lo permitan, puedan cooperar con el Capellán del establecimiento, elementos laicos, debidamente seleccionados y capacitados, en la formación ética y religiosa de los internos.

RECOMENDACIONES DEL SEXTO TEMA DE LA SEGUNDA PARTE DEL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE "SELECCION, CONDUCCION Y FORMACION DEL PERSONAL"

1.—Cualquiera que sea el papel que desempeñe el personal en la aplicación del tratamiento penitenciario, se seleccione y especialice cuidadosamente, teniendo en cuenta el carácter de la importante misión que debe cumplir. Al efectuarse la selección, deberá tomarse en cuenta:

- a) Las adecuadas condiciones físicas, psíquicas y morales de los candidatos;
- b) La necesidad de que la selección se base en las condiciones y aptitudes personales y, en modo alguno, en consideraciones de tipo político u otras ajenas al servicio; y,
- c) La recomendación de las Naciones Unidas en el sentido de que el personal penitenciario "no se deberá formar con miembros procedentes de las Fuerzas Armadas, de la policía o de otros servicios públicos".

2.—Que para posibilitar la aplicación de un auténtico tratamiento a los internos, en todos los países de América Latina se organice una verdadera carrera para el Personal Penitenciario en todos los niveles y especialidades. Para ello, se deberá dictar, por ley, un estatuto que contemple el riesgo; las exigencias morales, físicas e intelectuales que impone este servicio y que establezca un adecuado régimen de ingreso, de formación y perfeccionamiento profesional, estabilidad, funciones a cumplir por los integrantes de cada uno de los escalafones, régimen de ascensos y retiros. Ese estatuto deberá establecer claramente la prohibición de que quienes desempeñen funciones de cualquier clase en la Administración Penitenciaria puedan formar parte de organismos sindicales y suspender la prestación de servicios.

3.—Que la provisión de los cargos superiores de la administración penitenciaria (director y subdirector de prisiones u otros equivalentes, no se base pura y exclusivamente en razones circunstanciales y que, por el contrario, como lo señala la Organización de las Naciones Unidas, la designación recaiga en personas que posean una formación apropiada, experiencia y capacidad ejecutivas adecuadas a estas funciones. En lo posible se tome en cuenta al personal superior de carrera para el desempeño de esos cargos.

4.—Que para asegurar el concurso del personal penitenciario, con vocación social y debidamente capacitado, la administración penitenciaria se esfuerce en lograr que su retribución, tome en cuenta las modalidades riesgosas de la prestación de estos servicios y

su carácter de defensa social y seguridad. Por otra parte, señala la importancia de que la administración penitenciaria encare la construcción y habilitación de viviendas dignas para el personal de los distintos niveles.

5.—Que se organicen escuelas destinadas a la formación y perfeccionamiento del personal penitenciario de todos los niveles y especialidades. La dirección de las mismas debe recaer en personal penitenciario de carrera y sus profesores deberán ser designados con carácter permanente, mediante concurso abierto o interno, según fueren las cátedras a proveer.

6.—Que en las escuelas para la formación del personal penitenciario se dicten Cursos de Ingreso, previos a la administración y designación definitiva en el último grado del escalafón o subescalafón correspondiente, Cursos de Perfeccionamiento para el personal en servicio, cuya aprobación debe constituir un requisito indispensable para el ascenso. En los planes de todos estos cursos deberá darse especial relieve a la enseñanza de las asignaturas referentes a las Ciencias del Hombre (Psicología, Sociología, etc.) Cuando fuere necesario podría recurrirse, para los Cursos de Perfeccionamiento, a la enseñanza por correspondencia, debidamente planificada y evaluada.

RECOMENDACIONES DEL SEPTIMO TEMA DE LA SEGUNDA PARTE DEL SEMINARIO INTERNACIONAL PENITENCIARIO SOBRE "EL TRABAJO Y SU TRASCENDENCIA EN EL TRATAMIENTO PENITENCIARIO"

1.—Considerando la trascendencia que el trabajo tiene en el Tratamiento Penitenciario y la importancia que la sociedad le confiere, se encarece que al planificar cada nuevo Establecimiento Penal, se analice fundamentalmente la actividad laboral que se va a desarrollar en dicho Establecimiento.

Además, se pide, que el trabajo de cada Penal se estructure conforme a las posibilidades y necesidades de la Zona, siendo el Estado el principal rector de dicha organización, para que al regre-

38484
00

sar el liberto a la sociedad salga perfeccionado en sus conocimientos y pueda inclinarse en forma natural a su medio.

2.—Para dar una solución en forma transitoria al problema laboral en las Cárceles de América Latina, se sugiere que, de acuerdo con las Autoridades Penitenciarias se establezcan sociedades anónimas con participación del Estado y particularmente para la formación de industrias, dentro o anexas a los Establecimientos Penales, donde trabajarán y se especializarán los Internos del Penal.

3.—Que la remuneración del Interno sea la misma que se tiene para iguales actividades del obrero libre, salvo las excepciones establecidas por las Leyes de cada país, incluso tratando de eliminar la figuración del Servicio de Prisiones como patrón, excogitando la mejor forma posible para lograr esta finalidad.

4.—Tomando en consideración que el trabajo es parte de la terapia penitenciaria, se debe propender a la canalización de la venta del producto de la labor penitenciaria y que se obtenga el máximo de rendimiento para el Interno, eliminando en lo posible los intermediarios.

5.—Considerando la gran cantidad de mano de obra que permanece inactiva en los Establecimientos Penales, se recomienda la posibilidad de que parte de esta obra, previamente seleccionada por el Equipo Técnico y con la debida autorización de las autoridades competentes, sea empleada en la ejecución de obras públicas.

Además, se recomienda que se aproveche la baja peligrosidad de los Internos de extracción rural a objeto de emplearlos en Establecimientos Agrícolas con régimen de semi-libertad.

6.—Que en las Escuelas Técnicas de Prisiones se considere en sus cursos de Perfeccionamiento, la capacitación de funcionarios adecuados para que sean Instructores o Jefes de los diversos trabajos que se implanten en los distintos Establecimientos.

Que estos Maestros Instructores que efectuarán esta etapa o fase del Tratamiento Penitenciario al momento de su ingreso al Servicio de Prisiones deban ser sometidos a exámenes especializa-

dos, donde se analice tanto su personalidad, vocación e idoneidad profesional.

El Maestro Instructor deberá informar periódicamente al Consejo Técnico del aprovechamiento, rendimiento del interno, a fin de valorizar la terapia a que ha sido sometido, en el aspecto laboral.

*
* *

INSTITUTO LATINOAMERICANO PARA LA PREVENCIÓN Y TRATAMIENTO DEL DELINCUENTE

CONSIDERANDO:

Que el Seminario Latinoamericano sobre Prevención del delito y Tratamiento del delincuente, organizado por las Naciones Unidas (Rio de Janeiro, 1953), acordó el establecimiento de un Instituto Latinoamericano para la Prevención del Delito y el Tratamiento del Delincuente;

Que no obstante el largo tiempo transcurrido desde entonces y los esfuerzos realizados, el referido Instituto no ha podido entrar en funciones;

Que este SEMINARIO INTERNACIONAL estima que el efectivo funcionamiento de este Instituto contribuiría decisivamente a la adopción por los países de América Latina, de una política criminal racional y científica y a la formación de personal debidamente capacitado para los procesos correccionales institucionales y no institucionales;

Que el SEMINARIO comparte tanto la sugerencia presentada por el Comité Consultivo Especial de Expertos en materia de Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente (Ginebra, 1963), en sentido de que en razón de las dificultades existentes es conveniente que las Naciones Unidas exploren la posibilidad de radicar el Instituto en algún otro país de la región (E/C.N. 5/371, párrafo 90), como la recomendación formulada por el Grupo de Expertos

30484
C.O.

Latinoamericanos reunidos en la Guaira (Venezuela, 1963), urgiendo la habilitación de ese Instituto;

Por ello, el SEMINARIO INTERNACIONAL DE TRATAMIENTO PENITENCIARIO.

ACUERDA:

Solicitar a las Naciones Unidas y a los gobiernos de Latinoamérica, se intensifiquen los esfuerzos encaminados a la efectiva habilitación, a la mayor brevedad posible, del Instituto Latinoamericano para la Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente, acordado en Rio de Janeiro en 1953.

LLO-LLEO, Chile, 26 de Abril de 1969.

BIOGRAFÍAS SELECTAS

Esta sección la ocupa hoy el espléndido ensayo del brillante literato y científico vienés, el Prof. Hanz Politzer, cuya feliz vinculación con dos lenguas y dos culturas diferentes le ha permitido publicar en lengua alemana obras norteamericanas en prosa o traducir al alemán poesía anglosajona, estudiando, al mismo tiempo, a fondo a Franz Kafka o a Sigmund Freud.

DOSTOIEVSKI Y LA EPILEPSIA DEL MUNDO MODERNO* es el estudio psicosocial del caso del novelista ruso, cuya obra irradia hasta hoy un resplandor insólito en el mundo de las letras en todos los países del Orbe. "La epilepsia de Dostoievski ha pasado a ser el símbolo del martirio moderno creador, lo mismo que la oreja seccionada de Van Gogh, y las paredes de corcho que rodeaban el lecho de Proust enfermo", dice el autor de este ensayo.

El mal comicial hincó sus tentáculos deformes en el cuerpo y en el alma del novelista genial. Pero la pasión inquisitiva del artista dominó los padecimientos del hombre y su vida, torturada y convulsa, se trasmutó en uno de los misterios de su arte. El genio de Dostoievski se debe mucho a esa estrella fatal, satánica, de su enfermedad, porque ella exaltó en él las sensaciones concentradas, inasequibles a una sensibilidad normal, dotándolo de una mirada mágica para penetrar en el mundo recóndito de las almas.

Esta biografía selecta de Dostoievski de H. Politzer, actualiza, una vez más, ese problema profundo: la participación de las enfermedades mentales en las actividades artísticas, en las que actúan como factor de los más grandes errores y perversiones de la personalidad, como también en lo más perfecto y genial de sus grandes valores espirituales y de sus creaciones positivas; los vínculos, en una palabra, que pueden unir a esas dos inmensas manifestaciones de la anormalidad, que son el genio y la locura.

A. C. T.

* Simposium Ciba. — T. II. Nº 3, 1963.

HANZ POLITZER

DOSTOIEVSKI Y LA EPILEPSIA DEL MUNDO MODERNO

El germanista basilense Walter Muschg, uno de los observadores más sagaces de nuestra literatura, escribe estas frases asombrosas en su *Historia trágica de la literatura*: "Dostoievski estaba enfermo porque, en su calidad de literato, sentía la vocación de describir la enfermedad del mundo. En su epilepsia se concentraba la crisis de la civilización moderna" (1). La evidencia de este aforismo es tal que deslumbra al lector, quien siente la tentación de frotarse los ojos. Ahora bien, ¿es esta afirmación tan acertada como brillante? Y, aun dándola por cierta, ¿contiene toda la verdad?

La epilepsia de Dostoievski ha pasado a ser un símbolo del martirio del moderno creador, lo mismo que la oreja seccionada de Van Gogh y las paredes de corcho que rodeaban el lecho de Proust enfermo. Con todo, el calvario somático del ruso se halla todavía bastante sumido en la obscuridad. Basándose en un trabajo aparecido en diciembre de 1930 en la *Slavonic Review*, de fuentes rusas, Edward Hallett Carr fija el comienzo de la enfermedad hacia el año 1854 y concluye sumariamente: "La neurastenia que sufrió (Dostoievski) en San Peterburgo antes de regresar del destierro siberiano no era considerada por él ni por sus amigos como una enfermedad de carácter epiléptico; ni existe tampoco prueba alguna de que lo hubiera sido en realidad" (2). De hecho, el nombre de la enfermedad no se encuentra mencionado como tal en ninguna de las primeras cartas de Dostoievski. Si, en cambio, se habla en ellas de hipocondría, malestar general y angustia vital insondable. Así las primeras cartas de Dostoievski. Si en cambio, se habla en ellas veinticinco años, escribe a su hermano Miguel: "Tengo la salud muy quebrantada. Los nervios amenazan rompérsese y mi temperatura me tiene intranquilo. Llevo una vida tan desenfadada que soy incapaz de encauzarla de nuevo por los caminos de la decencia" (3). Ni una sola palabra de epilepsia, aunque de una frase a la siguiente se relaciona sin transición el malestar corporal con el moral. No

se necesita ser un gran psicólogo para diagnosticar en este joven evidentemente neurótico la existencia de sentimientos de culpabilidad.

Veintisiete años después del artículo publicado en la *Slavonic Review*, Avrahm Yarmolinsky pudo afirmar en su biografía, basada también en una abundante documentación de origen ruso, que era indudable que "las crisis de Dostoievski se manifestaron lo más tarde en 1846, en la época en que tenía veinticinco años. Ya no le abandonaron en todo el resto de su vida. Además coinciden con la descripción clínica del tipo epiléptico su temperamento hipersensible, misantrópico y lábil y su carácter impregnado de hipocondría, de una religiosidad intensa y de la tendencia a huir de la realidad para refugiarse en un mundo de ensueño" (4). La contradicción con la anamnesis de Carr se explica por el hecho de que Yarmolinsky tiene en cuenta el testimonio de los contemporáneos de Dostoievski, en particular las notas del médico Janovski, en vez de limitarse a la autobiografía del literato. Por otra parte, Yarmolinsky propende mucho más que Carr a considerar ciertos elementos psicodinámicos como factores que pueden haber influido en la historia clínica.

Si el primer acceso epiléptico de Dostoievski puede ser situado en el año 1846, tal fecha coincide con su entrada triunfal en la literatura, con el éxito de la novela *Pobre gente*. ¿Hay que interpretar este acceso como expiación del éxito sorprendente de un libro que a su vez pretendía ser la expiación de los males del pueblo? Visarion Grigorievich Belinskij, cofundador de la crítica social en la literatura rusa, había reconocido el talento del joven escritor y sacado su obra del anonimato, con un artículo en la *Otechestvennia Zapiski*. Por así decirlo, había hecho al escritor Dostoievski. Al fallecer Belinskij en 1848, el doctor Janovski registró la segunda crisis, manifiesta: Dostoievski se presentó a él con la noticia de la muerte y "se hallaba en un estado tal de agitación, que el médico insistió en que se quedara con él. Durante el día todo transcurrió bien, pero a las tres de la madrugada el doctor percibió una respiración ruidosa, comparable a un ronquido, procedente del dormitorio de Dostoievski. Se precipitó en su auxilio y le encontró tendido de espaldas presa de convulsiones y con los ojos abiertos; tenía la lengua fuera y espuma en los labios" (5). Si la primera crisis podía

interpretarse como una especie de autocastigo, la segunda se relacionó con la pérdida de un amigo paternal. ¿Creyó acaso el escritor, en alas de su enfermiza fantasía, que Belinskij había tenido que pagar con la vida su buena acción? ¿Se consideró Dostoievski culpable de la muerte del hombre que había obrado respecto a él como un padre, a pesar de que sólo contaba diez años más que el literato?

A este respecto conviene recordar que cuando Dostoievski tenía dieciocho años su padre murió violentamente en circunstancias que, en ciertos aspectos, anticipan el asesinato del viejo Karamazov por su hijo ilegítimo Smerdiakov. Existía efectivamente una tradición familiar, comunicada por la hija de Dostoievski, según la cual Feodor Mikhailovich sufrió su primer ataque cuando tuvo noticia de la muerte violenta sufrida por Miguel Andreyevich Dostoievski. (6). Dicha tradición indujo luego a nada menos que Sigmund Freud a atribuir las manifestaciones somáticas de la enfermedad a un traumatismo ocasionado por el complejo de Edipo: "La suposición más probable", escribe Freud, "es que (los accesos) se remontan hasta muy lejos en la infancia de Dostoievski y que primero estuvieron representados por síntomas leves y sólo después de la sobrecogedora experiencia sufrida a los dieciocho años, a raíz del asesinato de su padre, adoptaron la forma de epilepsia" (7). Dicha hipótesis remite igualmente al sentimiento de culpabilidad, al autorreproche por el asesinato de su padre, que luego debía exacerbarse en la figura del epiléptico Kirilov, de *Los demonios*, hasta el ateísmo y el sacrilegio.

En 1849 se apodera de Dostoievski la autoridad suprapersonal, o bien, si se prefiere la nomenclatura psicoanalítica, la imagen paternal del Estado. A los veintiocho años Dostoievski es detenido por haber partido en la conjuración del círculo formado en torno a Petrashevski, de tendencia socialista, y llevado a la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Desde la prisión escribe el 22 de diciembre a su hermano Miguel: "Hoy... nos han llevado a la plaza de Semionovski. Después de sernos leída la sentencia de muerte y de romper sobre nuestras cabezas la espada, nos pusieron la camisa blanca de los muertos. Tres de los nuestros fueron amarrados entonces al poste de ejecución. Yo era el sexto; como nos llamaban por grupos de tres, pasé a formar parte del segundo grupo. Sólo

me quedaban unos instantes de vida. Pensé en ti, querido hermano, y en los tuyos. En aquel momento sólo tú ocupabas mis pensamientos; entonces comprendí por primera vez cuánto te amaba, querido hermano. Me quedaba sólo el tiempo de abrazar a Plestcheiev y Durov, que se hallaban junto a mí, y decirles adiós. Entonces tocaron retreta. Los que estaban ya atados a los postes fueron libertados. Se nos leyó el decreto de gracia otorgado por Su Majestad Imperial" (8). Gracia significaba la Katorga, la "Casa de los muertos", Siberia, cuatro años de trabajos forzados y, por último, como confiesa el propio Carr, la plena manifestación de los ataques epilépticos.

El carácter absurdo de este juego de la suprema autoridad terrena, el "padrecito Zar", con un súbito que por ello mismo pasaba enteramente de ser sujeto a ser objeto es en realidad una de las pruebas más impresionantes, históricamente, de un conflicto de generación llevado al dramatismo más extremo. El padre Estado se apodera del hijo rebelde y juega con él como el gato con el ratón. La crisis que se había abatido sobre la sociedad moderna se concentraba en la epilepsia de Dostoievski en la medida en que dicha crisis de la civilización occidental se vincula con el destronamiento de la figura paternal suprapersonal (de Dios lo mismo que del Estado) y en la medida en que en la epilepsia de Dostoievski han intervenido oscuros sentimientos de culpabilidad nacidos de agresiones que sufrieron su padre carnal, su amigo paternal Belinskij y también la imagen paternal del Zar y de su Estado. En la medida de lo dicho es válido también el aforismo de Walter Muschg.

Ahora bien, si la ejecución suspendida de la plaza de Semionovski hizo que estallara la enfermedad o, lo que es más probable, contribuyó a que pasara a una fase muy aguda, es curioso que en este instante terminal y supremo de su existencia Dostoievski consiguiera por primera vez salir de su yo neurótico y encerrado en sí mismo mediante un gesto genuinamente fraternal. El adiós a Plestcheiev y Durov, sus compañeros de destino y de miseria, y la explosión de sus sentimientos hacia Miguel y los suyos se revelan, con todo su patetismo romántico, como el otro rasgo constituyente del carácter de Dostoievski, o sea, una capacidad de amar que se exalta hasta el éxtasis y lo universal. Precisamente aquí se nos muestra como el primer literato moderno de Rusia y tal vez de

toda Europa, con un carácter, una obra literaria y, en consecuencia insólita, una enfermedad susceptibles de muchas interpretaciones. Ha plasmado y condenado el asesinato del padre con la máxima fuerza persuasiva en el epiléptico Smerdiakov de *Los hermanos Karamazov*; en cambio, la transición de una existencia condenada por sí mismo al amor la ha representado en otro epiléptico, el príncipe Mishkin de *El idiota*. En estas dos figuras extremas se reflejan el alcance de la fuerza creadora de Dostoievski, así como también la intensidad de su cuadro patológico. Hay que considerar estos dos elementos conjuntamente para tener una idea de su carácter y de su dolencia.

Federico Nietzsche, que conoció tarde (1887) a Dostoievski, ha dicho de él que fue el único psicólogo del que pudo aprender algo: "Se cuenta entre los lances más hermosos de mi vida" (9). Aun cuando el ruso estaba en contradicción con los "instintos más bajos" de Nietzsche, el alemán le estimaba sin embargo "por otra parte como el material psicológico más valioso que conozco" (10).

En su calidad de psicólogo y de psicópata, se ha interpretado durante mucho tiempo a Dostoievski como un conocedor refinadísimo del alma humana gracias a su naturaleza y a su enfermedad, a sus alternativas de elevación y caída y a sus victorias y derrotas repetidas. En este mismo refinamiento ha visto casi siempre una enfermedad. Y sin embargo Dostoievski, en un pasaje decisivo, pone en boca del abogado defensor de Dimitri Karamazov estas palabras: "Con todo, señores, la psicología se parece, aun cuando sea algo muy profundo, a una espada de doble filo" (11). Las risas leves que despierta en el público esta salida de Fetiukovich indica que el abogado ha desconcertado a sus oyentes con un giro inesperado y que al literato le animaba una intención parecida con respecto a sus lectores.

Desde el punto de vista psicológico, la familia Karamazov representa, sin lugar a dudas, la decadencia de la sociedad moderna, decadencia a la que no escapa ni siquiera el piadoso Aliosha, este luminoso personaje enteramente pasivo. En este sentido la novela constituye una intensificación enorme del realismo que diez años antes había desplegado Emile Zola, de manera excesivamente ejemplar, en sus *Rougon-Macquart*. En comparación con el pandemonio

psicológico de *Los hermanos Karamazov*, la obra de Thomas Mann *Los Buddenbrooks*, que debía publicarse trece años después, se nos aparece como un idilio de burgueses y patricios. Sin embargo, ambas epopeyas familiares, la alemana y la rusa, superan el psicologismo con los medios de la psicología. Precisamente en la descripción del epiléptico Smerdiakov, de este abastardado Raskolnikov, abandona Dostoievski a la psicología, con suprema decisión, el terreno de la realidad y de la crítica.

Smerdiakov ha sido calificado de "idiota moral" y "asexuado"; se le considera tan repelente "como un reptil o una cucaracha" (12). Aun Thomas Mann, al que no arredran precisamente los abismos de lo humano, considera este personaje como "espantoso" (13). No obstante, lo espantoso en Smerdiakov es sobre todo que por primera vez exhibe la vaciedad del alma moderna en un sentido más que psicológico. Su "pálido rostro de sectario, con el cabello cuidadosamente peinado y sus madejas rizadas en lo alto" (14) presenta los rasgos de un ser al que ya no se puede amar. Por ello su sed de amor es tan desmesurada como inextinguible, y siente por el dinero, este sustituto del amor, una avidez tentacular; su brazo está dispuesto a rodear a cualquiera que pueda protegerle del miedo y de la angustia frente a la propia existencia, aun cuando para ello tenga que estrangular al protector o expoliarle el alma. Su espíritu se reduce a un vegetal primitivo y por lo tanto es la negación del espíritu: el autorreflejo de una vitalidad que no debiera vivir y que sin embargo está decidida a no perecer. Por ello es forzado y dominado por las nieblas del hado que se ciernen sobre la casa de los Karamazov; por ello comete el crimen que pesa sobre esta familia cual pecado original. Es sencillamente el hombre administrado y administrable, un súbdito sin soberano. Que este personaje tenga que cargar además con la epilepsia, demuestra que Dostoievski ha descubierto, en esta obra tardía, las razones metafísicas de su propia enfermedad. La epilepsia de Smerdiakov es la epilepsia de la decadencia. Ello resulta evidente considerando que el ataque decisivo del lacayo es fingido y va a servirle de coartada para su crimen. La enfermedad como mentira y como criminalidad del vacío ya no es la psicología, sino la metafísica y casi el mito del asesino.

La fetidez que lleva Smerdiakov en su nombre está emparenta-

da, en el aspecto puramente lingüístico, con el "hedor de putrefacción" que se escapa del féretro de Starez Sossima, a pesar de las esperanzas de los creyentes y de su discípulo Aliosha. "Nunca hubo en toda la historia de nuestro convenio un disgusto tan grande como el que tuvieron los monjes inmediatamente después de este acontecimiento" (15). Aun el supuesto Santo es invadido a su hora por aquel hedor de putrefacción que en Smeriakov ha fermentado convirtiéndose en una segunda naturaleza. Engendrado por su padre, al que asesinará, durante una cópula de frío desprecio con una harapienta medio demente, este epiléptico es el producto de la culpa humana, increíblemente escurridizo y presente en todas las páginas de esta novela; un hedor que, como antes el espíritu, se deja sentir por diquier.

Ocho años antes de **Los hermanos Karamazov**, el epiléptico Kirilov de **Los demonios** ha explicado la teoría de esta culpa, tal vez de una manera excesivamente teórica en su expresión abstracta: "Durante tres años he buscado el atributo de mi divinidad y por fin lo encontré", exclama. "¡El atributo de mi divinidad es la obstinación! No tengo otra manera de proclamar mi insubordinación y mi nueva y terrible libertad. Pues realmente es terrible. Me quitaré la vida para manifestar mi insubordinación y mi nueva y terrible libertad" (16). Epilepsia y solipsismo, mal comicial y parricidio, **morbus sacer** y ateísmo, suicidio como autoliberación absurda de este precoz **homme révolté** (Albert Camus): aquí se pone al descubierto, aun sin medirlo, un estrato profundo del ente humano que apenas puede ser alcanzado ya por la "espada de doble filo" del psicologismo. Puede aplicarse a Kirilov lo que ha dicho Martín Buber del seductor de niños Stavrogin en los comentarios a esta misma novela: también él es "nihilista en la práctica, pero existencialista por presentimiento" (17). La superhumanidad de Kirilov y el crimen de Stavrogin no representan ya la degradación de una civilización enferma de sí misma; aunque sólo en forma de esbozo, reflejan la paradoja insoluble del ser humano.

Hemos de remontarnos otros cuatro años en la obra de Dostoievski y llegar hasta **El idiota** (1868) para encontrar en el príncipe Mishkin, este "loco en Cristo", la contraposición perfecta de Smerdiakov. En éste la epilepsia ha cobrado forma como algo demoníaco y desprovisto de sentido, y en Kirilov como un gesto de opo-

sición desafiante y antiprometeico, pero el príncipe formula la paradoja del éxtasis, que parece ser propio igualmente de la enfermedad. "Recuerda ahora que hubo en sus estados epilépticos un instante, inmediatamente anterior al acceso..., en el que, en medio del estado turbio y confuso que le dominaba, su pensamiento se exaltó durante unos segundos y todas sus energías se pusieron en gran tensión. En aquel momento la sensibilidad y la conciencia de sí mismo estaban indescriptiblemente exaltadas, y el sentimiento y la razón parecían claros y limpidos; todas las dudas y las inquietudes se dispararon para dejar paso a una paz supraterrrenal llena de armonía, gozo y esperanza y al conocimiento de las causas últimas..." (18). No resulta difícil comparar este momento de tensión y recogimiento extremos con aquel otro instante decisivo frente a la fortaleza de San Pedro y San Pablo en que el amor se reveló al literato: es peculiar de ambos momentos la transición del yo a un tú de concepción universal.

Thomas Mann ha situado la psicología de Dostoievski por encima de las conquistas ulteriores de la novela europea: "Basta establecer la comparación con Proust y con las novedades, sorpresas y filigranas psicológicas que pululan en su obra para darse cuenta de la diferencia de acento y de matiz moral. Los hallazgos, novedades y audacias psicológicas del francés son mera diversión comparados con las pálidas revelaciones de Dostoievski, de un hombre hundido en el infierno" (19). El gran psicólogo Thomas Mann se equivocaba en esto, precisamente porque era grande sobre todo como psicólogo. No llegó a ver que la extrema clarividencia, la sensibilidad como éxtasis alcanzada por Proust en los puntos culminantes de sus narraciones, en la escena de Madeleine de **Du côté de chez Swann** o bien en el capítulo de Venecia de **Albertine disparue**, la muerte de Bergotte y todo el final de **Le temps retrouvé**, está íntimamente emparentada con la exaltación creadora que vivieron Mishkin y su autor en el curso de sus accesos. Tanto el uno como el otro alcanzaron, en el acmé de su enfermedad, nuevas transparencias de la realidad. El infierno de Proust es tal vez más laberíntico que el de Dostoievski, pero al mismo tiempo resulta frío como el hielo, mientras que el infierno del ruso vomita llamas. Ahora bien, tratándose del infierno, o sea de la enfermedad como impulsor, sería pedantesco inquirir los tintes morales y querer dar notas según el valor de la conciencia que estaba sufriendo.

¿Fue Proust más cerebral que Dostoievski? Continuando sus recuerdos el príncipe Mishkin dice: "Pero estos momentos de lucidez no fueron sino un presentimiento de aquel segundo..., en el que se inició el acceso. Este segundo fue realmente terrible. Al reflexionar más tarde, en estado casi normal, sobre dicho instante se dijo a menudo que todo este despertar de una conciencia superior y por consiguiente también de una "vida más alta" no era más que un síntoma patológico, una suspensión del estado normal y por lo mismo no podía ser una vida superior, sino más bien inferior. A pesar de ello, había acabado llegando a la conclusión paradójica: ¿Qué importa que sea un estado patológico?... Lo cierto era que durante aquel segundo de infinita ventura tuvo que decirse a sí mismo que tal segundo valía por toda una vida. En una ocasión en que se reunió en Moscú con Rogoshin le dijo: "¡En este momento creo comprender aquella frase formidable de que los tiempos han terminado!" Y añadió: "Tal vez se trata de aquel mismo segundo en el que la jarra derribada por el epiléptico Mohamed en el curso de un acceso no ha tenido tiempo todavía de derramarse mientras el propio Mohamed, en este mismo segundo, ha recorrido ya todas las moradas de Alá" (20). La suspensión del tiempo, que Dostoievski vivió en su epilepsia lo mismo que Proust en sus sufrimientos, se convirtió para ambos en un principio formal de su arte. El instante de la eternidad, del tiempo desaparecido, en que el presentimiento irrumpe en el recuerdo y se desvanece junto con él, fue el momento de la creación.

El sociólogo Arnold Hauser, empeñado en vincular el estilo narrativo de Dostoievski con la estructura de la novela picaresca, se refiere no obstante de manera convincente a la supresión de la continuidad del tiempo en Dostoievski en favor de una serie de episodios substanciales y expresivos pero agrupados en forma de mosaicos, con lo que se anticipa "el principio formal de la moderna novela expresionista." Hubiera podido añadir que en esto Dostoievski es también el precursor de Joyce y de Proust, de Musil, de Hermann Broch y de Heimito von Doderer. "La narración pasa a segundo término frente a la expresión, el análisis psicológico y la discusión filosófica", continúa Hauser, "y la novela se convierte en una colección de escenas dialogadas y monólogos internos que el autor acompaña de comentarios y digresiones". En esta actitud del épico ajena al tiempo se refleja luego una segunda realidad subs-

traída a lo cotidiano. En relación con esto Hauser cita la frase de Dostoievski: "En arte amo por encima de todas las cosas el realismo que, por así decirlo, linda con lo fantástico... ¿Qué puede ser para mí más fantástico e inesperado que la realidad? En efecto, ¿qué puede ser más inverosímil que la realidad?" (21).

Ahora bien, sólo media un paso entre estas palabras de Dostoievski y la frase de Franz Kafka: "La verdadera realidad es siempre irreal" (22). Esta paradoja de una realidad interpretable de muchas maneras y por lo mismo aprehensible sólo en el momento creador del éxtasis fue también lo que impulsó a Kafka a defender con todas sus fuerzas a Dostoievski contra la objeción, no congenial precisamente, de Max Brod, según la cual el autor ruso presenta demasiados enfermos mentales. "Totalmente inexacto" escribe Kafka el 20 de diciembre de 1914 en su diario. "No se trata de enfermos mentales. El nombre de la enfermedad no es más que un medio de definir y por cierto muy delicado y fecundo. Así por ejemplo, es suficiente repetir a alguien con mayor insistencia que es siempre el imbécil para que, si lleva en sí el núcleo de un Dostoievski, se sienta aguijonado a dar el máximo de sí mismo". Está claro que aquí Kafka piensa en el príncipe Mishkin, cuyos estados enfermizos de iluminación tenían que aparecerse como la garantía de aquella capacidad creadora que durante toda su pobre vida se esforzó en alcanzar. "La forma como Dostoievski define sus personajes", continúa Kafka, "tiene a este respecto el mismo significado aproximadamente que las invectivas entre amigos. Cuando se le dice a alguien "eres un imbécil", ello no significa que el otro sea realmente un imbécil y que su amistad constituya una humillación, sino que en la mayoría de los casos hay a lo sumo en esta frase, cuando no es más que una broma e incluso cuando es más que una broma, una mezcla infinita de intenciones" (23).

Mishkin no es un "verdadero" idiota ni Kirilov un "verdadero" nihilista ni Smerdiakov un "verdadero" monstruo. Tampoco su epilepsia es "real" en este sentido, sino que simboliza una "mezcla infinita de intenciones". Dostoievski era un monje enfermo de su trabajo. Sin embargo, al final ya no le importaban ni la enfermedad ni el monacato, aquel cristianismo ruso que propagó en las postrimerías de su vida con la misma elocuencia y falta de lógica con que anteriormente había defendido el socialismo y luego la doctrina

del super-hombre en el sentido de Raskolnikov. No reflexionaba acerca del ser, sino que luchaba por la existencia en sí. Sus asesinos y locos, rebeldes y santos, jugadores y enfermos están ávidos de existencia y en realidad la obtienen de la obra de Dostoievski poniendo locamente en juego su vida. Esta existencia dicta también la fuerza de gravedad con arreglo a cuyas leyes caen sus epilépticos. Superficialmente éstos pueden hacernos pensar en el hundimiento de la civilización moderna; sin embargo, a la media luz de su enfermedad, su epilepsia nos recuerda parabólicamente el pecado original.

BIBLIOGRAFIA

- (1) MÜSCHG, W.: Tragische Literaturgeschichte. 3. ed.; Francke, Berna, 1957, p. 429.
- (2) CARR, E. H.: Dostoievski 1821-1881, Allen & Unwin, Londres, 1931, p. 38.
- (3) Letters of Fyodor Michailovitch Dostoevsky to His Family and Friends (Trad.: E. Colburn Mayne). Macmillano. J., Nueva York, p. 35.
- (4) YARMOLINSKY, A.: Dostoevsky: His Life and Art. Nueva York: Criterion, 1957, p. 61.
- (5) Ibid., p. 59.
- (6) Ibid., p. 690; también CARR, E. H.: op. cit.
- (7) FREUD, S.: Dostojevski und die Vätertotung. Obras completas, tomo XIV. Imago, Londres, 1955, p. 404.
- (8) Letters, op. cit., p. 53.
- (9) NIETZSCHE, F.: Gotzen-Dämmerung. Obras (Editorial: E. Schlechta), tomo II, Hanser, Munich, 1956, p. 1021.
- (10) NIETZSCHE, F.: Brief an Georg Brandes, 20 de noviembre de 1888. Obras (E. Schlechta), tomo III, p. 1335.
- (11) DOSTOJEWSKI, F. M.: Die Bruder Karamasow, segunda parte (Trad.: V. Lesowsky). Stauffacher, Zurich, 1962, p. 427.
- (12) YARMOLINSKY, A.: op. cit., p. 375.
- (13) MANN, TH.: Dostojevsky — mit MaBen.. Obras completas, tomo IX. Fischer, Francfort, 1960, p. 660.
- (14) DOSTOJEWSKI, F. M.: Die Brüder Karamasow; primera parte, p. 313.
- (15) Ibid., p. 383.

- (16) DOSTOJEWSKI, F. M.: Die Dämonen (Trad.: R. Herzog). Stauffacher, Zurich, 1962 p. 673.
- (17) BÜBER, M.: Schuld und Schuldgefühle. Merkur II, 721, 1957.
- (18) DOSTOJEWSKI, F. M.: Der Idiot (Trad.: R. Herzog). Stauffacher, Zurich, 1962, p. 221.
- (19) MANN, TH.: op. cit., p. 659.
- (20) DOSTOJEWSKI, F. M.: Der Idiot, op. cit., p. 221.
- (21) HAUSER, A.: Sozialgeschichte der Kunst und Literatur. Tomo II. Beck, Munich, 1953, p. 403.
- (22) JANOCH, G.: Gespräche mit Kafka: Erinnerungen und Aufzeichnungen. Fischer, Francfort, 1951, p. 91.
- (23) KAFKA, F.: Tagebücher 1910-1923. Fischer, Francfort, 1951, p. 450.

CRONICA DE LA UNIVERSIDAD

PRIMER SEMINARIO NACIONAL DE EDUCACION Y ENSEÑANZA DE ENFERMERIA

Bajo los auspicios de la Universidad de Cuenca y la Asociación de Escuelas de Enfermería del Ecuador, del 17 al 21 de agosto, se llevó a efecto el Primer Seminario Nacional sobre Educación y Enseñanza de Enfermería, en el que participaron catedráticos especializados de las Universidades de la República y de sus Facultades y Escuelas de Enfermería y como Asesores, cinco miembros de la Organización Mundial de la Salud. Actuaron en la organización y desarrollo de este importante Seminario las profesoras de la Escuela de Enfermería de la Universidad de Cuenca, su Directora, señorita Ruth Rostonni Carrión, como Presidenta del Seminario; señorita María Luisa Suárez, como Secretaria General y señora Gladys Eskola de Mendoza, como Relatora.

CURSO DE GRADUACION Y COMPLEMENTACION DE ESTUDIOS SE DICTA EN LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS

Organizado por la Facultad de Ciencias Económicas del Plantel, luego de concluidas las labores del curso lectivo 1968-1969, desde el 1º de julio del presente año, se está dictando un curso de Graduación y Complementación de Estudios para alumnos del último curso y egresados de la Facultad. Este curso ha tenido un éxito extraordinario ya que se está cumpliendo íntegramente el programa trazado; han colaborado eficientemente profesores extranjeros y nacionales y los alumnos han aprovechado la enseñanza impartida en importantes ciencias de carácter económico, lo que les capacita para optar los grados que contempla el Reglamento Interno de la Facultad. Las asignaturas dictadas en el curso de Graduación y Complementación de Estudios, hasta el momento en que en la Universidad se inician las labores correspondientes al periodo 1969-1970, son las siguientes: Matemáticas: matrices y determinantes, a cargo

del ingeniero Pablo Donoso Ugalde; Estadística: muestreo y cálculo de probabilidades, a cargo de los profesores de la Facultad señores Leonardo Espinosa y economista Luis Borrero Olives; Programación General, dictada por el economista Gastón Acosta, Subdecano de la Facultad de Economía de la Universidad Católica de Quito; Programación Industrial, a cargo del ingeniero Alfonso Muñoz Cabrera, chileno, experto de las Naciones Unidas; Análisis Financiero, a cargo del señor Raúl Padrón, cubano, Funcionario de la Comisión de Valores; Elaboración y Evaluación de Proyectos, sustentada por los señores Carlos Albuja, ingeniero Guido Torres y economista Rubén Salazar, funcionarios de CENDES; Contabilidad y Control de Costos, a cargo del ingeniero Enrique Guers, chileno, experto de las Naciones Unidas; Organización y Administración de Empresas, a cargo del ingeniero Eduardo Morales, chileno, Subdirector de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile. Desde el 6 de Octubre hasta el 8 de Noviembre se dictarán tres importantes materias, para dar por concluido el curso: Organización y Administración de la Producción, Sistemas de Programación y Mercadotecnia, a cargo de los señores ingeniero Adolfo Mena de CENDES, ingeniero Francisco Cobo, también de CENDES y Carlos Rodríguez Castro, catedrático chileno.

SE INAUGURA CURSO LECTIVO 1969-1970.

Como ha tenido costumbre la Universidad, el día 1º de Octubre, mediante la realización de una Sesión Solemne, se inauguró el nuevo periodo lectivo 1969-1970. El señor Rector del Establecimiento, doctor Gerardo Cordero y León, en un bien trazado discurso, declaró inaugurado el nuevo año académico. El profesor de la Facultad de Jurisprudencia, doctor Jorge Maldonado Aguilar, hizo uso de la palabra a nombre del personal docente y entregó la condecoración "Benigno Malo" a los egresados del año lectivo 1968-1969 que se han hecho acreedores a esta presea: Edgar Coello García, de Jurisprudencia; Genaro Vázquez Arizaga de Medicina (primera promoción); César Delgado Lucas, de Medicina (segunda promoción); Pablo Donoso Ugalde, de Ingeniería; Ernesto Salazar González, de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación; Edgar Mondragón Ramírez, de Odontología. Fueron merecedores de Mención de Honor los siguientes egresados: Cornelio Salcedo Orellana, de

Medicina (primera promoción); Luis Carrión Gallardo, de Medicina (segunda promoción) y Jaime Vélez Núñez, de Odontología. Se hizo entrega, además, de la Condecoración "Benigno Malo" al señor Luis Carrasco Vicuña, egresado de la Facultad de Jurisprudencia, en el año lectivo pasado. Por último intervino, en representación de sus compañeros el universitario señor Alejandro Peralta Pesántez.

El señor Rector, pronunció el siguiente discurso:

En difíciles y excepcionales circunstancias inicia esta vez la Universidad de Cuenca su curso lectivo. Vale la pena que tanto los que hacemos su gobierno, como su elemento docente y su alumnado, meditemos en ello, encarando el problema emergente y señalando nuestras respectivas obligaciones en el común intento de solucionarlo.

Permitidme aprovechar la oportunidad que la obligación estatutaria de declarar abiertos solemnemente los cursos me brinda, para hacer algunas consideraciones al respecto.

Hasta ahora nuestra Universidad ha fijado cupos y establecido métodos selectivos para la admisión de nuevos alumnos, procedimiento este que era el comunmente adoptado por todas las Universidades de la República y que se justificaba por razones que ya tendré oportunidad de anotarlas. Un movimiento estudiantil nacional iniciado por los bachilleres y apoyado por estudiantes universitarios, impugnó el sistema, proclamando su derecho al acceso a la Universidad sin limitaciones, sin condición ninguna. Las autoridades universitarias, sensibles a este movimiento, comenzaron a tratar el problema que merecía ser estudiado con todo el detenimiento y la profundidad que su importancia requería.

Por una parte, el movimiento estudiantil aducía en su favor razones de mucho peso: el hecho de haber cumplido la educación secundaria y obtenido el título de bachiller son suficientes credenciales de capacidad para cursar estudios superiores. El bachillerato, por deficiencias notorias en la organización de la enseñanza secundaria, no da al que lo obtenga otra oportunidad que la de su ingreso en una Universidad. Por sí solo el título de bachiller no capacita para ninguna actividad, ni quien lo posee ha recibido nin-

guna preparación para afrontar con éxito la lucha por la vida. La Universidad debe aceptar cada vez más un mayor número de alumnos, dado el crecimiento poblacional y el derecho de todos, sin excepción ni discriminación alguna, a la educación, cumpliendo así un imperativo democrático.

Por otra parte, la Universidad ecuatoriana defendería su sistema de admisión con fundamentos no de menor peso que los aducidos por el estudiantado: en primer lugar, ante el derecho de todos a optar por la educación superior, se contraponen el derecho de la sociedad a exigir que la Universidad seleccione a quienes han de ser sus futuros dirigentes, entregue a los mejores todos los intereses sociales: la vida, los intereses patrimoniales, el adelanto cultural y material, el bienestar común de los asociados. La Universidad no sólo está en su derecho, sino que tiene la obligación de seleccionar a los aspirantes a ella: la caduca e inadecuada organización de la enseñanza secundaria; el hecho absolutamente comprobado de un marcado desnivel cualitativo entre los muchísimos establecimientos de educación secundaria; la circunstancia de que no todos los colegios secundarios cuentan con un personal docente capacitado y eficaz; la dolorosa comprobación de que algunos establecimientos han transformado la educación en una empresa que pospone su deber de enseñar a su interés de lucro, y muchas otras razones, no permiten aceptar la suficiencia de un título de bachiller como credencial para el ingreso en la Universidad. Los que algún tiempo hemos ejercido la docencia sabemos de sobra esta verdad.

Desde otro punto de vista, las limitadas posibilidades económicas de que dispone la Universidad, no le permiten la expansión que el elemento estudiantil exige. Ello implica un aumento de su personal docente y una mejor remuneración del mismo, que justifique pedirle más dedicación en su labor; la construcción de locales que den cabida a mayor número de estudiantes; el incremento de sus pobrísimos laboratorios, gabinetes, bibliotecas; la dotación de más mobiliario, etc.

Estas, unas de las razones que fundamentan la fijación de cupos que, por otra parte, se los determinaba con la mayor amplitud posible y tomando en cuenta la exigencia social en las diversas profesiones universitarias, a fin de evitar la superproducción de profesio-

nales con las consecuencias personales para éstos y colectivas, que no se puede negar.

Y la forma más acertada y justa de llenar este cupo era un sistema selectivo que permita dar preferencia a los más aptos, a los mejor preparados, perfeccionando desde luego los sistemas de pruebas de admisión que, lo reconocemos, no eran los más adecuados y merecían una profunda reforma.

Así se planteaba el problema, cuando una situación emergente vino a agudizarlo, provocando una crisis que conmovería el ambiente nacional. El estudiantado de Guayaquil se apoderó de la Casona como medio de presionar una resolución a su favor, llegando inclusive a detener dentro de ella a miembros del Consejo Universitario.

Personalmente, condenó la violencia como forma de solucionar problemas universitarios de la indole del presentado; me ha repugnado siempre la incómoda situación de tener que resolver, así sea lo más justo lo pedido, bajo la presión o la amenaza. Sin embargo, los dirigentes de la Universidad de Guayaquil no quisieron comprender que la actitud estudiantil, si bien no la apropiada, se explicaba hasta cierto punto por las circunstancias y el temperamento propio de la juventud, cuya insurgencia se acentúa cada día más, movida por su inconformismo por todo lo caduco, por todo lo injusto, como un síntoma más de esta etapa dolorosa de transformación por la que atraviesa el mundo en pos de una nueva organización social, política y económica que asegure la paz, la justicia y el bienestar para todos. Nerviosa y apresuradamente se tomó resolución que permitieron a la fuerza bruta, siempre en acecho de oportunidades para demostrar su anticultura, allanar el recinto universitario y regarlo con sangre juvenil. Esto precipitó la resolución de la situación planteada, y fue la Universidad de Cuenca la primera en declarar, dejando de un lado todo argumento en contra, la supresión de exámenes y cupos, abriendo sus puertas en esta forma a todos los bachilleres, actitud esta que fue luego tomada por todas las Universidades del país.

Mas ello no significa la solución del problema; simplemente es el reconocimiento de su existencia, es avocarlo valientemente, como las circunstancias lo exigen, y procurar en cualquier forma solucionarlo.

La medida adoptada por la Universidad ha producido el fenómeno que ya se esperaba: la inscripción de aspirantes al ingreso en número dos veces mayor al que obtuvieron matrícula en primer curso en el año inmediato anterior.

El Consejo Universitario ha estudiado a fondo las consecuencias de esta emergencia y podemos asegurar que por lo menos momentaneamente, está resuelta la forma de hacerla frente: con los mismos recursos económicos de que disponía para su desenvolvimiento antes de presentarse el conflicto, sin haber recibido un solo centavo de ayuda extraordinaria fiscal, con el mismo personal docente, con los mismos escasos medios materiales: aulas, mobiliario, gabinetes, laboratorios, etc., impartirá enseñanza al triplicado número de alumnos que ingresan a los primeros cursos.

Y aún más, respondiendo al justísimo anhelo de la juventud de que se le den nuevas orientaciones, se le abran nuevos cambios, se le prepare para el desempeño de nuevas actividades que demanda el progreso y desarrollo sociales, acortando en lo posible el tiempo de estudios para quienes no pueden cursar carreras de larga preparación, se ha pensado en la creación de escuelas de capacitación para profesiones intermedias y, por de pronto, van a funcionar las Escuelas de Servicio Social, adscrita a la Facultad de Jurisprudencia, de Decoración de Interiores y Ayudantes de Construcción, adscritas a la Facultad de Arquitectura. Las diferentes Facultades plantean la creación de otras Escuelas que cumplan análogo propósito de las ya creadas.

Por desgracia la solución es demasiado precaria: con grandes economías, prescindiendo de llenar muchas necesidades previstas en el presupuesto universitario del presente año, podremos cumplir con el propósito trazado hasta el próximo diciembre. En 1970, es absolutamente urgente e indispensable que el Estado dote a las Universidades de rentas suficientes para el cumplimiento eficaz de sus fines, so pena de afrontar las consecuencias del inevitable colapso sobreviniente. Para entonces la Universidad ecuatoriana integrada por autoridades, profesores y alumnos, tendrá que adoptar una actitud valiente y firme; agotará todos los medios para obtener justicia y la obtendrá de cualquier manera.

He aquí en síntesis, las difíciles y excepcionales circunstancias en que iniciamos este nuevo curso. Os pido, señores miembros del Consejo Universitario, colegas profesores y queridos alumnos, que meditemos profundamente en ello.

Las circunstancias no imponen a todos un comportamiento acorde con ellas.

A los que hacemos el gobierno de esta Casa de Estudios, nos toca estudiar la forma de dar solución definitiva tanto al problema que lo hemos planteado, como a todo otro que plantea la integral y urgente reforma universitaria.

Al elemento docente corresponde un mayor sacrificio, más dedicación, multiplicando sus horas de labor, en la proporción en que se ha multiplicado el alumnado. Y, sobre todo, que nos valga la ocasión para procurar comprender el verdadero sentido de la insurgencia juvenil, estudiar sus razones y tratar de encausarla y no combatirla ciegamente.

Si, como hemos dicho, la rebeldía de la juventud universitaria que se anota en todo el mundo, no es sino uno de los síntomas de esta etapa de transición de un mundo lleno de injusticias y miserias hacia un mundo mejor, tratemos los maestros de penetrarnos del problema para luego, y en el ámbito de nuestras cátedras, hacer conocer a los alumnos todas sus facetas y las justas soluciones a plantearse, encauzando, como he dicho, su rebeldía, canalizándola en forma que haga de cada rebelde un constructor del mundo nuevo; y así evitaremos que la juventud intuitivamente consciente de todos los males que entraña el actual orden, pero a veces carente de conocimientos suficientes, siga al primer demagogo que transforme su insurgencia en inútil vocinglería, en agresiva pedrisca, en provecho de sus bastardas intenciones; y así haremos menos dolorosa esta etapa de transición por la que atravesamos.

Y al estudiantado que ha conquistado su acceso libre a la Universidad le corresponde justificar que tenía derecho a ello, con su dedicación al estudio. No os extrañéis estudiantes si vuestros profesores os exigen un poco más. Se impone esta exigencia como un nuevo método selectivo que satisfaga la demanda social de pre-

parar eficazmente a sus conductores, a la vez que haga fructíferos todos los sacrificios, todos los esfuerzos realizados por la Universidad para solucionar el problema que hemos estudiado, haciendo que estos sacrificios y esfuerzos sean aprovechados en su máximo por solo aquellos que verdaderamente quieran estudiar.

Con el cordial saludo del Rector y con el firme propósito de cumplir cada cual nuestra misión, señores dirigentes, señores profesores y alumnos, iniciemos una vez más nuestras labores.

El catedrático doctor Jorge Maldonado Aguilar, dijo lo siguiente:

Me ha honrado sobremanera el Señor Rector, al distinguirme para que lleve la palabra en este acto, a nombre del profesorado del plantel.

Está en la conciencia de todos, la importancia que reviste la inauguración de cada curso lectivo, que significa el comienzo de una jornada más en la trayectoria luminosa de nuestra querida Universidad. Pero en esta vez, esa importancia es mayor aún, porque implica la iniciación de una nueva etapa en la vida institucional, etapa de democratización que se caracterizará por una política de puertas abiertas; en razón de lo cual, hoy como nunca es alto el número de jóvenes que llegan por primera vez a nuestras aulas en busca de cultura y de ciencia. La Casona dará, la oportunidad, de hoy en adelante a todos los bachilleres que deseen venir a ella, para demostrar en el curso de sus estudios, y no antes, su vocación profesional, su capacidad y su dedicación al estudio. Este paso ha creado lógicamente, un sinnúmero de dificultades, sobre todo en el orden económico; pero confiamos en que podremos superarlas, y que, una vez vencidas, tendremos la satisfacción de que el esfuerzo desplegado será para bien de la Universidad y de Cuenca.

La trascendencia pues, excepcional de este acto, y el hecho de llevar aquí la representación del docto cuerpo de profesores, hace que este honroso cometido tenga un alto significado para mí.

Debo, principalmente, felicitar a quienes, habiendo egresado en el último curso lectivo, se hicieron acreedores, por su dedicación y su talento, a la condecoración "Benigno Malo" la más alta que otor-

38484
010

ga nuestra casa de estudios a sus estudiantes más distinguidos. Pero debo también saludar a los que vuelven, después de su periodo anual de vacaciones, para perseverar en el esfuerzo en pos de culminar su formación; y debo, por último, dar la bienvenida a quienes, recién matriculados en los primeros cursos, vienen por primera vez a este recinto, y van a engrosar las filas de la juventud estudiantil, que significa para la Patria, no sólo su esperanza más risueña, sino también su fuerza cultural más elevada.

A unos y a otros; y especialmente a quienes, habiendo terminado su carrera brillante, se aprestaron a enfrentarse con la vida, dando sus primeros pasos en el duro camino de la iniciación profesional, armados con el bagaje de conocimientos y experiencias adquiridos a través de sus años en esta austera casa; y a quienes, recién culminada la segunda etapa de su educación, vienen a ella guiados por su afán de cumplir sus aspiraciones, y habiendo ya elegido una senda por la cual trajinarán según sus aptitudes y aficiones; a unos y a otros, digo, les ruego me permitan una ligera reflexión acerca de la realidad que la patria les entrega en este momento. La patria, cuyos destinos y problemas estarán, al correr de pocos años, en manos de los jóvenes a quienes hoy me dirijo.

La Universidad, señores, la Universidad Ecuatoriana, atraviesa por un periodo de aguda crisis. Y no sólo en el orden económico, pues se puede afirmar sin reticencias que es la Universidad Latinoamericana la que está en crisis. Los marcos institucionales han quedado estrechos. Las conquistas de Córdoba, que en su tiempo, —hacen tan poco—, se nos antojaron tan adelantadas, resultan hoy insuficientes. La zozobra y la inquietud de las autoridades universitarias se ha vuelto permanente; y la agitación estudiantil se manifiesta, en un lugar o en otro, casi todos los días. Pero, cuales las causas y cuales las soluciones? No será —pregunto yo—, que se han dejado agudizar los problemas por falta de previsión oportuna? Qué sucede hoy en Ecuador, por ejemplo? La Universidad se ve avocada de pronto al ingreso masivo de bachilleres que, seguramente con justicia, exigen el sitio a que les da derecho el título adquirido después de doce años de estudio. Pero, es que se pensó antes, alguna vez, que esto tendría que ocurrir, fatalmente, dado el crecimiento vegetativo violento de nuestra población? El índice de ese crecimiento, igual al 3,4% uno de los más altos de América, signifi-

fica que la población se duplica cada veinte años, y naturalmente, la población estudiantil marca ese ritmo, o aún mayor. Pero nada se hizo en el país para ir preparando a nuestros instintos superiores, a fin de que puedan afrontar el problema. Y, de pronto, las trabas con las cuales se venía consiguiendo dejar a buen número de bachilleres fuera de las aulas, ya no sirven más; y el problema se torna agudo; y la solución urgente. De desear sería que esta lección sea aprovechada por aquellos en cuyas manos está la conducción del Estado, pues es hora de comenzar a prepararnos ya para recibir a los cinco millones más de Ecuatorianos que estarán con nosotros de aquí a veinte años. Y conste que, para entonces, serán cinco millones de nacionales económicamente improductivos, por su edad, el peso de cuyos problemas habremos de soportarlo quienes les precedemos.

La Universidad Latinoamericana está en crisis. Pero, no será ésta la consecuencia de determinados factores de orden sociológico que necesite sobre todo comprensión? Es indudable que la juventud actual, en el mundo entero, constituye una generación angustiada e insegura. Angustiada, por las consecuencias que acaso le tocó vivir, producidas por el conflicto mundial de hace un cuarto de siglo. Insegura, ante la expectativa de las conquistas de la ciencia que, como pueden representar un gran progreso para la humanidad, pueden también significar su destrucción. Angustiada, por la tensión permanente que agita al mundo, a causa de las rivalidades económico-políticas de las grandes potencias. Insegura, por la tremenda minimización del individuo que ha traído consigo el avance tecnológico.

Y la respuesta que da esa juventud, angustiada e insegura, reviste distintas formas. En unas veces el desconocimiento total de la escala de valores, morales y sociales, establecida por la generación anterior. En otras veces la creación forzada de nuevas formas de vida y de conducta, negativas para la sociedad, que casi pueden calificarse como síntomas de irresponsabilidad. O es, por último, —y ésta la respuesta menos negativa—, la rebelión estudiantil.

Pero ante esta realidad, es preciso tratar de comprender a la juventud; procurar acercarse a ella, y quizás conseguir colocarse en su lugar, para encontrar así la solución a sus problemas. No es

solución el enfrentar la fuerza armada a los estudiantes; pero, por desgracia, hay gobiernos que lo hacen y legislaturas que lo aprueban.

En Latinoamérica, la juventud ha respondido en la última de las formas mencionadas que, como dejo dicho es, a mi entender, la menos negativa, o, si se quiere, la única positiva. Porque en Latinoamérica hay una causa más para el desconcierto y el descontento de la juventud que piensa: La estructura socio-económica injusta y semifeudal, de la cual no pueden liberarse aún nuestros países, y cuyo cambio es hoy indispensable y urgente.

"DOS MUNDOS SUPERPUESTOS" se titula un libro de última data, que resume el trabajo de "amplia investigación de la realidad económica y social del Ecuador", ejecutado bajo la dirección del Dr. Oswaldo Hurtado, el cual formula un diagnóstico preciso de nuestra hora actual. "Dos Mundos Superpuestos", uno de los cuales está constituido por una población marginada en todo sentido, ya sea éste cultura, producción, consumo o civismo.

Está en marcha en el país, con la loable finalidad de favorecer a ese segundo mundo, un gran proyecto de alfabetización de adultos. Hace muy poco, en una sesión organizada por el "Proyecto Piloto del Azuay", me fué muy grato aplaudir el esfuerzo desplegado y los logros obtenidos; porque considero que cada alfabetizado es un individuo más en posibilidad de incorporarse al desarrollo, y que, por lo mismo, todo esfuerzo en este sentido es plausible. Pero en esa misma sesión, fué muy doloroso oír de labios del Señor Subdirector de Educación de la Zona que, si bien son numerosos los adultos que se ha conseguido alfabetizar, es mucho más alto el número de los niños en edad escolar que quedarán este año al margen de la educación, porque faltan escuelas y maestros. Se puede así hacer patria, señores?

De lo diho podemos deducir que no sólo la Universidad está en crisis. El Ecuador lo está. El Ecuador con su abultado déficit fiscal y su presupuesto desfinanciado que se liquidará sin duda con un nuevo y más alto déficit. El Ecuador, que trata desesperadamente de financiar sus gastos de operación y de servicio con la emisión de "Bonos Dólares", cuya amortización pesará gravemente sobre los presupuestos subsiguientes; y ésto, después de haber comprometido en esos gastos los ingresos futuros provenientes de la identificación

de considerables yacimientos de hidrocarburos, cuyo aprovechamiento debió servir para la financiación de proyectos de infraestructura, tan necesarios para el desarrollo del país. El Ecuador, que en este año necesitó la ayuda de un ciclón que destruyera las plantaciones bananeras de Centro América, para poder saldar con relativa ventaja su balanza de pagos, y revitalizar su menguada Reserva Monetaria Internacional.

Hace algo más de cinco años, se elaboró un "Plan General de Desarrollo" para diez, o sea para el periodo 1964-1973. Ese famoso Plan General de Desarrollo que, seguramente por ser tan general nadie lo conoce, pretendía una "aproximación en el primer lapso (de 1964 a 1968)", y una anticipación de "las tendencias y recomendaciones de programas y proyectos para los cinco años siguientes". Y no es al caso que afirmo que este Plan general es generalmente desconocido. Transcurrido el primer quinquenio debieron valorizarse los logros obtenidos, y definirse las antes llamadas "tendencias y recomendaciones para el periodo siguiente". Pero muy lejos de esto, acabamos de enterarnos que los Honorables Señores Legisladores nada saben del Plan General de Desarrollo. La Cámara del Senado, hace muy pocos días, pidió insistentemente al ejecutivo que le envíe el plan. Y el Ejecutivo no lo envía. Será, talvez, porque supone que el primer poder del Estado, debió ya haberlo conocido? Será, quizás, que el Ejecutivo tampoco sabe dónde está?

Y además de todo esto; o talvez como consecuencia de todo esto, estamos viviendo en Ecuador una etapa suigéneris, que se caracteriza por la institucionalización del paro. De un lado, los individuos, las entidades, las organizaciones, han convertido el paro, como lo anotaba una sesuda publicación última de "Carta Económica del Ecuador" en "elemento de trámite obligado" del cual se ha usado y abusado tanto "que ahora es una especie de papel sellado con el que los ciudadanos dan vigor a sus demandas". De otro lado, la impasibilidad de los poderes públicos, y la crónica desatención a los reclamos y a las peticiones, que sólo tienen peso, o adquieren trascendencia, cuando van respaldadas por lo que se ha dado en llamar "medidas de hecho".

Y, en tanto, estamos avocados a un grave e insoslayable compromiso, del cual dependerá sin duda nuestro futuro: la integración

3848
C.D.

del Grupo Subregional Andino, que significará para el país una ampliación insospechada del mercado para sus productos, de la cual sólo podremos obtener provecho, si es que iniciamos hoy, urgentemente, la tarea de prepararnos, tomando en cuenta que dependerá de ello nuestra supervivencia posterior en este mundo latinoamericano, en el cual debemos comenzar a olvidarnos un poco de nuestras propias y particulares independencias, para pensar en cambio en nuestra ineludible interdependencia.

Esta es, señores, a grandes rasgos, la realidad que vivimos. La realidad ecuatoriana actual que, a lo mejor, para cambiar deba esperar que los jóvenes de hoy tomen las riendas del Estado. Pero para esto es preciso que ellos se interesen en conocerla, que profundicen en sus problemas, pues sólo así podrán buscar y encontrar las soluciones mejores.

Lo dicho aquí, no significa, desde luego, que todo en el país sea negativo. Hay perspectivas. Hay posibilidades de desarrollo. Existen riquezas aún inexploradas. Hay en su pueblo, y muy especialmente en su juventud, grandes virtualidades. Pero es sobre los problemas que debemos enfocar nuestra atención, si pretendemos aprovechar lo positivo que existe. Y creo que es justamente en la Universidad en donde se debe sembrar esta inquietud.

Es ésta la razón por la cual me he permitido invitar a los Universitarios de Cuenca a meditar sobre estos puntos. Yo sé que he abusado un poco de la oportunidad que tan bondadosamente se me ha brindado para hablar aquí; pero es que considero preciso que se digan estas cosas, y que no puede haber mejor lugar que esta aula para hacerlo, ni mejor auditorio que el presente, formado por lo más florido de nuestra juventud, y en el cual están, por esta sola vez reunidos los que recién llegan y los que se van. Los unos, plétóricos de anhelo de superación; y los otros, llenos de entusiasmo y de fé, colocados hoy en el dintel que separa su vida de su adultez.

Entre éstos, los que más han brillado, por su dedicación y sus talentos como lo dije antes en sus respectivas facultades y se han hecho acreedores a la condecoración "Benigno Malo", que otorga la Universidad, son los que voy a nombrar, rogándoles que se acerquen:

Por Jurisprudencia: Señor Edgar Coello García.
También por Jurisprudencia, año lectivo 1967-68, Sr. Luis Carrasco Vicuña.

Por Medicina: Primera Promoción: Sr. Genaro Vázquez Arizaga.
Segunda Promoción: Sr. César Delgado Lucas.

Por Ingeniería, Primera Promoción: Sr. Pablo Donoso Ugalde.

Por Filosofía, Sr. Ernesto Salazar González.

Por Odontología, Sr. Edgar Mondragón Ramírez.

Además, se han hecho acreedores a mención de honor:

Por Medicina, Primera Promoción Sr. Cornelio Salcedo Orellana; Segunda Promoción Sr. Luis Carrión Gallardo.
Y por Odontología, Sr. Jaime Vélez Muñoz.

El señor Peralta Pesántez, se expresó en la siguiente forma:

Estimo una gran responsabilidad intervenir en esta fecha memorable en la que profesores y estudiantes nos aprestamos a iniciar una nueva jornada universitaria cuando en torno a nosotros se resquebraja y crujen las viejas estructuras de un sistema caduco y se aproximan días de lucha y definición para lograr al fin un mundo de justicia.

Y hablo de responsabilidad porque sin lugar a dudas es la juventud, en todos los rincones del planeta, la que está surgiendo, poderosa e invencible con la bandera altiva de las reivindicaciones y es a esa juventud en este pequeño ámbito de mi patria, a la que quiero dirigirme en esta hora con la voz de la verdad y el tono austero de la honestidad.

Es ya un hecho incontrovertible que la Universidad Ecuatoriana está orientando su marcha por senderos que quiere conducirla a una meta nueva y revolucionaria.

No otra cosa significan los postulados que se han planteado en el Primer Seminario de Reforma Universitaria, en el cual luego de analizar la etapa conservadora de la universidad en el Ecuador, caracterizada por un sentido aristocratizante de la educación, a la cual llegaron únicamente las élites sociales y económicas de la burguesía, se aspira, ahora, a estructurar una nueva universidad auténticamente democrática, a la cual tenga acceso el pueblo, porque de una vez por todas declaramos; y de la manera más enfática, que ha llegado la hora del hombre humilde, del desposeído que reclama justicia, del que hasta ayer fue explotado miserablemente por las clases económicas poderosas, incluyendo aquí a una cleresía que jamás interpretó honradamente los humanos enunciados de Cristo; declaramos, en una palabra que ha llegado la hora del hombre que quiere vivir con dignidad y limpieza en un mundo libre de misterio, de la explotación y del temor.

Pero existen otros aspectos que los estudiantes universitarios del Ecuador debemos encarar con certeza y valor si queremos en verdad responder al sacrificio que para el pueblo ecuatoriano significa el mantenimiento de nuestra universidad y concretamente de nuestra formación cultural, que no debe ser meramente profesional de tipo liberal-burgues, sino ante todo que ella revierta en beneficio de ese pueblo que espera y confía en nosotros para su lucha y liberación.

Porque aclaremos bien, compañeros universitarios, es el pueblo, es el hombre modesto del Ecuador el que también contribuye con su esfuerzo diario y constante para que nosotros estemos este instante aquí como privilegiados inaugurando un proceso cultural.

Es por esto, que en primer lugar ese pueblo tiene pleno derecho a que sus hijos entren en las universidades del país sin ningún sentido de selección, particular éste que ha sido acogido y solucionado por el actual Consejo Universitario de la Universidad cuencana, por lo cual merece este organismo nuestro sincero reconocimiento y en segundo lugar el pueblo exige que nosotros respondamos con generosidad devolviendo en beneficios el esfuerzo por él desarrollado para nuestra educación.

Debemos por otra parte luchar por sobre todo por una auténtica autonomía universitaria y algo más, debemos combatir duramente contra todo intento de dominio a nuestra universidad. Concretamente debemos luchar contra las constantes acechanzas del imperialismo norteamericano que no pierde ocasión ni oportunidad para intentar doblegar el espíritu altivo y revolucionario de la juventud universitaria ecuatoriana sabiendo que en esta forma tendría en sus manos, controlado y maniatado al nervio y motor de la rebeldía de nuestra patria a la única fuerza pura y honesta que ha luchado y luchará cuando se quiera atentar contra la independencia nacional, contra los derechos de un pueblo oprimido, como es el nuestro porque nadie puede negar la historia, nadie puede negar el hecho de que la juventud universitaria dirigida por la gloriosa Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador ha escrito las mejores páginas dignificando al hombre ecuatoriano y a esta nación acanallada por politiqueros oportunistas, por falsos profetas a los cuales sabremos juzgar en el día de la justicia en forma drástica y definitiva.

Pero los estudiantes no podemos estar solos en esta faena.

En la hora contemporánea ha cambiado radicalmente el concepto que se tenía del profesor universitario. Nosotros estimamos en su justa medida su papel cultural y docente pero creemos que el maestro universitario, en cuanto integrante de la familia universitaria debe compartir a nuestro lado las horas difíciles y en definitiva todos los avatares que vive nuestra universidad y nuestro pueblo.

No quisieramos únicamente al profesor universitario en la hora de su conferencia por más brillante que ésta sea, queremos al hombre que comprenda los anhelos de la juventud, al hombre que se identifique con nuestra lucha y nuestras aspiraciones al hombre que con nosotros lleve el estandarte de la transformación social; en síntesis queremos que el profesor universitario de la hora actual sea sensible al estado de miseria en que se debate nuestro pueblo, sea sensible a las necesidades de una verdadera revolución en este sistema corrompido en el que nos desenvolvemos y queremos también que si no puede entregar todo su tiempo a la tarea universitaria porque nuestra sociedad capitalista-burguesa no lo permite

cuando menos su conducta y actitud sean de permanente entrega a la universidad y a su superación, así como también a la causa de la liberación del pueblo ecuatoriano.

Compañeros universitarios sería largo y fatigoso en este momento hacer un análisis de las aspiraciones por las que luchamos los universitarios del país, pero en la conciencia de todos nosotros quisiera en esta inauguración del nuevo curso lectivo, sembrar una consigna:

Seamos mejores cada día como estudiantes y como hombres para poder así lograr a corto plazo una patria soberana en la cual impere la justicia, en la cual hayamos barrido para siempre hasta el más mínimo vestigio de la explotación en la cual nuestro pueblo pueda vivir con dignidad y con alegría.

Prometemos esto ,en estos días de octubre en que se conmemora un aniversario más del sacrificio de ese máximo exponente de la especie humana que se llamó Ernesto Guevara el "Che" de América y el Mundo, nuestro amigo eterno pese a la miseria humana que pretendió liquidarla, pese a la muerte de la cual él ha vuelto victorioso para alentar en el corazón de los hombres sencillos de todas las latitudes de la tierra.

Gracias.

38484
CUB